

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU



TESTIMONIOS Y REPORTAJES

TESTIMONIOS Y REPORTAJES

TESTIMONIOS Y REPORTAJES

**PABLO DE LA
TORRIENTE BRAU**

**PRÓLOGO DE
RICARDO HERNÁNDEZ ÓTERO**



Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2001

Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2001

ISBN: 959-7135-16-7

Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@cubarte.cult.cu
Sitio web: www.centropablo.cult.cu www.centropablo.org

CENTROCULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Un prólogo en cuatro puntos

1. Pablo y yo: recuento de ciertos encuentros a distancia

¿Cuándo oí hablar por primera vez de Pablo de la Torriente Brau? No puedo determinarlo al cabo de tanto tiempo, pero debió ser en los años iniciales de la Revolución, siendo yo apenas un muchachito viboreño repartidor de pan (entre otras muchas ocupaciones semejantes nada relacionadas con el desarrollo sano y armónico del intelecto) con algún retraso escolar (no mental, por favor, que siempre he sido bastante despierto) que comenzaba a hacer mis primeras lecturas «serias» sin guía espiritual alguno que me orientase y encaminase por la senda del «buen saber» y el «buen decir» (y el «bien hacer» también, ¿por qué no?). Rememoro con claridad meridiana (como que era hacia esa hora del día, me parece) cómo se radiaba entonces la historia de las luchas del Realengo 18, que seguía con mucho interés, aunque no logro saber ahora si aquello se relacionaba en ese momento con su nombre. (El de Lino Álvarez sí me acude permanentemente a la memoria.) Recuerdo también cómo descubrí un día, entre los pocos libros que con celo extremo atesoraba en su escaparate-librero cerrado herméticamente con llave el asturiano esposo de mi única tía materna —al que yo ayudaba a mecanografiar (con dos dedos, algo que no he podido superar del todo después de tantos años de profesión, aunque ya, por supuesto, lo hago con mayor rapidez y corrección siempre que sea en la máquina, pues con la

respetadísima y ultramoderna señora computadora no logro acomodarme)— estados de cuentas y respuestas a sus alumnos (él era profesor por correspondencia de las Escuelas Internacionales, creo que así se llamaban), la edición príncipe (concepto que aprendí después, por supuesto) de Pluma en ristre (1949) donde se incluía Realengo 18, libro que logré me prestara y aún conservo (nunca intenté devolvérselo ni nunca me lo pidió él, que veía con satisfacción mis tempranas inclinaciones por las letras, aún no profesionales, y a quien la vida le alcanzó lo suficiente para leer, con orgullo de magister realizado, algunos de mis primeros trabajos publicados), un poco maltratada por el uso y las varias mudadas. Creo que ese fue uno de los primeros libros «verdaderos» a que me enfrenté hacia mis catorce o quince años. Ahora sigue una incidental que por su extensión y asunto copio sangrada para quien lo desee la salte y continúe más adelante.

(Lo anterior, generalmente con las flautas de pan bajo el brazo —horror, con aquellos calores, pienso ahora— o los cartuchos del *ídem* en la mano, sin apenas mirar por donde caminaba y con los comentarios medio burlones, o hasta de insatisfacción por la humedad con que seguro recibían a veces el producto, de los clientes —¿me recordarán algunos todavía?—: muchos muñequitos de todo tipo, novelitas de detectives y del oeste, algunas «de relajó» (que yo sabía establecer entonces distinciones en que se muestra muy experta mi amiga y compañera de labores investigativas M. P. ¿Qué tú crees muchacha?, por supuesto —estas en espacios y momentos de mayor intimidad, como es lógico en cualquier persona medianamente decente y civilizada, aunque sea un muchacho y reparta pan a domicilio—; pero sobre todo mucha *Bohemia*, con la que prácticamente había aprendido a leer antes de comenzar a asistir a la escuela pública. Si Pablo descifró la magia de las palabras en sí mismas y en sus relaciones entre sí en las hermosas y aleccionadoras páginas de *La Edad de Oro*, como afirmaba

con orgullo, yo lo hice en la maravillosa y voluminosa *Bohemia* de entonces —*O tempora, o mores!*; de ahí tal vez mi incapacidad para el trabajo de creación imaginativa que, sin embargo pretendo endilgarles en estas líneas deslavazadas. De niño, yo no tuve a Salgari, a Verne ni a tantos otros que hacen olvidar momentáneamente, en esa inocente etapa de la existencia, las duras realidades de la vida. Fueron estos lecturas ya tardías, mezcladas con otras que la mayor parte de las veces no entendía, pero que me gustaba intentar descifrar. A los quince años era socio, simultáneamente, de los departamentos Juvenil y Circulante de la Biblioteca Nacional y cada vez que iba a solicitar o a devolver préstamos me hacía acompañar por algún amigo para poder entrar y salir en ambos sin que detectaran mi condición de doble agente-lector. Hasta un día... en que debía optar por la fuerza (me agarraron *in fraganti*) y me quedé sólo en el Circulante, que me atraía más. Lo que tuve fueron los libros de Carlos de la Torre y Huerta, Luis Pérez Espinós (¡qué lecturas más amenas pero a la vez truculentas! ¡Y sobre todo aquellos títulos!)—durante un tiempo después vecino de la cuadra, siempre de dril—, la *Bohemia* —en especial sus secciones faranduleras (radio, cine, televisión), los frecuentes reportajes sobre horrendos crímenes y la tremendista «Detrás del suceso» con aquellas fotos ilustrativas y preparadas en que supuestos personajes y a veces parte del cuerpo aparecían velados con una tira negra sobreimpresa—, algún periódico los domingos exclusivamente y los muñequitos. Valga la digresión contextualizadora, aunque posiblemente demasiado extensa y de poco interés para el asunto que nos convoca (como suele decirse en estos casos), al que retomamos en el párrafo siguiente.

De aquellos primeros tiempos de mi conocimiento de Pablo —porque puedo llamarlo así en atención, me parece, a nuestra ya antigua relación escritor-lector asiduo, aunque esta sea unidireccional habida cuenta que él cayó en combate en Majadahonda casi diez años antes de que yo viera la luz en 1946— o al menos de un tema al que él había dedicado uno de sus reportajes más

impactantes en su momento (como supe al cabo del tiempo), recuerdo también lo que supe entonces, y hasta ahora en que indagué para intentar confirmarlo o desecharlo mi criterio inicial (debía decir, más cultamente, apriorístico ¿no?), versión cinematográfica de su Realengo 18: el filme homónimo (1962), tercer largometraje del ICAIC, pero en realidad con argumento y guión de su propio director, Oscar Torres, y con las actuaciones de Teté Vergara, René de la Cruz y Rita Limonta, entre otros. No he vuelto a ver el filme desde hace mucho tiempo, pero me acuerdo bastante diáfano de él y estoy convencido de que el reportaje de Pablo está, cuando menos, en su base. Desde aquellos ya lejanos encuentros despertó Pablo mi interés, más que por las calidades de su nerviosa escritura (yo no sabía discernir esto entonces, es claro) y, después lo supe, renovadora desde muchos puntos de vista, por los temas que abordaba en sus escritos recogidos en Pluma en ristre, tanto en los narrativos como en los de carácter periodístico en que reflejaba experiencias personales a la vez que generacionales en las cárceles y en las luchas bajo el machadato y problemáticas acuciantes y a veces extremadamente terribles de los instantes posteriores a la caída del sanguinario tirano, pero sobre todo por sus testimonios — crónicas y cartas— desde la España conmocionada por una Guerra Civil de hondas repercusiones para el futuro de la Humanidad, en la cual se puso sin vacilación alguna —¿era de dudar?— del lado de los buenos, que son a la larga los que triunfan, como se dice habitualmente, aunque él cayera sin comprobarlo, ni en Cuba ni en España.

Después, vendrían otros encuentros con la obra de Pablo y con trabajos sobre la misma y, sobre todo, con su ejemplar vida de luchador en tantos frentes, que es casi decir lo mismo por la casi indisoluble unión que en su caso tienen ambas, vida y obra. Finalmente, lec-

turas más cuidadosas (relecturas en ocasiones) durante los estudios universitarios y, ya más tarde, en el ejercicio de la profesión de investigador sobre literatura cubana, interesado de modo especial en las publicaciones periódicas —tuve la oportunidad de conocer directamente colecciones de Ahora (ahora sí ya de casi imposible consulta por el deterioro, como podrá comprobarse en algunos de los textos suyos que por primera vez se reproducen en este libro y que aparecieron originalmente en dicho diario, el periódico de Pablo: «me rompieron el periódico» diría a Rafael Suárez Solís refiriéndose a Ahora¹) y Frente Único —la pequeña publicación que él hacía prácticamente solo en Nueva York en 1935 y 1936— sobre las cuales redacté sendos artículos para el Diccionario de la literatura cubana, pero al final se excluyeron por considerarse que no se trataba de publicaciones de interés literario o cultural en sentido estricto, aunque la parte específicamente literaria de la primera pude volcarla parcialmente en el artículo sobre «Suplementos literarios» para la referida obra— y la etapa vanguardista de nuestra literatura en que todo el quehacer creativo de Pablo se inscribe por derecho propio como uno de los ejemplos paradigmáticos. Y el adjetivo creativo lo aplico a toda la producción por supuesto.

Por otra parte, la vida me deparó el privilegio de tener como compañero de trabajo, durante muchos años, mi buró junto al suyo, sus sabios consejos y a veces acres y mordaces comentarios, orientaciones y sugerencias siempre analizados por mí con suma atención no exenta de rebeldías y discrepancias ocasiona-

¹ Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 41. (Carta fechada el 11 de abril de 1935.) En lo adelante las referencias a esta obra se harán en el propio texto mediante la indicación, entre paréntesis, de las siglas CC seguidas de dos puntos y a continuación la(s) página(s) correspondiente(s).

les (nunca entibiadoras de una fraterna relación que se ha prolongado más allá de los muros de la institución a través del tiempo), a un familiar de Pablo que si bien no lo conoció personalmente, sí creció al amparo de bienhechores recuerdos y anécdotas: Enrique Sainz de la Torriente, el sobrino de la sapiente e inquieta Loló, con quien convivió Enrique hasta la muerte de esa prima de Pablo que se encargó de mantener viva su memoria junto a las hermanas de aquel e innumerables estudiosos y comentaristas, mucho de los cuales habían sido sus compañeros de luchas y desvelos en aquellos convulsos años de la década de 1920 y 1930. A Enrique le escuchaba a menudo comentarios sobre Pablo, o más bien sobre lo que de él contaban sus hermanas y su prima Loló, todas las cuales dejaron publicaciones al respecto, sobre todo la última. Recuerdo, en este contexto, la desazón que me produjo la lectura de Los ausentes, la novela de Teté Casuso, esposa de Pablo, cuando me pareció que aquello era más testimonio que novela y que, de ser así, Pablo quedaba muy mal parado en la narración. Por delicadeza nunca quise profundizar al respecto con el colega pariente de Pablo.

Luego vinieron, ¡oh maravilla de su desparpajantemente innato cubanismo en léxico y construcciones, de su acendrado sentido del humor, de su sinceridad a toda prueba!, sus fabulosas epístolas, recogidas por Víctor Casaus —uno de los más tenaces y prolíficos estudiosos y divulgadores de la obra de Pablo y promotor infatigable del mantenimiento de su memoria viva— en el volumen de Cartas cruzadas, que me leí, entre sonrisas, risas y hasta resonantes carcajadas en un académico hotel praguense y que regalé a una profesora universitaria local —la amiga Hedvika Vydrová— que planeaba un estudio comparativo entre Las aventuras del Soldado Desconocido cubano de Pablo y El buen soldado Shveik de su coterráneo Jaroslav Hašek (Para los conocedores del asunto y de mis aficiones

etílicas: estuve varias veces en la taberna U Kalicha en que se inicia esta última. Y no precisamente a comprar souvenirs.), que no sé si llegó a acometer y concluir, aunque sí conozco su estudio sobre Batey en Romanística Pragensia, uno de los escasos acercamientos académicos verdaderamente serios y profundos a la arista «literaria» de la producción de Pablo (anteriores, por supuesto, a los igualmente excelentes de mi amiga Denia García Ronda. ¡Cómo no iba a mencionarte, chica!).

Creo haberme leído toda la producción de Pablo recogida en libros, así como el grueso de lo que acerca de él se ha escrito (¡cuánta reiteración sobre los mismos tópicos!). He, incluso, localizado algún texto desconocido hasta el momento por los especialistas (no va aquí porque no se corresponde con el perfil editorial del volumen) en su obra (verdaderamente por azar, señores.) y hasta me parece haber detectado otros anónimos (ahora sí tras pesquisaje. Y tal vez dé fe de ello en estas páginas) y hasta uno muy temprano por cierto (el texto, no el momento en que lo descubrí), firmado con seudónimo (otra especialidad de la casa²), desconocido, pero para mí casi transparente anagrama de su nombre abreviado: P. de la Butut (y no digo más esta vez. Por ahora se quedan con la intriga, ¿saben?, pues no puedo despreciar información ni seguir llenando renglones con cuestiones ajenas a las que me han puesto a la máquina. ¡Qué dirá el editor que espera terriblemente ansioso por estas ya excesivamente demoradas cuartillas! ¡Y las que faltan! Ya incluso me ha amenazado con no incluir mi trabajo y colocar una nota a modo de epitafio que indique que en tal lugar del volumen debió aparecer mi prólogo. Y eso con nombres y apellidos. Para que quede para la Historia. ¡A correr!).

² Véase Jorge Domingo Cuadriello y Ricardo L. Hernández Otero, *Nuevo diccionario cubano de seudónimos*, Argentona, Barcelona, España, Roges Llibres, 2000.

Y hete aquí entonces que ahora, con este amplísimo bagaje biográfico y bibliográfico activo y pasivo sobre Pablo, con mis acumulados, hondos y fructíferos pesquisajes de años sobre su época y los personajes negativos a los que él rodeó, cercó, denunció con vehemencia y coraje y valor (Castells, Machado, Batista, donde quiera que se encuentren ahora, ¿lo recuerdan?) y los positivos (al menos temporalmente en aquellos años, en algunos casos) a quienes acompañó en comunidad de intereses y aspiraciones, debo enfrentar el encargo de prologar, o presentar siquiera (¡y qué demonios he estado haciendo hasta esta línea! ¡parece que soplar botellas, para usar un eufemismo!) a los presuntos lectores, un amalgamado conjunto de escritos periodísticos suyos —crónicas, reportajes, artículos— en cuya selección y ordenamiento no he tenido absolutamente nada que ver. ¿Qué hago entonces?, en esta primera ocasión en que se me brinda la oportunidad —bien que por encargo, no por iniciativa personal o cuentapropismo, para usar un término más a la moda— de escribir sobre Pablo? No lo sé, al menos todavía. Veremos qué sale en el (los) capitulillo(S) siguiente(s). NOTA (que tiene que ir y no al pie, amigo EDITOR): Aquí comenzaba ese capitulillo, pero en el proceso de escritura fue modificado el esquema de redacción inicialmente previsto. Por tanto, como no voy a desperdiciar ningún probable aporte de mi cacumen, siguiendo el procedimiento ya empleado en otra parte de este primero (y porque en el segundo no cabría por el cambio de tono expositivo para darle un poco de seriedad y rigor a este prólogo) reproduzco, sangrado, lo que bajo el título «Crónica de las pesquisas para un prólogo encargado» tenía ya redactado para el que iba a ser el segundo y ahora quedaría eliminado si no se me hubiese ocurrido este ardid:

Debo confesar que, a pesar de todo lo que comenté en el capitulillo (o capitulón de novelón, como quieran, no voy a ponerme bravo) precedente, me ha costado (me cuesta aún y me costará hasta el final) mucho trabajo hallar el filón por donde entrarle con fortuna —desde mi personal punto de vista, pues para algo soy el autor— el asunto que me (nos) ocupa. Resulta que aun cuando la personalidad y la obra de Pablo me han atraído desde siempre (desde la más tierna infancia podría decir, pero suena un poco cursi) —creo haber demostrado (aunque para ello haya tenido que emplear más espacio del que el editor de seguro estará dispuesto a aceptar). Al menos le confieso que esa ha sido mi verdadera y sana intención (Emilio, ¿esto lo pagan por cuartillas o como totalidad? No es por nada; sólo por saber.) Si no, les ruego pasar por la Editorial para que les devuelvan el importe correspondiente al prólogo, porque supongo que al menos se quedarán con la parte del volumen con los textos de Pablo (algunos de ellos recogidos en libro por vez primera, de verdad. Recuerden el lamentable estado de las colecciones de *Ahora*; no es mentira lo que les dije.) ¡que estamos en su centenario, señores! ¡Que no se diga!— tengo por costumbre buscarle las cuatro patas al gato, o sea, encontrar elementos novedosos, no sólo por no reincidir en esa fea costumbre de quienes ejercen habitualmente la labor de prologuistas (hay honrosas excepciones que como se sabe, confirman la regla) de reiterar hechos e ideas ya sabidos por todos, o casi todos (pareciera que esta característica forma parte del calificador de cargos correspondiente) los que van a acercarse a la obra en cuestión (más en el caso de Pablo, en que se ha tendido a enfatizar en aspectos de su vida y su actuar político- revolucionario e internacionalista, soslayando otras facetas de investigación y análisis que han quedado huérfanas, o casi, de la atención especializada que requiere).

Y sin más preámbulos, pasamos al capitulillo siguiente.

2. «Yo estoy obsesionado contigo y *El Mundo* es testigo...» inicial solamente: Pablo y el (los) presidio(s) en Cuba bajo el machadato

No era un desconocido Pablo cuando fue detenido por primera vez el 3 de enero de 1931, ni para el movimiento político de oposición a la dictadura de Machado. Ni para el ambiente periodístico, ni para la vida literaria nacional. Comencemos a explicarnos en orden inverso. Ya en 1930 había alcanzado cierto renombre literario con la publicación del volumen de cuentos Batey —escrito a cuatro manos con su amigo Gonzalo Mazas Garbayo—, en el cual debieron impresionar a los lectores, en lo que respecta a la parte correspondiente a Pablo (la que ha sido motivo de exégesis diversas desde entonces), la ineditéz de algunos temas y enfoques (en nuestro medio, se entiende), el desenfadado tono y estilo de su escritura, el sentido del humor que destilaban sus narraciones (puesto de manifiesto, además, en su «Autopresentación» del propio libro), la utilización de un léxico acorde con las renovaciones que venía experimentando nuestra literatura desde hacía algunos años, pero que en la narrativa no había alcanzado aún frutos tan elocuentes como los que se mostraban en sus cuentos, entre otros aspectos que han hecho que se le considere como uno de los paradigmas de la renovación ideológica del cuento en Cuba en su etapa inicial. Ese mismo año había obtenido también algún renombre en los medios periodísticos por una crónica sobre los Juegos Deportivos Centroamericanos que tuvieron por sede a la capital del país y que fue publicada en la sólida Revista de La Habana, a la que siguió inmediatamente otra sobre similar acontecimiento en Archivos del Folklore Cubano, y más tarde, sus primeras colaboraciones de contenido político en Alma Mater, en las que se anuncia la vía testimonial, crítica, denunciadora, que tomara su

producción periodística en breve. Y a fines de septiembre y comienzos de octubre del año en cuestión había inscrito su nombre en la lista de opositores activos al machadato, desde las filas del estudiantado universitario, al participar en la manifestación de protesta en que cayera asesinado Rafael Trejo y él mismo se viera duramente golpeado, herido, lo que le costó varios días de ingreso hospitalario y muchos de reposo después, y desde donde su inquisitiva mirada fue captando y grabando cual una cámara cinematográfica oculta, hechos, detalles, personajes, actitudes que le servirían para esas primeras colaboraciones en Alma Mater —una de ellas la más fiel versión de los sucesos del 30 de septiembre de 1930— y para otras posteriores como «Las mujeres contra Machado», incluida en este volumen, pero a la que nos referiremos en otra parte de este prólogo. De ahí en adelante, sin abandonar su creación narrativa ni sus incursiones en un periodismo sobre temas no vinculados directamente con aspectos de la actualidad y la política nacionales, esta última lo absorbe casi por completo y tiñe su quehacer en esta vertiente de su producción, la más prolífera en su obra. Vida y obra, a partir de entonces, se unen indisolublemente en la lucha por un futuro mejor para su país y para la humanidad.

Como decíamos al inicio, el 3 de enero cae preso por primera vez y comienza entonces su peregrinar (en esta y otras ocasiones hasta 1933) por diversos recintos penitenciarios cubanos de aquella época: el Castillo del Príncipe, la Fortaleza de La Cabaña, la Cárcel de Nueva Gerona, ¡el Presidio Modelo de Isla de Pinos! El Presidio, cualquier presidio, no uno en particular, se le volverá obsesión, tanto en su vertiente política (la que directamente experimentó en carne propia) como en la del recluso común (que conoció de cerca y estudió con la propia ayuda de presos con quienes debió compartir a veces o a quienes se acercaba, y no sólo en busca de

informaciones para fundamentar mejor y más amplia manera sus denuncias futuras). Nadie como él se adentró tan a fondo en aquella «fauna» infrahumana que malvivía en las prisiones cubanas bajo los horrores del machadato y aún después; nadie como él comprendió tan cabalmente los resortes psicológicos que habían llevado a aquellos seres al delito ni la intrínquilis de las relaciones interpersonales en aquellos lugares; nadie como él realizó denuncias tan vívidas y corajudas sobre los atropellos sufridos por los reclusos, sobre las privaciones a que se veían injustamente sometidos, sobre el régimen de terror que imperaba al amparo de las autoridades (las más de las veces instaurado por ellas mismas para atemorizar y reprimir a los reclusos, echándolos a pelear, a vigilarse unos a otros, a delatarse); nadie como él escribió sobre estas cuestiones cuando el régimen gozaba aún de aparente buena salud, pero era ya combatido enérgicamente por diversos sectores sociales, cada uno desde sus particulares perspectivas de clase, objetivos y metas finales, bien diferentes unos de otros, pero unidos a veces en alianzas estratégicas temporales; nadie como él, tampoco, consideró concluida su labor con la caída del dictador, sino que arremetió entonces, acaso con más fuerza y tesón que antes, contra aquellas duras realidades que sobrevivían al régimen porque eran parte consustancial del sistema que lo había prohiado y buscaba sobrevivir en las nuevas condiciones que tanto prometían; nadie como él acusó, acosó, entrevistó, mostró claramente lo que era necesario poner a la vista de todos para alertar al resto de la sociedad y empujarla a la lucha por conseguir una libertad verdadera que diera al ser humano el lugar que le correspondía si aspirábamos a que todos fuesen iguales; nadie como él, entonces, acaso también, comprendió las verdaderas raíces de los males que combatía y la necesidad de erradicarlos de cuajo si de veras se anhelaba una sociedad diferente, otro sistema social más justo.

Jamás clamó por venganza, sino que siempre exigió justicia.

Muestra inicial de su quehacer en este sentido fueron sus reportajes en la serie que tituló «105 días preso» y que logró publicar en el diario El Mundo. No fue él, sin embargo, como se ha reiterado, el primero que divulgó las experiencias de aquel grupo numeroso y heterogéneo, mayormente integrado por jóvenes estudiantes, de opositores al régimen, que sufrió prisión entre comienzos de enero y mediados de abril de 1931, al que se fueron uniendo otros que llegaron después por diversas causas. Las dimensiones alcanzadas por su figura y la crudeza y calidad de sus reportajes (y más tarde de su magistral y a la vez patético Presidio Modelo) han hecho olvidar algo que el propio Pablo se encargó de dejar escrito en «105 días presos»: el joven Francisco Masiques, que compartió aquellas experiencias, que estuvo también en el Príncipe e Isla de Pinos en ese lapso, dio a conocer, al día siguiente (o el mismo día tal vez) a la salida de todos del presidio, su trabajo «Notas de un deportado a Isla de Pinos», cuya conclusión fechó en el Castillo del Príncipe el 17 de abril y que se publicó en el Diario de la Marina del día siguiente (pp. 1, 10). En la propia primera página donde se inicia el trabajo de Masiques (conocido en el ambiente literario por su seudónimo Nicolás Gamolín, o Gamolín a secas) aparecen fotos de Pablo con su saco al hombro, de Raúl Roa con su madre y hermana, de Aureliano Sánchez Arango con su madre y su abogado, del público (más de 200 personas entre familiares, amigos y compañeros) que esperó durante horas a que los estudiantes fueran puestos en libertad. Además, figura otra de Marinello que acompaña a declaraciones suyas sobre conciliación nacional. La foto de Masiques, sin embargo, dada su menor relevancia en comparación con los mencionados, hay que buscarla en la página 10, donde se le ve junto a su hermano Felipe, también entre los libertados.

No es nuestro objeto desmerecer la labor de Pablo, quitarle una primacía numérica que él mismo se encargó de dejar implícitamente establecida, reivindicar a Masiques (por cierto destacado participante en actividades políticas entonces y también en las literarias, minorista, integrante del grupo de la revista de vanguardia de tendencia aprista atuei (1927-1928), colaborador de Social y del Suplemento literario del Diario de la Marina en sus momentos de mayor esplendor bajo la dirección de José Antonio Fernández de Castro), sino sólo dejar fijada una verdad histórica que hasta los más acuciosos investigadores de la etapa, el asunto y la figura que nos ocupa centralmente, no han reconocido, al menos públicamente.³ ¿Qué necesidad tiene Pablo de que se le otorgue una primacía numérica cuando tiene sobradamente ganada la que le otorga la inobjetablemente superior calidad, desde todo punto de vista, de su testimonio sobre aquellos hechos? El trabajo de Masiques no deja de resultar interesante a los efectos del cotejo con el de Pablo, como forma de ratificar o precisar sus informaciones y apreciaciones sobre ciertas cuestiones, o de ponerlas en duda en alguna otra: las coincidencias como es de suponer, saltan a la vista, al igual que las diferencias. Masiques no alcanza el poder descriptivo o narrativo de Pablo; es su trabajo algo así como un esquema donde se apuntan aspectos para un posterior desarrollo que la premura con que escribe y el espacio que sabe o supone dispondrá en el «Decano» no le permiten acometer. Sus pretensiones, por supuesto, tampoco son las de Pablo; él no intenta tanto denunciar como rememorar y dejar constancia de aquellos acontecimientos vividos. ¿Sabía Masiques que

³ En su abarcadora, a la vez que enjundiosa obra *La revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993) Ana Cairo no lo menciona, ni siquiera como antecedente o curiosidad histórica.

Pablo escribiría su denuncia? ¿La tenía ya Pablo conveniada con El Mundo? ¿Intentaría Masiques «dar el palo periodístico» en un órgano donde era ya conocido y debió por ello atenuar sus comentarios para que fuese aceptado su trabajo? ¡Cuántas interrogantes vienen a la mente y no encuentran respuesta! No parece, sin embargo, —dado el caso de que, conocedor Masiques de que Pablo trabajaba ya en su serie, se le adelantase ex profeso (y nada menos que en el Diario de la Marina)— que Pablo se molestara por ello. De ser así no lo hubiese recordado en el capítulo final de su serie, cuando habla de la puesta en libertad de todos.⁴

Con «105 días preso», que se ha republicado en varias oportunidades y que, como se sabe, tuvo notable repercusión e incluso su contrapartida en la serie Rafael García Bárcenas «105 días huyendo», aparecida igualmente en El Mundo, se acerca Pablo por primera vez a uno de los temas fundamentales, diría que obsesivo, en su producción periodística y testimonial. Ello es lógico si se piensa que lo peor al respecto estaba por ocurrirle: apenas dos meses después de concluida la publicación de aquella serie sobre el tema, está nuevamente en prisión, que se prolonga hasta los primeros meses de 1933 y que le dará nuevas experiencias y nuevos conocimientos, mucho más terribles y aleccionadores ahora (y no sólo en lo personal), para acometer una segunda serie, «La Isla de los 500 asesinatos», base para su obra fundamental al respecto: Presido Modelo, que demoró muchos años en ver la luz pública íntegramente. En el lapso posterior a la caída de Machado, una vez que regresa del exilio, abordará otras cuestiones relacionadas con las prisiones, los presos, los carceleros, la justicia, en varias oportunidades, como pue-

⁴ Tal vez hubiera resultado interesante para un lector actual haber visto reproducido en este libro ese olvidado primer testimonio sobre aquellos «ciento cinco días» y cotejarlo con el más elaborado de Pablo.

de seguirse a través de su bibliografía activa compilada por Diana Abad.⁵ Asimismo, dará a conocer «La Isla de los 500 asesinatos» y capítulos de Presidio Modelo. Luego, en su segundo exilio, realizará innúmeros esfuerzos para ver publicado Presidio Modelo, esfuerzos que pueden seguirse a través del volumen de Cartas cruzadas. No ha sido nuestro objetivo en este capitulillo hacer un análisis a fondo de esta problemática (ya bastante abordada por quienes se han acercado a su obra en general), sino sólo enmarcarla en el conjunto de la producción de Pablo y destacar la fijación que la misma alcanzó en su mente y en su acción vital y creativa, todo ello con la intención de que quienes se acerquen ahora a ella, de nuevo o por primera vez, a través de este volumen puedan aquilatar mejor sus valores testimoniales y los contextos en que surgió.

3. ¿Y ahora?: Ahora, el periódico de la Revolución, digo mejor el periódico de Pablo

Y digo mejor, porque Ahora ha quedado en la historia de la prensa de Cuba gracias a la presencia activa de Pablo en sus páginas. Y digo mejor, además, porque Ahora fue la publicación que más trabajos suyos acogió: reportajes, algunos de ellos en serie, artículos informativos o valorativos sobre diversa cuestiones de candente actualidad en aquel breve momento de su trayectoria, comentarios sobre literatura y arte, denuncias a cuanto del machadato pervivía o intentaba pervivir en aquella Revolución que finalmente «se fue a bolina», como definiría aguda y certeramente su entrañable amigo Raúl Roa. En la más completa bibliografía activa de Pablo, debida a Diana Abad (que ya citamos)

⁵ Diana Abad, «Pablo de la Torriente Brau: bibliografía activa», *Universidad de La Habana*, número especial 206, abril-diciembre, 1977, pp. 157-194.

y que ampliaba la incluida en Pablo. Páginas escogidas⁶ (¿de la propia Abad?), se recogen 130 textos suyos entre enero de 1934 y febrero de 1935, y de ellos 126 corresponden a Ahora, donde según la propia Abad se desempeñó primero como colaborador (al comenzar a publicar el 8 de enero de 1934 su serie «La Isla de los 500 asesinatos» —antecedente de Presidio Modelo, algunos de cuyos capítulos aparecerían en el propio diario posteriormente. ¡Oh! De nuevo el bolero obsesivo: «No habrá una barrera en el mundo que mi amor profundo no rompa por ti») y desde el 3 de abril del mismo año como periodista. Antes de introducirnos en una caracterización somera de Ahora conviene detenerse en lo siguiente, que planteo sólo como pregunta pues no poseo respuesta al respecto en estos momentos: ¿Dónde estaba y qué hacía Pablo de la Torriente Brau entre el 25 de febrero y el 7 de abril de 1934, fecha que cierran y vuelven a abrir, respectivamente, su presencia en Ahora y en cualesquiera otras publicaciones, excepción hecha del artículo «Una de las páginas más sangrientas del terror en Cuba (Para aplastar la valiente lucha del “SNOIA” —léase, aclaramos para lectores inadvertidos, Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera— matan a mansalva a los obreros)», que vio la luz en Confederación (17 de marzo). Esta es la interesante interrogante que debe servir de acicate a investigadores de su vida y de su obra y sobre la que volveremos en el capítulillo siguiente. Y retornemos al punto en que estábamos. Como ya expresé en otra parte de estas notas, tuve la oportunidad de revisar, hace ya casi un cuarto de siglo, la colección de Ahora (la existente en el Instituto de Literatura y Lingüística, que como es conocido atesora los fondos de la bicentenario biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País,

⁶ «Bibliografía activa», en *Pablo. Páginas escogidas*, La Habana, Universidad de La Habana, 1973, pp. 431-444.

hoy otra vez en activo y muy renovada: hasta mujeres integran su membresía y, más aún, su directiva) con vistas a redactar un artículo para el entonces en proceso de elaboración Diccionario de la literatura cubana. El artículo fue terminado, pero a última hora se desestimó su inclusión por considerarse que versaba sobre una publicación no específicamente literaria o cultural, aunque tantos textos de tales orientaciones hubiesen hallado abrigo en sus páginas. Ahora tengo la satisfacción de dar uso de aquel añejo trabajo al ofrecérselo a los lectores, en transcripción textual, aunque reconozco que si tuviese que redactarlo de nuevo le añadiría algunas cosas. Aquí va (y téngase en cuenta que responde a normas de la obra a que se destinaba y que se encuentra en una primera redacción que después habría de ser ligeramente modificada para atemperarlo al conjunto del que formaría parte):

Ahora (La Habana, 1931; 1933-1935). Diario de noticias. Comenzó a salir el 20 de enero de 1931. En el «Contrato de sociedad» aparecido en este primer número se expresaba lo siguiente: «Los que suscriben, empleados del periódico *El Mundo* hasta el día de su clausura y desde ese momento suspensos de empleo y sueldo por la empresa editora del mismo, convienen en constituir una sociedad civil particular con el propósito de editar un periódico... aportando cada uno de los socios el trabajo personal que se le asigna dentro de la empresa». A continuación aparecía una extensa relación de firmantes en la que se destacaban los nombres de José Z. Tallet, José Manuel Valdés Rodríguez, Mario Kuchilán, Miguel A. de Marcos y Félix Callejas [Tal vez hoy añadiría algún otro nombre que entonces desconociera.] Como director figuraba Guillermo Martínez Márquez, responsable además de la redacción dentro del consejo de dirección. La administración estaba a cargo de Santiago González. En su interior se leía que era editado por la «Empresa periodística *Ahora*, integrada por los doscientos redactores, repórters, empleados y obreros del periódico *El Mundo*». Solamente

se publicaron diez números, el último con fecha 29 de enero de 1931. Durante esta etapa los artículos firmados aparecían en la página 2, de la que fueron redactores o colaboradores, entre otros, Miguel de Marcos, José Manuel Valdés Rodríguez, *Billiken* (seud. de Félix Callejas), Juan Luis Martín, Pedro Alejandro López y Andrés Núñez Olano. Al ser derrocado Machado reapareció en su segunda etapa, continuando la numeración de la anterior, el 9 de octubre de 1933 (número 11). Salía entonces como «Diario de noticias» y en su interior se expresa que era «editado por todo el personal de redacción, administración y talleres del periódico *El Mundo*, bajo los auspicios del la Unión Sindical de Artes Gráficas». Como director seguía fungiendo Guillermo Martínez Márquez, quien compartía la responsabilidad del consejo de redacción con José Z. Tallet. La administración continuaba a cargo de Santiago González, pero a partir del 29 de noviembre de 1933 (segunda época, número 51) pasó a ocuparla Isidro A. Mederos. En diciembre de 1933 comienza a editar un magazine en el que, según señalaban, aparecerían «cuentos, informes especiales de gran interés, deportes, pasatiempos y cosas de chiquillos en las páginas infantiles, amén de los muñequitos imprescindibles». En febrero de 1934 tenía sus talleres en Aguacate 59. Durante esta época los artículos fundamentales de sus redactores y colaboradores eran publicados, junto a los editoriales, en la página 4, aunque hacia el final de su salida pasaron a la 2. Desde el 25 de febrero de 1934 (año 2, número 145) comenzó a editar una «Sección dominical. Literatura, arte, ciencia, historia, comentarios, cine, deportes». En las páginas interiores de esta sección se leía siempre «Magazine dominical». A partir del 27 de junio de 1934 (año 2, número 258) su subtítulo se transforma en «El Periódico de la Revolución». Este cambio aparece explicado en el editorial «El Periódico y la Revolución» (p. 4) en el que expresan que «*Ahora* quiere hacer ostentación de ese título. Para ello le basta exhibir toda su historia. Nació en plena revolución, en los días de mayor efervescencia revolucionaria, y hasta nació para eso mismo y de una manera inequívoca dentro del ejercicio profesional... En mayor o menor escala, se ha “metido” con todos los gobiernos y con todos los gobernantes posteriores a Machado... *Ahora* no

sistematiza nada, como no sea el estar al servicio de las necesidades nacionales y populares». Desde septiembre de 1934 deja de salir los lunes de acuerdo con una nueva ley que concedía el descanso dominical a los periodistas. En la madrugada del 7 de octubre de 1934 un incendio (según parece intencional) destruyó totalmente los talleres y maquinarias en que se editaba (propiedad de los impresores Molina y compañía), lo que provocó la suspensión de la salida el día 9; pero al reaparecer el 10 lo hizo con mayor número de páginas. En este mismo mes su director fue procesado junto a Sergio Carbó, acusados de «incitación al ejército» con motivo de la publicación, en la edición de *Ahora* correspondiente al 4 de octubre, del artículo de Carbó «El gobierno cree que todavía tiene las bayonetas, pero aun en eso se equivoca». A partir del 7 de noviembre de 1934 (año 2, número 377) comienzan a publicar, en «folletín encuadernable», los «Nuevos papeles de José Martí», de Arturo R. Carricarte, y desde el día 16 del mismo mes y año (número 385) sale en sus páginas, a razón de un capítulo diario, la serie de artículos de Pablo de la Torriente Brau sobre las luchas del Realengo 18, bajo el título «¡Tierra o sangre!» [Todavía la imagen de Pablo enfrascado en denunciar estos atropellos parecía prevalecer sobre el autor de la nota, en detrimento de sus textos referidos al presidio que habían ocupado espacio en *Ahora* antes: «La Isla de los 500 asesinatos».] En las páginas de *Ahora* se publicaron, además de todas las secciones propias de un diario de información general, numerosos artículos de contenido político, económico, histórico y social, así como trabajos de crítica e historia literarias, cuentos y poesías, muchos de los cuales veían la luz en el suplemento dominical. Entre sus colaboradores y redactores se destacan, por su más constante aporte, José Manuel Valdés Rodríguez, Pablo de la Torriente Brau, Arturo R. de Carricarte, Rafael Suárez Solís, *Billiken* (seud. de Félix Callejas), Andrés Núñez Olano, Emilio Roig de Leuchsenring, Raúl Roa, Juan Marinello, Enrique Serpa, Mariblanca Sabas Alomá, Ofelia Domínguez Navarro, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Caamaño de Cárdenas, Sergio Carbó, Ángel I. Augier, Gonzalo de Quesada y Miranda, Jorge Mañach, Gerardo del Valle, Héctor Poveda, Jaime Suárez Silva, Oscar de la Torre, René Reyna Cossío y

Carlos Enríquez. En el último número encontrado (año 3, número 477), correspondiente al 7 de marzo de 1935, aparece un artículo titulado «Prensa libre y prensa machadista» (p. 1) donde señalaba que el gobierno provisional amenazaba con implantar «la censura previa a la prensa y a las estaciones radioemisoras», por lo que *Ahora*, que «ha advertido repetidamente que no aceptaría nunca esta clase de medidas», cerraría sus puertas al primer amago de censura «como su última protesta contra el provisionalato incapaz que nos usufructúa y desgobierna.»

Pero esta que han leído no es más —se han omitido las referencias a bibliografía sobre el periódico⁷—, a fin de cuentas, que una mirada desde fuera y en una etapa formativa de quien la escribió. Más interesantes pueden resultar de seguro, para una mejor comprensión de la importancia entonces del periódico y de la presencia de Pablo en su staff redaccional, palabras de su director Guillermo Martínez Márquez —quien había sido miembro activo del Grupo Minorista, cuya «Declaración» de 1927 suscribió—, muy amigo del autor de Presidio Modelo, en la extensa «Semblanza de Pablo» inserta en la edición primera de Pluma en ristre:⁸

Ahora es un periódico revolucionario, que refleja y trata de orientar la anarquía callejera. Para no perder su vigencia

⁷ La más interesante de las cuales puede considerarse la titulada «El periódico de la revolución», debida a Horacio Sánchez Irjuela y aparecida en la revista de Güines *Síntesis* (año 1, no. 16, 1º de octubre de 1934, pp. 3-4.

⁸ Guillermo Martínez Márquez, «Semblanza de Pablo», en Pablo de la Torriente Brau, *Pluma en ristre*, La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1949 [Grandes Periodistas Cubanos, 8], pp. XVII-LXIII. En las citas tomadas de este trabajo indicamos en el texto solamente, entre paréntesis, la(s) página(s) correspondiente(s).

Un extenso fragmento de este trabajo fue incluido en *Evocación de Pablo*. Compilación de Raysa Portal y prólogo de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997, y en *Pablo: 100 años después*. Prólogo de Víctor Casaus, La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001. (*N. del E.*)

profesional y proletaria, los periodistas y obreros de *El Mundo* —unos trescientos en total—, realizan un esfuerzo sobrehumano. De la nada, hacen un diario. Para el primer número, montones de periódicos viejos, bien amarrados, a fin de que el viento no los vuele, se convierten en mesas. Algunos redactores han traído sus máquinas de escribir. Las que faltan, se alquilan. Cada hombre realiza el trabajo de diez. Y el esfuerzo de los diez culmina con el trabajo de un aparato mecánico. Si no hay dinero, se busca. Y cuando sobran unos pesos, se reparten equitativamente.

Todo esto se realiza, bajo el estremecimiento de las explosiones de la calle, rodeados los reporteros y redactores de las comisiones que materialmente asaltan la casa para dejar constancia de sus protestas, en un ambiente de confusión indescriptible. Poco a poco, sin embargo, comienza a hacerse un verdadero vocero de opinión pública. Una tarde llegan las primeras máquinas de escribir compradas por la Cooperativa de Empleados y Obreros de *El Mundo*. Hay alegría infantil en los rostros de todos. A la siguiente aparece una auténtica mesa de dibujo. Falbello la estrena con media docena de caricaturas terribles. Y una mañana, el Jefe de Ventas da la noticia más sensacional de la temporada: «Hoy hemos tirado sesenta mil ejemplares. ¿Qué les parece?»

Ahora es, de acuerdo con el lema que se ha impuesto, «el periódico de la revolución». Los revolucionarios entran en su redacción como en la propia casa. Aconsejan, ayudan y, en ocasiones, estorban un poco. Después de todo, igual da. Allí no hay dinero, pero sobran entusiasmos. Eso es lo que importa en el momento. (LI-LII)

Explica seguidamente Martínez Márquez —en este vívido testimonio a ratos nostálgico— la forma tan espontánea en que Pablo, apenas llegado de visita a la redacción del diario, decidió que el lugar le gustaba, que iba a trabajar allí e inmediatamente comenzó a teclear. Y añade ideas sobre el diverso e intenso quehacer de Pablo en el periódico a partir de entonces, a la vez que intenta explicar lo inexplicable para él: cómo se había

formado el periodista de garra, intuición y maestría que era ya Pablo. Veamos sus palabras:

De la máquina comienzan a salir, a partir de los minutos que siguen, reportajes vivos, crónicas humorísticas, diálogos y frases punzantes para la cabeza y los pies de las caricaturas de actualidad, artículos vibrantes de rebeldía, biografías de hombres eminentes, conmemoraciones históricas, trabajos de divulgación científica, exploraciones notables, recuerdos escalofriantes de sus aventuras... Hace sueltos, tiene facilidad para esa prosa sintética e impresionista propia de los titulares, da ideas para los cartones humorísticos y redacta editoriales. ¿Dónde aprendió Pablo este trabajo periodístico, que realiza con maestría que muchos hombres bien preparados tardan años en llegar a dominar? No lo sé. Creo que nadie puede saberlo. Ni en el *Pica-Pica* que el tío Luis le enviara desde su San Juan natal, ni en el *Heraldo de la Habana*, que dirigiera don Félix cuando él era un muchacho, ni en *El Ateneísta* de los alumnos de los Colegios Internacionales de El Cristo, pudo aprender lo que no había en esas hojas impresas de otros tiempos. ¿En *El Mundo*? Bueno, la colaboración de Pablo en *El Mundo* se redujo a los doce artículos que aparecieron bajo el título «105 días preso». Doce artículos y un cheque de cien pesos. Eso fue todo lo de *El Mundo*. Después, Pablo volvió a la calle, a la revolución, a la cárcel de nuevo y al exilio. Si retornó a redacción del gran diario de Virtudes y Águila —yo no lo supe— debió haber sido para visitar a un camarada. Pero nada de perio-

⁹ A esta última afirmación de Martínez Márquez debe precisársele que al regresar del exilio en 1933, la primera colaboración conocida de Pablo apareció precisamente en *El Mundo*. Se trata de la titulada «Ejecutado el traidor Soler después de juzgado por los mismos a quienes entregaba» (5 de septiembre de 1933). Esto no contradice en principio la afirmación de Martínez Márquez, pero nos pareció oportuno anotarlo.

¹⁰ Aquí convendría acotar también que precisamente en un periódico titulado *El Veterano* había trabajado él muy joven aún, y que allí había desempeñado disímiles ocupaciones relacionadas directamente con la profesión.

dismo.⁹ Por eso resulta sorprendente verlo rendir —de día en día—, tareas netamente periodísticas sin la menor vacilación. Como un veterano.¹⁰ (LIII)

Traza a continuación las circunstancias y modos en que Pablo realizó su labor para Ahora:

En las páginas del libro [*Pluma en ristre*] que siguen a estas semblanzas apresuradas puede apreciarse la calidad de su labor. Debe agregarse que la realizó a la manera profesional: sobre los hechos recién ocurridos, sin prepararse para entrar en materia y entre las mil y una interrupciones propias de la redacción de un diario como *Ahora*, en una época como la que vivimos del diez de octubre de 1933 al ocho de marzo de 1935. Es decir, de la anarquía imperante durante el gobierno de Grau San Martín hasta el desplome de las esperanzas de un futuro mejor, nacidas a lo largo de una lucha heroica y sangrienta en las calles de La Habana y en los campos y ciudades del resto de la república. Concebir un artículo, ir a una biblioteca, copiar datos y más datos, encerrarse después en su casa, fumarse dos cajetillas de cigarros, consumir dos o tres tazas de café bien negro, protestar si alguien lo llama por teléfono, y al día siguiente, o al otro, llegar a la redacción con un artículo bien meditado y pulidito, puede ser la manera de trabajar de un escritor. Pero eso no es periodismo. Eso nada tiene que ver con el periodismo. (LIII-LIV)

Destaca, asimismo, la trascendencia del quehacer de Pablo en el órgano periodístico bajo su dirección, al que aquel entregó sus mejores afanes en tan agitados días:

Lo que Pablo rindió en *Ahora* —tecleando sin tiempo para revisarlo siquiera, bajo el apremio de la imprenta, entre interrupciones constantes—, es una gran labor periodística. Los lectores de *Pluma en ristre* [y los de este volumen, acotamos] podrán apreciar la calidad de la prosa, el interés humano del episodio, la realidad de los escenarios, la fuerza de los personajes. Nada más. La actualidad de la noticia —palpi-

tante, caliente—, al salir el periódico a la calle; esa sensación de sorpresa que inspira el reportaje o el artículo vivo; esa es una cuestión de la que sólo podrán hablar los que lo leyeron en las páginas de *Ahora*. De lo otro de la forma en que fueron redactadas, de eso puedo dar fe yo, y conmigo, sólo los que trabajaron con él en el «periódico de la revolución». (De la Revolución de 1933 y 1934, que fracasó —que fracasaron, periódico y revolución—, en la huelga de 1935). (LIV)

Y finalmente caracteriza Martínez Márquez lo peculiar de la faena periodística y revolucionaria de Pablo:

Conviene hacer resaltar, también, que Pablo hace un periodismo muy personal. Eso de que los periodistas jamás son noticia, no va con él. Muchas veces actúa como protagonista de un hecho, y luego lo reporta —sin mencionarse, claro está [o haciéndolo por qué no, si él lo hace así y no puede achacársele a ello a su afán de sobresalir, acotamos]—, con la mayor tranquilidad. Así llegan al periódico las vibrantes informaciones de las asambleas depuradoras del profesorado universitario, escritos por Pablo, después de haber colaborado personalmente, con Aureliano [Sánchez Arango] y demás depuradores, en la tormentosa reunión. Así llega a *Ahora* el reportaje sobre la muerte de Ivo Fernández, una dramática noche, en la que después, de dar al periódico, por teléfono, las primeras notas sobre el asesinato perpetrado en las faldas del Castillo del Príncipe, Pablo se sitúa junto a la cama de un tal Balmaseda —único superviviente de la tragedia—, para lograr de él un autógrafo acusador. (LV)

Aquí conviene detenerse siquiera brevemente en torno al asesinato de Ivo Fernández Sánchez, porque parece faltar en la bibliografía de Diana Abad algún texto de Pablo al respecto, aunque sea aparecido anónimamente, en las páginas de Ahora. Su bibliografía

¹¹ Puede leerse, bajo el título «Los estudiantes, conmocionados por los asesinatos del viernes, adoptaron importantes acuerdos», en *Pablo. Páginas escogidas*, op. cit., pp. 257-274.

fia salta del 29 de agosto al 2 de septiembre. El asesinato ocurrió el 31 de agosto. Y Martínez Márquez ha dicho que Pablo «dio al periódico, por teléfono, las primeras notas sobre el asesinato». Evidentemente, esas notas no son el reportaje, muy extenso,¹¹ que aparece en Ahora el 2 de septiembre, elaborado a partir de la repercusión de los hechos entre los estudiantes, y en el cual Pablo alude a «la doble versión dada exclusivamente por nosotros: la oficial y la del único testigo presencial» el día 1, a que la propuesta de «que la asamblea felicite al periódico Ahora y a Pablo de la Torriente Brau. Por haber ofrecido la única información imparcial de los sucesos, mereció los aplausos de la asamblea» y a que «A instancias de la asamblea, subí a la mesa de la presidencia para explicar a la asamblea los distintos detalles del crimen, varios de los cuales no pudieron darse a conocer en la edición de ayer de Ahora [subrayado nuestro], por falta de [sic] material de tiempo y por la necesidad de cumplir [...] con el deber de avisar a la familia de Ivo Fernández Sánchez, lo que nos llevó un tiempo que no esperábamos».¹² Desde nuestro punto de vista, de haber información sobre este suceso en el número de Ahora del 1 de septiembre, firmada o anónima, pero debida a Pablo. ¿Y cuántos materiales más de esta índole no habrá en el periódico que nos permitan explicarnos las ausencias temporales (a veces breves, a veces más dilatadas) de la firma de Pablo de sus páginas? Aún en el deplorable estado de las colecciones conocidas de Ahora en Cuba (¿Se habrá llevado Martínez Márquez alguna en buen estado para Estados Unidos? De ser así, ¿se conservará? ¿Dónde?) cualquier intento al respecto no debe ser desestimado si se aspira a que algún día logremos acercarnos lo más posible a la compilación de unas Obras completas de Pablo.

¹² *Ibid.*, p. 261

Como es de suponer, de un volumen de crónicas y reportajes de Pablo como este, los textos originalmente publicados en Ahora deben ser la mayoría, como en efecto ocurre. Igualmente mayoría son en este sentido los que se reúnen en libro o se republican por primera vez desde su inicial aparición en 1934 y 1935; así, los dedicados a La Habana, Chicola, Morón, Ciego de Ávila, Nuevitas y Jovellanos y el que trata sobre la «brava» (una entre tantas) de los Falla Gutiérrez. Los que versan sobre Santiago de Cuba, sin embargo, fueron rescatados de las páginas de Ahora y publicados en la revista de la Universidad de Oriente, Santiago, con breve presentación de Enrique López (oculto tras sus iniciales),¹³ quien en una nota al pie nos alerta, sin proponérselo tal vez y sin darse cuenta él mismo de la coincidencia, sobre otro posible trabajo anónimo de Pablo, no reconocido como suyo hasta este momento en que escribimos, pero en las páginas de Bohemia, al que aludiremos más adelante. Todos estos textos de Ahora que podrán leerse masivamente a partir de esta edición servirán a los lectores interesados en la obra de Pablo para acercarse a otras inquietudes de su quehacer periodístico, para verlo adentrarse en el interior del país con vista a sacar a relucir situaciones diversas que agobian a veces a poblaciones de relativa importancia o a otras de escaso relieve en la geografía nacional, pero todas las cuales requerían ayuda para resolver problemas acuciantes a los que sucesivos gobiernos no prestaban la debida atención. Pablo denuncia esos problemas, aporta posibles soluciones, exige respuestas. La cima de esos reportajes denunciadores aparecidos en las páginas de Ahora es la serie de las luchas de los campesinos del Realengo 18, a quienes se intentaba despojar

¹³ E[nrique] L[ópez], «Presentación», en Pablo de la Torriente Brau, «Santiago de Cuba», *Santiago*, no. 13-14, diciembre de 1973-marzo de 1974, pp. 311-313. (Los dos artículos de Pablo en las páginas 314-327.)

de sus tierras. Los textos de Pablo al respecto despertaron la solidaridad de muchos y dieron trascendencia histórica que hasta hoy llega a aquellas luchas y a algunos de los personajes que fueron figuras protagónicas de las mismas, como Lino Álvarez.

4. Pesquisajes en una añeja revista: tras las huellas de Pablo en *Bohemia* (un caso no cerrado)

Lo primero que me llamó la atención cuando recibí el dossier sobre el caso que nos ocupa —esta compilación de crónicas y reportajes de Pablo— fue que junto al título de su trabajo «Las mujeres contra Machado se señalara su aparición original en Bohemia (como se ha indicado desde la primera inserción en un libro suyo — Pluma en ristre, 1949— dado el comienzo del texto y se ofreciera, sin embargo, como posible fecha de publicación un impreciso «hacia 1933», dato que no aporta Pluma en ristre. Evidentemente era una incitación al pesquisaje al respecto, pues se hacía necesario —desde mi personal perspectiva investigadora en casos similares— despejar semejante incógnita. Y en ello puse mis mayores empeños. La lectura del trabajo no deja lugar a dudas, desde su mismo comienzo, de que fue escrito especialmente para esta importante revista cubana:

Bohemia quiere que ahora, cuando por todos los lados se están sacando a ventilar «los datos para la historia», como si hubiera el presentimiento unánime de que todo esto no va a terminar con el golpetazo final que la sangre derramada exige, se ponga a la vista del público la intimidad de la acción, desde algunos puntos formidables, que han desarrollado las mujeres en esta última faz de la lucha contra la tiranía de machado. Es, en último término, una mera cuestión de justicia, en cuyo cumplimiento me agrada sobremanera intervenir.¹⁴

¹⁴ Pablo de la Torriente Brau, *Pluma en ristre. op. cit.*, p. 81.

Asimismo el autor expresa, a continuación, algo que no sabemos si está referido al texto en cuestión o si alude a otros que le seguirían, de similares características denunciadoras, en la misma publicación:

Intentaré, pues, que pasen por las páginas de *Bohemia* la mayor cantidad posible de documentos vivos y haré públicas muchas cosas que no son generalmente conocidas, casi siempre por la circunstancia especial de haber ocurrido en momentos en que la prensa tenía suspendidas todas las actividades, y otras veces, porque la naturaleza de las mismas impedía de todas maneras su publicación.¹⁵

Nadie hasta el momento ha ofrecido luz al respecto. Diana Abad incluye este trabajo de Pablo en la parte final de su bibliografía donde ubica aquellos textos sin fecha y/o lugar de publicación conocidos en vida del autor (es seguro que debió peinar exhaustivamente algunas colecciones de Bohemia). Ante tales interrogantes fui primero a mis viejos apuntes personales de cuando realicé la revisión íntegra de Bohemia entre la salida de su primer número conocido (del 7 de mayo de 1910, año 1, número 1, y no de 1908, como desde 1928 señala la propia publicación sin ofrecer muestras de ello, pues cada vez que habla de su entrega inicial en 1908 presenta como evidencia la portada de mayo de 1910, diseñada por Antonio Rodríguez Morey su primer director artístico) y 1940 (en lo adelante debí hacer revisión más ligera y a saltos) para redactar su artículo para el Diccionario de la literatura cubana. En esos apuntes el nombre de Pablo aparece por primera vez en la relación de colaboradores de 1934. No obstante, como podría haber aparecido anónimamente o con algún seudónimo, decidí revisar de nuevo, esta vez rápidamente, la colección de la revista entre la caída de Machado el

¹⁵ *Ídem.*

12 de agosto de 1933 (aun cuando no es hasta casi un mes después que Pablo regresa de su exilio) y el momento en que debió marchar a su segundo exilio en Estados Unidos, a fines de marzo de 1935. El reportaje en cuestión no fue localizado, ni con su firma, ni de forma anónima ni bajo seudónimo. Si se encontraron otros trabajos anónimos en que el redactor queda oculto tras el nombre de la publicación, aun cuando, como en «Las mujeres contra Machado», la primera persona de un autor pueda mostrarse más o menos diáfana.

Debe tenerse en cuenta que de modo simultáneo a su primera etapa de Ahora, entonces en calidad de colaborador, a partir del 8 de enero de 1934, con el capítulo inicial de su serie «La Isla de los 500 asesinatos» en que se vuelve a su obsesivo tema del presidio, Pablo comienza su quehacer en Bohemia (14 de enero) con el artículo «La nueva actitud universitaria». Citamos seguidamente in extenso la nota anónima que lo presenta a los lectores y a la que acompaña una foto suya:

Pablo de la Torriente Brau es una de las figuras más simpáticas y prestigiosas del estudiantado nacional; es uno de los más salientes vástagos de esa juventud universitaria de recia envergadura intelectual, de espíritu viril e inquieto, avanzista y plena de ideal. No necesita este leader del «A la Izquierda Estudiantil» presentación alguna. El pueblo entero de Cuba conoce de sus gestos y de su contextura moral, puestos de manifiesto a través de los distintos años de Revolución, a pesar de la enconada persecución machadista y a despecho de las represiones y torturas impuestos por los secuaces del tirano.

Torriente Brau tiene, a partir de esta edición, un lugar en las páginas de *Bohemia*, en el que *cada semana* [Subrayado R. H. O.], el joven leader verterá un poco de savia nueva, de ese optimismo constructivo, de ese idealismo alto, que palpita en las filas de la grey estudiantil.

¹⁶ *Bohemia*, año 26, no. 2, 14 de enero de 1934, p. 32.

Al dar la bienvenida a Torriente Brau, felicitamos a los lectores de *Bohemia*, que deben estimar, en cuanto vale, la personalidad del joven escritor.¹⁶

Estas palabras, más que aclarar, confunden. Porque ¿dónde están, cuáles son esas páginas semanales de Pablo en Bohemia? La bibliografía de Abad sólo recoge, antes de la muerte de Pablo y después este trabajo inicial que citamos, su premiado «Guajiros en New York» (21 de junio de 1936). Después se conoció, a partir de unas cartas suyas a José Antonio Fernández de Castro (divulgadas por Siomara Sánchez¹⁷ y más tarde incorporadas a Cartas cruzadas) que en 1935 habían aparecido dos crónicas suyas en la publicación —«La “bolita” en New York» y «El “Normandie” no es francés...»¹⁸— pero firmadas con su seudónimo Carlos Rojas, el mismo que utilizaba entonces para su correspondencia en su agitado exilio neoyorquino y que continuaría empleando en España más tarde. Cabe preguntarse entonces, ante tal presentación de la revista Bohemia y ante la forma en que se inicia su artículo no publicado en ella «Las mujeres contra Machado», ¿son suyos todos (o al menos algunos de) los reportajes de similares contenidos, orientaciones y a veces estilo, aparecidos en la ya prestigiosa Bohemia en el lapso que media entre dicha presentación a los lectores el 4 de enero de 1934 y su precipitada nueva salida al exterior a fines de marzo de 1935 (o hasta un poco después, ya no siempre los trabajos aparecen de manera inmediata a la fecha en que se terminan y/o entregan para publicar) y en los que no se hace explícita la firma del

¹⁷ S[Siomara] S[ánchez], «Pablo de la Torriente Brau, contribución a su bibliografía», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, 3ª época, vol. XXII, no. 2, mayo-agosto de 1980, pp. 18-27. La nota de Siomara Sánchez en las páginas 17-18.

¹⁸ Véase *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, *op. cit.*, pp. 28-32 y 32-39, respectivamente.

autor sino que se asumen a nombre de la revista? O también, ¿algunos firmados con seudónimos aún no develados? La respuesta es difícil por el momento, pero hay que continuar indagando al respecto, sobre todo entre el 25 de febrero y el 7 de abril de 1934, cuando su firma desaparece temporalmente de *Ahora* y sólo se conoce un texto suyo publicado en *Confederación*, como ya se dijo. Puede argumentarse en contra de estas suposiciones que Pablo no habló o escribió acerca de su labor en Bohemia en ese lapso. Sólo hallamos una referencia personal suya a su quehacer en Bohemia que no remite a ninguna colaboración en concreto, hecha ya en su exilio en Nueva York, pero no puede precisarse si se refieren a su colaboración cuando se encontraba en Cuba o a la realizada desde Estados Unidos, o a ambas. En carta a Ricardo S. Freire (de Mendoza, Argentina) le expresa:

[...] Periodismo revolucionario en *Alma Mater* y *Línea*, órganos estudiantiles. Más tarde, trabajo regular en *Ahora*, diario y, esporádicamente en *Bohemia*, revista semanal [...]
(CC: 110. Fechada el 7 de julio de 1935)

Y esto es cuando han aparecido ya las dos precipitadas crónicas bajo el seudónimo Carlos Rojas.

Y me pregunto aún más: ¿puede alguien de quien se publicaron en vida sólo dos trabajos con su propio nombre en la revista motivar una nota en esta, a su muerte, como la siguiente: «Bohemia fue su tribuna predilecta, y en ella ha publicado sus mejores reportajes»? Y añadirse, además:

[...] Este triunfo del talento del inolvidable escritor es también un triunfo nuestro, porque Torriente Brau fue sobre

¹⁹ Véase «El Premio “Justo de Lara”. Merecido honor póstumo a Pablo de la Torriente Brau», *Bohemia*, año 29, no. 9, 28 de febrero de 1937, pp. 39, 47.

todo nuestro amigo, porque fue uno de nuestros colaboradores más ilustres y *más asiduos* [Subrayado de R. H. O.], y porque escogió las páginas de nuestra revista para publicar su brillante crónica.¹⁹

Más adelante volveremos sobre algunas de estas afirmaciones. Por ahora cabe afirmar que, en efecto, Pablo fue amigo de los escritores que ocupaban cargos de dirección en la revista (Ramón Rubiera, su jefe de redacción entre 1929 y 1960), que tuvo tratos en varias ocasiones con su director (Miguel Ángel Quevedo, hijo) y que expresó a su amigo Gonzalo Mazas Garbayo que la prefería a otras para sus trabajos. Parece que conviene hacer un recuento de las referencias a Bohemia en las Cartas cruzadas, sea a través de la de Pablo, sea mediante las remitidas por sus amigos, todas durante su segundo exilio, en busca de posibles pistas que aclaren más estas cuestiones.

En una secuencia cronología de exposición, lo primero que debe decirse es que entre el 14 de enero de 1934 (cuando Bohemia lo presenta y anuncia su colaboración semanal a partir de entonces) y su salida precipitada del país a fines de marzo de 1935, hay textos en la revista que pudieran atribuírsele tras un detenido análisis. Pero no vamos a detenernos en ello porque nuestra revisión, aunque exhaustiva, fue muy apresurada y no nos permitió la lectura atenta de esos posibles textos suyos, algo que queda pendiente para una nueva oportunidad personal o para cualquier otro investigador interesado en el asunto. Aquí sólo apuntamos la posibilidad y exhortamos a no dejarla en el olvido.

La primera referencia de interés sobre la publicación que ocupa nuestra atención aparece en la carta de Pablo a Luis Gómez Wangüemert (a la sazón en la revista Carteles) fechada el 9 de abril de 1935 y una de las primeras de él incluidas en Cartas cruzadas (aunque

de su lectura puede inferirse que hubo una anterior al propio Gómez Wangüemert). Tiene que ver con el trabajo sobre la bolita en Nueva York y pone en evidencia que en esos primeros momentos de su exilio Pablo «no prefería» a Bohemia, aunque ya la alude. Dice Pablo en esta carta:

Ya he conseguido suficientes datos para mandarte el artículo [obsérvese que dice *el* y no *un*, lo que supone un conocimiento previo del asunto por parte del destinatario] sobre la «bolita» que es el racket de moda en New York. Espero que te gustará. Te he hecho también otro artículo sobre el «Dyckman Oval», que ofrece una oportunidad magnífica a los atletas cubanos, particularmente los de color, y mucho te agradecería me lo publicaras, aunque no me consiguieras nada por él [...]. (CC: 37)

Y más adelante, después de otras consideraciones sobre ambos trabajos que irían finalmente a parar a Bohemia, ya que Carteles no les encontró espacio en sus páginas (aunque uno de ellos se lo pagó), y sobre la posibilidad de que Carteles le publicara cuentos, muchos escritos después de Batey, le escribe en la carta de referencia:

Nunca pensé que tuviera tan buen imaginación comercial. Pero lo cierto es que se me ocurren cosas que me asombran. Ahora, por ejemplo, estoy pensando en escribirle a [Ramón] Rubiera, si es que tú me informas si él está en *Bohemia*, para saber si allá puedo obtener algo más que deudas. ¿Qué te parece? (CC: 39)

No se recogen textos de o a Rubiera en Cartas cruzadas, aunque sí existen en ellas referencias a él. Esta última información de Pablo a Gómez Wangüemert puede entenderse como una manera «decente» de emplearlo para que diera espacio a sus textos en Carteles, pues

era bien conocida la existencia de cierta rivalidad entre ambas publicaciones, por demás con orientaciones temáticas y estéticas un tanto diferentes. No obstante esta argucia de Pablo, la gestión de Gómez Wangüemert no fructificó, como le informa este a aquel en carta del 23 de abril de 1935:

Ya Teté [Casuso] te habrá contado que [Alfredo T.] Quílez no aceptó tu artículo sobre la bolita, que era muy interesante. En cambio quiso el del «Dyckman Oval». Yo me hubiera quedado con los dos o, en todo caso, con el primero. Después me enteré que lo habían aceptado en *Bohemia* y deploré doblemente lo sucedido. Me duele perder la oportunidad de publicar algo interesante en beneficio de los competidores.

El artículo del «Dyckman Oval» saldrá en breve.

[...]

Manda cuentos de preferencia a artículos. Así saldrán con más facilidad. Pero insisto en que mucho ojo con los temas. (CC: 437)

¿Cómo llegó el artículo sobre la bolita a Bohemia? ¿Quién lo llevó? ¿Teté Casuso? No hay referencias al respecto en las Cartas cruzadas. Pero parece que la aceptación del trabajo por Bohemia llevó implícita otra decisión de la revista sobre la colaboración de Pablo en sus páginas, pues antes de recibir esta carta de Gómez Wangüemert, en una que envía él a Ben Ossa (fecha el 25 de abril de 1935) afirma lo siguiente, que de ser cierto (como suponemos, pues Pablo, que era un gran fabulador, no acostumbraba a decir mentiras ni gustaba darse ballyhoo) aporta un elemento de notable interés en nuestro pesquisaje sobre su presencia en Bohemia.

[...] *Bohemia*, de La Habana, me ha nombrado corresponsal literario aquí y no me viene mal el reunir varios carnets, por lo menos para identificarme con la policía [...]. (CC: 49)

Diez días después, el 5 de mayo, veía la luz en Bohemia «La “bolita” en New York» (pp. 16-17, 79-80). Y sin saberlo aún de seguro, al día siguiente, en una carta a Ramiro Valdés Daussá en que le habla de su quehacer periodístico juvenil en Nuevo Mundo como cronista de sports y de su labor en esta misma esfera en Revista de La Habana y Orbe, le pide que le consiga y remita los récords de Cuba y los logrados en las Olimpiadas Centroamericanas de San Salvador (a donde Ahora no quiso enviarlo). Al respecto le explica:

Te pido esto, porque aquí en lo absoluto se mencionó ese acontecimiento deportivo. Y tú verás, por el trabajo que voy a escribir para *Bohemia* en qué lugar ya estamos en los deportes. «Te instruiré sobre el particular»... Ocúpate de veras de esto, que me representa cinco pesos.(CC: 55)

¿Escribió el trabajo? Si lo hizo, ¿se publicó? Si se publicó ¿dónde y bajo qué nombre? Lamentablemente, cuando hicimos la nueva revisión de Bohemia aún no habíamos releído cuidadosamente las Cartas cruzadas en busca de estas referencias, y por tanto no trabajamos con la vista puesta en la localización de este posible texto suyo en Bohemia. Pero es probable que no lo haya enviado, pues en una carta escrita un mes después de la anterior y remitida a José Antonio Fernández de Castro no hace referencia alguna al respecto cuando le habla de su labor para Bohemia hasta el momento:

En *Bohemia* me han publicado una crónica, a nombre de Carlos Rojas, sobre la bolita en New York y ahora acabo de enviarle otra sobre la llegada del «Normandie», que fue un espectáculo extraordinario. Pero esta gente tú sabes bien cómo pagan, es decir cómo deben. Con todo, *son los únicos en Cuba capaces de ayudarlo a uno.* [Subrayado de R. H. O.] *Carteles* me pagó una crónica. Advertí que si la publicaban podría gestionar un empleo aquí y no la publicaron. (CC: 91. Fechada el 5 de junio de 1935)

Ese mismo mes verá la luz en Bohemia su otra crónica —«Desde New York. El “Normandie” no es francés...» (23 de junio de 1935, pp. 12-13, 51-53)— que tampoco sabemos cómo envió. Nuevas alusiones a Bohemia encontramos en sus cartas a Ricardo S. Freire (del 7 de julio de 1935, ya citada) y, otra vez, a Gómez Wangüemert (17 de agosto del propio año):

Raúl [Roa] me dijo que hace unos días recibió carta tuya y, aunque la mención que hacía a los pocos trabajos que he publicado en *Bohemia*—dos nada más—, según me contó, no era de reproche, creo, sin embargo, necesario el recordarte que lo primero que escribí te lo mandé a ti y, aunque obtuviste que lo pagaran, no se publicó. Esto último me perjudicó en alto grado, porque me imposibilitó poder obtener un trabajo en el Dyckman Oval.

Desde luego comprendí que nada tenías que ver con el asunto, pero me pareció elemental no enviar más nada y, hasta hubiera devuelto los cinco pesos del artículo, si hubiera dispuesto de ellos.

Quevedo se ha portado muy bien en esta ocasión [¿En otras no?, me pregunto] y me ha pedido que le mande más trabajos, pero la realidad es que lo que hago me impide trabajar con imaginación libre y escribo muy poco como no sea para nuestros asuntos [...]. (CC: 129)

A estas palabras de Pablo responde algo más de un mes después Gómez Wangüemert:

No tengo nada que reprocharte por el envío de tus artículos a otros periódicos. Tú nos diste a nosotros la oportunidad de adquirirlos y la rechazamos, de manera que estabas en tu derecho de disponer de ello en otra forma.

Últimamente hemos tenido graves problemas de espacio. Por esa razón no se publicó al artículo del DYCKMAN OVAL, aunque había interés en él. Dime si sigues interesado en la publicación, para hacer un esfuerzo por darlo enseguida. (CC: 467. Fechada el 23 de agosto de 1935)

Y aquí se corta el intercambio epistolar entre Pablo y Gómez Wangüemert (al menos a través de las Cartas cruzadas). A la vez terminan las referencias a Bohemia en este año 1935. A comienzos del siguiente vuelven a aparecer y vuelve Pablo al tema de la crónica sobre el Dyckman Oval, en una carta a su amigo Gonzalo Mazas Garbayo fechada el 2 de enero:

Te hago ahora unas simples líneas para adjuntarte una crónica cuya publicación me puede representar un trabajito para el verano. El año pasado *Carteles* me pagó una parecida y no la publicó, con lo que me fastidió en grande. Ve a *Bohemia*, pues, a la que de todas maneras siempre prefiero. [Subrayado de R. H.]

[...]

Espero que dentro de cuatro o cinco días te escribiré enviándote dos crónicas que sí me interesan y me gustan, a ver si me las publicas. (CC: 214)

Pablo parece referirse a su nueva crónica sobre el Dyckman Oval que tituló «Un Polo Ground cubano en New York» y que Víctor Casaus dio a conocer en 1989.²⁰ Al respecto habría que hacer algunas precisiones (o intentos de). Cuando Casaus habla de la primera de estas crónicas sobre el Dyckman Oval,²¹ expresa que a principios de 1936 envió otra similar a Bohemia y remite a la segunda. Cuando vamos a esta señala que se escribió el 1 de abril de 1936 y que fue enviada a Bohemia a través de Gonzalo Mazas. La crónica, en este libro, aparece fechada al final «1. 4. 936». Pero evidentemente la fecha debe corresponder a enero de 1936, pues en su carta a Gonzalo le dice que se la adjunta y aun cuando pudiera no tenerla terminada aún, es impensable que

²⁰ Véase Pablo de la Torriente Brau, *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, pp. 356-362.

²¹ *Ibid.*, pp. 314-318.

demorara hasta abril para concluirlo. Unos días después (en carta al mismo Gonzalo Mazas que comienza el 6 y termina el 11 de enero) le manifiesta:

Bien, como yo sé tú eres un estupendo agente literario [...] te voy a hacer el encargo de que lleves un par de crónicas más a Miguel Ángel. Él publicó ya dos más, pero *las últimas dos, que se remontan ya a tiempos casi inmemoriales, no aparecieron* [Subrayado de R. H. O.]. Por ello, a lo mejor se han perdido —pienso yo generosamente— y quiero que estas, de temas más justificables, no obtendrán reparos que les impidan «ver la luz pública». Todavía no están hechas, pero me hace mucha falta agenciarme esos diez pesos, te las enviaré enseguida. (CC: 218)

¿Cuáles pueden haber sido esas dos crónicas remitidas a Bohemia antes de esa fecha y que hasta entonces no habían aparecido en la revista y, al parecer, no aparecieron más adelante tampoco? Aquí hacemos un salto en la secuencia cronológica que venimos siguiendo para dar una mejor continuidad a lo planteado por Pablo en la precedente carta a Gonzalo Mazas, que este responde el 18 de febrero:

[...] No te contesté enseguida, porque estaba esperando las crónicas que me anunciabas para llevarlas a *Bohemia*. Viendo que no llegaban he pensado que acaso querías recibir mis noticias para saber si yo aceptaba servir de intermediario y estaba dispuesto a poner mi capacidad de dar bravas literarias para *que* paguen nuestras obras geniales, para conseguir *que* tus crónicas no fueran consideradas de «colaborador espontáneo».

Escribe y manda *que* estamos ganando. Pero me parece *que* lo *que* ha pasado es *que* te has dejado dominar por la pereza y no escribes, o *que* el frío te ha entumecido la máquina de pensar y se han agotado los temas. (CC: 529)

Como veremos más adelante, alguna de estas crónicas fue enviada por Pablo a Mazas. Pero volvamos a la se-

cuencia cronológica. En el lapso intermedio entre las dos cartas anteriores, se inicia el intercambio epistolar que permite seguir la pista ala génesis y elaboración del póstumamente laureado «Guajiros en New York». La idea, evidentemente, surge de Pablo, que parece haber quedado muy impresionado al visitar la exposición de Gattorno y decidió escribir una crónica sobre la misma para Bohemia. Dícele Gattorno, en carta del 14 de febrero de 1936:

Recogí en la Galería en que expongo unas líneas tuyas a propósito del artículo que piensas enviar a *Bohemia*. Podía enviarte algunos datos de los que me pides, pero creo que dentro de unos días tendré algo mejor que darte. Hasta ahora ha salido algo en los periódicos como en el *Times* y de personas importantes que han visitado la exposición podrían citarse algunos, pero espero que antes de que cierre la exposición habrá mejores cosas que convengan para tú artículo. Desde luego, si no es posible esperar, yo con mucho gusto te daré datos que tenga hasta ahora y escogeré algunas fotos buenas. (CC: 521)

Esta carta de Gattorno motiva una breve respuesta de Pablo (19 de enero), donde le expresa:

Estoy esperando las fotografías y los datos. La crónica puede hacerse al final de la exposición si quieres. (CC: 232)

Así como otra, también de corta extensión, de Gattorno, al parecer al ser retirada la exposición (fecha el 30 de enero):

Como habíamos quedado, respecto a mi exposición, podríamos vernos para darte las fotos y otros detalles. (CC: 528)

Si nos detenemos en estos breves intercambios epistolares no es sólo porque tienen que ver con un trabajo de Pablo para Bohemia, sino porque se trata de uno de

sus más conocidos y comentados textos anteriores a su muerte y porque motivará comentarios de la revista al obtener, póstumamente, el Justo de Lara, así como porque permiten seguir el proceso de uno de sus mejores trabajos periodísticos de temática artístico-literaria, desde su génesis hasta un tiempo después de su publicación original en la revista. Volveremos sobre él.

Nuevamente Bohemia hace acto de presencia en las Cartas cruzadas, cuando en la fechada el 7 de abril de 1936 Gonzalo Mazas le escribe a Pablo:

Ayer vi a Miguel Ángel y le entregué la crónica. Me dijo que ya otra vez te publicaron cosas y que tiene mucho gusto en seguir haciéndolo. Que desde luego tienen que ser cosas que interesen a la Revista, y me dijo que era interesante la crónica sobre la pelota. Respecto al pago me dijo que si quieres puedes cobrarlo en la oficina de New York [...] Tú sabes que ellos pagan cuando se publica, así que esa crónica saldrá la semana que viene y pagarán el jueves siguiente. (CC: 551-552)

No nos ha sido posible determinar a qué nueva crónica se refieren esta y las cartas siguientes, que permiten seguir los avatares en torno a la misma. Sí queda claro, sin embargo, que ya la crónica sobre la pelota (que suponemos sea la relativa al Dyckman Oval titulada «Un Polo Ground cubano en New York») había sido previamente recibida y leída por Quevedo, lo cual reafirma el criterio de que había sido concluida y enviada desde enero. No es posible que Pablo hubiese fechado la conclusión de una crónica el 1 de abril y que ya el 6 hubiese sido recibida y leída por Quevedo. Al respecto, vuelve a escribirle a Mazas (el 4 de mayo):

He estado al tanto de la salida de la Revista, para ver si publicaban tu artículo. Al ver la demora me fui a ver a Rubiera a quien le había hablado sobre el asunto, y me dijo que se lo había dicho a Miguel Ángel y que este le contestó que se

había trasapelado. Me volvió a prometer tomarse interés personal en eso y me dijo que lo iba a buscar en un archivo donde se ponen las cosas para publicarse, donde está seguro de encontrarlo. Ramón dice que cree que Miguel Ángel tiene interés en servirte, ya que en otras ocasiones te ha publicado cosas, así que la demora hay que atribuirla a ese desorden de *Bohemia* que siempre parece andar al garete. Esto es opinión mía. (CC: 566)

Pero a pesar de las gestiones de Mazas y de las buenas intenciones e interés puestos por Rubiera en el asunto, a fines de mes todavía continuaba sin aparecer; como le expresa nuevamente Mazas a Pablo el 28 de mayo:

[...] He visto a Rubiera y no hay forma de que aparezca el escrito. Rubiera me dijo que tienen interés en servirte y que si aún deseas publicarlo que le mandes copia si la tienes; y si no que le envíes alguna otra cosa para publicártela y me ha encargado que sea a él a quien entregue tu artículo para evitar nuevas pérdidas. (C: 578)

En el interín, Pablo ha terminado su crónica sobre la exposición de Gattorno y el 4 de junio se la adjunta a una carta a Mazas, con la siguientes indicaciones:

Te hago unas líneas [...] para acompañarte, de acuerdo con la última, un artículo sobre los cuadros que trajo Gattorno por aquí y que, de veras, me gustaron mucho. Te mando con el artículo tres fotografías. Haz porque se publique pronto. Si Rubiera no las puede colocar en *Bohemia*, mándaselo todo a Navarro Luna a ver si él lo puede dar. Y si tú puedes hacer el cobro, mucho mejor. (CC: 344)

Y añade, como casi siempre, la solicitud que lo revise antes de entregarlo, muestra de la confianza que tenía en él, en su amistad y en sus juicios sobre su quehacer. El 21 de junio aparecería «Guajiros en New York» en Bohemia y tres días después, el 24, Gonzalo le estaba remitiendo a Pablo la revista y la siguiente información:

[...] A mí me gustó y también a Rubiera. A este le di la dirección para que te envíen la plata, como que me dijo iba a hacer el día señalado para liquidar las cuentas creo que es en esta semana... o el día de San Blando. (CC: 587)

De la pérdida (¿la del Polo Ground?), no vuelve a hablarse en la correspondencia entre ambos inserta en Cartas cruzadas. Se inician entonces, sin embargo, más fuertes relaciones con la revista a partir del encuentro entre Pablo y Miguel Ángel Quevedo en Nueva York, que tuvo lugar el 30 de julio²² y sobre el cual le informa a Gonzalo Mazas en carta del 1 de agosto:

[...] Además, el lunes te enviaré, también por sello aéreo, una crónica para *Bohemia* que ya me encargó aquí Miguel Ángel. Este me ofreció comprarme cuatro al mes y pagármelas a \$10.00. Quedamos en que tú las cobrarías allá. Entre paréntesis, no me ha llegado todavía el importe de la de «Los Guajiros en New York». Supongo que, con ofrecimiento y todo, seguirá siendo tan informal como de costumbre. (CC: 401-402)

*Y al día siguiente vuelve a escribirle, ya con la crónica concluida y que no es otra que la titulada «La Revolución Española se refleja en New York» (dada a conocer por V. Casaus en *Bohemia*²³ y después incluida por él mismo en *El periodista Pablo*...²⁴ Le dice en esta carta:*

[...] Ahora te pido también que me lleves enseguida esta crónica a *Bohemia* y hables con Rubiera a ver si la publican enseguida. Esto aparte, gestióname el pago y cuéntale a Rubiera sobre el ofrecimiento de Miguel Ángel.

²² Véase al respecto el fragmento de una de las primeras cartas de Pablo desde España que cita Víctor Casaus en *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*, op. cit., p. 379.

²³ *Bohemia*, año 80, no. 1, 1º de enero de 1988.

²⁴ Pablo de la Torriente Brau, *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*, op. cit., pp. 379-391.

Te acompaño unas ilustraciones para que escojan lo que les parezca. También dos negativos, que no he tenido tiempo de revelar. Para el pie puedes poner algo así: Aspectos de la demostración del 31 de julio, en Union Square, a favor del Frente Popular en España.

Te encarezco la más enérgica y decisiva movilización [...].
(CC:405)

Ya Pablo ha tomado la decisión de marchar a España como corresponsal y se encuentra enfrascado en la búsqueda de acreditaciones a nombre de algunas publicaciones de América Latina, Cuba y Estados Unidos. El 6 de agosto, entusiasmado al parecer con lo conversado el día anterior con Quevedo y con el ofrecimiento de este, le escribe sobre la crónica ya enviada a la revista a través de Gonzalo y le insinúa, de manera muy elegante a la vez que discreta, la posibilidad de que Bohemia lo contrate también (al menos así lo leo yo):

Supongo que Gonzalo te llevaría enseguida el artículo prometido sobre las resonancias de la revolución española aquí, al que le acompañé material fotográfico y dibujos, para que escogiera. Me interesaría mucho verlo publicado enseguida, pues ha serme útil aquí para la gestión que vengo haciendo encaminada a realizar el viaje a España. No se me ocurrió esta idea sino después de hablar contigo. Y estoy ahora pendiente de lo que me conteste Guillermo [Martínez Márquez], que con anterioridad me había hablado de trabajos para su periódico. De no ser favorable su contestación continuaré haciendo gestiones, sin embargo, pues ya tengo la corresponsalía de *New Masses* para la campaña. (CC: 413)

Al día siguiente, en carta a Pedro Capdevila, antiguo compañero de trabajo, le pide que tanto a Gonzalo como a Luis (Ramiro Valdés Daussá) les exponga que Quevedo le «ofreció diez pesos por crónica; que publicó una “Los

Guajiros en New York” y que puede ser que publique otra que se titula, más o menos, “Resonancias de la Revolución Española en Nueva York”» (CC: 414) y que necesita con urgencia el dinero de ambas, sea para si regresa a Cuba, sea para si logra finalmente, como es su deseo, marchar a España. Ya en la misma carta le ha encomendado la tarea de encargarse de recibir y sacar copia de cuanto para publicar remita desde España y archivárselo por si regresa [sic] tener todo listo para algún libro (CC: 414). Y ese mismo día 7 de agosto su amigo Gonzalo le estaba escribiendo lo siguiente desde La Habana:

Entregué tu artículo sobre el Cristóbal Colón en *Bohemia*. Cuando lo publiquen te lo cobraré. Ahí van \$5. por tus Guajiros en New York. Yo creí que te lo habían mandado, pero resultó que estaba la plata en la Caja, sin saber el Cajero a quién entregársela. (CC: 597)

¿A dónde fue a parar este artículo? Se ignora. Lo que sí sabemos es que el centrado en las resonancias de la Revolución Española en Nueva York no fue aceptado por Quevedo para Bohemia. La noticia y las razones se las explica Ramiro Valdés Daussá en carta que firma con su seudónimo Luis y que aparece fechada el 11 de agosto:

Guillermo me contó su conversación con Quevedo. El artículo sobre España no te lo publicará, pues dice que es «rojo». Dice que no pondrá en su revista nada que pueda perjudicarla. Por otra parte, creo que te ha de mandar, si no lo ha hecho ya, \$10.00. Mañana lo iré a ver, pues creo que podré dejar la cama. (CC: 598)

Pero parece que ya Pablo tenía información al respecto, pues el día posterior a aquel en que Valdés Daussá está notificándole su conversación con Martínez

Márquez sobre el particular, le está escribiendo a este último lo siguiente:

No recuerdo el tono de la crónica de *Bohemia* —en estos días unas cosas se olvidan volando—, pero no creo que fuera tan subido. En fin, otra vez será que me llegue la oportunidad. Y te admito aquí que sería importante el ir por allá para captar el tono del ambiente. Pero trataré de adivinar. (CC: 421)

Quedan aún otras referencias a Bohemia en Cartas cruzadas que hemos obviado porque se apartan de nuestro específico interés en estos apuntes. Como se ve, puede concluirse que si Pablo no fue, con su firma, el colaborador más asiduo de la revista, sí mantuvo estrecha colaboración con ella durante un buen tiempo, en especial, al parecer, durante su segundo exilio, aunque no dejamos de recordar sus posibles colaboraciones aún sin descubrir en la etapa precedente. Pero la conclusión fundamental que podemos obtener de esta reseña acerca de sus vínculos con la ya entonces veterana y prestigiosa publicación que aún continúa apareciendo, es que debemos volver sobre sus páginas para desentrañar las interrogantes e inquietudes que hemos ido dejando en suspenso e incluso para otras que puedan surgirnos en el futuro. Todo lo que hagamos en pro de compilar la mayor cantidad posible de trabajos aún desconocidos de Pablo —hayan sido publicados con su nombre, bajo seudónimo o de forma anónima— a través de las pistas que hemos ofrecido o de otras, quedará gratificado con la satisfacción de haber contribuido a un mejor conocimiento de su vida y su obra. Su memoria lo merece y la cultura cubana lo necesita.

Ricardo Luis Hernández Otero

105 DÍAS PRESO*

* *El Mundo* [La Habana], 26 de abril-8 de mayo de 1931.

I

Cómo fuimos detenidos

El 3 de enero de este año,¹ a pesar de que ninguno de nosotros recuerda si el cielo estaba azul, o si hacía mucho frío, no se nos olvidará jamás. Él nos trajo un centenar de días vividos, llenos de fuerza y de audacia consciente y plenamente jóvenes. Y a pesar de que durante ellos la alegría fuerte de sentirse limpios dio con mucha frecuencia tono a nuestra estancia en la cárcel, ahora, al empezar a escribir estas impresiones para los lectores de *El Mundo*, antes que nada me llegan los recuerdos de los compañeros que sufrieron horas de angustia en la prisión. Antes que ninguno el de Ramiro Valdés Daussá, gran compañero y gran amigo, que se encontró a la mamá muerta, cuando llegó a La Habana trasladado de Isla de Pinos, y que volvió del cementerio a la cárcel, después del entierro, tremendo y conmovido, con el valor de un hombre entero y verdadero; me acude asimismo el recuerdo de Cuchi Escalona, preocupado e incrédulo de nuestras opiniones falsamente optimistas en aquellos días en que supe, inmovilizado por las rejas y la distancia, que a su hermano Amaury y al compañero Agustín Guitart, les había explotado en las manos una bomba, que les dejó gravemente heridos, acaso a punto de morir. Y me viene también el recuerdo de aquellos que soportaron preocupaciones y dolores hondos, de dos compañeros igualmente queridos y valientes, a quienes la prisión casi les cuesta la vida. Benito Fernández —que se llamó en la cárcel, Raoul Duchesnes— a quien se trajo a La Habana en aeroplano en un estado de extrema gravedad del que salió gracias a un milagro; y el del

¹ 1931.

caso más dramático aún de Jesús Menocal, flaco y transparente como el viento, víctima de la huelga de hambre apenas iniciada, y que ha venido luchando con una penosa convalecencia de tres largos meses, de la que muchas veces se pensó que no saldría más que para servir de bandera, uniendo su nombre a la larga lista encabezada por Julio Antonio Mella.

Por todos estos recuerdos hondos y por el de las largas horas de alegría chiflada y descompuesta, es que nunca nosotros nos olvidaremos del 3 de enero de 1931, a pesar de no poder decir hoy, como sería de rigor, si el cielo estaba azul, o si hacía mucho frío.

La ratonera

Ya aquel día, todos nosotros estábamos acostumbrados a vivir fuera de nuestras casas y a leer en los periódicos, sin ninguna preocupación, que se nos había mandado a detener. Cada uno tenía su «cueva» —cuando no eran varias— y la mía, siguiendo los consejos de Edgar Allan Poe, la escogí al lado de una jaula de león. Para que no se preocupe el lector: me pareció prudente irme a vivir bien cerca de Alfonso L. Fors, el jefe de la Policía Judicial.

La realidad es que le habíamos perdido el respeto a la policía y que llegábamos a las casas, pésimamente escogidas, sin ninguna preocupación.

El compañero que escogió la casa del periodista Rafael Suárez Solís merece que lo detengan 105 días. Situada a la entrada de El Vedado, con una bodega y restaurante al frente, un parque, una botica al lado, línea doble de tranvías, y al paso de todas las guaguas de Marianao y los repartos, el lugar, en aquellos días de vigilancia y de sospechas, era estupendo para una ratonera. Que alguien nos vendió es evidente; pero nosotros muchas veces hemos pensado que el sitio propició enormemente la delación. Informes que nos han dado, aseguran que alguno de nosotros fue seguido y se

esperó a que estuviera llena la trampa para cogernos a todos. El nombre de algunos delatores, increíbles casi, sonó también, y algún día, con más base, serán nombrados para que se defiendan. Aunque será preferible esperar a que el teniente Calvo acabe de redactar sus interesantes *Memoorias* para despejar la incógnita.

A la casa de Línea fuimos llegando en grupos escandalosos y estúpidos. Aureliano Sánchez Arango, el Guajiro Pendás y Raúl Roa llegaron juntos, hablando de cine y de Charles Chaplin. Ya estaban allí —cuando entramos de golpe Ramiro Valdés Daussá, Juan Febles, Raúl Ruiz, Jesús Menocal, Roberto Lago y yo— Silvia Shelton, Nena Segura Bustamante, Juan Antonio Rubio Padilla, Carlos Prío, Marcio Manduley, Manuel A. Varona, y no recuerdo quién más. Eran, poco más o menos, las dos de la tarde y como de costumbre los muchachos se hacían esperar. Cienfuegos,² que no había almorzado, se fue a la fonda de enfrente «a meterse un bistec».

Aquel día no recuerdo yo bien cuál era el motivo de la junta. Luego se supo que los compañeros de ideología de izquierda que entonces formaban parte del Directorio, Aureliano Sánchez Arango, Pendás, Roa y Manuel Guillot, iban a plantear en la sesión el problema de su separación del mismo, si aquel no encauzaba rectamente, por sobre el obstáculo actual, la lucha contra el imperialismo yanqui. Hubiera sido, sin duda, una sesión agitada y violenta, pues la mayor parte de los muchachos pensaba que era imposible ampliar el radio de acción de la lucha hasta su verdadera raíz.

Pudo ocurrir aquel día algo mejor aún que una discusión tan interesante. Pudo ocurrir que el quórum no se completara. Y, efectivamente, el tiempo fue pasando y parecía como si no fuera posible efectuarse la sesión. Pero, Mongo Miyar, Carlos Manuel Fuertes y Rubén León, se aparecieron a última hora para constituir exactamente el quórum, en los momentos en que ya nos íbamos; en los momentos en que

² Raúl Ruiz.

ya Raúl Roa, Aureliano, Pendás y yo habíamos acordado conseguir una máquina y una mandarria para hacer un *raid* nocturno del que hablaré en el libro que pienso escribir, sobre todo esto que está pasando todavía.

Pero llegaron los muchachos en la máxima inoportunidad de su vida y la sesión dio comienzo enseguida. Eran casi las cuatro de la tarde.

El asalto a la casa

Como aquella noche se iba para Santiago de Cuba Marcio Manduley, había que aprovechar su viaje y lo primero que se acordó fue que llevara una copia del manifiesto que se iba a lanzar a los pocos días. Entonces Ramiro vino conmigo desde el comedor, en donde se estaba celebrando la junta, hasta la máquina de escribir en el despacho, y allí se puso a dictármelo, haciéndole al paso algunas correcciones que estimaba pertinentes.

Ya teníamos hecha una página a renglón estrecho, cuando tocaron a la puerta. Eran Ofelia Domínguez y la hermana de Rafael Escalona,³ que también estaba con nosotros. Ellas pasaron enseguida al fondo de la casa e inmediatamente nos llegó a Ramiro y a mí el silencio de los muchachos callados, como si estuvieran oyendo algo en voz baja. Alguien vino a decirnos que a Ofelia la habían seguido dos policías de la Secreta hasta la misma puerta de la casa y que ella había entrado sólo para avisarnos que nos fuéramos enseguida. Yo me asomé por una de las persianas de la sala, y vi entrar al jardín a un señor de cara de comerciante, que le va mal en los negocios. Hasta bigotes tenía el buen hombre. Y convencido de que todo era miedo puro, me senté de nuevo a la máquina y Ramiro siguió dictándome el manifiesto. Pero de pronto: ¡Rapatra-papatrá! ¡Arriba las manos! ¡Arriba las manos y todo el mundo quieto! Ramiro y yo oí-

³ Dulce María Escalona.

mos el ruido violento de una puerta que se rompe de pronto, a patadas o con una tranca, y voces altas y airadas, llenas también de palabras groseras y sucias. Al momento, en la confusión, pensé que los muchachos se escapaban rompiendo algo, pero al asomarnos al corredor, desde el fondo, unas caras pálidas, como si fueran ellas las asaltadas, nos apuntaron los revólveres. Ninguno de nosotros llevaba un arma y cuando se convenció bien de ello el que hacía de jefe, un hombre un poco mulato, vestido de gris, con sombrero de castor, abrió la puerta de la calle y allí estaba el individuo con cara de comerciante fracasado, con el revólver en la mano, custodiando la puerta.

Escondimos los manifiestos dentro de los libros del estante, y creo que los encontraron. Mientras tanto, los secretas que habían entrado llamaban por teléfono a varios lugares y Rubén y Aureliano hacían una inspección en busca de armas o alguna salida, sin resultado alguno.

Llegaron las jaulas llenas de policías, el público se fue amontonando en los alrededores, y por fin llegó el teniente Calvo, al que le hicimos una estruendosa ovación que terminó en el famoso *cheer* universitario:

Riqui ti cas, cas, cas

Riqui ti cas, cas, cas

Calvo, Calvo

Zas, zas, zas...

¡Gritos, gritos, gritos!

Y apenas entramos en las jaulas, Guillot, que llegó a la casa cuando ya la policía había entrado por el fondo, comenzó una serie de gritos tan tremendos, coreados por todos, que le valieron entre nosotros, para siempre, el título de «hombre-grito». Así, dando gritos desaforados, como si fuéramos locos; «recorrimos las estaciones». Primero nos llevaron hasta el patio de la Jefatura de Policía; pero allí el recuerdo del asesinato de Felo Trejo, nos irritó de tal modo,

que sin bajarnos nos llevaron para el Castillo de la Fuerza, en donde fuimos admitidos. El chofer de la jaula nos llevó entonces para el Muelle de Caballería, como si nos fueran a trasladar para La Cabaña; pero al poco rato tomó nuevo rumbo y nos condujo finalmente hasta el Castillo del Príncipe, en donde a gritos terribles, por primera vez oídos allí, apuntalamos las bóvedas aplastantes y los paredones grises y espesos. Al llegar al puente del Castillo, uno de nosotros dijo que aquel era el verdadero Capitolio de la dignidad humana.

Hasta la misma oficina del Supervisor de la cárcel, entramos, roncós ya, pero gritando.

Allí fue donde un individuo corpulento se le acercó a Guillotina para decirle que no gritara más, que éramos unos muchachos decentes, a lo que aquel le contestó en su tono selvático que no éramos decentes ni nada de eso, sino simplemente unos luchadores.

Luego nos fueron llevando uno a uno a la Galera 12, y desde la de enfrente el resto de los presos políticos, capitaneados por Armando Feito, nos hicieron un recibimiento lleno de entusiasmo y simpatía.

Ya en la galera, fue que muchos nos dimos cuenta de que Rubio Padilla faltaba en el grupo. A pesar de sus seis pies tres pulgadas de estatura, pudo meterse en un escaparate y escapársele a la policía.

A la hora de la comida nos pasaron para la Galera 11 —La Leonera— en donde vivimos el episodio inolvidable de la huelga de hambre.

II

La huelga de hambre

La misma tarde que fuimos detenidos, ya entrando la noche, llegó preso a la cárcel, Rafael Suárez Solís, el conocido

periodista y escritor, propagandista incansable de las ideas republicanas en lo referente al problema español, por el delito de haber prestado su casa para una reunión de estudiantes. Rafael tuvo la suerte de presenciar uno de los episodios más dramáticos de nuestra prisión.

De su casa nos llevamos un montón de libros para ir leyendo en la cárcel, y juntos, en un rincón de la galera, estábamos un grupo escuchando los primeros capítulos de *El arte y la vida social* de Jorge Plejanov, que leía en voz alta Aureliano Sánchez, cuando llegaron Sergio y Romero, los verdaderos zares del Castillo del Príncipe, a buscar «para ponerlos en libertad», al propio Aureliano, a Guillot y a Pendás. La noticia no nos cogió de sorpresa ni nos engañó la estratagema. Ya habíamos hablado de la posibilidad de que esto sucediera pronto y nos habíamos trazado una línea de conducta a seguir. Estos tres compañeros fueron los que golpearon en Nueva York, cuando tuvieron que irse de Cuba por las expulsiones de estudiantes en el año 1927, a Viriato Gutiérrez y a Rogelio Sopo Barreto, siendo absueltos por los tribunales norteamericanos. Nos parecía, pues, que contra ellos habrían de tomarse medidas especiales de las que ya había alarmantes antecedentes y desde el primer momento estuvimos dispuestos a todo. Por eso, cuando vinieron con el cuento de que era para ponerlos en libertad, nos negamos a permitir que salieran de la galera, como no fuera por medio de la fuerza, contra la que también estábamos dispuestos a luchar. La actitud airada del grupo sorprendió a los dos zares de la cárcel, que no estaban acostumbrados a encontrar obstáculos en todo lo que querían hacer. Se acercaron a Mongo Miyar, que por haber estado preso con anterioridad dos veces, les era conocido, y naturalmente, Mongo les hizo saber que sería necesario arrollarnos para sacar de allí a los compañeros. Entonces Sergio, «el mayor de los mayores» —es un hombre alto, fuerte y trigueño, con un sombrero de jipi— salió y vino al poco rato para decirnos «que el Teniente daba su palabra de honor de que cualquier cosa que fuera, los compañeros volverían a la galera». Entonces, como

que ellos tres querían salir de todos modos, los dejamos ir a la Oficina. Fue un error grave y él nos costó momentos de verdadera angustia febril en que llegamos a temblar por ellos, acordándonos de la muerte vil del chino Wong. Efectivamente, el tiempo pasaba y ellos, que habían dejado los sacos, y la ropa de cama en la galera a instancias nuestras, mandaron a buscar todo esto como al cuarto de hora. Nos negamos a entregarlos, y, enseguida, todos los muchachos del grupo y muchos de los otros presos políticos y estudiantes que ya estaban presos a nuestra llegada, comenzaron un escándalo formidable en el que los gritos eran más bien alaridos de los que surgía, como un puñal, en lo alto, la palabra ¡Asesinos!

Resolución

Los muchachos empezaron a romper un banco para armarse de palos y repeler cualquier agresión. Raúl Roa, que acababa de ver en Nueva York las rudas escenas de la película *Big House*, cuando un penal entero se rebela, propuso que saliéramos armados de palos para promover un disturbio en el patio de la cárcel, y si era posible, rescatar a los compañeros. Un recuento mental nos hizo desistir. La realidad era que no abundaban los muchachos fuertes capaces de resistir una tángana en forma. Entonces otro compañero⁴ propuso algo tan grave como el que se declara la huelga de hambre y esta proposición, en el calor del momento, fue aceptada por todos, menos por Mongo Miyar, que la estimó demasiado arriesgada. En el acto se destapó una fobia feroz contra la comida. Feito fue comisionado para que guardase en las taquillas los numerosos alimentos que había en la galera, mandados por los familiares; todo el mundo tendió sus camas para acostarse y conservar fuerzas, y de cama en cama fue rodando la leyenda de Terence McSwiney, aquel alcalde irlandés de Cork, que murió con un heroísmo tran-

⁴ El propio autor de estas páginas.

quilo, después de cincuenta y pico de días de no haber comido nada; y la de Julio Antonio Mella, la figura más valerosa y enérgica de nuestra generación, que sostuvo también en Cuba la huelga de hambre cerca de veinte días.

Luego, enseguida que pasó el momento febril nos dimos cuenta de que era necesario, de cualquier manera, dar a conocer al pueblo nuestra actitud, pues pensábamos que si fuera posible aislarnos de todo contacto nos dejarían morir de hambre sin escrúpulo alguno, como bien pronto pudimos comprobarlo. Nos pusimos, pues, a redactar un manifiesto al pueblo, que decía así:

Los miembros del Directorio Estudiantil Universitario y demás estudiantes detenidos en la tarde del 3 de enero, hemos declarado hoy la huelga de hambre como protesta contra el arbitrario traslado de los compañeros Aureliano Sánchez Arango, Porfirio Pendás y Manuel Guillot, a sitio ignorado. Nos mantendremos en nuestra actitud en tanto no sepamos diariamente, por conducto de personas que nos merezcan entera confianza, la situación y estado de nuestros compañeros.

El resto del manifiesto, que se refería a las circunstancias especiales que concurrían en los tres compañeros y a los métodos que sospechábamos se emplearían con ellos, lo publicaré en otra ocasión con las 21 firmas que lleva.

Los presos políticos que estaban en la misma galera quisieron solidarizarse con nuestra actitud; pero con tan mala suerte, que esa tarde les llegó una enorme cazuela con un estupendo pescado en escabeche, que se vieron precisados a despachar con toda urgencia, sin duda para evitar que se corrompiese. Por lo demás, el comportamiento de estos compañeros fue maravilloso en todo sentido y es un gusto reconocerlo. Cuando llegó la comida de nosotros todos los muchachos repitieron su escándalo y a medida que llegaban los paquetes con frutas y dulces se iban rechazando; pero eran dejados no obstante en la galera, cosa que nos daba mala

espina, puesto que si no eran devueltos a la familia iba a ser difícil que La Habana se enterara de nuestra resolución. Hubo un movimiento general de intranquilidad. Aquel día nadie tuvo público y, por tanto, nadie tuvo el chance de dar la noticia. Esperábamos que alguien se fuera en libertad para comisionarlo del envío; pero, por el contrario, hubo nuevos ingresos a los que siempre se recibía con gritos y *cheers*. Al mismo tiempo, nada sabíamos de los compañeros y la imaginación, hambrienta ya, evocaba las repetidas leyendas de los fusilamientos en los fosos, los cadáveres ahorcados y la ferocidad de los tiburones.

El teniente Díaz Galup

Al fin, ya anocheciendo, se apareció en la galera el Supervisor militar de la cárcel, para enterarse del porqué de nuestra actitud. El teniente Ambrosio Díaz Galup es un hombre de aspecto desagradable, de quien ninguno de nosotros puede hablar bien. Por el hecho de estar puesta mi cama muy cerca de las rejas fui yo quien habló con él aquella noche. Al preguntarme el porqué de nuestra conducta yo le manifesté en síntesis lo ocurrido, haciéndole ver que no dependríamos la actitud que habíamos tomado hasta tanto que por personas de confianza se nos asegurase que estaban bien los compañeros, haciéndole saber, además, que su palabra de honor se había usado falsamente. El contestó entonces, ante un grupo de muchachos de vergüenza, probada en la calle y en la cárcel, que se fue agrupando alrededor de nuestro diálogo, «que no podía decirnos si había dado o no su palabra de honor; y que en cuanto a la huelga de hambre él cumplía con su deber suministrando la comida. Si no era aceptada, él no podía hacer nada, y que si nos moríamos, lo lamentaría, pero no le quedaría más remedio que enterrarnos...» Así habló Zaratustra, que se fue sin querer decirnos a qué lugar habían trasladado a los compañeros. Pero no se fue solo. Lo acompañaron, por las bóvedas pesadas, los gri-

tos violentos de los muchachos y una cordial aversión y antipatía, que como dos garrapatas insaciables se le han prendido al uniforme para siempre. Al fin supimos aquella misma noche que Aureliano, Pendás y Guillot, habían llegado bien a La Cabaña, y que por todo el camino, hasta la misma fortaleza, fueron dando gritos que rompían el récord.

Primera noche de hambre

La noche nos cayó encima. Por entre los balaustres de las rejas, de tiempo en tiempo pasaban, como las sombras de un pájaro negro, los ¡Ahhh! siempre imprevistos de los centinelas del foso. Sobre las camas leíamos y medio en broma, medio en serio, hacíamos el *ranking*, el turno de los que iban cayendo con la huelga: primero, Menocalito; segundo, Juan Febles; tercero, Raúl Roa; cuarto, Rubén León; quinto... El último, sin discusión ninguna, Feito. El sueño de la primera noche de hambre vino entre las páginas de *Sin novedad en el frente*, *El tren blindado*, *Cemento*, *El sargento Grisha*...

Allá a la una de la noche, nos despertaron nuevos gritos. Llegaban presos Jorge Quintana, Emilio Cancio Bello, no recuerdo quién más y el doctor Juan Miguel Rodríguez de la Cruz, que me dio la noticia de que también a Teté Casuso la habían detenido en una reunión en el bufete de Flora Díaz Parrado, con Ofelia Rodríguez Acosta, Rita y Georgina Shelton, Carmen Vega y Vidal Morales, sobrino del teniente Calvo, que también llegó preso en la madrugada.

Primeros efectos

El día siguiente amaneció lleno de bostezos homéricos. Pero ya las pupilas de Jesús Menocal estaban dilatándose. Raúl Roa se levantó y parecía, con su gran melena alborotada, una corbeta dando bandazos en alta mar. Rubén León tenía fiebre debajo de la manta y Febles había mandado a

afilar su perfil de navaja. Por el mediodía ya también Roberto Lago sentía los efectos de la huelga y la esclerótica se le estaba poniendo amarilla como un huevo. A la hora del almuerzo, la comida que pasaron para los otros presos, dejó una nube de olor tan maravillosa, como una canción a lo lejos. Sin embargo, ya muchos empezábamos a sentirnos bien al haber pasado sin contratiempos las primeras 24 horas. Pero Menocalito seguía poniéndose mal. Coro, Escalona y Lago, estudiantes de Medicina, estimaron que era ya precisa la asistencia médica. Se pidió el médico y a las tres de la tarde vino. Resultó ser Rafael Serralta, compañero mío en un colegio de la Víbora, donde los dos éramos repasadores. Reconoció a Menocal y me llamó aparte para decirme que lo encontraba muy mal y que si persistía en la huelga de alimentos se moría sin remedio y pronto. Rodríguez de la Cruz y Pintado, médicos también, dijeron lo mismo. Y en un intento que hizo para levantarse, le dio un síncope y cayó al suelo, pálido como una cuartilla de papel viejo. Fue un momento de verdadera conmoción y todos nos agrupamos alrededor de la colombina en que respiraba rápida y pequeñamente. Algo desagradable prepararon los médicos para que lo tomara y se negó resueltamente a hacerlo alegando que no tomaría nada por la boca. Tuve yo mismo, a presencia de él, que tomar un trago y decirle que no tenía derecho a considerarse más firme que ninguno de nosotros. Así fue como pudimos conseguir que tomara un poco de aquello amarguísimo. Lo subieron enseguida a la enfermería y tan pronto como se fue vino aquel momento inolvidable de la junta en que se decidió nuestra actitud futura.

La asamblea inolvidable

Lo que no se había pensado más que en broma sucedió mucho antes, en serio; y sobre todos nosotros la postración de Menocalito, y el pensamiento de la responsabilidad que

nos tocaba si su probable muerte ocurría, gravitaba de una manera real, como si fuera un cuerpo físico, con las tres dimensiones.

Al fondo de la galera enorme, nos reunimos en unos bancos dispuestos en asamblea. Íbamos a tratar, dada la resolución de Menocal de no tomar alimentos y morirse, si la huelga de hambre, como protesta colectiva, debía cesar, o si por el contrario más que nunca era necesario mantenerla, ya que en ese momento, las circunstancias que la motivaron, en vez de cesar habían aumentado, pues ya había, en vez de tres, cuatro compañeros cuya vida estimábamos en peligro. Fue una sesión rápida y violenta. Colérica casi. Juan Febles, con el torso desnudo, los brazos flacos y los huesos de las costillas marcándole el esqueleto, parecía una espléndida estatua del hambre. Con una firme resolución y con una enérgica entereza sostuvo su opinión de que la huelga debía ser rota. Basaba su opinión en que el acuerdo se había tomado festinadamente y en que la huelga de hambre era un movimiento carente de afirmación viril. Hizo ver la responsabilidad que pesaría sobre nosotros si se moría el compañero, y pidió, con toda la imaginación hiperestesiada por la debilidad, que a la salida a la calle, armados y con un plan fijo, tomásemos venganza sobre todos aquellos que de alguna manera interviniesen en cualquier acción contra nuestros compañeros. Eran muchos los que en aquel momento pensaron como él; pero Febles fue más valiente que ninguno al sostener sus ideas, sin ese miedo tonto a que se piense con criterio cobarde sobre una manera leal de opinar, aunque no sea la más heroica. El mismo compañero que propuso la huelga se encargó de defenderla con el calor y la vehemencia que el momento exigía. Fueron unas palabras breves las que dijo y yo guardo copia de las mismas. Por ellas hizo ver que no se podía alegar festinación sobre una resolución tan seria como la de declarar una huelga de hambre, que el ridículo en que se caería al romperla al primer contratiempo iba a traer como resultado la pérdida de toda fuerza

moral y que, el considerar tal resolución, tomada dentro de la cárcel, sin ningún medio ofensivo de que disponer, como una conducta carente de varonía, era falso y era además un insulto a la memoria del alcalde de Cork y a la de Julio Antonio Mella, tan valientes y tan hombres como todos los que estaban allí reunidos, y terminó afirmando que cada cual luchaba con las armas de que disponía y no con las que la imaginación le prestaba para un futuro, siempre vago e indeterminado. La asamblea se dividió instantáneamente. Pero hubiera triunfado con amplitud la idea de suspender la huelga si Coro, un muchacho habilidoso e inteligente, no hubiese propuesto una simple prórroga de 24 horas, durante las cuales nadie se iba a morir y que daban un chance más de pasar la noticia a la calle. Esta era, en realidad, la duda grande de los muchachos, en lo que estaban equivocados, a pesar de la tonta fanfarronada del teniente Díaz Galup: que no se supiera en la calle, ni en los periódicos, ni en los círculos oficiales, la noticia de la huelga.

Hay que decir aquí, antes de que pueda olvidarse, que Mongo Miyar, que fue el único que se opuso a la resolución, votó firmemente por continuarla más allá de todos los desastres.

El engaño

Quedaba el problema del compañero que estaba en la enfermería y del que nos acababan de traer noticias alarmantes. Se acordó engañarlo. Se acordó hacerle una acta falsa firmada por todos, en la que, poco más o menos, se le decía:

Menocalito: puedes suspender la huelga, porque por un periódico que nos ha llegado escondido, nos acabamos de enterar que Aureliano, Guillot y Pendás, están bien y que se conoce en La Habana nuestra actitud. Ya nosotros hemos comido.

Este papel se lo llevé yo mismo a la enfermería ya en plena noche. Feliú, el que entonces era Secretario del Teniente, y que fue un buen compañero, nos llevó arriba a Germán López y a mí, bajo una llovizna continua y fría. La Habana, en libertad, quedaba allá abajo y el collar de luces opacadas por la lluvia, la hacía aparecer como un cañaveral negro lleno de cocuyos. Yo le entregué el papel escondido y me hizo jurar que todo era verdad. Cualquier personaje de Víctor Hugo hubiera mentido en este caso, y alguna vez en la vida uno tiene derecho a considerarse personaje de novela. Me perdono a mí mismo por la mentira que, de todos modos era en comisión y colectiva.

Vacilación y entereza

Pero la realidad nos demostró que no en vano se asoma la muerte a la ventana. El espíritu estaba caído. Pero allí quedaron firmes, por arriba de todo, Mongo Miyar, que empalidecía rápidamente y hacía cuentos de Breá; Rubén León, con los ojos dilatándose hasta ocuparle toda la cara, y fiebre constante; Carlos Prío, sintiendo los estragos que el hambre y la debilidad iban haciendo en su figura de estudiante fusilado; Quintana, con unas ojeras de cupletista, a pesar de que le llevaban doce horas de ventaja; Feito, lleno de grasa como una lata de mantequilla y atendiendo a todo el mundo; y, por sobre todos, Raúl Roa, enfermo desde la mañana antes de iniciarse la huelga, convertido en una línea horizontal rodeada de pellejo y llena de un pelo tumultuoso en la cabeza, que demostró tener el espíritu más firme que pudiera imaginarse. Raúl Roa es un hombre. Este grupo de muchachos demostró que en Cuba se necesitaba algo más que un grupo de asesinos para dominar a una juventud generosa de la vida.

Triunfo

La huelga de hambre terminó al día siguiente, cuando el propio teniente coronel Erasmo Delgado, llegó a la galera en

compañía del teniente Díaz Galup, para dar su palabra de que Aureliano, Guillot y Pendás estaban en La Cabaña y que no se los habían comido los tiburones. Rubén León y Raúl Roa se encargaron de expresarle que su palabra de honor sería muy respetable; pero que como ya se había invocado sin efectividad la de otro oficial del ejército, preferían que la madre de Aureliano o la de cualquier otro compañero nos lo notificara personalmente.

Al poco rato la madre de Roberto Lago y Ofelia Domínguez, llegaron entre una ovación hasta la galera a decirnos que los compañeros estaban bien y que los iban a traer junto a nosotros.

Hay que decir que el comportamiento observado durante aquellos días por los restantes presos políticos fue excepcional, y extraordinario el de Rafael Suárez Solís y Germán López.

Este episodio inolvidable realmente terminó cuando a los pocos días volvieron a la galera, entre un alegre vocerío Aureliano, Guillot y Pendás. Y por la noche, en una «Fiesta de Chiviricuán», Guillotina contó cómo se pasó un día y una noche en bartolina, durmiendo sin almohada y sin frazada sobre el suelo húmedo y frío por gritarle a un policía que pasó cerca de la galera donde estaba. Al día siguiente nos separaron y un grupo fue a parar a la Galera 10 junto con los presos comunes.

III

En la Galera 10

Indiscutiblemente que después del triunfo obtenido en la huelga de hambre y de la decidida resolución de no dejarnos atropellar, se pensó, con razón, que constituíamos un grupo demasiado peligroso para el mantenimiento de la disciplina en el penal. Era necesario separarnos y pronto así se hizo.

Una mañana nos vinieron a buscar muy temprano, nos llevaron a la mayordomía y allí se nos cambió la ropa de

paisano por el uniforme de presos. Por primera vez salimos al patio y, al cruzarlo, ya los demás «compañeros» nos miraban con cierta curiosidad simpática. Éramos los «varones» que le habíamos gritado al mismo Teniente.

Luego que estuvimos todos vestidos con aquellos trajes blancos de mangas cortas y pantalones estrechos y ajustados como las fundas de las pistolas, nos dieron una almohada, una sábana y una frazada a cada uno; se numeró todo aquello y en grupos fuimos conducidos hasta la Galera 10, Ramón Miyar, Rubén León, Carlos Guerrero, Carlos Prío, Manuel A. Varona, Roberto Lago, Rafael Escalona, Carlos Manuel Fuertes y Ramiro Valdés Daussá.

Con los presos comunes

La Galera 10 está en un rincón de la cárcel. Es baja y estrecha y su techo en bóveda, como el de casi todas, se aplasta en la perspectiva del fondo sobre los hierros. A la entrada están los inodoros descubiertos. La necesidad nos hace ir perdiendo todo pudor fisiológico y desembarazarnos de las mil trabas de la vida. Todo el que haya leído las primeras páginas de *Sin novedad en el frente*, ya sabe bien lo que es esto. Para que se tenga una idea de la sensación de aplastamiento que nos produjo aquella galera el primer día, basta recordar estos datos: el largo sería aproximadamente de 55 a 65 metros; el ancho de 8 a 10. La altura no mayor de 2 metros y medio. Además, por las tres pequeñas claraboyas que constituyen, con la puerta de entrada, su única ventilación, podía apreciarse el tremendo espesor del techo, más de 2 metros y medio. Nos sentíamos pequeños dentro de aquellos muros insobornables y, como consecuencia, nos sentimos débiles.

Fue una mala mañana aquella que pasamos separados del resto de los compañeros. Afortunadamente dio la ca-

sualidad que en la misma Galera 10 estaban terminando ya su condena Eustaquio Pedroso, famoso *pitcher* del Almendares y también San Pedro, que jugó en un tiempo la tercera base, y pasamos un buen rato oyéndoles contar episodios de su vida de peloteros. ¡Aquel juego en que Pedroso dejó sin hit ni carreras al Detroit!

Cordialmente nos recibieron los compañeros de la galera, y con ellos compartimos los dulces que aquel día recibimos. Había entre ellos algunos tipos originalísimos, de los que luego hablaré. Allí estuvo a vernos el teniente Heres, que estaba pendiente de un juicio en el que el Fiscal le pedía más de 20 años por un contrabando de opio. Y la que al cabo fue absolutoria. Resultó ser un tipo parlanchín que terminó por darnos clases hasta de ajedrez y lucha grecorromana, enseñándonos especialmente una llave que con un dedo —si el hombre se está quieto, desde luego— se podría dominar a cualquier policía de La Habana... Pero, con todo, aunque empezamos a divertirnos, allí nos hacían falta las insolencias del loco Roa, los gritos de Guillotina, las rabietas del «guajiro» Pendás y los sofismas de Aureliano para sentirnos bien. Además faltaban en la galera, Feito, Milanés, Cancio Bello y el resto de la chusma alegre, protagonistas siempre de las «Fiestas del Chiviricuán». Por si todo esto fuera poco, nos faltaban también el sol y el derecho de estar en el patio. Había que tomar una resolución.

El acuerdo

En vista de lo ya ocurrido, y pensando con sobrada razón que la única arma de que disponíamos era romper con la disciplina de la cárcel, para lograr que nos mantuvieran unidos, adoptamos el acuerdo de hacer un nuevo intento dentro de la galera. Por lo pronto, para tener un buen comienzo, dimos dos o tres gritos subversivos y vino asustado el «Primero» de la compañía para suplicarnos por nuestras madres

que no lo comprometieramos. Entonces nos limitamos, por el momento, a hablar mal con todos los presos del régimen político que estaba padeciendo Cuba en todos sus aspectos y especialmente de la monstruosidad del sistema penitenciario. Era un elemento bueno para la pelea, fácilmente convencible. Si la gente de la oposición política fuera tan apta para la lucha como aquella, ya hubiera efectuado su revolución tan anunciada.

El desfile

El día, en la galera oscura, se va mucho antes de que llegue la noche. Desde el fondo, como un paño, va poniéndose prieta y al caer la tarde, cuando se hace la pantomima de bajar la bandera al son de una banda descuajeringante de cornetas, redoblantes y tambores, ya no se puede leer en ella. Aquel día presencié yo, a aquella hora, un espectáculo inaudito, de página de novela o de película extraordinaria. Sentado al lado de la reja de la puerta, ya el sol en retirada, vi desfilar por delante de mí a los «hombres azules». Los hombres azules son los condenados a presidio. Fue una caravana silenciosa, sin una sonrisa, la que pasó frente a mí. Hombres desalentados, rotos y sucios. Uno era un gigante, flaco y rubio, que iba al lado de un hombre pequeño, de quijada ruda, calvo y zambo. Otro era un jovenzuelo adiposo verdaderamente repugnante; otro era un hombre de pelo blanco ya, con aspecto de oveja tranquila. Este, pensé yo, no volverá más nunca a la vida. Toda aquella gente llevaba, en su andar cabizbajo y en los rostros apagados, la señal del temor al Presidio y contrastaba con los «hombres blancos», simples presos de la cárcel, que pasaban para ir al saludo de la bandera con caras muchas veces regocijadas. La marcha la cerró aquel día el grupo de chinitos, que dan siempre la extraña sensación de estar dispuestos a permanecer inmutables en la cárcel durante un millón de años.

Por la noche

Después del saludo a la bandera, viene «el recuento». Los presos tienen que formar dentro de las galeras, poniéndose en atención a la llegada del oficial de turno, uno en cada cuadro de repuesto. Pasa el oficial, rápidamente comprueba que hay el mismo número que le han dado en la oficina, y entonces un preso lee en alta voz el nombre de los que han ingresado en el día, o han sido trasladados a otra galera. Terminado todo esto se da la señal de romper filas, y en el acto cada preso se pone a abrir su cama.

Aquella noche había en la galera ciento once o ciento catorce presos, las camas tenían que colocarse en cuádruples filas, unas al lado de otras con un espacio pequeñísimo para caminar por entre ellas, y las más cercanas a la puerta quedaban a sólo medio metro de los inodoros, a los que constantemente están los presos acudiendo durante la noche.

Entre el toque de «recuento» y el de «silencio», que es el último de los 35 que se dan al día, dentro de las galeras los presos pueden, primero, cantar o hablar o tocar algún instrumento como la guitarra o el tres; luego viene la sesión obligatoria de lectura que termina al toque de silencio. Aquella noche recogimos unas cuentas camas al fondo y Escalona improvisó enseguida un son formidable, que terminó en una rumba desconcertante y violenta bailada por un negro tan negro y tan flaco, que parecía una de las admirables caricaturas de cera de Hidalgo. En aquel momento histórico fue que Escalona inventó aquel estupendo son que empezaba:

*Nos metieron en la cárcel
Por ser...*

Después, antes de que empezáramos una sesión de gritos subversivos, aquel negrito torpe confesó modestamente que era de Santiago. El Cuchi se sintió obligado a darle un abrazo. A la hora de lectura, Mongo Miyar fue elegido, por

unanimidad, lector de la noche y como correspondía a su jerarquía comenzó dando un muera amplísimo en el que cabían todos los poderes establecidos en Cuba y que fue patrióticamente coreado por todos nosotros. Casi desesperado, el Primero vino a pedirnos de nuevo que no lo comprometiéramos y toda la compañía rió de buena gana contenta de tener un día de expansión y de faltar a la disciplina, en que tan rabiosos y liberales ataques se le estaban haciendo a los gobernantes culpables de su prisión.

Las lecturas de la cárcel son, desde luego, truculentas. Mongo Miyar tuvo que entrarle a pie firme a las páginas sangrientas de *El puente de los suspiros*, de Miguel Zevaco, y su hermosa voz resonaba, con dramático énfasis, bajo las bóvedas, refiriendo la ferocidad de Bembo, los gritos de Francesca Bertini, los suspiros de la cortesana Imperia y la generosidad de Rolando Candiani, y otras series de cosas tan inverosímiles y ridículas que aquello hubiera sido insostenible si una serie de trompetillas, bien distribuidas, no hubieran amenizado el espectáculo y provocado la ruidosa hilaridad del centenar de presos contentos aquella noche como muchachos.

Cuando vino el toque de «silencio», con su bella nota prolongada, repetimos nuestros gritos, pero dados con más furia que nunca, y empezamos a hacer rodar de cama en cama, sílaba por sílaba, como en un *cheer* tumultuoso, gritos de insultos y de desacatos a los poderes actuales. Los presos hacían eco al tumulto y tosían falsamente, a pesar de la protesta del Primero y del Sargento de Imaginaria.

Más tarde, cuando algún preso gritaba el «Voy» para acudir al servicio, al contestar el imaginaria con el «Sube» de rigor, siempre decíamos algo que despertaba de nuevo el murmullo de toses y de risas de la galera entera.

Al fin, el sueño empezó a dominarnos. Pero la realidad es que otro «agitador», con carácter de verdadero profesional, vino entonces a ayudarnos. Era un hombre gordo, casi ballénico, que panza arriba roncaba tirado sobre una colombina.

Aquello no era roncar. Aquello era sencillamente un aeroplano hecho hombre. O un automóvil de 12 cilindros.

De súbito, hacía *frrrrris, fatajak* y, de pronto, cambiaba y hacía como una sirena de barco pidiendo auxilio, *fuiiiii... fuiiiii...* No nos quedó más remedio que levantarnos en masa para ir a observar de cerca al «fenómeno» a despecho de la protesta del jefe de la galera. ¡Era el Tita Rufo del ronquido!

Aquella noche se convino en que las carcajadas más eran las más formidables que se habían «pronunciado» entre los paredones de la cárcel desde los tiempos de la dominación española. Y, aquella noche también, acabamos por dormirnos tranquilamente, sin temor a los ladrones, entre un puñado de individuos condenados por robo; y al amanecer, despertados por una diana feroz, adquirimos para siempre la convicción de que el espiritismo es una farsa más, pues si los muertos aparecieran por las galerías de la cárcel, debían rondar en bandadas, como los murciélagos, y nosotros no vimos ninguno.

Al otro día se supo que éramos insoportables y que nos tenían que aislar. Nos trasladamos para la Galera 18, en donde a los dos días celebramos una parte del homenaje que acordamos rendir a Julio Antonio Mella en el tercer aniversario de su asesinato.

IV

El aniversario de Julio Antonio Mella

Como lo pensamos desde el día en que caímos presos, el 10 de enero nos cogió en la cárcel. Durante esta primera semana, muchas veces nos mortificó la idea de no poder estar en la calle tal día, y como compensación nos propusimos celebrar su aniversario dentro de la prisión... Esta idea cobró forma total, cuando volvieron de la cabaña Aureliano, Pendás y Guillot, miembros del Ala Izquierda Estudiantil

—que era la que iba a ofrecer el homenaje— y los que, especialmente el primero, conocían mejor la obra y la vida de Julio Antonio. Medio en serio medio en broma, hasta se llegó a pensar en solicitar del Supervisor la oportunidad de dar a los presos una conferencia sobre el compañero asesinado en México.

El nombre de Julio Antonio Mella, síntesis perfecta de audacia y de abnegación en la lucha por la justicia social, envuelto en leyendas y en realidades heroicas, convertido en una especie de estrella polar de la juventud cubana, fue, en aquellos días, constantemente esgrimido por los compañeros del Ala Izquierda, como ejemplo formidable de lo que debe ser un joven netamente revolucionario.

El día

Cuando cesó el estruendo desbaratado de la diana, retumbante bajo las bóvedas, los muchachos rompieron a dar vivas a la memoria de Mella y mueras coléricos a sus asesinos. Ya entonces, la costumbre era dividir el *team* de gritos en dos partes. Un grupo gritaba y el otro grupo contestaba con la furia y el estruendo de un cañonazo.

Varios días antes los estudiantes y el resto de los presos políticos habían sido separados. Las galerías 11 y 12, llamadas «La Leonera», son las más vastas de la cárcel. Son enormes, como naves de catedral, y quedan una enfrente de otra, separadas por una doble y tremenda reja que llega hasta el techo, y que limita un pasadizo central, por donde, en las noches, camina con lentitud de centinela, el Sargento de Imaginaria.

En la Galera 11, de la que una vez, limando uno de los barrotes poderosos, se fueron, saltando al foso, *Cundingo* y seis compañeros más, quedaron los estudiantes, en su mayoría muchachos del Instituto, de la Normal y de la Escuela de Comercio, menores de veinte años en su mayoría, y entre los que el nombre de Julio Antonio era un chispazo

eléctrico que galvanizaba su entusiasmo fácil o su ira violenta.

En la Galera 12 estaban los otros presos políticos. Estaban el doctor Ismael Pintado y el doctor Juan Miguel Rodríguez de la Cruz, que se portaron magníficamente durante la huelga de hambre. Estaba Germán López, esperando de un momento a otro su libertad. Corona y Landa, siempre optimistas; Sergio Carbó, preso desde hacía muy poco tiempo y que se iba a pasar dos meses en la cárcel, en pago a sus panfletos contra la dictadura de Machado; el mexicano sospechoso de espionaje para el viejito «Comandante», siempre airado, y que estuvo dos meses preso; y un grupo más de compañeros cuyo nombre ahora no recuerdo.

El homenaje

El homenaje que los muchachos le rindieron a la memoria de Julio Antonio Mella no fue, ni mucho menos, tan farragoso como una sesión solemne en la Academia de la Historia o en la de Artes y Letras. La vida de Julio Antonio fue una vida ardiente y joven, y fue rápida y ruda como un torrente. Por eso, los muchachos, entre voces violentas, evocaron su gallarda figura en un verdadero mitin revolucionario, en el que las palabras saltaban como cascos de una explosión de granadas, y el clamor de los gritos furiosos sonaba, en las galeras vecinas, como el eco bravo y sordo del mar irritado al chocar contra los acantilados de la costa. Fue una fiesta frenética, con ardor de venganza, en la que, por la memoria de un muerto, los ojos sólo se encendieron por la furia. Si las historias de los muertos fueran verdaderas, Julio Antonio, al vibrar de tanta juventud vibrante, debía estar aquel día en pie dentro de su tumba de México, con el puño pétreo en alto y haciendo retumbar las cavernas de la tierra con su gran voz de tormenta.

Raúl fue quien inició el homenaje. Con su pelo alborotado y con su mano arañando el aire, afirmó cosas duras y verdaderas.

La evocación

Mejor que parafrasear las palabras de Raúl, será extraer de mis notas lo que dijo y reproducirlo, pues además de todo, contiene el programa de aquel día. Este fue su discurso:

Camaradas: el segundo aniversario del asesinato de Julio Antonio Mella nos sorprende presos, en lucha formidable y creciente por ideales a cuyo triunfo y realización entregamos nuestras vidas, ávidas de ser útiles. Sabemos, estamos todos convencidos, de que el verdadero homenaje a su recuerdo, sería arremeter rifle en mano contra los bastiones de la dictadura, y en la boca crispada el grito auténticamente joven, precisamente su grito de guerra: «¡Abajo el imperialismo yanqui y sus lacayos nacionales!» Pero la realidad, la cárcel, nos constriñe, limita y obliga a sólo recordarlo detrás de las rejas, impotentes pero no vencidos, con la secreta esperanza de que algún día no lejano podamos rendirle el tributo que exige y merece Julio Antonio Mella.

Nadie más antiliterario, por temperamento y por ideología, que el compañero caído. Y nada más lejos de la palabrería hueca y falaz que su postura revolucionaria, de clara proge- nie marxista. En consecuencia: será este un acto despojado, en su totalidad, de artificios retóricos y de pañuelos mojados con exudaciones insinceras.

Constará de tres números. Una poesía, dedicada a Mella, que recitará inmediatamente su autor, Carlos Fernández Arrate, conocido por Aspirina. Luego un discurso, vibrante como suyo, de Aureliano Sánchez Arango, que conoció, fue amigo y trabajó junto a Mella, y quien nos dará, de su obra y su vida ejemplares, una versión directa y llena de colorido y de fuerza dramática. Y por último —y con estas palabras concluye mi misión de mero anunciador— un minuto de absoluto silencio, de un silencio, que aunque suene a parado-

ja, será de afirmación, de fe, de optimismo. Hay que continuar, sin vacilaciones, la ruta emprendida, no importa que nos salga al paso, alevosamente como a Mella, el balazo a la vez homicida y glorioso, pues como él mismo dijera: «Triunfar o servir de trinchera a los demás. Hasta después de muertos somos útiles»...

Así terminó Raúl sus palabras, entre un escándalo admirable, en el que se demostró otra vez la admiración que el recuerdo de Julio Antonio despierta en su inmediata generación y el odio concentrado hacia sus asesinos, que también guarda.

Apenas terminado este tumulto, se originó otro. Era que habían subido sobre el cajón-tribuna, una larguísima melena en dos bandas, unos espejuelos de aro doble y un brazo rígido de madera enguantado, síntesis completa del loco Arrate, el descompuesto Aspirina, cuya sola presencia, con sus cuentos de aparecidos y sus complots terroristas, provocaba siempre, de cualquier modo, la risa alegre de los compañeros. Aspirina recitó unos versos suyos dedicados a Julio Antonio. Resultó ser un soneto; pero tengo que recortarlo, porque la verdad es que de vez en cuando se le «iba la mano» y decía versos de catorce o quince sílabas. El primer terceto decía:

*Troncharon tu vida, mas no importa.
¿Podrán acaso aniquilar tu idea?
El árbol retoña cuanto más se corta...*

Y terminó con este pareado profético, que le valiera más de un grito contra el imperialismo yanqui.

*Tu obra a su tiempo será cierta:
La puerta del futuro ya está abierta...*

Cuando Aspirina terminó su soneto, quiso ponerse a explicarlo; pero los muchachos no lo dejaron y tuvo que bajarse a la fuerza para que Aureliano hablase.

Había expectación por oírlo. Muchos de los muchachos presos no lo conocían más que de nombre y tenía para todos el prestigio de haber sido, a doble tiempo, amigo íntimo de Julio Antonio Mella y de Rubén Martínez Villena. Esto aparte de que Aureliano fue el que golpeó a Rogelio Sopo Barreto en Nueva York, y acababa de pasar unos días preso en La Cabaña.

La vida entera de Julio Antonio Mella pasó por las palabras de Aureliano Sánchez Arango; y quien está tan documentado sobre el carácter y la obra de aquel excepcional agitador de multitudes, está obligado, en su día a ponerse a hacer algo serio y duradero sobre aquella vida tan plena de humanidad y de futuro.

Julio Antonio Mella fue un trabajador formidable. Sin fatiga y sin reposo, tal en una película pasada rápidamente, fue primero atleta, luego líder universitario, luego agitador comunista, luego asesinado.

Poco escribió Mella, porque no tuvo tiempo para más al morir de 25 años. Dejó una multitud de artículos en periódicos y revistas sobre problemas estudiantiles y sociales. Publicó *Cuba: factoría yanqui*, que quedó inconclusa; *El grito de los Mártires* y *¿Qué es el APRA?*. Fundó las revistas *Juventud* y *Alma Mater*, la Liga Antimperialista de Cuba, la Universidad Popular José Martí; y en México la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos. Trabajó en la organización de numerosas colectividades obreras; fue el alma del Primer Congreso Revolucionario de Estudiantes; y el más destacado líder del famoso movimiento estudiantil de 1923, cuando los «Manicatos» tomaron por asalto la Universidad.

A través de la cálida palabra de Aureliano, comprimía el peso de la labor gigantesca de Julio Antonio, y fue impresionante, de manera especial para los que acababan de pasar una huelga de hambre de un solo día, oírlo evocar la que sostuvo Mella durante dieciocho días en aquel gesto suyo de inolvidable rebeldía.

Aureliano terminó con estas palabras, que en parte tengo que mutilar por ahora, en que se refirió a profecías de Mella, e hizo otras, por su cuenta:

En la época en que todos esperaban un Mesías, un redentor en la farsa política, Mella lanzó, desde las páginas de nuestra revista *Juventud*, su grito de alarma. Más que por conocimiento del hombre, por su familiaridad con la realidad económica del país y sus relaciones de dependencia, pudo Mella encerrar en una frase precisa y contundente las características del período de gobierno que se iba a iniciar, que justamente ha sido, conforme a su previsión, un período de reacción fascista.

Así nosotros, por el mismo infalible sistema de atalayar los futuros acontecimientos políticos mirando siempre a la estructura económica, a las formas de producción y de explotación, y a la situación internacional de sometimiento económico —la historia la hacen los fenómenos económicos— anunciamos todo lo que ocurrirá tras la falsa solución que se le dará a los presentes problemas por quienes aspiran a una sustitución política exigida e impuesta por la hegemonía imperialista yanqui: la absorción, la opresión económica y el terror fascista»...

El clamor de gritos que siguió a los dados por Aureliano al terminar, fue de tal naturaleza salvaje y estruendoso, que si los gruesos y negros barrotes de las rejas se hubieran trocado en cuerdas de contrabajo, no habrían bastado para hacerle fondo orquestal a aquel terrible coro, inflamado, desordenado, loco.

Cuando hubo un poco de calma, desde la galera de enfrente pidió la palabra, para hablar en nombre del resto de los compañeros presos, Sergio Carbó, el director de *La Semana*, siempre con su camisa azul de mangas cortas. Dijo con palabras más o menos parecidas, que «saludaba en nosotros a la nueva generación cubana, apta no sólo para la lucha arriesgada en la calle, sino también para la labor del pensamiento».

Nueva ovación, que contrastó enseguida con el silencio absoluto que inmediatamente se guardó por la memoria de Mella.

En la calle

Aquella misma mañana, para ser procesados, fueron sacados a la calle Aureliano, Guillot, Pendás y Roa, quienes enronquecieron gritando por todos los que no pudimos verla aquel día, a pesar de haberlo estado anhelando desde un mes antes. A la puerta de los Juzgados, los muertos a los asesinos de Mella asombraron a los mismos policías estupefactos de tanta audacia.

Y cuando llegaron, trasladados ya, con nosotros a la Galería 18, nos trajeron la estupenda noticia de que Gabriel Barceló, otro de los expulsados de la Universidad en 1927 por combatir la prórroga de poderes, a pesar de la suspensión de garantías, y por arriba de todo, había hablado durante un cuarto de hora, rodeado de hombres dispuestos a jugarse la vida, en el Parque de San Juan de Dios. Lo que dijo, la estatua de Cervantes lo apuntó en su cartilla de mármol, y todavía lo está comentando.

Por la noche

La propia noche Aureliano, completamente ronco, volvió a hablar sobre Julio Antonio Mella, narrando el episodio final de su vida: su muerte alevosa en México. Y estuvo hablando hasta mucho después del toque de «silencio». Aquella noche, después del día entero dedicado a recordar la memoria de la personalidad más acerada que ha producido la actual generación cubana, nos dormimos con la satisfacción honda de pensar que Julio Antonio Mella estaría al lado de nosotros en la lucha contra la tiranía y contra el imperialismo yanqui —sin contemplaciones, como queremos los del

Ala Izquierda— si en aquellos momentos aún no hubiera sido asesinado.

Esta convicción y el aliento que da el contacto con recuerdo de semejante audacia y vigor, fue lo que nos ayudó a mantener nuestra rebelde actitud en los días que siguieron.

V

Asalto al amanecer

En la Galera 18 llegamos por fin a reunirnos todos los muchachos que fuimos detenidos el 3 de enero, con la excepción de Febles, Manduley y Menocal. De estos tres compañeros, los dos primeros ya mencionados quedaron en la Galera 11 por todo el tiempo que estuvieron presos y el último pasó al Hospital en un lamentable estado de postración después de la huelga de hambre.

La Galera 18 es, simplemente, un trozo de la tubería maestra del acueducto. El techo abovedado, como el resto de la galera, quedaba tan bajo, en esta, que Ramiro y Lago, saltando un día en competencia, como si fueran *center* de un *five de basket ball* llegaron a tocar con la mano hasta muy cerca del punto más alto de la bóveda. Es, además, muy reducida, y gran parte de la misma está ocupada por el lavadero, la ducha y los inodoros.

Esta galera está destinada a los menores que caen presos y a los cuales visten de azul. Había en ella, cuando llegamos, sólo tres o cuatro. Uno, el Sargento de la Compañía, es un muchacho que ya tiene los 18 años, y que lleva, creo, más de dos en la cárcel. Mató al cuñado de una puñalada en un duelo irregular; allá en su pueblo. Es un muchacho serio, de quijada dura, que nunca sonríe. Parece un hombre demasiado temprano. Pero los otros tipos estaban allí presos por robarse bicicletas, tirarles piedras a los bodegueros y formar cuadrillas de robo con «instructores» mayores de edad.

Dos de ellos habían estado en Guanajay y uno me dijo una tarde, mientras Ramiro y yo le oíamos los cuentos, que aquello era un relajo, que no era reformatorio, sino «irreformatorio». Efectivamente volvió a caer preso antes que nos llevaran para Isla de Pinos.

En aquella galera, de tan poco fondo, el viento entraba por la puerta rejada y por una claraboya del techo, por la que a veces también caía el polvo. Unido esto a la humedad que perforaba las paredes, en gruesas gotas que hacen amarillear la blancura de la cal, se explica fácilmente que aquel rincón de la cárcel se convirtiera en una eficaz sucursal de la enfermería, a la que, como prueba irrefutable, sólo dejamos de visitar de los 18 que a ella llegamos, Fernando López, que fue detenido pocos días después que nosotros, y yo. Los demás probaron el rancho aderezado de los enfermos.

Allí estuvo también varios días, antes de ser trasladado a la 11, José Fresneda, el joven abogado que me llevó al Hospital al ser yo herido el 30 de septiembre de 1930.

Pollice verso

Aunque nuestra galera daba al «patio de los incomunicados», en el que hay sol casi todo el día, desde el primer momento fuimos encerrados dentro de ella. Y para divertirnos tuvimos que inventar juegos hasta cansarnos, pero que nos resultaban más bien perjudiciales, por la falta de oxígeno y luz. Esto acabó por ponernos malhumorados y agresivos y el día que se nos anunció la «visita de la Audiencia», nuestro estado de ánimo no era el más recomendable para que recibiéramos con vacuas solemnidades ni fingidos respetos a individuos a quienes considerábamos cómplices, en grado superlativo, de una situación que nos había obligado a lanzarnos a la pelea en la calle y a caer, finalmente, en la cárcel.

Por eso, cuando nos sacaron para ir a ser notificados de que habíamos sido procesados, o de no sé qué otra cosa que

nos tenía sin cuidado alguno, estábamos dispuestos a ofrecer también algunas escenas no menos solemnes.

Los presos estaban en fila esperando la llegada de los jueces y magistrados. Nos sentamos entre ellos, comenzando una serie de bromas y burlas contra todos los «administradores de la Justicia», que por cierto eran risueñamente acogidas. Ya habíamos llegado a la conclusión de que casi toda esta era gente que había que renovar, cuando menos por incompetentes, a fuerza de declararse ella misma, por medio de su más alto tribunal, y, reiteradamente, incapaz para resolver todo problema fundamental. En este punto estábamos totalmente de acuerdo con el doctor José Miguel Irisarri, preso de nuevo ahora, y, por lo tanto, no teníamos por qué manifestarle consideración alguna.

A medida que iban llegando los «viejos abyectos», como dice Raúl Roa, nos manifestamos de alguna manera en contra de los mismos. Ya habíamos acordado no ponernos de pie a la voz de «¡Atención!» cuando iba a pasar algún juez o magistrado. Pero esto nos pareció poco; y entonces recordamos el gesto de los cívicos romanos del *pollice verso*, cuando con el dedo pulgar hacia abajo, el pueblo pedía que no hubiera clemencia para el vencido, por cobarde o por odioso. Nosotros, en aquel momento, adoptamos el gesto romano y con él saludamos desde entonces al que no nos parece digno de respeto ni de estimación. Saludamos con ambos pulgares en vez de uno solo a aquellos de quienes teníamos referencias particularmente deplorables. Luego pasamos de dos en dos a la Sala de Justicia y allí, el mismo presidente nos notificó algo que no le entendimos bien. Tuve la suerte de ser el último en comparecer ante él, junto con Roberto Lago, y le dije, en nombre de todos, que nos sentíamos honradísimos en llevar, por el motivo que lo llevábamos, el uniforme de presos, que era el que le correspondía, en el momento, a las personas decentes. Como en aquel lugar está prohibido hablar, mi voz resonó atrevida y extraña y

Balbino González se limitó a contestar, subrayando sus palabras: «Está muy bien.» «¡Y bien!» —dijo Lago, tirando de su bigotico inglés...

¿Mayor, usted les dijo que se levantarán?

Pero todo lo anterior fue nada comparado con el escándalo que vino luego a los pocos días, cuando Aureliano, Guillot, Pendás y Raúl Roa, que no habían tomado parte en la primera visita, fueron a dar su tángana. Como por miedo a que se repitiera lo ocurrido no se les llamó a la Sala de Justicia, desde fuera, en el mismo patio central de la cárcel junto a las oficinas, armaron un tumulto de «grandes ligas», en el que pusieron en su lugar el apagado prestigio de las togas. Inmediatamente los trajeron para la compañía y pusieron frente a la reja de la galera un toldo que nos quitaba el aire y la luz, para evitar que nos vieran los otros presos. Así empiezan diez días famosos.

Pronto supimos que estaban haciendo gestiones para que se nos mandara a Isla de Pinos. Creo que hasta nos alegró mucho.

Una mañana —una mañana a las cinco y media, se entiende— la voz de Sergio, «el mayor de los mayores», irrumpió entre las rejas: «¿Mayor, ya usted les dijo que se levantarán?» «¡No nos da la gana de levantarnos!», respondió airadamente Rubén León.

Y la voz se fue y todos nos dormimos de nuevo, con el sueño estupendo de la madrugada.

Pero, de pronto, *Fak-pran-trapa-rakra*... Una cuadrilla de forajidos, una banda de veinte asesinos en despoblado y cuarenta robos a mano armada, se había metido en la galera y cogiendo cada tres o cuatro una cama, nos tiraron al suelo violentamente y se las llevaron con la velocidad de quien salva algo del fuego. En pie, y dormido todavía, pude oír, cómo el Guajiro Pendás y Rubén decían, «¡Cobardes!, ¿A que no son capaces d/e fajarse uno a uno?»

La reacción fue rápida y violenta y nuestros gritos de retos y de insultos duraron mucho tiempo, y fueron tan subidos de tono que nadie se aproximó a la puerta de la galera. Ni aun Celestino, un hombre trigueño oscuro, con un promontorio sobre un pómulo, que había sido designado sereno de la compañía.

La noche en el suelo

Rompimos dos cajones de madera que había al fondo, nos apoderamos de dos palos de escobas y con todo ello nos armamos para repeler la agresión que lógicamente había de venir después de nuestros insultos. Pero no vino. Pasamos el día encerrados como leones y con ganas de pelea. Como estábamos sin cama, en un rincón, sobre las frazadas de Fernando López y las mías, un grupo pasó la tarde leyendo y oyéndole contar al Cuchi Escalona una película interminable.

Ya bien tarde, poco antes del toque de saludo a la bandera, quisieron entrar las camas y entonces Guillot y Ramiro rompieron a patadas las dos primeras que pasaron y Guillot dándose golpes en el amplio pecho furioso gritó: «Dígale al Teniente que he sido yo, Manuel Guillot, quien ha roto las camas»... «Dígale que hemos sido todos», corrigió otra voz. Y casi temeroso de una agresión personal, cerró la reja Celestino y aquella noche, tiradas las frazadas en el piso, dormimos todos en el suelo húmedo de tres baldeos diarios, y con la frialdad de una noche de enero, que allá a la madrugada, nos despertó tiritando.

VI Días de rebelión

Una noche fría tirados sobre el piso húmedo, en la que los que estábamos más cerca de la puerta, dormíamos en realidad bajo el sereno, pone el cuerpo duro y el impulso rápido para la pelea. Fue una mala ocurrencia del Teniente, querer molestarnos aquel día. Una mala ocurrencia, que para acabar sangrientamente sólo necesitaba el auxilio de la suerte buena o mala. En la cárcel para hacer una extracción de dinero o un pago por cualquier compra de frazadas o trajes de presos es preciso firmar un papel, dirigido al Jefe Superior que termina diciendo: «Respetuosamente de usted». Debajo de esto hay que firmar. Pero unos cuantos muchachos, pensando con muchísima razón que el Superior de la Cárcel no era más que el ínfimo engranaje de una maquinaria a la cual no guardábamos ningún respeto, como ya lo habíamos manifestado públicamente en todas las calles y plazas de La Habana, sin temor ninguno y exponiendo la vida, tacharon el «Respetuosamente de usted» ya que esto, en realidad, constituía una irreverencia para nuestra actitud de franca rebelión contra el régimen podrido que ha padecido el país con paciencia demasiado larga. Algunos muchachos estimaron que sería más exacto añadir una simple letra «i» y firmaron «Irrespetuosamente de usted».

Esto fue cosa que se hizo varias veces; pero parece que hasta ese momento no había llegado la ocasión de apretar, facilitada ahora por el desacato que habíamos cometido a la llegada de los jueces y magistrados. Después que nos tiraron de las camas, en vista de que no habían logrado atemorizarnos, y que nuestros insultos seguían cada vez más terribles, contra todos los figurones de la tiranía, se estimó que era necesario «apretar aún más las tuercas», como dijo por aquellos días el venerable general Delgado, a quien por cierto la otra noche, al salir de visitar *La Semana*, vi entrar muy

de prisa al Teatro Alhambra por la puerta del fondo, sin duda para supervisar el ceremonioso espectáculo en que impera la gracia de Sergio Acebal.

Las celdas del Príncipe

Para apretar más las tuercas, «por el asunto de las firmas irrespetuosas» recluyeron a seis compañeros en las celdas. Pero es preciso decir antes, para que La Habana y la República entera lo sepan, para que lo sepan también aquellos que tienen la desgracia de tener algún familiar en la cárcel, qué son las celdas en el Castillo del Príncipe.

No obstante saber muchas cosas, antes de haber ingresado en la cárcel, del trato que se les da a los presos por el menor motivo, no podíamos sospechar que se llegase a crueldades tan bárbaras, tan incompatibles con la dignidad humana. Pero la Galera 18, en donde estuvimos alojados más de dos meses, da al patio de los incomunicados, al fondo del cual quedaban las celdas, y nos permitió ser testigos de muchas cosas interesantes. Sergio y Romero eran los encargados en la cárcel de mantener la disciplina y los métodos empleados —desde luego consentidos por el Supervisor que no podrá alegar ignorancia sobre los mismos sin declararse inepto— que pasan de la categoría de brutales. Sergio todavía encuentra bastantes compañeros que lo defiendan; pero de Romero, aunque escondidos y con temor de niño asustado casi siempre, todos los presos dicen horrores.

Un centenar de muchachos que han pasado por la cárcel son testigos de esto y también lo son un grupo de obreros y de políticos y periodistas que han salido de ella repletos de confidencias. Entre ellos Sergio Carbó, que salió hablando en su día sobre cosas que no se pueden callar.

El grupo nuestro, vio cómo se tenía a los condenados en las celdas, dándole brillo a los mosaicos de la entrada horas enteras, con el cuerpo doblado; vio también, impotente y rabioso, cómo una tarde, Romero, que es un hombre grande,

gordo y fuerte, la emprendió a patadas y a trompadas, allá al fondo de las celdas, con un sujeto desmedrado y que al fin salió con la cara rota echando sangre; vio cómo una mañana sacaron a un muchacho alto y pálido y enseguida lo pusieron a cargar unas pesadas losas de piedra; y al ir esa propia mañana para la barbería, vio cómo rodaba por la escalera empinada, que comunica al patio con la azotea del Castillo, y cómo una losa, al llegar el muchacho abajo, le dio en plena frente, dejándolo sin sentido. Yo mismo ayudé a cargarlo. Al día siguiente, con la cabeza vendada, lo vimos pasar por la azotea cargando piedras de nuevo y luego supimos que a este infeliz se le había puesto a hacer trabajos más duros.

Pero esto no es nada. Esto es, simplemente, el relato de pequeños incidentes diarios, que los presos ya ven sin emoción alguna. Lo terrible y lo que hay que decir en estos días —en que se investigan los asesinatos de Santiago de Cuba, achacados con testimonios abrumadores a Arsenio Ortiz— es que todavía no se haya prestado atención al rumor de que el chino Wong fue «suicidado» alevosamente en aquellas celdas del Castillo del Príncipe y se investigue honradamente la verdad. Cincuenta de nosotros estamos dispuestos a declarar lo que oímos contar y acaso se encuentre algún preso, de los que ya han cumplido, que con civismo bastante ratifique lo que nos contó. Sería tonto e inútil hacerlo con los que están aún en la cárcel. Esos gritos, que en el idioma universal de la agonía, se oyen hace ya tiempo bajo las lúgubres bóvedas del Castillo del Príncipe, es necesario que salgan a la calle, que se haga la denuncia. Ya está hecha.

¡Queremos celdas!

La mañana a la que me estaba refiriendo uno de los presos llegó hasta la reja de nuestra galera y nos hizo conocer la gravedad de la falta que habíamos cometido y acto seguido se apareció uno de los mayores, llamado Chilango, a bus-

car a uno de nosotros para llevarlo a la oficina. No recuerdo cuál fue. Al poco rato pasó por el patio, dando alaridos, conducido a las celdas. Así fueron llevados Mongo Miyar, Ramiro Valdés Daussá, Aureliano Sánchez Arango y Carlos Guerrero. Cada vez que pasaba uno por frente a nosotros, amontonados detrás de la reja, le disparábamos gritos de aliento. Cuando vinieron a buscar el quinto, que era Tony Varona, Pendás nos robó la arrancada y se fue con él. En la oficina dio a conocer los puntos que gasta. Lo que dijo fue, desde luego, mucho más notable que todos los discursos de los autonomistas: y la prueba de ello fue que su discurso le valió la celda entre los aplausos de todos, que quisimos repetir la estratagema, aunque infructuosamente.

Entonces cesaron los viajes de la galera a la oficina y de la oficina a la galera. Realmente envidiosos del honor que los compañeros habían alcanzado, nos pusimos a gritar, como fieras, junto a los barrotes de la puerta, con unanimidad rítmica y clamorosa: ¡Queremos celdas!... ¡Queremos celdas!...

Al fin vino el oficial de guardia a notificarnos que ya nos habíamos ganado de sobra el derecho a ser castigados; pero, como no había el suficiente número de celdas donde alojarnos, nos dejaban, por lo pronto, dentro de la galera, sin sol y sin luz casi.

¡Auxilio mayores!

Pero esta era, en realidad, pequeña razón para nosotros. Era necesario hacer algo más para que nos fuera impuesto el mismo castigo que a los compañeros, a quienes temíamos que apalearan.

Alguien propuso que se quemaran las taquillas; pero no tuvo eco porque la falta de aire nos podía asfixiar. Otros pensaron en romperlo todo; pero fue desechado el proyecto.

Fue a Rubén León a quien se le ocurrió entonces la estúpida y arriesgada idea de salir a la brava de la galera,

armados de palos y llegar hasta la oficina del Teniente, en donde nos recibirían, como es natural, violentamente y la aventura hasta acabar a tiros.

Esto sí era grave; pero decisivo. Hay que confesar que el ánimo de muchos no llegaba a tanto; aunque nadie, desde luego, se negó a tomar parte en la tángana.

Decidido ya a hacerlo, Rubén León con un palo en la mano, se sentó al lado de la reja a esperar que viniera el ordenanza Matanzas y aprovechar el momento en que abrieran la puerta para lanzarnos fuera. Los demás, intranquilos y nerviosos, nos pusimos a caminar por dentro de la jaula esperando la oportunidad de la escapada.

Cuando Matanzas reapareció, Rubén lo llamó para decirle que nos trajera agua. El rejero Celestino vino entonces y fue a abrir la puerta. En ese momento Rubén me llamó a mí, que era uno de los más fuertes del grupo, y nos lanzamos resueltamente contra la reja que empezó a ceder.

Los muchachos todos se agruparon detrás, empujando, mientras Celestino que había ido resbalando hasta que llegó a apoyar el pie en el paraván que teníamos ante la reja, gritaba con voz aflautada por el temor y la sorpresa: «¡Auxilio, aquí mayores, aquí!...»

Yo fui el único que tuvo el chance de sacar medio cuerpo fuera y por poco recibo el gran golpe al cerrarse la reja cuando vino la andanada de presos a ayudar al rejero Matanzas.

El peso enorme de la reja, la falta de un punto de apoyo que nos impidiera resbalar y, sobre todo, el haberse metido el ordenanza entre la pared y la reja por lo que quedó todo magullado, impidiéndonos pasar más allá de lo que cediesen sus astillas, fueron los factores responsables de que este intento de rebelión se nos frustrase. Pero no se nos frustró sino entre una tempestad de voces airadas y de gritos rudos cuando la cara despavorida de Romero, se asomó a las rejas, y en la que la voz de Guillot y la de Fuertes se destacaban sobre todas por lo violentas e insultantes.

Nos tiramos en el suelo

Aquella misma tarde los acontecimientos en la celda, que eran nuestro barómetro, cambiaron, porque dieron comienzo a una serie de dulzuras empalagosas con los muchachos que estaban castigados y con nosotros mismos. Hubo una entrevista «asquerosa», para decirlo en el lenguaje de Raúl Roa, y como consecuencia de ella, se le pasaron a los compañeros, tabacos, frazadas, almohadas, libros y hasta camas. ¡Vaya, una especie de cordialidad cubana! Todo esto nos indignó a los que habíamos quedado en la galera, y hasta tal punto, que Rubén León, Raúl Roa, Guillot y yo, decidimos para salvar el honor del grupo, dormir aquella noche, sin almohadas y sin mantas, sobre el suelo, como así lo hicimos. Pero sin dormir, desde luego, porque el frío era brutal y la incomodidad suma. Los demás tampoco durmieron. Nuestras mordaces alusiones mantuvieron a toda la galera despierta y malhumorada.

Papá Don Carlos

Pronto nos enteramos que en el Senado, voces fraternales habían hablado de nuestro horroroso cautiverio y las sombras gloriosas de Martí, Maceo y Agramonte, y no sé de quién más, habían servido para evitarnos el papel de nuevas víctimas revolucionarias: la oportunidad indiscutible de darnos un monumento de mármol italiano y el chance de ofrecerles a las nuevas generaciones de escolares un día menos de clase. Otra vez será.

Todo terminó, cuando la cara simpática, en la que todavía unos se empeñan en ver algo del regocijo auténtico del niño, de don Carlos de la Torre, en compañía del doctor Guillermo Portela, que ahora se merece elogio por su carta a los estudiantes, y del doctor Ángel Vieta, en representación de las tres Facultades universitarias, nos visitaron a nosotros para decirnos que todo su apoyo nos pertenece y que en lo su-

cesivo tendríamos sol y agua y prerrogativas tan abundantes como los asesinatos de Santiago de Cuba.

Nos retrataron en el patio de la cárcel, y luego Don Carlos fue llevado hasta la celda en donde estaban los muchachos. A la salida su abrigo iba manchado de cal fresca, que no quiso quitar, nos dijo poniendo pícaro la voz, para muestra de que la pintura era bien reciente.

Después de estos días, salvo pequeños incidentes, vinieron otros de alegría y de polémica.

VII

Las «Fiestas del Chiviricuán»

Aunque yo pertenezco a numerosas corporaciones científicas y académicas, como sabe todo el que haya leído el prólogo de *Batey*, no tengo a mano la suficiente cantidad de legajos ni de documentos antiguos que me serían necesarios para redactar un «sesudo informe» sobre las «Fiestas de Chiviricuán» llevadas a su última expresión por su Presidente Perpetuo Cuchi Escalona.

Es preciso, sin embargo, decir algo sobre sus orígenes, porque estas fiestas, como casi todos los grandes sucesos de la humanidad, han tenido una laboriosa gestación. En primer lugar, hay que recordar nuestras tånganas en la calle contra la policía, las que, como consecuencia natural, nos trajeron una estancia invernal gratuita en el Castillo del Príncipe; un viaje por mar —gratis también— en la poderosa unidad de nuestra armada «24 de Febrero» y unas vacaciones de primavera, y sin que gastáramos nada en ellas, tampoco, en la cárcel de Nueva Gerona. En el «sesudo informe» —que yo redactaré algún día cuando tenga sesenta y pico de años y me den la Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes, con distintivo azul turquí— podré extenderme para llenar las doscientas páginas que debe

contener todo informe académico medio decente, desde la llegada de los siboneyes a Cuba, luego la de Colón, y finalmente la de los antepasados de las actuales gobernantes de la República, responsables de nuestras tánganas en la calle y, como consecuencia, de nuestra prisión y de nuestras fiestas.

Pero, por ahora, sólo me limitaré a decir que, cuando caímos presos, ya lo estaba, por cuarta o quinta vez, desde el 30 de septiembre, Armando Feito, el más gordo y más generoso y más mentiroso de todos los estudiantes del mundo. Feito, la misma noche de nuestra llegada, para que fuéramos entrando en ambiente, preparó una de sus inolvidables «veladas», anunciándola ruidosamente por medio de trompetillas, que estallaban como voladores de mitin político de barrio. De aquella primera «velada» ninguno de nosotros podrá olvidarse. A petición unánime, Feito hizo dos o tres cuentos que, naturalmente, fueron de los clasificados por no sé quién «de relajo», y acto continuo estrenó por milésima vez, y con el mismo rotundo éxito de siempre, su *couplet*, *El couplet de Feito*, que ya conoce toda La Habana —o por lo menos debiera conocerlo— y en el cual, haciendo el papel de galleguita recién llegada a Madrid, Feito, o séase la galleguita, se pierde... Aquella propia noche se reveló como el fenómeno de los fenómenos, el Cuchi Escalona, nombrado a partir de aquella fecha y para evitar elecciones fraudulentas, bravas y cochinas, Presidente Perpetuo de las «Fiestas de Chiviricuán», clasificadas por él mismo, atendiendo a su importancia y trascendencia, en «Fiestas de Chiviricuancitos», «Fiestas de Chiviricuán», y por último las «Magnus Fiestum Chiviricuanus», reservadas sólo para los momentos de alegría solemne.

También aquella noche, Mongo Miyar se ganó, sin discusión alguna, el empleo de «cantante oficial de la cárcel», del que nunca tuvo que ser relevado, pese a los numerosos ingresos.

Primera transformación

Ya en la Galera 18, limitado el grupo, las «Fiestas de Chiviricuán», tomaron otro carácter. Como desde las seis de la tarde, hora del cierre hasta el toque de «silencio», transcurrían tres horas interminables dentro de un espacio muy pequeño, en donde alguien que cayera enfermo de mal humor, contagiaba fácilmente al resto, Escalona inventó lo del aporte individual obligatorio. Consistía en que cada individuo, tenía de todas maneras que «ponerse para su número», o como dice el propio Cuchi, «entrar en la jugada». Se ponía un banquito en la puerta de la galera y a él «comparecían» uno por uno, y por orden de camas, todos los «chiviricuaneros». El primero era Carlos Manuel Fuertes, el inmortal y querido Potaje —aunque se ponga bravo— que, francamente, lo único tolerable que tenía como cuentista era que terminaba pronto. Por lo demás, se ponía terriblemente colorado cuando no le reíamos las gracias, lo que ocurría siempre. Rubén León era otro caso lamentable. Se puede hacer esta síntesis perfecta de todo lo que él contó: «Cuando yo era muchacho allá en Manzanillo, una vez...» y nada, todo era que se había fajado con un muchacho, que le había roto la cara. Roberto Lago era pasable; terminaba rápidamente y sólo decía treinta o cuarenta palabras gruesas de entre las cincuenta que hablaba. En la categoría de los menos malos, estaban Carlos Guerrero, conocido entre los «chiviricuaneros» por Barriguilla y Sargento Primero, el Guajiro Pendás y Ramiro. Y entre la de los «toros» hay que clasificar a Raúl Roa, que se pasaba la noche hablando mal de todos los literatos de Cuba, y especialmente de Juan Marinello, sobre el que inventó una parábola, que si se escribiera, haría olvidar —como él mismo dice— todas las de José Enrique Rodó. Hay que clasificar también entre los «toros» a Fernando López, que hizo aquel cuento del conductor del tren de Santiago que bajó en Matanzas a un pasajero que venía hasta La Habana por

primera vez, y en cambio dejó dormir a otro, hasta la llegada a la Terminal, y que tenía necesidad de bajarse en Matanzas. Y también a Guillot, que supo darle calor a «su asunto» con Viriato, en Nueva York.

Mongo Miyar «robaba» con sus cantos orientales; el Cuchi, «acababa», contando películas de cine y películas tuyas de «corre-corre»; hasta el Mayor Santiago, un preso joven, negro y simpático, que era el jefe de la galera, se puso una vez a cantar sátiras tuyas contra el cabo Pastor y su bamba.

*De la bamba de'te negro
sabiéndola compartil,
se pueden comer tre mese:
Febrero, Malzo y Abril...
En el ingenio La Aurora,
al comenzal la molienda,
este negro con su bamba
rompió la locomotora...*

Pero todo el mundo palidece ante Raúl Ruiz, universalmente conocido por Cienfuegos, Cienfueguito, o simplemente por Cienfua, que una noche, con la serenidad y la destreza de un maestro de maestros, hizo una serie de cuentos, que acabaron con la rigurosa disciplina impuesta por el Secretario Perpetuo que suscribe. Todos se agolparon alrededor de Cienfua, que puso en ridículo a Bocaccio y a su *Decamerón*, y de lo que él contó, aunque pálidamente, será preciso recoger el recuerdo en un próximo libro. Los títulos, incompletos, servirán de síntesis: «Trapo quemao»... «Y la rrorroña que da eso»... «¡Pirdiste!»... El nombre de Cienfuegos —como cuentista— yo no tendría ningún escrúpulo en colocarlo junto a los de Poe, Maupassant y Hoffman. Reclama una estatua en el Patio del Laurel Viejo, que tenga en la base una yegua huyendo despavorida por entre un platanal, vecino al paredón de un cementerio de pueblo.

Segunda transformación

Pero todo se transforma, como dice un físico famoso en los libros del Instituto, y las «Fiestas de Chiviricuán», también se fueron transformando y cobrando aspectos distintos.

Una noche, por ejemplo, a los «chiviricuaneros» se les ocurrió ir dándole a cada uno de los «allí presentes», entrada en la cárcel por el delito que indicaban sus caras o su «historial clínico». Yo sólo voy a poner unos pocos aquí, ante el temor de tener que fajarme con algunos, como Carlos Prío y Mongo Miyar, por ejemplo. Pero se puede poner que a Roberto Lago se le condenó por faltarle el respeto al Presidente de la Sala, en una discusión violenta; indiscutiblemente, Roberto es el primer discutidor de la República. Guillot, por su carácter violento, caería preso por lesiones graves y maltrato de obras y palabras. Rafael Escalona, dadas sus aficiones de rumbero, es seguro que lo «cargaban» por escándalo público y reyerta en un solar. Aureliano Sánchez Arango, caería por desacato a las «autoridades» y por promover disturbios estudiantiles. Yo iba a caer por asesinato. Iba a ser el peor tratado de todos. Raúl Roa, tan aficionado a hablar mal hasta de sus propios huesos, sería condenado por injuria, calumnia y difamación. Y Cuco López, con su cara de niño con bigotes, iba a pasar un buen rato en la cárcel, simplemente, por un lamentable error judicial.

Una película en la cárcel

Fue en otra ocasión, en que, hablando de cine, cualquiera sabe a quién se le ocurrió empezar a darles papeles a los muchachos, y pasamos el gran rato haciéndonos ibamos a lucir. Y de veras que entre todos, si nos dan dos o tres muchachas para completar los papeles, podríamos hacer una película estupenda. Desde luego, nos hacen falta también dos o tres «villanos» auténticos, de los que odiamos tanto, para al

final, como queremos, ahorcarles a todos. Yo, el día menos pensado, la escribo. O la sueño. Por lo pronto, aquel día nos conformamos con distribuir los siguientes papeles:

A Mongo Miyar, con su barba nazarena, y quitándole el carácter neurasténico perfecto que posee, se acordó dar el de «Hombre-Dios», en la seguridad de que lo haría muy bien.

Para Manuel Guillot, se reservó el de «Jefe de Gang», pensando, con razón, que Guillotina con una pistola en la mano, debía ser algo serio.

A Raúl Roa tuve yo mismo el honor de designarle papel: el de «Violinista hambriento». Y hay que reconocer que si a Raúl se le ocurre ir, con sus huesos y su melena a una esquina, a pararse con un violín en la mano, a la hora de la salida de los cines, se le llena el sombrero de limosnas caritativas. De esto sí que no hay duda.

Carlos Prío obtuvo el papel de «Galán fulastre». «La Vieja», a pesar de su «avanzada edad» y su nariz, y aún de su barriguita, luce bien todavía. Se le puede utilizar —como así se acordó— como una especie de John Gilbert en decadencia.

Porfirio Pendás obtuvo el papel de «Mosquetero». Pero eso fue entonces. Hoy, por haberse rapado en Isla de Pinos, sólo parece un escapado de Sing-Sing.

Fernando López, por no haber otro cargo de más pura rectitud, se conformó con el de «Maestro de escuela» o con el de «Cura protestante».

Rubén de León, flaco y ligero como el viento, se pensó que luciría muy bien a caballo, con el traje y el sombrero de *cowboy*.

Cuchi Escalona sería una especie de «Jefe de tramo-ya», o «Director de un *jazz*». En último caso, se conformaba con ser «Jefe de una banda de timadores». Pero su mejor puesto era el de «Griffith-Escalona».

Roberto Lago, alto y rubio como un americano, iba a dar la talla como «Novato universitario». Sobre todo con aquel

bigotito que cuidaba con tanto esmero en los días de público.

Raúl Ruiz, era, sin discusión, el Mauricio Chevalier del Directorio. Sería, pues, el «Bailarín profesional» de la cinta. Sobre todo, si en ella, en vez de *foxes*, se reventaban algunos sones calientes.

Ramiro Valdés Daussá iba a tener un papel estupendo: el de «Estrella atlética» de la Universidad en la que acababa de ingresar Roberto Lago. Un *all-around* perfecto: corredor, jugador de *basket* y *handball*, nadador. Seguro que hubiera derrotado en *diving* a la estrella de la Universidad contraria.

Tony Varona tenía el papel de «Normalista», o su equivalente de un alumno de *High School*. Esto, como diría Escalona, tenía un poco de «tenden»; pero, por lo demás, luciría bastante bien de normalista, con sus espejuelos.

Aureliano se encargaría del papel de «Agitador». Sería el *leader* revolucionario que aparece siempre ante las masas arengándolas para la conquista de sus derechos. Iba a estar muy bien, sobre todo, si al final de la película aparecía algún incidente sentimental de difícil solución.

A Carlos Manuel Fuertes, por su cara cuadrada y su seriedad inescrutable, se le dio nada menos que el papel de «Villano». Pero no le quedaba bien con todo. Si a Fuertes le llegan a poner una gorra, estaría espléndido de piloto aviador, o de conductor de trenes.

Carlos Guerrero se pensó que luciría discretamente, con su barriguita satisfecha, detrás de un mostrador despachando *cocktails*. Pero aún se le ofreció otra oportunidad más brillante y se le hizo cargo del hotel de la *film*.

Finalmente, el que quedaba por clasificar era yo, y ya estaba pensando que se me daría algún papel dramático de esos que llegan hasta el final, cuando se acordó, por absoluta unanimidad que me convenía, mejor que ningún otro, el de «Estibador en los muelles de San Francisco», o, en el último caso, el de «Guapo de taberna».

El pleito de Tabaré

El pleito de Tabaré fue una verdadera «Magnus Fiestum Chiviricuanus», celebrada en elogio y honor de nuestro Poder Judicial.

Como los libros no estaban muy abundantes en la gale-
ra, y los de versos casi ni existían, cuando cayó *Tabaré*
entre nosotros, hubo una serie de robos continuos, que en
realidad *Tabaré* no era leído por nadie y robado por todos.
Finalmente, nos lo robamos simultáneamente, aunque esto
parezca difícil, Mongo Miyar y yo. Escalona, que era el
legítimo propietario, sufrió una perreta momentánea, y
«abandonó» la propiedad del libro. Naturalmente, Mongo y
yo reclamamos la propiedad y fue necesario «dilucidarla»
ante «los tribunales». Formaron la Sala, Guillotina, como
presidente, que se puso sobre la cabeza, a modo de birrete,
una cantina, se colocó un par de espejuelos sobre la nariz y
estuvo toda la noche escupiendo por un lado, con la habili-
dad maravillosa de cualquier viejo magistrado. Es una lás-
tima no haber podido conseguir un buen retrato de Guillot,
para poder decir de veras, lo bien que estuvo aquella no-
che. Pendás hizo de Fiscal, sustituyendo a la mitad del ju-
icio a Fernando López, incapaz de acusar a nadie. Fernan-
do y Ramiro —que fue el ponente— fueron los otros dos
magistrados. Rubén León hizo de periodista y Cienfuegos,
que era mi abogado y Prío, que lo era de Mongo, trataron
de comprarlo para que la prensa diera al público una infor-
mación falseada de la realidad. Lo mismo hicieron con los
magistrados, y sospecho que cogieron por los dos lados.
Aquello fue una cosa tremenda. Yo me aparecí con una
carta del Presidente de la República, garantizando que yo
era un hombre honrado y que mis antecedentes penales
eran «fabricados» por mis enemigos políticos de otros tiem-
pos, y el Presidente de la Sala me trató con toda clase de
consideraciones. Si esto no se hiciera tan largo, yo daría
cuenta detallada del juicio, pero debo terminar pronto. El

juicio terminó con una sentencia amañada en la que, como de costumbre, se evadía el problema de fondo, se le daba la razón a todo el mundo y la justicia a nadie. Luego se supo que todo obedecía a que, como debió sospecharse a tiempo, el Presidente de la Sala, a su vez había robado el libro y quería conservarlo para sí.

Así, como estas, fueron todas las «Fiestas de Chiviricuán». Mucho más hubo; pero no es posible recordarlas todas en un artículo de periódico, en el que ni siquiera he podido hacer mención de aquel inolvidable «Concurso de Canto», en el que Fernando López, ganó, para siempre, el derecho de proclamarse el antípoda de Enrico Caruso, la peor voz, por lo menos, de Cuba.

VIII

La Real Academia del Príncipe

En la Galera 18, algunos de los muchachos presos, a más de estar haciendo estudios oficiales, poseían en alguna forma, inquietudes intelectuales, políticas y aun artísticas.

Este simple hecho determinó, de manera espontánea, la constitución de la Real Academia del Príncipe, que vino a ser una especie de desahogo, saturado casi siempre de buen humor, para los días de complejidades espirituales y de lucubraciones mentales.

Se le dio el nombre de Real Academia del Príncipe, por el hecho de constituirse bajo un gobierno de índole monárquica, y en los Estatutos, que uno de estos días debe aprobar el Ilustrísimo señor Gobernador de la Provincia, se estableció que pertenecían a la Corporación todos los individuos «domiciliados» en la Galera 18, considerándose como Miembros de Honor todos los demás compañeros presos en otras compañías. También, en capítulo especial, se estableció que el Presidente de la República, el señor Arzo-

bispo, el Tribunal Supremo y el Congreso, no podían ser nombrados, según costumbre, Presidente de Honor, por razones evidentes.

Aunque el carácter de Real, con que se inauguraba la revestía, como así se logró siempre, de solemne pompa y majestad, esto no impedía la más absoluta libertad en el uso de los preceptos reglamentarios a todos los académicos. Así, como la corporación quedaba abierta más que nada para la polémica cordial, aunque fuese arriesgada, era frecuente el que las sesiones se transformasen en una sesión de la Cámara de Representantes de algún país en donde haya veinte representantes con dignidad y vergüenza.

Solemne inauguración de la Academia

Me cupo a mí, por mi cargo de Secretario Perpetuo de la misma, el honor de inaugurar los actos públicos de la Academia, desarrollando, ante el «selecto auditorio que me escuchaba», el siguiente tema: «Posición de la juventud ante el suceso político.»

Como se ve, el título correspondía por completo a la más severa técnica empleada en todas las Academias del mundo para el caso. Poseía gravedad y promesa; más no era posible pedirle a un debutante en estas «justas del pensamiento».

A manera de introducción, debo decir al lector que los conceptos emitidos en aquella conferencia en lo absoluto fueron una crítica velada a una manera de pensar, equivocada a mi manera de ver, sino directa y bien directa. Los muchachos del Directorio, a quienes, en su inmensa mayoría, me une una amistad fraternal, estrechada en la lucha de la calle y en las horas de prisión, saben que no me es posible hacer ataques disimulados ni tibios, sino directos y rudos. Y después del ataque, como dos boxeadores que terminan el décimo round, nos damos la mano, sin rencor y con esperanza de caer en la misma «cuadra», bajo el mismo *manager*.

Aquella conferencia mía, calificada de notabilísima, como es de rigor, por el periódico *Heraldo del Príncipe*, tuvo

también —¿cómo no?— su exordio, que en este caso sirvió, más que para otra cosa, para demostrar lo picúos e inútiles y falsos que suelen ser.

Acto continuo, el orador pasó a demostrar que de todos los medios de expresión artística que existen, el más prostituido es el de la palabra hablada, cómodo disfraz de los canallas y de los bribones que lo utilizan para engañar el pensamiento simple de los millones de simples que hay en el mundo.

Del resto de su «brillante oración», voy a dar aquí, a manera de guía, el sumario: «*La juventud, órgano creador y activo de la sociedad.— La revolución como arma.— La juventud cubana y los sucesos de su tiempo.— Los autonomistas ingenuos y los mambises incrédulos.— Muchachos de hoy.— Pasado, presente y futuro.*»

Este sumario hay que reconocer que necesita una noche entera para desarrollarse. Pero como estábamos acostumbrados a correr sobre la pista, yo lo desarrollé en diez minutos, que si no recuerdo mal, fueron limitados a cinco o seis, que me sirvieron para demostrar que la carne y el pensamiento revolucionario, han sido siempre jóvenes, y que la revolución ha sido el arma formidable empleada por la juventud para recrear el mundo a cada amenaza de hundimiento. Limitando el ambiente, situado el escenario en Cuba, señalé la verdadera posición que debía tomar nuestra juventud y, retrotrayendo la época hasta la de la guerra de independencia, afirmé que los muchachos del Directorio, por sus vacilaciones en afrontar el problema de Cuba desde su verdadera raíz, que no es otra que la absorción y el aniquilamiento del que la hace víctima el imperialismo yanqui, responsable de todas las tiranías que padece el continente, creyendo que todo se arreglaría con un gobierno de serafines que hubieran desempeñado, en aquel tiempo, el papel de autonomistas, mientras que nosotros, ansiando una liga interamericana para la lucha real y dura contra el vampirismo de Wall Street, ajenos a toda fe de cartón en

posibilidades sólo realizables en la mente de algún poeta romántico «del buen tiempo viejo», hubiéramos ido a la manigua a desempeñar el estupendo papel de mambises. Terminé, con lenguaje apocalíptico, afirmando que el joven era una recta proyectada hacia el porvenir; que el pasado era la tumba de los viejos de espíritu; que el presente era sólo un minuto en la marcha y que el futuro era el verdadero presente de los jóvenes.

Lo único que no hubo fueron aplausos. La Academia los prohibía. Pero mi afirmación de que los muchachos del Directorio estaban representando en comparación con los del Ala Izquierda, el papel de autonomistas, provocó una tempestad de protestas. Era que los muchachos no habían comprendido lo suficiente, para trasladar su acción a las horas de las revoluciones mambisas, en las que también hubo abundantes protestas de que todo se arreglaría por las buenas, sin necesidad de que la sangre corriera... ¡Pura pamplina! Todavía estarían, los crédulos autonomistas, esperando las reformas anunciadas, si no se meten por el medio los machetes de Gómez y de Maceo, y el cadáver de José Martí.

Especialmente Carlos Prío se indignó: ¡él, que tenía diecinueve Socarrás muertos en la manigua!...

La polémica se generalizó. Rubén León, Ramiro y Lago intervinieron defendiendo la línea política del Directorio y por nuestra parte Aureliano, Pendás, Guillot y Raúl Roa, el Ala Izquierda en pleno, rebatiendo las impugnaciones que se le hicieron a mi tesis.

El tema no se agotó aquella noche, y en muchas sucesivas sirvió de ocasión a la controversia. Roberto tuvo entonces una de sus máximas oportunidades para demostrar que era imposible dejar de discutir con él.

Homenaje de la izquierda a Martí

Uno de los aspectos más salientes de aquel ambiente de polémica en que vivimos algunos días fue la lectura comentada

que hizo Raúl Roa, en el día de Martí, en nombre del Ala Izquierda Estudiantil. Esta lectura, que más bien fue una conferencia comenzó así: comenzó cuando Raúl, con su suéter famoso, sus gestos bruscos y su palabra a saltos, rimando con su melena despeinada, dijo: «Compañeros: en vista de que la palabra de nosotros carece del suficiente poder para darles a ustedes la verdadera noción de la vida de servidumbre internacional a que, en todos los aspectos, está sometida Cuba, hoy, por mi boca, van a hablar los dos revolucionarios más auténticos que hemos producido: José Martí y Julio Antonio Mella.»

Así, más o menos, fueron las palabras de Raúl, que de pronto, como hace él sus cosas, dio comienzo «a la fiesta», leyendo una estadística de la penetración del capital yanqui en Cuba, tan abrumadora que hasta a nosotros mismos nos asombró y nos hizo pensar en el milagro de que aún no respiráramos en americano.

Después Raúl leyó los pensamientos de Martí, glosados por Julio Antonio Mella de manera clara, firme y macizamente: glosados a yunque y martillo. Y finalmente, del *Ideario de Martí*, del español Isidro Méndez, fue leyendo pensamientos y pensamientos, que, por su índole, tono y calor, convirtieron la noche en un mitin antimperialista.

Como siempre, aquella voz inmortal dejó su eco, lleno de vibración. Hoy tenemos la satisfacción de ver cómo los muchachos, por lo menos, nos piden libros y quieren saber a fondo el por qué nos hemos decidido por el camino más largo, a pesar de ser el más difícil. Ya ellos vendrán con nosotros. Estoy seguro.

Hallazgo de un gran poeta

Fernando López, el Gran Cuco, como le decimos nosotros, se merece él solo mucho más que un artículo de periódico. De entre todos los muchachos presos él tiene uno de los lugares prominentes por su colorido excepcional, al que

hay que añadir la ventaja de saber disimular. Es como un gran cuadro antiguo, de gran valor, cubierto con una tela moderna corriente. A nosotros nos costó trabajo llegar a interpretarlo.

Fue preciso para ello, una contingencia especial: las visitas que, para tratar con nosotros, nos hizo repetidas veces el comandante Hernández Savio, quien —es correcto decirlo— nos resultó persona amable, inteligente y habilidosa.

Como con motivo de su visita, vivimos días en que la libertad la habríamos obtenido en el acto con simplemente mentir un poco, el espejismo de la calle se nos manifestó varias veces con claridad absoluta. Luego al parecernos ya las visitas del Comandante, simples cortesías, que desde luego no dejábamos de agradecerle, vino el momento de burlarse de todas las ilusiones y de todas las esperanzas que habíamos abrigado. Cada uno tuvo su salida más o menos fenomenal; pero nadie alcanzó la altura genial a que llegó Fernando López, con su inmortal poema «Dinamita», de «tan altos vuelos» que le mereció el ingreso oficial en la Real Academia del Príncipe.

En ese poema pintó, con el colorido combinado de Picasso, Rembrandt y Velázquez, a la inmensa mayoría de los compañeros presos, al Comandante Hernández Savio y a la Señora Luisito, emisaria también de paz y transacción.

Inútil es intentar el reproducir aquí su poema; pero alguna muestra del mismo tengo que dar. Por ejemplo, Roberto Lago ha quedado aquí para toda su vida:

*¡Comandola de plata, Comandola de oro!
Cuando estemos en la calle, ¿con quién discutir?
Para eso está Lago, Comandola querido;
discute las noticias, discute los batazos,
discute si es de día, discute si es de noche;
discute si salimos el 20 o el 24;
discute si existe el mismo Dios,
discute ¡oh, Cristo! Si Cristo no existió,
lo mismo que discuten los sabios, los apóstoles,
Ramiro, Pablo y el clérigo Guillot...*

Esta es una parte de su semblanza de la señora Larrauri, que fue a «pacificarnos» a la cárcel con las ideas de Luisito, un libro que ha hecho para que todos los niños sean buenos y santos:

*Señora Luisito, aquí estamos conformes.
Serenos y firmes si se va el General.
Si tampoco nos suelta, Señora Luisito,
Seguiremos comiendo la sopa y el rancho,
Leyendo revistas y jugando béisbol.
¡Vaya, vaya, Señora! ¡Siga su camino!
Vuélvase al Telégrafo, siga con su obra.
Que usted es hija de Agramonte y de Tula
Porque ya el Comandola no la quiere leer.
Dígale a Luisito que se torne guataca,
Que ayude a Vivanco en Gobernación.
Que nunca proteste ni forme alborotos,
Ni sea intransigente, «ni se vuelva loco»,
si no quiere verlo en esta prisión...*

Véase, como muestra final, el retrato del Comandante Hernández Savio, en las visitas que nos hizo:

*¡El Comandola ha llegado!
Periódico al brazo yo lo he visto pasar.
Botas nuevas, zapatos, uniforme,
Barritas por miles, banderas por cien.
De su cara, se escapan miradas siniestras.
¿Qué tendrá el Comandola?
¿Es que ya ha fracasado?
¿O es que acaso persigue por el cielo de Cuba,
una fórmula nueva, una gran solución...*

Acta guardo yo de aquella velada solemne en que fue coronado, como gran poeta, el Gran Cuco y en la que queda copia completa del discurso de Carlos Prío sobre el autor de «Con su permiso, señora».

Pero su triunfo apenas pudo disfrutarlo. Horas después, cuando estábamos a medio sueño, en una madrugada de un

frío finlandés, vinieron a despertarnos para el viaje a Isla de Pinos que tan lleno estuvo de incidentes inolvidables.

IX

El almirante Chichirichi

Sesenta y nueve días llevábamos presos, la madrugada en que Sergio se asomó a la reja y gritó: «Vamos, muchachos, levántense, que van a ser trasladados...»

Carlos Prío, que una hora antes, poco más o menos, se había despertado al oír el ruido en las rejas de la celda, y que vio a esa hora, sacar a un hombre de ellas que le pareció ser el tuerto Machado, desaparecido de manera misteriosa, fue el único que oyó la voz. Todavía «neblinoso de sueño», preguntó: «¿Vamos todos?» «Sí —le respondieron— y no sabemos para dónde.» En las madrugadas el sueño pesa, como un pedazo de bronce. Nos costó trabajo levantarnos. Fue necesario que un nuevo aviso, apremiando, viniera a ponernos en movimiento, esta vez rápido y desordenado. Enseguida empezaron a verse abiertas, como en bostezos enormes, las bocas de las taquillas, saliendo de ellas, vomitadas, cajas, paquetes, tohallas, calzoncillos, medias sucias. Todo se revolvió en el suelo, sobre las mantas abiertas. De vez en cuando, alguno se rascaba la cabeza preguntando si al registrar los paquetes romperían las cartas de las novias, los dibujos, los apuntes literarios. El miedo no asomó una sola vez su nariz dilatada. Hasta eso de no tener miedo parece que es cuestión de *training*.

Al fin quedaron hechos los bultos y nosotros vestidos con los trajes de la cárcel. Nos vinieron a buscar y de dos en dos nos llevaron al patio central lleno, a la media sombra de la noche clara, de visiones blancas de presos, en movimiento desacostumbrado, corriendo de la oficina a las galeras y de las galeras a la oficina, volviendo con un grupo de compañe-

ros, que se asombraban tanto de vernos a nosotros, como nosotros de encontrarnos con ellos. Rubén León dijo enseguida: «Caballeros, no paramos hasta la Cárcel de Nueva Gerona.» Otros pensaron en La Cabaña, otros en Atarés. Y otros dijeron: «Esta es una jugada fenomenal. Lo que pasa es que la revolución va a estallar y quieren evitar el asalto al Castillo...» Muchos, ni siquiera pensaron nada, cargados con los bultos y con el sueño.

El patio estaba repleto de compañeros: allí vinieron Febles, Feito, Alvaré. También Félix Cebreco, riendo siempre con su voz de bronce; Veguita, grande como un árbol, los Vergara, con su esperanza interminable, Fresneda, y Diago, constituyendo la batería de los abogados de la cárcel, el doctor Irisarri, con su capote de deportado a la Siberia. Ya dentro de nuestra «jaula» íbamos viendo pasar a un grupo de compañeros, a muchos de los cuales ni siquiera conocíamos. Eran los muchachos de la formidable Junta Revolucionaria Cubana, que desempeñaron luego, en Isla de Pinos, el envidiable papel de sostenedores de la alegría y la despreocupación. Lo último que vi pasar fue la sonrisa de Gustavo Aldereguía, gorda como él.

Cuando las jaulas partieron del patio de la cárcel, entre gritos parecidos a los de nuestra llegada, pero resentidos de un sueño que se había roto, eran, poco más o menos, las dos y media de la mañana. Ya el frío era tremendo. Nos habían despertado, justamente, a las dos menos veinte minutos.

Gritos en el silencio y la neblina

Bajo la loma del Príncipe hay el millón de luces de la ciudad. Pero aquella madrugada una neblina fría, como gasa del desnudo de un cuadro, envolvía La Habana entera, y las luces, en vez del oro viejo de siempre, lucían en la distancia borrosa, con un tono de plata azulada. Y además, ese silencio absoluto que espanta a los perros, en las no-

ches de campo. Era preciso gritar. Pero hasta los gritos hay que administrarlos bien, con honradez absoluta. Los muchachos, llenos de impulso después de más de dos meses de cárcel, al principio hicieron retumbar el gran silencio de la ciudad; pero luego, tácitamente, sólo se empleó el método en cada cruce de calzadas o ante cada café madrugador, ante cada transeúnte asombrado. Al pasar por la esquina de L y 23, un policía armado de rifle, registraba un carro amarillo, de lechero: escándalo. Al pasar por frente a la Universidad, con la estatua demasiado bondadosa del Alma Máter protegida por soldados: escándalo. Luego, enseguida, la esquina de Infanta y San Lázaro. A menos de cien metros de allí, Felo Trejo recibió el balazo cobarde y asesino: escándalo y cólera. La cólera es el mejor recuerdo de un joven. Así fue todo el camino hasta que las últimas casas de la Víbora se fueron quedando atrás, en una marcha fantástica y vertiginosa. Ahora yo pienso en el asombro y el susto de muchas buenas gentes despertadas de pronto, y asomándose en paños menores a los postigos de las ventanas, con cuidados excepcionales, para ver «quién iba ganando en la revolución». Así hubo quien lo pensó en Surgidero, cuando nuestra entrada pareció la de una partida de insurrectos victoriosa, más que una caravana de presos políticos.

La luna, la carretera, la madrugada y los árboles

No estoy seguro de que la hubiera; pero la luna siempre luce bien en el paisaje de la noche. Fue aquella una luna cobarde, con la palidez que le conviene a los poetas, o simplemente, la fueron cubriendo, durante todo el viaje, nubarrones lentos y negros, porque todo el paisaje, de principio a fin, tuvo, en la marcha precipitada, una brumosisidad de escena desvanecida en la distancia. Muchas veces, pedazos de panoramas en fuga, nos pareció haberlos visto en alguna película; en *Amanecer* a lo mejor.

La carretera blanca-gris, huyendo por la reja del fondo de la jaula, era como una especie de telón sobre el que las sombras de los árboles proyectaban sus raras manchas monstruosas. Los árboles en el camino no eran esta vez, como les dice el cariño de Juana de Ibarborou, una «fila de muchachos buenos». «Los árboles en el camino» esta vez luneados a vetas raras y fantásticas, eran figuras ingratas, amargas, de animales encadenados para siempre. Y la madrugada se fue poniendo blanca y fría, como una nevera de anuncio. Dentro de la jaula, dando tumbos, cuatro no tenían asiento y nos fuimos turnando. La melena tempestuosa de Raúl Roa, al fin se durmió dando bandazos sobre el hombro de Fernando López y el mío.

La fuga en vano quiso separarnos. De momento en momento el eslabón de un grito venía a unir la caravana de las jaulas.

Marcha sobre polines

Tres horas encerrados en el refrigerador de las jaulas. Todo al fin se paró y los soldados que venían al fondo, abrieron la puerta rejada y uno por uno nos fuimos bajando. La línea estaba a un lado. Como un elefante de hierro, pasó, aplastando el aire, una locomotora. El frío era el más grande que he pasado en mi vida. Sólo traíamos el simple traje de dril, sin abrigo ninguno. Humeábamos por la boca como fumadores. Y temblábamos, como la piel de un caballo que se espanta las moscas. Al fin un oficial, con tipo de militar de película de guerra, cubierto con un abrigo que le envidiábamos todos, dio la voz de marcha, levantando un látigo. Ninguno de nosotros ha sido nunca soldado. Los muchachos empezaron a marcar el tiempo: Un... dos... un... dos... un... dos... Marchábamos sobre los polines irregularmente distanciados de las paralelas del tren, y era cómico ver cómo se rompía el ritmo de la marcha en los pasitos cortos, de bailarina, y en los saltos largos de atletas.

Así fuimos marchando sobre los polines hasta que nos vimos sobre un verdadero puente, bajo el cual el agua se mostraba rica en monedas de plata. Ahora sí estoy casi seguro de que había luna. Ya aquello resultaba francamente peligroso y el oficial se dio cuenta a tiempo. Ordenó marcha atrás y subimos por un muelle interminable desde el que se veía al fondo un horizonte marcado ya por las líneas de oro del amanecer. Los vagones del ferrocarril, abiertos y vacíos, iban pasando —inmóviles— por nuestro lado, y eran una tentación para la escapada. No sé quién fue el que dijo: «Escóndase uno, aproveche!...» En el acto una voz ruda y rápida gritó: «¡Más separados del tren!» La línea de soldados se puso entre nosotros y los carros. Al otro lado palpita-
ba el mar.

El almirante Chichirichi

Al extremo del muelle nos esperaba el «Texas», quiero decir, el «24 de Febrero», poderosa unidad de nuestra armada, destinada a trasladarnos a Isla de Pinos. Por una rampa fuimos bajando a la cubierta y ya en ella, tan amontonados que apenas cabíamos los sesenta y siete «pasajeros», los muchachos quisieron estrenar la garganta sobre el mar y se organizaron una serie de *cheers universitarios* y los habituales y cariñosos comentarios en sol mayor sostenido, para todos los ilustres señores que tienen la bondad de gobernarnos. Pero, de pronto, ocurrió uno de esos cataclismos ante los cuales, como ha dicho no sé qué poeta famoso, como todos los poetas, «el hombre pone su alma de rodillas».

Y, sin embargo, como la entraña misma de los sucesos cumbres, el acontecimiento era bien simple. Una gran voz, ante la cual la de Chapiapini, era el apagado murmullo de un moribundo, gritó a nuestras espaldas: «¡Qué escándalo insolente es este!» Y acto seguido, ante la unánime expectación, continuó: «¡Oficial de la escolta! ¡No puedo permi-

tir este escándalo en mi nave de guerra!» En aquel momento, como si lo estuviese esperando, salió el sol, por Oriente, desde luego.

Debo confesar que aquella voz poderosa salió de dentro de una capa enorme, que envolvía a un individuo rematado por una gorra de oficial de marina. Este oficial era el teniente Loy, «comandola» del «24 de Febrero».

Para algunos, aquella aparición provocó el mismo efecto, que, cuando uno es niño, ve por primera vez, en un teatro de pueblo, el *Don Juan Tenorio* y se enfrenta, de pronto, con la terrible escena en que el Comendador sale de la pared hablando con la voz cavernosa de un *vitaphone* descompuesto.

Para los más fue, sencillamente, la escena grotesca de una comedia representada por malos aficionados.

Después de aquello, nos dispusimos a ser pasados por las armas. Pero no vino el fusilamiento, sino otra cosa mucho más divertida.

Una nave de guerra

La visión hamletiana del teniente Loy desapareció misteriosamente entre murmullos, chistes y risas en escala ascendente. Era que estaba en el puente de mando, desde donde su voz nos llegó con el volumen de un amplificador de *stadium*.

La hélice empezó a palear el agua y el barco a estremecerse. Así estuvo un rato haciendo ejercicio —una especie de *shadow boxing*—; luego soltó cabos y se dispuso, con plena serenidad, con la majestad del «Leviathán», a tomar alta mar. Se celebró entonces consejo de familia en el puente y se llegó a la conclusión de que el peso de nosotros había encallado la nave de guerra. En consecuencia, se dictaron órdenes para que bajásemos de nuevo, es decir, para que subiéramos al muelle, y pudiera respirar un rato el buque fatigado de tanto esfuerzo.

Ya en el muelle —el sol, casi fuera, estaba partido en dos por la vela de un buque pesquero—, pudimos contemplar, en todo su esplendor, las maniobras de la escuadra, que, por cierto, divirtieron muchísimo, tanto como a nosotros, a los soldados de la escolta. Allá, sobre el puente, atronando el amanecer glorioso, estaba el Comandola vomitando voces estentóreas; pero el barco tampoco arrancaba sin nuestro peso. Había poco fondo, y no sé quién propuso que «hiciéramos agua», como dicen los niños bien educados en los colegios, para hacerle calado a la nave.

El cansancio de las máquinas se hacía evidente y el Comandola determinó tomar una de las resoluciones que deciden las batallas; con el teléfono de su vozarrón, le pidió remolque al otro «trasatlántico» que estaba «surto en rada». Vino este, con la lentitud de un pato dormido sobre una laguna, le tiró un cable y se estuvieron bufando un buen rato, para provocarnos uno de los ratos más divertidos que hemos pasado en la vida.

Al fin, pudo despegarse la nave de guerra, y haciendo una graciosa marcha de retroceso —una especie de minué marítimo— vino a atracar del otro lado del muelle. Pero, hasta en este detalle, estuvo poco afortunado el Comandola. El cabo arrojado desde la borda no llegó hasta el muelle, y, entonces, un marinero tuvo que salvar el honor de la escuadra lanzándose al agua, que debía estar fría, como en una ducha alterna, para recogerlo.

Lo izaron entre una verdadera ovación.

Un pensamiento de Sandokan

Al fin partimos. Un grupo de batabanoenses, pasmados de asombro y de miedo —dicho sea en su honor— no se atrevió a responder a una insinuación de Leo Alvaré para que nos despidieran con algún grito elegantemente subversivo. Las numerosas bayonetas les parecieron demasiados argumentos.

La nave, en una rápida marcha de 8 o 9 nudos por hora, afrontó valerosamente los peligros de una travesía imprudente, sobre un mar de un azul inverosímil, en el que el sol descubría todos los secretos de un fondo de arena blanquísima.

Los pensamientos de fuga los inventaron los presos para que los novelistas se dieran pisto. Y nosotros, que íbamos presos, también tuvimos un proyecto de fuga.

Rubén León se fue a hablar a popa con Cebreco, que con un paño en la cabeza, bronceado de sol, parecía un pirata descansando después de algún abordaje. Al poco rato vino a decirme Rubén que habían madurado un plan para tomar el barco por sorpresa y hacernos dueños de él. Después, obligaríamos a la tripulación a que nos trajeran a La Habana y aquí, sencillamente, bombardeábamos la ciudad y *nos apeábamos* en el Malecón a coger el primer fotingo que pasara. Era estupendo todo. Pero Raúl Roa y yo, que ya, por nuestras largas y eruditas meditaciones sobre Emilio Salgari, habíamos tratado el tema, le indicamos a Rubén que hiciera un recuento de las fuerzas. Al poco rato volvió. El castillo de proa estaba lleno de soldados. Y, además, había que contar con la tripulación. Fue todo, el «sueño de una tarde de verano», pero en invierno.

La escolta mitológica

El hambre nos adormecía. Pero allá, como a las tres de la tarde, el Comandola, a quien después del éxito de las maniobras navales habíamos cambiado el nombre de «Almirante Nelson» por el de «Almirante Chichirichi», en homenaje al simpático negrito, tocador de tambor en la descacharrante banda del Príncipe, para congraciarse con todo el mundo, dispuso que se sirviera un estupendo e inolvidable arroz con pollo de mar —vulgo pargo— que le procuró la oportunidad de que le dirigieran la palabra los más bandoleros de entre todos los muchachos, que, efectivamente,

acabaron por armar el «relajo padre» con él, haciéndole confesar, al final, que ni el «24 de Febrero» era nave de guerra ni muchísimo menos, ni él había hecho otra cosa que tirar un farol estupendo con su voz de bajo de iglesia.

Por la tarde, poco a poco, fueron saliendo del mar las montañas de la isla. Ya, toda fuera, nos produjo aquello la sensación de que estábamos en mitad del Pacífico, aislados del mundo.

En este momento, antes de entrar en el río, fue que nos abandonó la escolta de las toninas, que había venido siguiéndonos, desde Surgidero, como si también fuéramos argonautas.

Sin embargo, en aquel lugar, donde existe la infamia del llamado «Presidio Modelo», salvo momentos de imborrable emoción dramática, no nos fue tan mal.

X

Los leones de Isla de Pinos

Ya, cuando el «24 de Febrero», después de una navegación perfecta, atracó al muelle de Nueva Gerona, el Almirante Chichirichi había entrado en bacha con casi todo el mundo y los muchachos se despidieron familiarmente de él con el grito de «¡Hasta luego, Comandante!» Este «hasta luego» iba a durar esta vez casi un mes.

Nuestra llegada, sucios después de un viaje de 8 o 10 horas, sin lavarnos las manos siquiera, en camisa y cargados de bultos, fue un espectáculo en aquel pueblo en el que se habla de Cuba como de una porción lejana y distinta. Grupos de personas, con el silencio de los grandes acontecimientos, nos miraban desde la distancia. Del fondo de la Aduana —bonita por cierto— una voz se atrevió a gritar: «¡Hola Rubén!» «Hasta aquí nos conocen, caballeros», —comentó Rubén. Era un compañero de Medicina.

Cuando todos estuvimos en tierra, el teniente Pacot, que seguía —y supongo que aún continuará— poseyendo tipo de militar europeo, dio la orden de marchar. Aquello sí merecía la pena de ser visto. Aquello era una verdadera caravana de presos, doblados por los bultos enormes, sudando por el calor. Pero, a pesar de todo, el humor no se perdía. Raúl Roa, pensando que tenía bastante trabajo cargando con el paquete de sus huesos, me dio su bulto. La Vieja Prio «columbró», en el horizonte de un marco de puerta, un par de muchachas pimpantes, con un par de lazos rojos y azules en la cabeza, que parecían dos letreros lumínicos de azotea y a una insinuación de Guillotina, para que pusiera en juego su figura de cadete de West Point, confesó, sudando hasta por el bigote, «que no estaba en su mejor forma». La cadena de presos, de vez en vez, como pasa en las películas rusas, hacía alto. Era que se había quedado atrás el Cojo Estrada, y venía al fondo, con toda su figura orgullosamente proletarizada, muleteando con la agilidad de un chivo y enseñando la dentadura completa.

Cárcel para patriarcas

La cárcel de Nueva Gerona ni es cárcel ni es nada. Allí se estaba bien aunque muchas veces no tuviéramos agua para bañarnos. Había ventanas que daban a los paisajes verdes y a las montañas de mármol. Había sol duro casi todo el día en el patio y viento fresco por la noche. Había radio, había agua con hielo, mandados de la bodega, guitarras, tres y maracas. Había en aquella cárcel esta serie de tipos, de los que sería inútil buscar en todo el resto de la República: Feito, haciendo fajas y contando mentiras; Seijas, haciendo sus papeles de prostituta; Tamés, el incomparable Totico, intérprete formidable del bobo de Abela; Mario Fortuny (Pancho el Largo), con sus ataques de epilepsia y de histeria; Raúl Ruiz, el gran Cienfua, primer cuentista de relajo en Cuba; Arán, el tocador de tres; Alvaré, rojo de

indignación, siempre a punto de estallar como una caldera, por cualquier motivo; todos aquellos muchachos magníficos que constituyeron La Leonera; y Rafael Escalona, El Cuchi —había olvidado decirlo— Presidente Perpetuo de la Academia del Príncipe, y, de paso, el organizador de motivos de alegría, y del Sexteto Mataperros, integrado casi siempre por siete, ocho o veintitrés músicos. Era aquella una cárcel hecha por Dios para meter en ella a Abraham, Josué, Noé y todos aquellos tipos barbudos, polígamos e incestuosos de la Biblia. Allí fuimos unos verdaderos «mártires del huevo frito todos los días...» Pero eso sí, los pagábamos de nuestros bolsillos, porque la realidad histórica es que aquella comida que nos daban en Isla de Pinos era para ser despreciada olímpicamente por una piara de cerdos hambrientos. Al lado de aquel rancho, el del Castillo del Príncipe era una de esas comidas que le dan a uno cuando va invitado por primera vez a una casa.

La torre de Babel

Para el lector este artículo parecerá precipitado. Y juzgará muy bien porque no es posible en tan reducido espacio amontonar un mes lleno de colorido. Después de todo, esto no es más que una excusa que me doy a mí mismo, para pasar a la carrera por temas que requieren páginas enteras, que al fin y al cabo haré más adelante.

Cuando nos vimos todos en el patio, cuando nos contamos y mentalmente fuimos alojándonos en el espacio estrecho en que teníamos que convivir, acaso por primera vez, desde el día primero de nuestra prisión, el mal humor nos poseyó por completo. La realidad ya había empezado a demostrarnos, durante el viaje, que no nos podríamos llevar bien todos los grupos de ideas que representábamos los distintos grupos de hombres. Esto sólo es posible cuando existe el puente firme de una amistad verdadera.

Este puente ya estaba hecho, desde hacía tiempo, entre los muchachos del Directorio y nosotros; pero, con raras

excepciones, no existía ese ligamen entre más nadie. Vinieron las asperezas, los recelos y las discusiones violentas. No era posible que el grupo de políticos pudiera amistar con el de los obreros revolucionarios, ni con nosotros, ni nosotros con ellos. Hubo dos o tres días de verdadera confusión y hasta de caras hoscas en el patio, pensando en antipatías recíprocas. Al cabo, los muchachos de «La Leonera», con su alegría ruidosa y desordenada, vinieron a cambiar un poco el panorama, y cada uno, instintivamente, limitó su radio a su galera —más bien cuarto de fonda— en donde al cabo vinieron a parar todos los individuos que pensaban igual. Así hubo: «La Leonera», en la que estuvo reunido el más escogido grupo de gitanos, desde el Loco Alonso, médico de cabecera de Benito Fernández, hasta Bola de Hierro, Ojos Bellos y Don Quijote Oms; El Directorio, mitad integrada por los muchachos que lo forman, y los del Ala Izquierda; El Soviet, en el que se agruparon los obreros revolucionarios, y, finalmente, Los Aristócratas, la más grande y confortable de todas, a pesar de su piso de ladrillo, a la que fueron a parar los políticos, los profesionales y otros, simplemente amigos de estos. Había otras pequeñas, además, pero que no llegaron a tener personalidad.

Los leones de Isla de Pinos

Los «leones» de Isla de Pinos se merecen, uno por uno, la cita del nombre, una condecoración y una botella; pero temo que alguno se olvide en el tecleo precipitado. Será mejor que todos se den por citados en la persona de su «glorioso» capitán, el Chino Seijas, personaje desconcertante y estupendo que hacía reír a Mongo Miyar, tres cuadras más allá de la esquina del dolor de barriga, con sus danzas clásicas, sus *couplets* y canciones del tiempo de la Mayendía, y sus historias de los colegios americanos, cuando él era un *Chief Cheer*. Este Chino Seijas, serio como un poste de teléfono, fue el famoso individuo que una vez, dando con toda so-

lemnidad una clase a un grupo de muchachas, tuvo la desgracia de que se le cayera del bolsillo una bombita de gases lacrimógenos, convirtiendo aquello en un velorio de un ser querido.

Formaba con Manolo Arán una pareja brutal para animar cualquier cosa, lo mismo un entierro que un juego de *base ball* de una por cero.

Gracias a las habilidades y al humor inagotable de este grupo de muchachos, por los muros espesos que separaban a los distintos grupos de individuos que allí había, se abrieron, de vez en cuando, puertas cordiales.

Ellos fueron los que se encargaron de animar las horas de las comidas, cuando en guerra de *cheers* con nuestra mesa, mantenían la expectación asombrosa en espera del nuevo grito. Ellos, cuando una vez los «rompimos» con esta «invención» del Guajiro Pendás:

*Clavo, martillo y alambre,
Clavo, martillo y alambre,
Clavo, martillo y alambre,
¡Los de la «Leonera»!...
¡Pasan hambre!...*

nos contestaron, dirigidos por Seijas:

*¡Leones, leones, leones!
¡Ratones, ratones, ratones!
Los del Directorio... ¡Miau!...
Los de la Leonera... ¡Muuuuuuu!...*

Fueron ellos también, los principales protagonistas de aquella fiesta a los Pepes presidida por Pepe Irisarri —esta vez vale así— en la que hasta el perro de la cárcel ladró de puro gusto.

Ellos eran siempre ejes en aquellas batallas tremendas a toronjazos, en las que Guillotina y Alvaré y Ramiro, lucían unos, su ardor bélico y la necesidad de que haya tiros algún

día, y otros un *sportmanship* capaz de resistir hasta una cáscara de toronja estallando sobre un ojo.

Y fueron ellos, «los leones», por último, quienes, en un alarde de humor, prepararon la «Diana fantástica», con un conjunto orquestal como ya lo quisieran para sí los más vanguardistas de los compositores. A las seis de la mañana, borroso el amanecer todavía, atronaron las galeras con un toque endiablado que encolerizó a muchos y nos puso alegres a otros. La diana gritaba:

*Levántense muchachos
que las seis ya son,
Levántense que vienen
los «leones» con su batallón...*

Feito, de tambor mayor, llevaba una escoba; Don Quijote Oms, con una maleta rota hizo un tambor; el Loco Alonso, Bola de hierro y no sé quién más, hacían las flautas y flautines con unos chiflidos de vendedores de globo, que se metían por los oídos, como un aparatito niquelado de médico especialista; sobre botellas tocaban Orlando Castañeda y Víctor Hugo Fernández. No recuerdo más, y como el poeta, sólo sé que aquello terminó en una feroz batalla de almohadazos en la que especialmente nos dimos un gusto tremendo Ramiro, Lago, Guillotina y yo. El patio se llenó de miraguano y la «fiesta» estuvo a punto de terminar como la clásica del Guatao, cuando Chacho Hidalgo y Leo Alvaré se fueron del seguro y quisieron pasar a otra clase de ofensiva contra «los leones». Pero esta gente era de bronce. Cada vez que pasaban por el patio, les hacían igual que a los toros bravos, escondiéndose detrás de las mesas, hasta que tuvieron que ir a dar una satisfacción a «La Leonera» en pleno.

El Soviet

El Soviet era la galera en la que se agruparon los obreros. Allí estaban Isidro Figueroa, compañero mío en la calle, en

el hospital y en la cárcel; Guillermo Estrada, «el discípulo de Pedro Kropotkine», como para mortificarle le decían los compañeros al Cojo Estrada, Manuel Cotoño, «el trotskista» —así se desquitaba Guillermo— Ladislao González Carvajal, preso *honoris causa* y continuo desde el 30 de septiembre de 1930, buscando siempre la oportunidad de poner en pugna a Estrada con Cotoño, a Figueroa con Estrada. Manuel Garza, también estaba allí, peleando cada tres horas y media con Figueroa, su mejor amigo; Juan Blanco, complacido de tanta discusión; Souto y Santiso, haciendo fajas, se daban gusto en las discusiones, y Armando Machado, para no ser menos, tuvo una tan violenta con «su amigo» Masiques —no Gamolín el de *Atuei*— que terminó con unos cuantos y respectivos *jabs* y *upercutts*.

Este era el color del «Soviet». Allí se discutía desde la hora del desayuno hasta mucho después de la de dormir. Cuando uno entraba allí siempre tropezaba con dos o tres palabras airadas, con nombres rusos, con Lenin, con Trotsky. La muleta de Estrada flotaba en el aire, en un perpetuo aprendizaje de arenga a «las masas». ¡Ah! Las masas también estaban siempre allí, los proletarios, los intelectuales revolucionarios, el régimen burgués, Carlos Marx y Federico Engels. Aquello sí que era un cocido revolucionario. Mucha gente huía espantada de allí. Y hay que confesarlo, aquel grupo de muchachos sin suavidad ni esquinas, fueron aislados y hasta, por un incidente mal interpretado, fueron víctimas de un intento de *boycot*.

Los tres momentos

Tres momentos tuvimos en que la alegría huyó, como un pájaro por la tarde. Uno fue, cuando supimos que Amaury Escalona y Agustín Guitart, dos compañeros, estaban graves en el hospital, a consecuencia de la explosión de una bomba. Amaury es hermano de Rafael y Rafael estaba con nosotros. Le guardamos la noticia hasta que le llegó amorti-

guada. Otro fue, cuando Benito Fernández —Raúl Duchesnes— se puso malo de un dolor terrible que lo doblaba. Estuvo tres días o más, con fiebre de 40 grados y bien poco podían hacer Vergara y Pintado por él, sin medios para nada. Al fin se consiguió su traslado en aeroplano y sus compañeros los «leones», especialmente el Loco Alonso, pudieron descansar, aunque preocupados por el amigo. Pasamos así días intranquilos hasta que ya en La Habana, supimos que se había salvado «en el tren de las doce».

Y el otro fue, cuando a Ramiro —uno de los compañeros más queridos— se le fue poniendo mala la mamá sin que él supiera. Al fin llegó la orden de traslado un viernes para que se le mandara el lunes siguiente. Cuando venía en el barco, ya ella estaba muerta. ¡Y gracias que pudo verla! Nosotros lo despedimos con gritos de aliento.

Ese es parte de nuestro tributo, dado de verdad, sin alardes y sin aspirar a presidentes, a representantes ni a senadores. ¡A nada que no sea el sentir siempre el respeto de nosotros mismos!

Pero tuvimos también, a pesar de la distancia, algo tan bueno como la libertad, al saber, como dijo la madre de Aureliano, «que si nos llevaban hasta Groenlandia, a Groenlandia iban a ir nuestras madres, nuestras mujeres y nuestras novias, y que si no conseguían el dinero para el viaje, el gobierno se vería precisado a luchar contra una pandilla de viejas ladronas».

Mañana contaré el regreso a La Habana, bajo la protección y resguardo del estupendo teniente Loy, el gran Comandola del «24 de Febrero».

XI

El regreso

Mongo Miyar, fanático de las carreras de caballo, se entretenía en la cárcel apostando sobre la fecha de nuestra

salida y sobre el tiempo que iba a tardar la revolución. Mongo Miyar ha ganado todas sus apuestas. Ganó la que tenía con nosotros de que saldríamos antes del 30 de mayo y ganó la que tenía con Fresneda y Diago eternamente esperanzados, de que la revolución no sería ni en diez, ni en veinte, ni en treinta días.

Mientras estuvimos en el Castillo del Príncipe, día a día íbamos amontonando las cartas en las que muchos de nosotros poníamos: Habana, a 48 de febrero..., etc. Pero en la Isla de Pinos, la distancia a que quedaban nuestras familias y amigos nos obligó a contar con una unidad mayor: los domingos, en que llegaban de La Habana los protagonistas de nuestras cartas diarias. Ese día nos dábamos un buen atracón de esperanzas y salíamos de la visita con la casi seguridad de que aquel era el último domingo que pasábamos en la cárcel. Especialmente la mamá de Alpízar siempre aseguraba que íbamos a salir pronto. Así pasamos cuatro semanas. Una vez, sin embargo, hubo rumores más exactos. Los primeros en recogerlos fuimos Cienfuegos y yo, que estábamos trabajando en la oficina. (Un paréntesis ahora. Aquella cárcel no estaba preparada para recibir tantos delincuentes y, por lo tanto, el teniente Pina le pidió ayuda a Ramiro, a cuyo padre conocía. Ramiro luego llevó a Hurtado y a mí, y al fin nos quedamos solos en la oficina después que Hurtado se fajó con Cortina. Allí nos pudimos enterar de que las fuerzas del puesto «habían despachado a cuarenta y cuatro prófugos del Presidio Modelo». Esta es una pequeña y hasta casi legal muestra del régimen benigno y paternal a que estaban sometidos aquellos infelices.)

Continúo. Cienfuegos —que había sustituido a Ramiro— y yo, estábamos poniendo al día las cuentas de todos los compañeros, cuando apareció de pronto el teniente Enrique Pacot, con un pliego cerrado en las manos, que le entregó al teniente Pina. Enseguida este nos dijo: «Vaya muchachos, recojan, que se van hoy». «A las dos tenemos que salir», añadió el teniente Pacot. En este momento Cienfuegos y yo, con toda la dignidad que requerían nuestros «cargos», ase-

guramos que no nos iríamos ni a las dos ni a las tres. Así resultó.

Parada cívico-militar por Nueva Gerona

Cuando Raúl Ruiz y yo entramos por las galeras dando la voz de: «Recojan, que nos vamos», se armó un zafarrancho formidable. El piso se llenó de bultos, las toronjas corrieron por el suelo, las cajas de dulce de guayaba, las latas de leche y de peras, la ropa sucia y los libros, empezaron a caminar por el suelo, y a dar saltos por el aire de cama en cama, buscando un paquete donde meterse. Gritos, insultos. «No seas verraco, trae eso pa' cá», «Oye, viene, no...» «Caballeros, miren que el tiempo está corto, no se atraquen más...» Alfaro e Irisarri, «los hombres cumbres de la Comisión de Subsistencia» gracias a la cual llegamos con buen peso a La Habana, andaban de un lado para otro, cargados de problemas. Andino envolvía malas palabras dentro de un paquete. Aquello estaba «fenomenal», parecía un mercado libre, en el que todos los vendedores, de pronto, querían ponerse la corbata... ¡Qué lástima que Cienfuegos y yo tuviéramos que dejar el espectáculo para ir a liquidar, a la carrera, todas las cuentas!

¡Y qué escándalo armaron los muchachos cuando apareció el Comandola todo vestido de blanco! Llovieron sobre él los *cheers* y los chistes y las peticiones de que repitiera la escena de *Hamlet*, y el arroz con pollo de mar. Pero este hombre es estupendo, y si no hubiéramos tenido entre nosotros al Chino Seijas, a Escalona y a Totico Tamés, el Almirante Chichirichi hubiera acabado por relajar al grupo entero. Hay que reconocerlo en honor a la verdad.

Al fin fuimos saliendo de la cárcel —en la que, después de todo, tan bien nos había ido—, y en el jardín de la misma, una doble fila de soldados nos limitó la posibilidad de correr un poco siquiera por la yerba. En el acto Gamolín Masiques se puso a disparar fotografías.

Un *cheer* a los presos, buenos compañeros, y otro al teniente Pina, de despedida. Y enseguida mandada «la columna», por un sargento, emprendimos la marcha. Al frente, bien pronto, una banda de gritos animosos le dio tono y color al desfile, que, para nuestra suerte, se prolongó por el pueblo pintoresco, gracias a que el «Texas», es decir, el «24 de Febrero», había cambiado de punto de atraque. Esta vez el pueblo se atrevió a sonreírse francamente, sin temor ninguno, pleno ya de audacia. Estoy seguro de que si llegan a estar de mal humor ese día, hubieran llegado hasta a aplaudirnos.

Vigile el Gobierno de la República aquello. Allí está el peligro. Cuba debiera fortificar terriblemente a Batabanó porque una invasión de prisioneros acabará con ellos. Apúntese este dato: durante nuestra marcha, los perros se abstuvieron de ladrar, y un pueblo en que hasta los perros son discretos, constituye un serio peligro para la integridad del gobierno...

Llegamos al muelle y a su costado el «24 de Febrero» rugía. Una americana, con cuerpo de artista de cine y, un americano, con una cámara roja, nos tiraron 214 fotografías. Creo que fueron 215.

Despegamos, al fin, ante el delirante, aunque mudo entusiasmo de los nuevogeroneses, y nos fuimos río abajo, echando humo por la pipa de la chimenea.

El Comandante, por fin, bajó del puente de mando. Las maniobras navales fueron esta vez un éxito. El «Almirante» había triunfado.

Tarde en el mar

La tarde sobre el mar fue maravillosa. Gamolín Masiques se cansó de tirar fotografías. Rubén y Mongo también agotaron un rollo de *Kodak*.

Para salir de la Isla de Pinos al mar, después de bajar por el río Las Casas hasta la costa, dentro del mismo mar,

el barco tiene que navegar como si fuera por un río —un río dentro del mar— dando virajes y rodeos que a cada rato ponen la embarcación en casi el mismo punto donde estaba un poco antes. Se va toda la tarde en esto, y cuando ya se había fugado la luz del sol todavía un trozo de las montañas de la Isla se veía en el horizonte. Palos altos emergen a la superficie, y como si fueran los policías encargados de manejarlos, hay siempre pájaros extraños. Estos pájaros, al acercarse al barco, se deslizan sobre el agua con la velocidad de un telegrama. Nadie pudo tomar una vista de ellos.

Los enormes tanques de petróleo, llenos de agujeros — que esto es lo que parecen a distancia los odiosos edificios circulares del Presidio Modelo— persiguen nuestros ojos por más de una hora. Guillot y yo acabamos de irnos al puente ansiosos de espacio. Llegamos hasta el asiento del reflector, y allí aspiramos con el gusto con que se come un bistec, el aire de mar, fuerte, ancho, agresivo.

Viento de proa

Sólo «viento y mar» como en *Gioconda* hubo para nuestra vista a la llegada de la noche prima. Allá arriba, más alto que nadie, estábamos Guillot, Aureliano, Fernando López, yo y Raúl Roa, que corría el serio peligro de que una racha de viento agarrara su estructura de aeroplano de juguete y lo llevara otra vez a Isla de Pinos. Allí hubiéramos seguido toda la noche si Mondéjar —Mondéjar es el primer oficial del barco, y es un joven simpático y amable, quien por extraña casualidad, se examinó junto conmigo en una oportunidad de la que hablo en un cuento que publicará pronto *La Semana*— no viniera a decirnos que no podíamos seguir allí.

Se había levantado un viento fuerte de proa y el «24 de Febrero» empezó a hacer como los chivos. Instantáneamente varios individuos pusieron cara seria, muy seria, como cuando se va al dentista.

Fernando López, Raúl Roa y yo, nos tiramos a dormir un rato sobre el piso del puente. Isidro Figueroa y Guillot celebraron un duelo a ver quién vomitaba más y les quedó el estómago más limpio que los pisos del Capitolio; José Souto, viverista, cogió el timón y estuvo un rato, bajo la vigilancia de Mondéjar, conduciendo el barco. Abajo, mientras tanto, los muchachos celebraron una «Fiesta de Chiviricuán» en honor del Comandola, al que tributaron una ovación inmensa cuando hizo los cuentos de su viaje a París y estuvo en un baile al que los americanos turistas no pudieron entrar ni pagando mil pesos. «Este comandante es un curro», dijo no sé quién.

El muelle bajo el reflector

¿Quién puede dormir una primera noche sobre la cubierta de un barco, llena de cuerpos tirados sobre las tablas, con el viento soplando a rachas continuas y fuertes y con un frío tenaz, como un ladrido de perro? Casi nadie puede hacerlo, como no se busque, con la misma suerte que yo tuve, el contacto de algún motor en qué calentar la espalda. Raúl Roa también vino allá, y uno de cada lado del motor de popa, pudimos echar un sueño de un par de horas, que nos puso el ánimo bueno para recibir el amanecer. Casi todos los demás tenían cara de enfermos.

Entramos en la rada de Batabanó y el viento se quedó afuera molestando a los barcos pequeños. El reflector empezó a funcionar y cayó al fin sobre el muelle, iluminando un grupo gesticulante y gritador. Parecía aquello un cine, con *vitaphone* y todo, cuya pantalla quedaba a demasiada distancia del espectador. El mar, mientras tanto, hacía el pequeño ruido de dos mil personas saliendo del teatro.

¡Aureliano! ¡Escalona!

El barco avanzaba muy lentamente, y los gritos se oían agudos y más fuertes. Los muchachos se pusieron las cor-

batas y los sombreros. Algunos hasta realizaron un conato de limpieza y se lavaron la cara con el agua fría de la nevera. Al fin un grito se oyó bien claro: ¡Aureliano!... Aureliano se asomó sobre la borda y gritó, igual que en el juego de los escondidos: «¡Aquí... allí...!» Luego la cosa fue con Escalona que se puso alegre, como un payaso de circo.

Eran casi las cuatro de la mañana y aquella gente, madres, hermanos y amigos, habían pasado todo el frío de la madrugada sobre el muelle esperándonos.

La caravana vuelve

Cuando el barco pudo atracar, saltó enseguida a él Moreno, «el compañero» periodista y buen amigo que venía a retratarnos para *Orbe*. No sé por qué proceso mental me pareció raro oír español, cubano. El fotógrafo tiró su magnesio y gracias a los brazos poderosos de Cebreco, que lo levantó como una pluma, pudo aparecer en la revista de José Antonio Fernández de Castro, junto con otros muchachos del grupo, un fogonero del barco que se parecía bastante a mí.

Nos metieron en las jaulas, volvimos a gritar, recorrimos la carretera esta vez, ya clareado el día, bastante vulgar; pasamos por frente a la casa de Felo Trejo y, como siempre, un movimiento de indignación reanimó nuestras voces.

A la cárcel llegamos cargados de guitarras y cartas. Díaz Galup nos recibió con su habitual cara de zorro, seguramente poco agradecido del obsequio que le devolvía el teniente Pina. En cambio, muchos presos, «antiguos compañeros», mostraban en la cara verdadero regocijo de vernos. Luego nos dijeron que en la madrugada en que nos fuimos, no hubieran dado cincuenta centavos por nosotros.

XII

Los muchachos en la calle

Cuando llegamos al patio de la cárcel, nos encontramos en él con Mario Triay, Alberto Saumell, Rubio Padilla y Juan Mariano González Rubiera, y por ellos supimos que Ramiro, nuestro amigo y compañero, todavía estaba preso en el Castillo.

Recuerde el pueblo entero de Cuba, y especialmente los estudiantes, cuando le vayan a hablar los políticos asquerosos de «cordialidad» y de «soluciones cubanas», que a Ramiro Valdés Daussá, se le trajo a La Habana, estando ya la mamá muerta, se pusieron enormes obstáculos —que es justo consignar aquí, ayudó a vencer el Director de *El Mundo*, doctor Germán Wolter del Río— para que asistiera al entierro, y después de este, con el ánimo fuerte, pero a pedazos, se devolvió a nuestro compañero a la cárcel, a vivir todavía doce o catorce días bajo la doble bóveda aplastante de la piedra espesa y del dolor enorme. ¡Al que se atreva a hablarnos de «cordialidad», debemos escupirle la cara!

Por eso, porque supimos que Ramiro estaba allí, fue esta vez nuestra entrada en la galera, silenciosa y conmovida. Pero, por eso mismo, más cargada que nunca de odio para tanta inhumanidad cobarde y cochina.

Mujeres desnudas

Aunque ya era la mañana plena cuando entramos en la Galera 12, todo el mundo, cansado del viaje, abrió las camas y se acostó a dormir un rato. Yo cogí una que había de Feito y tenía dibujadas en la lona, por Arrate, cuatro o cinco mujeres desnudas... (Ya hoy no serán meros dibujos; ya hoy los presos que duermen sobre ellas les habrán dado vida y palpitación, y en los crueles sueños interrumpidos, habrán sido amantes, prostitutas y hasta mujeres que mataron, por las

que dieron la puñalada... ¡Líneas de mujeres desnudas, sueños de los hombres perennemente lúbricos!...)

Aquel día, sin embargo, no fue posible dormir, porque, de acuerdo con los rumores que nos llegaron hasta la misma Isla de Pinos, todos los individuos no procesados fueron saliendo a la calle desde horas después de nuestra llegada.

¡Abajo el imperialismo yanqui!

Debiera existir un refrán que dijera: «No hay terreno malo para una semilla buena.» Si no existe, yo lo propongo. Y doy como prueba esta: cuando caímos presos, de entre todo el grupo nuestro, sólo cinco individuos estaban plenamente convencidos de la influencia nefasta y omnipotente que el desbordado capital norteamericano ejerce sobre la política cubana. Estos individuos eran los componentes del Ala Izquierda Estudiantil. Luego cayeron presos algunos grupos de obreros, que, lógicamente, por pertenecer a la clase explotada, son los que más directamente sufren la ruda presión de los intereses imperialistas y la acción sanguinaria de los monigotes nacionales, y el núcleo se hizo mayor. Pero con todo, de entre el grupo de presos políticos, jamás pasó de un quince o un veinte por ciento el conjunto de compañeros conscientes de esta influencia y sabedores de que, por arriba de todo —por arriba de todo, porque la lucha no es para ganarla en quince días— era necesario combatir de raíz al causante total de nuestros males: el imperialismo norteamericano. El resto, muchachos animosos, honrados y valientes; políticos, casi siempre buenos como personas, pero fatalmente malos como poseedores de ideologías caducas, y los no afiliados a ningún núcleo social, era, en su casi totalidad, individuos ingenuamente creyentes en la posibilidad de rehacer nuestro país bajo procedimientos patriarcales; individuos creyentes en que si ponemos de presidente a San Francisco de Asís, los dueños de ingenios van a dejar de pagar cincuenta o cuarenta centavos a los infelices

macheteros, por estar todo el día, bajo el sol, en el corte de caña.

Pero nosotros dimos conferencias, leímos en voz alta a José Carlos Mariátegui, a Julio Antonio Mella, a Rubén Martínez Villena, a José Martí; demostramos el papel de interventor de los embajadores norteamericanos en Cuba —canallesco en Mr. González, descocado en Mr. Crowder y jugoso y sordo en este último Mr. Guggenheim— y cuando aquella mañana la voz de «Fulano, fulano, y fulano, ¡en libertad!» vibró entre los barrotes de la galera los muchachos todos, sin excepción, dieron el grito de guerra, verdadera bandera de la juventud luchadora de Cuba: «¡Abajo el imperialismo yanqui, y abajo sus lacayos nacionales!»

El capitán de los pugilatistas

Aquella misma mañana, el galerón gigantesco de la doce compañía, quedó vacío. Del grupo de los no procesados quedó únicamente, un poco desalentado, Galletti, el buen compañero de los malos cólicos nefríticos. Pero fue sólo un error, y al cabo vinieron a buscarlo también.

A más del grupo de nosotros, quedaron en la galera, Figueroa, Garza y Blanco, obreros luchadores, Álvarez Ojeda —El Viejo, querido por todos— Hidalgo, el Coronel Fresneda, Totico Tamés. No recuerdo quién más.

Pero aparte de estos compañeros teníamos uno nuevo y estupendo en la persona de Pugilato, jefe de los «pugilatistas», quien había hecho gran amistad con Tschaikowski Reguera, *catcher* de la Universidad y admirador de Beethoven, cuando este, por delito de escribirme una carta a Isla de Pinos, protestando de nuestro traslado, se pasó quince días en el Príncipe.

Pugilato nos resultó ser uno de los tipos de más auténtico colorido entre todos los que conocimos en la cárcel. Verborreico, exagerado y simpático, poseía como característica excepcional, un lenguaje propio, salpicado de giros

estrafalarios, con sintaxis acaso ñaña y pintoresco por manera extraña. «Ganar trofeo» era para él ganarle, por alguna astucia a la policía; «ganarle honrosamente, sin correr» era tener en sus manos, por procedimientos absolutamente científicos, una copa o medalla de algún atleta vencedor, que realmente tuvo que discutirla. Los amigos de él se llamaban, por ejemplo, Nongo, Caimán, Triplefeo. «Los pugilatistas» eran el grupo de compañeros que «entraban en el pugilato». «Los faisanes» eran «los chiquitos peligrosos». Sus historias eran todas como esta que sigue: «Una vez yo estaba en el Malecón, pescando, cuando pasó el Presidente. Eran como las tres de la mañana. Se bajó de la máquina acompañado de tres o cuatro militares. Ningún «pugilatista» se atrevió a acercarse y entonces yo le dije saludándole militarmente: “Presidente, aquí con los muchachos buscando a ver lo que se pesca, para ‘mangar’ mañana”. Entonces me dio un peso “para todos”. Yo lo “cubiqué” Prado pa’riba, pero “la nube” me seguía. Me tuve que sentar en el Parque Central, y esperé que viniera un “azul” y cuando estuvo cerca dije: “¡Caballeros, vamos a’brirnos...” ¡Bueno! Entonces todos los “pugilatistas” tuvieron que desparramarse “de a uno en fondo” y “me quedé con la hoja”.»

Así es Pugilato, que al irse, dos o tres días antes que nosotros, disparó un discurso fenomenal, diciendo que estaba con los estudiantes, que contarán con él para todo, y que había que acabar con la tiranía, para que lo nombraran a él policía especial, que conocía bien, muy bien, el elemento. Terminó dando vivas al Directorio, al Ala Izquierda Estudiantil y al Partido Soviético Republicano.

Pugilato ya está en el hospital, con un navajazo que por poco lo mata.

Inquietudes de los días

No se puede uno quedar imperturbable en la cárcel, viendo cómo salen a chorros los compañeros. La inquietud de

los días que pasaban nos fueron llenando de intranquilidad y de sospechas. De sospechas por lo que hubiera en el ambiente de bribonería, disfrazada con la palabra de pacto, y de intranquilidad, por la inercia forzosa en que se nos tenía. Hipótesis innumerables fuimos forjando, para llegar a la conclusión de que si el pacto de que se nos hablaba, iba por camino de realizarse, no se nos soltaría hasta tanto no se llevara a completo término, ya que de antemano se sabía cómo iba a ser, de resuelta y contraria, nuestra actitud contra el mismo.

Con esta preocupación fuimos pasando los días más largos de nuestra prisión, en los cuales, la demora de Saladrigas en despachar el auto reformado, llegó a parecernos sospechosa en extremo. Conocedores de sobra de la coacción del gobierno sobre el Poder Judicial, en casos como el nuestro, nos hizo pensar que se nos tendría presos hasta tener la seguridad de que el pacto se realizaría, o en caso de que se frustrara el intento, dejarnos otra temporada en la cárcel. Algo de esto parece que hubo, pues lo cierto es que un fiscal, cuyo nombre no recuerdo y lo lamento, pues no puedo darle ahora el «toque con nitrato de plata» que se merece, puso obstáculos al despacho del auto que nos devolvió la libertad.

La ciudad sorprendente

Por fin no sé qué día —es extraño, pero ya nos parece que llevamos seis meses en la calle— se nos dio la seguridad de que salíamos. Fue el día en que la perilla agramontiana de Alberto Riera, el abogado que ni cobra ni se bombea en los periódicos, a pesar de trabajar en *El Mundo*, pero que «trabaja como un mulo», se movió por los juzgados con la velocidad y precisión de un motor de doce cilindros acabado de estrenar, para lograr que concluyeran de fijarse las fianzas y coleccionar los pesos que nos hacían falta para obtenerlas.

Fuimos saliendo de la cárcel con cuentagotas, como si costara trabajo soltarnos. El primero fue Aureliano, que lo hizo con un paso tan largo, con su saco al hombro, que lo confundieron en los periódicos conmigo. Después salió en libertad la melena de Raúl Roa. Después, por la noche, juntos salimos Carlos Guerrero y yo. Después Isidro Figueroa, Manuel Garza y Gamolín Masiques, quien esa misma noche publicó en el *Diario de la Marina* sus «Impresiones de un deportado a Isla de Pinos». Después, a las dos de la mañana, el Guajiro Pendás, Roberto Lago, Ramiro Valdés Daussá, Mongo Miyar... el resto de los muchachos, menos Carlos Prío, Manuel A. de Varona, Fernando López y Manuel Guillot, quien al día siguiente, a las doce de la mañana casi, fue el último en dejar el rastrillo de la cárcel para enfrentarse a los fotógrafos.

A mi salida, de noche, la ciudad pestañeaba de luces por todos lados. Los focos de los automóviles hacían en la gran terraza de la ciudad que es la Loma del Príncipe, dibujos vanguardistas, sobre el suelo. Luego, en el viaje a La Habana, la incertidumbre de las distancias fue lo más raro que nos aconteció y también, el ver cómo la noción de la velocidad, acostumbrados al paredón de los cinco metros, la habíamos perdido totalmente. Un tranvía de San Francisco-Muelle de Luz iba vacío con un hombre gordo, leyendo un periódico de última hora. Una guagua dio un patinazo en una curva, frente al Parque Maceo. Un letrero lumínico completaba una palabra roja que terminaba en a. Un vendedor de helados, parado frente a una puerta, despachaba un barquillo a una criadita gallega.

Al día siguiente, el sol era estupendo, a las diez de la mañana.

Los muchachos en la calle

Los muchachos ya están en la calle, libres, dentro de todo un pueblo preso.

Porque el pueblo está preso. Está preso de temor, de hambre, de miseria y de cansancio. Enfermo de esperanzas cien veces fallidas, acabará por morir sin ellas, si no le quedase siempre la de que los muchachos están libres en la calle.

Y los muchachos están libres en la calle, porque no están atados a nadie que tenga empeño en tejer lazos; porque están siempre dispuestos a renovar y quemar trastos viejos; porque, como no aspiran ni a concejales y tienen la sangre joven y generosa, para ellos esto de estar al lado de lo justo, y de exigirlo e imponerlo, es tan agradable como si fuera un juego de fútbol, duro y violento, en el que, al cabo, vencerá el que tenga más aire.

Y los muchachos —los muchachos auténticos— están libres, en la calle, sobre todo, porque están dispuestos en cualquier momento a merecerse de nuevo la cárcel, el destierro o un nombre al lado de los de Rafael Trejo y Julio Antonio Mella.

LAS MUJERES CONTRA MACHADO*

* Aunque en las dos ediciones de *Pluma en ristre* (La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1949 y Ediciones Venceremos, 1965) se indica que este trabajo fue publicado en *Bohemia* en 1933, todo parece indicar que tal afirmación se basó en una suposición basada en el texto y su tema. Hasta el momento no ha podido determinarse dónde Pablo de la Torriente lo publicó. (*N. del E.*)

I

Bohemia quiere que ahora, cuando por todos lados se están sacando a ventilar «los datos para la historia», como si hubiera el presentimiento unánime de que todo esto no va a terminar con el golpetazo final que la sangre derramada exige, se ponga a la vista del público la intimidad de la acción, desde algunos puntos formidables, que han desarrollado las mujeres en esta última faz de la lucha contra la tiranía de Machado. Es, en último término, una mera cuestión de justicia, en cuyo cumplimiento me agrada sobremanera intervenir.

Intentaré, pues, que pasen por las páginas de *Bohemia* la mayor cantidad posible de documentos vivos y haré públicas muchas cosas que no son generalmente conocidas, casi siempre por la circunstancia especial de haber ocurrido en momentos en que la prensa tenía suspendidas todas sus actividades, y otra veces, porque la naturaleza de las mismas impedía de todas maneras su publicación.

Como consecuencia de un golpe recibido en la cabeza yo estuve, durante los tres primeros meses correspondientes a la agitación pública iniciada el 30 de septiembre de 1930, padeciendo de unos breves pero intensos vahídos, que me tuvieron imposibilitado de tomar parte en la lucha de la calle. Este hecho, unido al de que Teté Casuso formaba parte del Comité Organizador del Homenaje a Trejo, me permitió asistir a casi todas las reuniones del mismo y a estar en el secreto de sus actividades que, como se verá a lo largo de estos artículos, llegó a excederse del ámbito de su pensamiento original para pasar a correr verdaderas aventuras.

Junto a Rafael Trejo

Yo no podré olvidar jamás la sonrisa con que me saludó Rafael Trejo, cuando lo subieron a la Sala de Urgencia del Hospital Municipal, solo unos minutos después que a mí, y lo colocaron a mi lado. Yo estaba vomitando sangre y casi desvanecido de debilidad, pero su sonrisa, con todo, me produjo una extraña sensación indefinible. Era algo así como si me devolviera la cólera de la pelea a pesar de la sangre perdida. Era que yo había sabido ya, en condiciones extraordinarias, que Trejo, con sus veinte años poderosos, se moría.

Cuando yo caí sin sentido, oí el disparo que lo mató. Cuando llegaba al Hospital, dando gritos de rabia y de insulto, lo bajaban a él de otra máquina, con el cuerpo doblado, pálido ya. Cuando me subieron a la mesa de operaciones, bajando de ella a una muchachita simpática que se curaba la herida de su apendicectomía, ya Trejo estaba siendo curado en la mesa de al lado a la mía, entre vahído y vahído, yo había podido oír estas palabras, que percibí extrañamente, como si estuviera dentro de un aparato de radio que sonara a lo lejos, con una poco de estática. El médico decía: «Este se salva... si no hay fractura... las heridas de la cabeza son muy aparatosas... se pierde mucha sangre... Pero a aquel pobre muchacho no lo salva ni Dios... Tiene una hemorragia interna... interna...»

Por eso su sonrisa era para mí como un adiós que yo recibía en condiciones de angustia invencible, por eso, al evocar lo, cuando me citan los nombres de los dos mil bribones de la República, instantáneamente me viene la saliva a la boca.

Después, a Rafael Trejo se lo llevaron de aquel rincón para hacerle la arriesgada operación que no pudo salvarlo, me pasaron a mi para la cama en donde él había estado y pusieron en la mía a Isidro Figueroa.

El Hospital se fue llenando de gente, tan numerosa que hacía *huhú* como el mar. Teté Casuso pudo pasar a verme, empujada por el pueblo a la brava, y pronto yo me sentí mejor.

Las mujeres, viejas y muchachas, llenaron las salas, y se hacían abrumadoras como abejas, a fuerza de preguntas.

Rafael Trejo se fue muriendo. Yo lo descubría por el silencio, al que de pronto se le ponía, como un rubí brillante, la palabra «¡Asesinos!», que algún compañero, con cólera incontinente, hacía estallar...

Yo no había podido dormir hasta entonces, ni una hora siquiera, lo que me tenía intranquilo, nervioso y sumamente débil. Me dieron no sé que cosa y me dormí. A la mañana siguiente había en el Hospital el silencio de las casas abandonadas. Yo solo oía a Figueroa pasar las páginas de un periódico. Tuve el presentimiento seguro de la muerte del compañero, y cuando vino Teté Casuso, sin dejarla pensar le dije: «¿Por qué no me habías dicho que murió?» Entonces ella me contestó: «Sí. Murió, pobrecito!...» Y se le aguaron los ojos, a pesar de que no quería impresionarme.

Y me contó la tremenda emoción que le causó el ver salir el cadáver, los portazos de los automóviles, y, más que nada, entrar luego en el cuarto vacío, en donde se había ido muriendo poco a poco, mientras tuvo conocimiento, sin una queja, como los hombres. Entrar... sentir el olor grávido y lento de las medicinas del Hospital.. y ver la llama de una vela apagarse de pronto con una racha de viento, igual que si también se muriera...

El entierro

Cuando Rafael Trejo llegó muerto a su casa, las mujeres le hicieron la primera guardia de honor. Allí estuvieron, sucesivamente, Flora Díaz Parrado, Ofelia Rodríguez Acosta, Ofelia Domínguez, Loló de la Torriente, Teté Casuso, sus compañeras de la Universidad, grupos de normalistas, innumerables mujeres del pueblo.

Luego vino la incertidumbre del entierro y la formidable expectación en toda la Habana, de la que algún día hablaré.

Flora Díaz Parrado se acercó a Prío y a Rubén León, cuando llegó el ataúd a la puerta del cementerio, y les pidió que dejaran que fuera cargado por cuatro mujeres. Los muchachos estimaron muy bien que esto era un homenaje más, y lo concedieron, cargando con la caja la propia Flora Díaz Parrado, Ofelia Rodríguez Acosta, Ofelia Domínguez Navarro y otra, cuyo nombre no he podido averiguar, pero que según me han dicho, había sido maestra de Felo Trejo.

Dos mujeres hablaron sobre el hoyo en que enterraron a Trejo. Una Lilliam Ojeda, estudiante de ingeniería, casi con un arrebató de locura, dijo cosas precipitadas, incoherentes, insultantes a ratos, influenciado su temperamento nervioso por el momento inaudito. La otra, Ofelia Domínguez, para calmar la tremenda agitación de los ánimos, en lo que yo pienso que hizo mal, porque el entierro de aquel muchacho exigía un nuevo y numeroso desplome, una lección más dura aún en enseñanza de que los derechos hay que arrancarlos.

La bandera

Después que el clamor gigantesco del asesinato de Trejo y de que la imponente expectación del entierro pasaron sin que plasmaran los grandes acontecimientos revolucionarios de que parecían ser prólogo, Loló de la Torriente pensó que el ánimo popular tan duramente despertado, no podía dejarse adormecer con esperanzas vagas, y que era necesario aprovechar, de todas maneras, la sangre vertida en la calle por el estudiante muerto. Ya el indomable ardor de Julio Antonio Mella lo había exigido: era necesario ser útiles hasta después de muertos; servir de trinchera y de bandera. Era necesario que el recuerdo permaneciera violento y que el nombre del joven compañero, vibrara en la imaginación de todos como el eco de una grande y poderosa voz irritada. Era necesario exigirle que se quedara vivo después de muerto, que no descansara, que penetrara en todas las casas, agi tara

el impulso de todas las rebeliones y evitara, precipitando los acontecimientos, el derramamiento de nueva sangre en un nuevo y generoso intento de rebeldía.

Las siete mujeres

Este fue el pensamiento de Loló, al ver como iba paulatinamente desapareciendo la ira popular y el esperanzado anhelo vehemente de liquidar una situación de ilegalidad y de crimen. Este era su pensamiento y se encontró con que era casi unánime y que sólo había que darle cauce y dejarlo correr río abajo, en la seguridad de que iba a tener la potencia y el estruendo de un torrente.

Por primera vez se van a dar a conocer al público los comienzos de las actividades de aquel grupo de mujeres, organizadoras del Homenaje a Trejo, que tan desagradables ratos hicieron pasar a la Secretaría de Gobernación y al propio Gobierno.

Loló de la Torriente citó a su casa a tres amigas, sobradamente conocidas del público, para seleccionar quienes debían formar el Comité. Sería sumamente curioso asistir a una reunión de esta naturaleza, en la que mujeres, iban a decir qué mujeres consideraban buenas para ser compañeras en una empresa. Yo no estuve allí; pero tengo versión exacta de todo lo que hablaron. Se estimó que sería necesario, para pertenecer al Comité, además de poseer alguna cultura, ser, esencialmente, contraria a la situación actual y a su jefe máximo, Gerardo Machado. A esta reunión tan importante, sólo asistieron la propia Loló de la Torriente, Flora Díaz Parrado y Ofelia Rodríguez Acosta, excusándose de concurrir Ofelia Domínguez Navarro. Fueron seleccionadas Sarah Méndez Capote, hija de un general de la guerra de independencia y fino temperamento literario, Candita Gómez de Bandujo, nieta del Generalísimo Máximo Gómez; y Teté Casuso, casi simultáneamente normalista y universitaria, y que por tenerme a mí en el hospital deseaba las siete plagas para el gobierno.

«¿Y Mariblanca?...» Insinuó Loló de la Torriente, íntima amiga de la popular redactora de *Carteles*.

Este es uno de los momentos desconocidos por el público, y el conocimiento del cual acaso dará origen a una polémica entre dos de las más conocidas escritoras de Cuba, y que, como al cabo va a surgir, yo anticipo a los lectores de *Bohemia*.

Cuando Loló dejó caer el nombre de Mariblanca, Ofelia Rodríguez Acosta se opuso enérgicamente a que figurase en el Comité, con estas textuales palabras:

Me opongo a que ingrese en el Comité, por cuestión de principios y antagonismos ideológicos con la Srta. Sabás Alomá, pues en el periódico *El País* del día 12 de octubre ella ha declarado que es machadista liberal, y liberal, declaraciones que aunque no iban calzadas con su firma ella no ha desmentido en ningún momento».

Naturalmente, estas palabras dieron al debate un giro rápido, en el cual, Flora Díaz Parrado, declaró que si eran ciertas esas declaraciones de Mariblanca, se unía desde luego a la proposición de Ofelia, aunque por lo demás le sería indiferente que perteneciera o no al Comité.

Terminó la discusión la propia Loló de la Torriente, quien dijo, más o menos, estas palabras:

Creo imprudentes sus declaraciones, aunque tal vez obedezcan a motivos de índole privada para ella. Creo, también, que su labor de *Carteles* la autoriza para desempeñar el trabajo que le correspondería en este homenaje. No obstante, como no se trata aquí de una cuestión de amistad o estimación intelectual, sino de una actitud política, dadas sus declaraciones y la manera de apreciarlas por parte de ustedes, con la que coincido, retiro mi proposición.

Así fueron elegidas, un poco precipitadamente, las siete mujeres que integraron el Comité del Homenaje a Trejo;

que luego demostraron ser el grupo más capaz y más activo de cuantos se movieron en la acción contra Machado y sus métodos. De ellas, Sarah Méndez Capote, apenas si pudo actuar más allá de ofrecer su firma para todo, limitada como estaba por el delicado problema familiar que le planteaba la madre, enemiga cerrada de toda actividad femenina en la vida pública. Y, en caso parecido, aunque de distinta índole, se encontró también Dulce María Borrero de Luján, por estar ligada su hermana a las mujeres de Palacio.

Desde un principio, se pensó en que el Homenaje no podría celebrarse y se contó con la oposición del Gobierno, como número fundamental del programa. Pero por si ocurría el caso fantástico casi, de que alguna vez se procediera aquí con sentido común, y se dieran facilidades y garantías reales para celebrarlo —lo que lo mataría al nacer— se confeccionó un programa sencillo para desarrollarlo. Se acordó que fuera una mujer del pueblo la que leyera una cuartilla de Ofelia Rodríguez Acosta, luego la Banda Municipal tocaría una marcha fúnebre y finalizaría todo con unas palabras de Enrique José Varona, encargándose a Abela el que hiciera algún decorado para el acto. Vergara dibujó una postal para el homenaje.

Una vez delineado el plan las mujeres empezaron a buscar dinero, adhesiones y publicidad por los periódicos, en todo lo cual las ayudó desinteresada y continuadamente la Sra. Nena Arteaga, cuya máquina, más adelante, cuando «fueron apretando las tuercas» estuvo circulada por toda la Habana.

Fueron días, para aquel grupo de mujeres, de una actividad desbordada y creciente, en los que se desengañaron de que hay muchos individuos que cambian gustosos una peseta por diez mil improperios contra el gobierno, así como que también hay muchos que prefieren decir diez secretos sobre la revolución «que no tarda ni una semana», a poner su firma, valientemente, al pie de un manifiesto. ¡Y que

esto, que tanto pasa con los individuos, les resultó también, con largueza, entre las individuos!

En busca de un local

Pero, al fin y al cabo, se consiguió el dinero necesario y el ambiente se fue haciendo propicio y casi vehemente. Entonces fue cuando se planteó el problema del local en que se daría el Homenaje, que, como hasta ese momento no había sido estorbado por el Gobierno, amenazaba con poder celebrarse.

Fueron los primeros días que yo salí a la calle y pude asistir a aquellas sesiones inolvidables en que las mujeres gritaban y chillaban igual que si fueran representantes o simples concejales. Había color y vehemencia. Evocaciones para los nombres puros e insultos terribles para los machadistas. Allí fue donde se propuso, como castigo para Octavio Averoff, el que se pusiera un barril a la puerta de la Universidad, en el que cada estudiante que pasara escupiera, para, cuando estuviese lleno, meterlo en él. Fue aceptado por todas.

La lucha por un contrato

Por fin, de aquel hervidero salió la idea de que había que comisionar a alguien para conseguir en firme un local.

Armando del Valle tuvo buen cuidado de no decir para qué arrendaba el teatro, y así pudo conseguirlo.

En cuanto las mujeres del Comité tuvieron la certeza de que tenían local, activaron la campaña para que el Homenaje fuera una acto imponente, acercándose al efecto a los muchachos del Directorio y al mismo Directorio constituido por las muchachas de la Universidad, a fin de que concurrieran al acto la mayor cantidad posible de estudiantes y de pueblo, especialmente de mujeres. Le dieron

nuevo impulso a la información sobre el mismo en la prensa diaria y semanal, fijándose como fecha para el mismo el 9 de noviembre, y, por último, visitaron de nuevo a Varona, quien aseguró que asistiría si su tobillo enfermo lo dejaba, pidiendo que en caso extremo, celebraran el acto en la cuadra frente a su casa, para poder hablar él desde el portal. Era esta la misma promesa que el gran viejo nos había hecho a los que habíamos intentado anteriormente ofrecerle un homenaje por aquellas célebres declaraciones, cuyo alcance todavía no se ha apreciado bien, y que habrá que considerar primariamente al hacerse un estudio formal de este período de agitación de la conciencia popular.

El «mayoral» de Gobernación

Pero el General Delgado, que según tengo entendido se fue a la guerra porque los españoles no le permitían decir públicamente los horrores que se merecían, pesando por el otro extremo del diámetro, al caerle los años encima y el cojín del automóvil debajo determinó impedir, de cualquier manera, que el Homenaje que las mujeres de Cuba querían darle al estudiante asesinado se llevara a cabo, disponiendo que, si llegaba el caso, se emplease la fuerza. Y, por lo pronto, como primera medida, le hizo saber al Administrador del «Auditórium» que había firmado un contrato que tenía que romper antes de que llegara la fecha de su cumplimiento.

Tan pronto como Armando del Valle supo esto, se escondió para dar tiempo a que llegara el día del acto y ya entonces no hubiese lugar a otra cosa que disolverlo por la fuerza, cosa bien peligrosa por cierto. Pero Pedro Varela, amenazado más directa y enérgicamente por la Secretaría de Gobernación, lo buscó hasta por China y al fin vino a encontrarlo en Surgidero, en donde estaba junto con Loló de la Torriente, que, como las demás componentes del Comité, se había negado a presentarse al Secretario. Pudo

al cabo hablar con él y le pidió que si algún aprecio le tenía rescindiera el contrato, pues había sido amenazado con ser conducido a La Cabaña, cosa que era para espantar al hombre más sereno del mundo después de aquel hallazgo del brazo del infeliz Bruzón, al abrirse el vientre de un esqualo pescado en la bahía.

Armando del Valle se vio entonces ante el problema de las súplicas de un hombre que había sido violentamente amenazado, y el deseo de conservar para el Comité el contrato que le permitiría ofrecer el acto en cuya realización tanto empeño había puesto. Era un problema difícil para cualquiera, que él resolvió rescindiendo el contrato, pero exigiendo que el documento correspondiente apareciese consignado el motivo por el que se llegaba a tal extremo, y que no era otro que la presión ejercida por la Secretaría de Gobernación en el asunto.

A comenzar de nuevo

Yo estaba en la Junta en que Armando del Valle dio a conocer las circunstancias que lo habían obligado a rescindir el contrato del «Auditorium», y la impresión que produjo la noticia es difícil de reproducir, aunque sí fue singular el que no hubiera desaliento alguno. Cólera sí, y hasta cierta violencia. Especialmente Flora Díaz Parrado se expresó en el sentido de que el contrato no debió ser cancelado de ninguna manera, conservándosele como un arma, aún por arriba del atropello que pudiera cometerse con Pedro Varela, quien, a la última hora pudiera resultar una víctima más.

En la violencia del debate, en el que Carmen Vega — quien a pesar de no pertenecer al Comité lo auxilió mucho en varias ocasiones— dio nuevos alientos e ideas, surgió el impulso necesario para lograr una nueva oportunidad de ofrecer, públicamente el Homenaje a Trejo.

II

Era curioso ver cómo todas las mujeres se empeñaban en demostrarse, que resultaba una vergüenza intolerable que el acto, que tanto se había anunciado, no se pudiera celebrar. Allí se pensaron enseguida unas cosas disparatadas y absurdas. Loló de la Torriente, por ejemplo, propuso que se alquilara una casa grande, cuyo contrato podía firmarse sin sospecha ninguna para Gobernación, y en la cual pudiera ofrecerse el Homenaje. Naturalmente que esto fue rechazado al nacer, porque, al reducir tanto el lugar, le quitaría al acto la trascendencia que debía tener, y limitaría mucho las posibilidades que podían surgir del mismo en otro local más apropiado. Otra propuso, salvando el inconveniente de la pequeñez que se arrendase una manzana del Vedado o de Marianao, en la cual pudieran meterse diez o doce mil personas. Esta sugestión, al pronto, se estimó como buena, pues ofrecía la facilidad de poder convertir aquello, a última hora, en una manifestación gigantesca, encabezadas por mujeres, que podría encaminarse a cualquier lado, lo mismo a Palacio que al Campamento de Columbia. Pero la inseguridad que ofrece siempre un lugar sin techo, expuesto a que un aguacero, como aquel que tantas oportunidades le restó al 30 de septiembre, que al cabo se desechara la idea. Vino entonces a considerarse seriamente la idea sugerida por el propio Enrique José Varona, de que se diese el acto frente a su casa. Mas, como cualquier contingencia como ésta, le quitaría al Homenaje su verdadero desenlace, que no podía ser otro que el de un escándalo formidable que terminase con una serie de tânganas en la calle, necesarias para reavivar el espíritu de combate, se desechó también.

El Salón de los Torcedores

Todas estas proposiciones descabelladas tuvieron su utilidad, pues al fin, cansadas de pensar al galope, en el fervien-

te deseo de ofrecer lo cumplido, se pusieron a hacerlo serenamente y llegaron a la conclusión de que aún tenían varias oportunidades no tocadas todavía. Una estaba en los Frontones, especialmente el «Nuevo Frontón», el cual ellas sabían que había sido concedido para el Homenaje a Varona, y la otra, se las ofrecía el Salón de los Torcedores, en donde Rubén Martínez Villena pudo llegar a celebrar el acto en memoria de Julio Antonio Mella, asesinado en México.

En este momento se volvió animosa y hasta casi alegre la sesión del Comité, que enseguida se puso a designar las comisiones necesarias para gestionar cualquiera de estos locales, prefiriéndose siempre, desde luego, por sus condiciones de amplitud, cualquiera de los frontones.

A la próxima reunión, que se celebró dos días después, para dar tiempo a que las comisiones actuaran, se supo, por Flora Díaz Parrado, que había dificultades invencibles para obtener, tanto el «Viejo Frontón» como el «Habana-Madrid», al paso que el individuo que pudiera ceder el «Nuevo», no se encontraría en la Habana por muchos días, todo lo cual hizo que se desechara ya, definitivamente, la idea de estos locales, tan estupendos para el fin que se les quería destinar.

Comenzaron inmediatamente las gestiones a fin de lograr el Salón de los Torcedores, acerca de cuya obtención Ofelia Domínguez se había manifestado en términos optimistas. Efectivamente, ella, Loló de la Torriente y Ofelia Rodríguez Acosta se entrevistaron con Manuel Suárez, el Director de la Comisión de Cultura de la Sociedad de Torcedores, al que le expusieron con toda claridad el problema que querían resolver con la ayuda de aquel núcleo de obreros, en el que tantas mujeres había y con cuyas simpatías estaban seguras de contar.

Dos documentos

Manuel Suárez se solidarizó con las mujeres y les dijo que él estaba dispuesto a cargar con la parte de responsabilidad que le cupiera en todo lo que pudiera suceder y que, como

tenía facultades suficientes para ello, les arrendaba, en las condiciones que quisieran, el Salón-Teatro de la Sociedad.

Es necesario decir que el Comité Organizador había acordado ya, previamente, y para evitar que la acción del General Delgado tuviera tiempo de desarrollarse, no anunciar más la fecha ni el lugar del acto por ningún periódico, aunque en los mismos siguiera hablándose de él. Se estimó que, como el ambiente era propicio en extremo, no sería preciso recalcar mucho el lugar, el día ni la hora, para amontonar un gran contingente de mujeres y estudiantes; y teniendo en cuenta esto, que era muy cierto, las mujeres acordaron armarle una trampa a la energía del señor Secretario, anunciando el acto sólo a menos de veinticuatro horas del momento de su celebración, por todos los medios a su alcance, y especialmente por los periódicos.

Extremándose en este punto, y aunque el Alcalde había manifestado ya simpatías hacia la intención de ellas, gestionaron a última hora el permiso de la Alcaldía, que les fue concedido el día ocho, es decir, un día antes del señalado para el Homenaje. Esta autorización también la reprodujo *Bohemia*, como una prueba más de los atropellos cometidos por el Gobierno, incapaz de respetar cualquier situación, por legal que sea.

La tarde anterior

Ya con todos los inconvenientes salvados, y con la plena seguridad de que la Secretaría de Gobernación sólo podría evitar que se diera el Homenaje mediante la fuerza —número este, que como ya he dicho, era considerado elemental por el Comité— las mujeres se reunieron por última vez para dejar bien precisados todos los extremos necesarios, y que no surgiesen dudas llegado el momento. Lo primero que se acordó fue dar aquella misma tarde, víspera del acto, la noticia del mismo por los periódicos, los que la pu-

blicaron a grandes titulares en la primera plana, produciendo la natural y esperada expectación. Después se tomó el acuerdo de ir a buscar a Varona por la mañana, para traerlo a los Torcedores, y también se decidió que se concurriera al lugar del Homenaje, cualquiera que fuera el riesgo que esto representara, y cualquiera que fuera la actitud que tomaran Gobernación y la policía. Bajo este plan de batalla, con todos los puntos perfectamente precisados, las mujeres del Comité Organizador se separaron aquella tarde, con la impresión de que a la mañana siguiente La Habana iba a presenciar escenas inolvidables.

Un «cruce» para el lector

Con todo lo anterior difícilmente pudiera darse una idea cabal del trabajo rendido por el Comité en la lucha para obtener un local, tarea a la que habría que añadir la de la recaudación del dinero preciso, extensión de las invitaciones, visitas a los periódicos. Será preciso, para que el lector comprenda hasta que punto fue embargado el tiempo y el pensamiento de las organizadoras, decir, por ejemplo, que Flora Díaz Parrado se olvidó que aquella mañana tenía que celebrar dos juicios orales en la Audiencia, por cuyo olvido fue doblemente multada, con el correspondiente embargo de los muebles de su oficina, que, para su fortuna, no eran de ella. Esto sí ya sería suficiente para explicar el por qué, aquella tarde, cuando casi todas las mujeres integrantes del Comité estaban en sus casas, todavía Ofelia Rodríguez Acosta no había redactado ni una sola línea de las palabras que iba a leer al día siguiente, en el acto de Homenaje, una muchacha obrera, de la Alianza Nacional Feminista que dirige Ofelia Domínguez.

A esa hora por fin, cansada, pero con entusiasmo calenturiento, Ofelia Rodríguez Acosta se puso a redactar las palabras que el Comité le había encomendado. En este trabajo estaba, en el bufete de Flora Díaz Parrado, cuando

sonó el timbre del teléfono. Coja el lector el cruce, porque la conversación se recuerda íntegra:

(Habla Ofelia Domínguez): «Mala noticia.»

O. Rodríguez Acosta: «¿Cuál?»

O. Domínguez: «Gobernación ha hecho presión con los Torcedores.»

O. Rodríguez: «Era de esperarse.»

O. Domínguez: «Sí, pero es que los Torcedores se echan para atrás.»

O. Rodríguez Acosta: «Ah, eso es otra cosa...»

Al poco rato hubo noticias más concretas. Se sabía que, efectivamente, la Secretaría de Gobernación había actuado a velocidad fantástica, localizando a Santana, Presidente de la Sociedad de Torcedores, e instrumento fácil, como en los casos conocidos de Arévalo y Fabregat, de los deseos del Gobierno, y quien enseguida hizo conocer a las mujeres los inconvenientes insalvables que se le ofrecían por ceder el Salón.

Loló de la Torriente utilizó entonces el teléfono y convocó a Junta en su casa, asistiendo todas, menos Teté Casuso, a quien por no tener teléfono, no se le pudo avisar. En esta junta precipitada se tomó enseguida, por unanimidad, el acuerdo de ir a darle «la tángana» a Santana, en la propia Sociedad de Torcedores, a donde también se acordó ir solas, sin el auxilio de ningún hombre.

Un drama de Calderón

Para allá salieron las mujeres y en la misma esquina de la Sociedad se encontraron con Carlos Prío y Francisco Masiques, a quienes expusieron los motivos que las llevaban allí. Enseguida pasaron al edificio, en cuyo interior se iba a desarrollar una escena digna del final de un drama truculento de la Edad Media.

Todo lo que voy a referir ahora es relato veraz, escuchado de labios de tres de las protagonistas de la escena: Loló de la Torriente, Ofelia Rodríguez Acosta y Flora Díaz Parrado.

Cuando ellas llegaron fueron atendidas con toda zalamería por el propio Santana, encontrándose muy cerca de él Manuel Suárez, el que les había firmado el contrato para el Salón, y algunos otros miembros de la Directiva de la Sociedad de Torcedores. Después de cumplidos los requisitos de la cortesía, se inició de una manera casi precipitada la discusión al alegar las mujeres que ellas iban a ofrecer al día siguiente, de cualquier manera el Homenaje, puesto que para eso contaban con un contrato firmado por persona autorizada para hacerlo. En este punto, Manuel Suárez, haciendo buena su palabra de cargar con la responsabilidad que le cupiera, hizo saber a Santana que él, con autoridad para ello, era quien había firmado el documento, por parte de la Sociedad.

Como las voces se fueron levantando, al extremo de que podían oírse en la calle, Carlos Prio y Francisco Masiques entraron al local, con tiempo suficiente para ver a Santana, airado ya, decir que él era el Presidente y que allí se hacía lo que él le diera la gana; y, volviéndose hacia las mujeres, en plan de héroe, les expresó que el local no se lo podía dar; pero que si ellas querían al día siguiente él estaría a su lado si ofrecían el acto en la calle, frente al edificio de la Sociedad. Instantáneamente, las voces de todas, ya francamente indignadas, le descubrieron que él sabía de sobra que el permiso obtenido del Alcalde, era para ofrecer el Homenaje en un lugar cerrado y no en la vía pública, y que por lo tanto, su ofrecimiento era conscientemente falso. Colérico casi, Santana expresó entonces que el local no lo cedía de ningún modo, pues tenía noticias de que el acto iba a ser deliberadamente interrumpido por ciertos individuos... «Diga quien es» —le inquirió una voz, con cierto tono autoritario. «Pues sí, es Magriñá», contestó Santana. Y con una voz tan clara, otro dijo: «El del asesinato de Mella»... Santana entonces,

empatando su fogosidad anterior con el nuevo motivo, expresó que él era responsable ante la Sociedad de los destrozos que inevitablemente iban a producirse al día siguiente si el Homenaje se efectuaba. Las mujeres en ese momento, cuenta Flora Díaz Parrado, le contestaron diciéndole «que no sabían cómo él se podía oponer a que se realizara un acto contra Machado, cuando el Presidente siempre había sido enemigo encarnizado de los obreros». En este punto del debate intervino Carlos Prío, y Santana, con la irritación del que no tiene argumentos, lleno de furia, y en la actitud de un marido burlado, según comenta Flora, gritó que él no podía permitir que se le ofendiera, que él era un hombre y sostenía sus opiniones por arriba de todo. Así, con pasos cortos y gesticulante, llegó hasta una mesa cercana, abrió una gaveta e hizo brillar en alto un revólver amenazador, como si se tratara de una asamblea de barrio, y dirigiéndose directamente a Carlos Prío, sostuvo con él una violentísima discusión, que terminaron las mujeres yéndose del local temerosas de que el asunto terminase con un tercer perjudicado.

Cuando las mujeres acordaron retirarse de la Sociedad de Torcedores, era ya muy entrada la noche, cogiéndoles las primeras horas de la madrugada en el comentario de lo inesperadamente sucedido.

III

Aunque las organizaciones del Comité concurrieron a los periódicos para protestar del atropello cometido al no permitir Gobernación que se ofreciera el Homenaje, y también de la actitud de la policía con las mujeres en el Parque Central aquel día, ellas consideraban que habían logrado lo que se habían propuesto: que el Homenaje se diera en forma de una protesta popular. Y es necesario reconocer que aquella protesta dio impulso a las sucesivas demostraciones estu-

diantiles, aunque éstas ya venían incubándose con anticipación.

Pero, con todo, y aún considerando que el propósito originario estaba vencido, las mujeres pensaron que había que seguir actuando en la lucha contra Machado y su gobierno, para lo cual no tenían, por lo pronto, mejor bandera que el propio nombre de Trejo, ya que, oficialmente, el Homenaje proyectado a su memoria había sido impedido. Era, pues, preciso seguir haciendo ondear su nombre como una bandera, para que fuese incentivo de la acción. En este sentido se movieron activamente las mujeres del Comité, quienes, a cada nueva oportunidad, como una amenaza tremenda, anunciaban la celebración del Homenaje.

Nuevos proyectos

Como se pensaba, con toda razón, que si no había lugar de reunir algunos millares de personas, tampoco había oportunidad de lograr una protesta popular, el pensamiento de las organizadoras se concentró en la idea de conseguir es público, protagonista indispensable, y de cuya no comparecencia se preocupaba tanto Gobernación.

Las garantías constitucionales estaban suspendidas entonces y el argumento legal ya podía ser ofrecido por el Gobierno para impedir cualquier reunión. Con todo, como la situación política prolongaba su tirantez, todavía hoy inexplicable, no era posible el que se redujera hasta un límite total la verdadera interpretación de algunos de los preceptos suspendidos. Por eso, había teatros, había hipódromo y habían, en general espectáculos públicos de carácter deportivo. Pensando en esto fue que se llegó a la conclusión de que el público no era un factor tan esquivo y que todo se reducía a cambiar una línea general de conducta. Si el público no podía concurrir a donde se le convocase, las organizadoras, en cambio, podían concurrir al lugar en que aquél estuviese reunido.

Como todo esto resultaba bien sencillo, sólo era necesario determinar en qué forma se podía hacer variar la atención de los espectadores. Lo primero que se pensó era de un interés casi cinematográfico, y como al cabo no se realizó voy a darlo a conocer al lector, por si alguna vez quiere utilizar el sistema.

El Club Atlético de Cuba tenía concertado un match de fútbol intercolegial con un *elevens* del sur de los Estados Unidos, el del Rolling's College, a cuyo juego, por la propaganda que se había hecho, era creencia general que habría de asistir un gran número de fanáticos, y aún el propio embajador Harry F. Gughenheim, llegando a opinar algunas de las integrantes del Comité si no sería muy necesario ahuevar a este individuo, delante de un numeroso núcleo de paisanos suyos, en castigo a su conducta francamente parcial y contraria a los intereses del pueblo de Cuba.

Este juego tenía por escenario los terrenos del Almendares Park, en donde bien puede caber diez o doce mil espectadores teniendo a su favor la circunstancia de hallarse relativamente en el centro de La Habana y estar limitado por una cerca de madera, podrida por varios lugares y que sería de fácil destrozo a la hora de una tángana.

El plan que se iba a seguir era el siguiente: como el juego de fútbol está dividido en dos *halfs* con un intermedio de diez minutos, en el cual los jugadores descansan y el público sin la emoción de la jugada pendiente, se dedica al simple comentario, se pensó que este intermedio era el más propicio momento para actuar.

Las mujeres se aparecerían sobre el terreno con unos letreros desplegados haciendo saber que Gobernación se oponía a la fuerza, a la celebración del Homenaje a Trejo y llegarían frente a los mismos *stands*, arengando allí al público, especialmente al masculino, para que las protegiese de los atropellos cometidos por la policía. Esto según creencia de todas, sería suficiente para que el público se desbordase sobre el terreno iniciándose acaso una manifestación, encabezada por las mujeres, a la que la policía se vería

obligada a disolver por la fuerza, con el consiguiente y formidable escándalo.

Cuando se discutía cómo se le iba a dirigir la palabra a los fanáticos, Teté Casuso dijo: «Bueno, pero yo no soy oradora, ¿Qué voy a decir?» Y Flora le contestó: «Muchacha: en ese momento todo el mundo es orador. Te subes a las gradas y das cuatro gritos y se acaba aquello.»

Los letreros que iban a portar las mujeres decían así:

Uno: «La Secretaría de Gobernación no nos deja celebrar el Homenaje a Trejo.»

Otro: «El policía que asesinó a Trejo está en libertad.»

Otro, más explícito, aseguraba: «El asesino de Trejo, como premio a su hazaña, descansa en la Jefatura de Policía.»

Otro recordaba sencillamente las fechas de los asesinatos de los estudiantes: «27 de Noviembre de 1871; 10 de Enero de 1929; 30 de Septiembre de 1930.»

Y, uno más, sólo decía en una acusación concreta: «Mella primero, Trejo después».

En la discusión sobre los detalles, algunas de las integrantes del Comité creyeron ver aquello como una ocasión esperada por el Gobierno para hacer una hecatombe, por las facilidades que ofrecía el terreno para efectuar una carga de plan con todas las reglas, y entonces Loló de la Torriente propuso que lo mismo se hiciera en los teatros, cosa que ya habían llevado a cabo los estudiantes de Santiago de Cuba, y con ellos otra mujer, la normalista Cortiñas. Esto en cambio fue estimado por otras como ciertamente más propicio para el pánico del público a la hora de cualquier agresión, y el proyecto en total se malogró por estar la votación dividida tres a tres, mostrándose siempre, partidarias, Ofelia Rodríguez Acosta, Flora Díaz y Teté Casuso de aprovechar la mayor cantidad de público de Almendares Park, y Ofelia Domínguez, Candita Gómez de Bandujo y Loló de la Torriente, de utilizar el local más céntrico de un teatro.

La idea emocionante

La imaginación, como la tierra buena, da sus cosechas continuamente, sin cansarse. Por eso, sin desalientos por no haber llegado a un acuerdo sobre la proposición de los letreros, y acaso porque ya en aquellos días empezaban a circular proclamas marcándole al Ejército el camino que el sentido de la justicia y el deber le obligaban a tomar, el pensamiento de darle a este una oportunidad que se suponía esperada, hizo que se fijara la atención en la manera de brindarle esta ocasión.

El ambiente estaba en aquellos días estupendo. La policía andaba por la calle, como loca. Una manifestación de estudiantes bajaba por Infanta, otra subía por Neptuno; un molote era disuelto frente al Instituto, y en la Normal, en Artes y Oficios, en los Centros Regionales, y hasta en las escuelas de menores, la efervescencia era como de olla hirviendo. Los palos y los planazos caían como una lluvia y los tiros se escuchaban ya sin miedo ni asombro temeroso. Las normalistas habían sido atropelladas en la Plaza de la Fraternidad y se habían defendido con sal y pimienta molida. En Santiago de Cuba, en choques mortales, las muchachas de la Normal habían sido apaleadas y en grave estado, con tres costillas fracturadas estaba la Srta. Toro Abril. El momento era excepcional para una llamada al soldado. Por eso, cuando surgió en una reunión, la idea emocionante de que el Comité fuera a Columbia a pedirle protección para la mujer de Cuba al Ejército, encontró el calor necesario para que, por unanimidad, se considerara enseguida la viabilidad de la misma.

Decisión

Por esta vez la discusión de un tema fue bien corta. Todas estuvieron de acuerdo en que el Comité en pleno concurriera al Campamento de Columbia para entrevistar-

se con el Coronel Castillo y pedirle protección contra la actitud de la policía en las calles de la Habana, Santiago de Cuba, Matanzas, y otras ciudades de la República.

Se opinó, también por todas, en que esto era necesario hacerlo dentro de un plazo muy breve y, desde luego, que el proyecto, de ninguna manera, podía salir del seno del Comité hasta una vez realizado, pues de conocerse fuera, lo más probable sería que no las dejaran entrar en el Campamento, para evitar situaciones difíciles. Aprobado esto se acordó —eran las ocho o las nueve de la noche del día 12 de noviembre— que a la mañana siguiente temprano, si no había orden en contrario, se fueran uniendo unas a otras a lo largo de la calle 23, para dirigirse a Columbia. Resuelto ya este punto, pensaron las organizadoras del Homenaje a Trejo, que a ese acto, que quería representar una actitud de la generalidad de las mujeres de Cuba, opuestas, en su inmensa mayoría a la situación imperante, debían concurrir también representantes de los núcleos luchadores que más se habían significado hasta el momento en la agitación popular, tales como el Directorio Estudiantil Femenino de la Universidad y las valerosas muchachas de la Normal, debiendo ir asimismo, como prueba patente, algunas de las mujeres apaleadas en la calle en los distintos choques con la policía. Naturalmente, eso fue aprobado en el acto, acordándose no obstante, y para evitar en todo lo posible que la noticia tuviera resonancia exterior antes de verse realizada, que el Comité las invitara la misma siguiente mañana, poco antes de salir para el Campamento.

Con todos los puntos resueltos se puso a discusión, ya de pie, dispuestas a irse para sus casas casi todas las mujeres del grupo —la reunión se efectuaba en casa de Ofelia Domínguez, en el comedor pequeño de un quinto piso, quién sería la que debía dirigirle la palabra al Coronel. «Puede hablar Flora», dijo no sé quién. «U Ofelia Domínguez», dijo otra... «Cualquiera habla», expuso la misma Flora. Y entonces, Ofelia Domínguez tuvo la magnífica idea de que ninguna de ellas dos fuese la oradora, y que se le diese el

encargo a Candita Gómez de Bandujo, que por ser nieta del Generalísimo Máximo Gómez, era, lógicamente, la señalada para hacerlo ante militares cubanos, para quienes la memoria del Generalísimo debía ser máxima inspiradora en el cumplimiento de sus deberes. Al hacerse la proposición, que fue aceptada por todas instantáneamente, Candita opuso el reparo de no estar ella acostumbrada a hablar, pero se la convenció con facilidad, disponiéndose animosa a redactar aquella misma noche las palabras que dirigiría al día siguiente al Coronel, Jefe del Distrito de Columbia.

La marcha a Columbia

¡Cualquiera sabe si aquella mañana amaneció el cielo azul! Candita amaneció nerviosa e impacientes todas sus compañeras. En un automóvil Flora Díaz Parrado recogió a cuatro muchachas del Directorio Femenino, que se sumaron entusiasmadas a la idea, Sarah del Llano, Miniña Rodríguez, Zoila Mulet y Clara Luz Durán. Ofelia Domínguez, por su parte, buscó a tres normalistas de las más conocidas: Caridad y Conchita Proenza y Marianita Conchado, y a lo largo de la calle 23, se fueron uniendo todas las demás integrantes de la caravana, que no dejaba de contar con su fotógrafo y su repórter, el incansable García Gracia, pues por haberse enterado Julito Gaunard de las intenciones de las mujeres, les aconsejó que no dejaran de llevar testigos, y, allí mismo, comunicando por teléfono con *El País*, pidió que le mandaran en el acto los elementos necesarios para hacer una información sensacional. Una vez reunidas todas, se encaminaron hacia Columbia.

Al llegar a la entrada del Campamento, se pudo comprobar que la discreción había sido perfecta. El centinela no puso reparos en dejarlas pasar, y pronto estuvieron en el portal de la Jefatura, a donde un soldado vino a preguntarles qué deseaban.

Frente al coronel Castillo

Ver llegar a un Campamento un grupo tan numeroso de mujeres provoca, inevitablemente, una aguda curiosidad, y por ella, enseguida un grupo de veinte o treinta hombres, entre soldados y oficiales, se acercó al de las mujeres. Bien pronto, al ver con cuanta insistencia el ayudante del Coronel quería conocer el motivo de la visita antes de pasarlas al despacho, se dieron cuenta de que algún motivo serio las había llevado al Campamento; y la expectación fue mayor, cuando Flora Díaz Parrado, cansada de tantos viajes, respondió en voz alta, a una tercera pregunta: «Dígale usted al Coronel, que la nieta de Máximo Gómez y otras señoras, quieren decirle algo».

Después de este recado, las puertas les fueron franqueadas y pasaron a un pequeño salón en el cual, en pie y solo, detrás de una mesa, estaba el coronel Castillo esperándolas.

Un saludo cortés, y la voz del militar preguntó sencillamente: «¿Qué quieren ustedes?»

Las mujeres, en abanico frente a él, lo miraban.

La nieta de Máximo Gómez

Candita, adelantándose un poco, dijo con una voz un poco débil por la emoción: «Yo he traído escrito, para mejor claridad, lo que le voy a decir». Y se puso a leer en seguida, en voz que fue subiendo a instancia de Flora, para que la oyesen los soldados y oficiales que escuchaban desde fuera, sus palabras de aquella mañana, que yo reproduzco a continuación, para que sean conocidas por todo el Ejército:

Señor Coronel, señores oficiales: Por mi condición de nieta de Máximo Gómez, he sido designada para hablar la primera en este acto que, ojalá, y para bien de todos, tenga la trascendencia que de él esperamos.

Sinceramente, no me hubiera atrevido a dirigirme a ustedes, si no me sintiera como impulsada por aquel hombre extraor-

dinario que hace hervir en mi sangre la sangre de sus heroísmos. De aquel que en su vida no odió más que una cosa: «LA GUERRA»; y que aconsejó al pueblo de Cuba: «APRENDED A HACER USO EN LA PAZ, DE VUESTROS DERECHOS QUE HABÉIS CONSEGUIDO EN LA GUERRA; QUE NO SE DEBEN CONFORMAR LOS HOMBRES CON MENOS, PORQUE ESTO CONDUCE AL SERVILISMO; NI PRETENDER MÁS, PORQUE LOS LLEVARÍA A LA ANARQUÍA.

Nosotras venimos, señores oficiales, en nombre de las mujeres cubanas, hijas y nietas de aquellas valerosas matronas que en la ciudad y en la manigua, ayudaron a conquistar la independencia confirmando con esto, que ahora y siempre, la mujer, la mujer cubana, ha sabido defender los sagrados derechos ciudadanos, aun a trueque de su vida misma. Venimos a pedirles protección, contra los inicuos atropellos de que hemos sido víctimas, por parte de la policía, que sirviendo de dócil instrumento, y olvidando los más elementales deberes que su misión le impone, ha cargado contra indefensas niñas, que no habían cometido otro delito que reclamar sus derechos.

Es necesario, señores, que se le devuelvan al pueblo sus libertades; es necesario que esta independencia conquistada a fuerza de tanta sangre y de tan grandes heroísmos, sea una cosa efectiva y no un mito. Es necesario que se respeten los derechos del ciudadano libre y consciente.

Y no hemos vacilado en dirigirnos a ustedes, porque tenemos la certeza, de que este Ejército es digno sucesor de aquel otro, que al mando de Gómez y Maceo, y poseído de bélico heroísmo, estremeció la isla de un extremo al otro haciendo germinar la Libertad, del ejército invasor.

Esta vez, al final, no hubo los clásicos: «Grandes y prolongados aplausos...»

El coronel Castillo

El coronel Castillo escuchó en silencio las palabras de Candita Gómez, mientras era observado, con una inten-

ción mortificadora, al microscopio, por todas las mujeres. Como dice Flora Díaz Parrado, «con los párpados caídos pesadamente sobre los ojos, parecía un japonés en un aprieto mucho mayor que cuando lo de Puerto Arturo...»

El problema era, realmente, demasiado grave. Era de los que sólo pueden resolver dos clases de individuos: o un viejo bribón, que manda a prender a las mujeres por tratar de sublevar el campamento, o un joven ambicioso o cargado de lecturas heroicas, que arenga a las tropas, las saca a la calle, y da el golpe de estado. El Coronel no resultó ser ninguno de estos dos ejemplos de personalidades fuertes, aunque diametrales, y por eso no era extraño que ante semejante alocución de las mujeres, tan pronto apareciera lívido, como enrojeciera, en el vaivén de tomar una de las dos actitudes, y acabara por buscarle una evasión al problema diciendo: «Bueno, sí, pero yo no me puedo meter en política».

Algo tan triste, como la sonrisa de desencanto de veinte mujeres, respondió a su frase.

El discurso de Flora

Como se había convenido por el Comité, que si las circunstancias lo exigían, Flora Díaz Parrado, u Ofelia Domínguez hablasen, la primera, creyendo el momento oportuno, le dirigió la palabra al Coronel, en los términos que también transcribo aquí, para que sean conocidos:

Coronel Castillo: ya sabemos nosotras que usted no puede inmiscuirse en política. Pero nosotras venimos ante usted para que nos proteja de las agresiones que nos hace la policía. Nosotras creemos tener derecho a exigirlo. Además de ser usted Coronel del Ejército Nacional, ha sido un jefe valeroso de la revolución cubana. Usted más que ningún otro, está obligado para con Cuba. Sabemos que su patriotismo no liquidó sus deberes cívicos en la Revolución del 95, sino que debe de estar más vivo cada vez y más presto a servir a su país.

Nosotras, mujeres responsables de nuestros deberes, queremos que usted nos ayude a mantener las libertades alcanzadas por la Revolución y maltrechas, desbaratadas hoy en día.

A este nuevo aguijonazo, aturdido ya, el coronel Castillo, como movido por la cuerda de un juguete, sólo supo contestar agradecido los elogios personales que políticamente le hacía la oradora, diciendo: «Gracias, gracias...» Y movía en un sí repetido, la cabeza.

La despedida

La situación era demasiado embarazosa para prolongarla más allá de un segundo. Del segundo en el cual, o se mandaba a prender a las mujeres o se las utilizaba para arengar a las tropas. Las visitantes comprendieron que no iba a ocurrir ninguna de las dos cosas, y que estaban de más allí, porque quedaba otra solución todavía y nada agradable: la de que las botaran del Campamento.

Salieron, pues, del despacho del coronel Castillo, y ya fuera tuvo lugar una escena de película, cuando Flora, dándose cuenta de la curiosidad de los oficiales y soldados, dijo en voz alta, reuniendo al grupo:

Militares: hemos venido aquí, hemos venido a Columbia para pedir protección al ejército, contra todos los desafueros que se cometen en la República! ¡Que el Ejército nos proteja!

Hubo una marea de uniformes. El ayudante de Castillo a la mitad de las palabras, salió a transmitir la orden del Coronel de que todos entrasen en el despacho, y unos cumplieron lo ordenado, otros quedaron en vacilación y algunos, con sonrisa franca, se quedaron, ansiosos de oír más todavía. Si se hubiera tomado la escena para el cine, transmitida a la pantalla, hubiera dado la impresión de algo que se movía estando quieto.

El minuto era duro, áspero, y como a punto de romperse. Era necesario irse. Las mujeres subieron a los automóviles, y cuando ya estaban en ellos, todavía algunos oficiales, con una confusión en vaivén en la cara, las seguían con la vista y como si todavía estuvieran oyendo las palabras. Todas las mujeres, casi a gritos, se dirigían a ellos, pidiéndoles una acción inmediata. Y al arrancar las máquinas, Flora les gritó: «¡Qué el Ejército de Cuba no sea menos que los ejércitos de la América del Sur!»

Y en esto sí que estaba equivocada Flora Díaz Parrado, porque es preferible que los militares permanezcan en su actual papel, a que nos den un asesino y traidor de la categoría de Uriburu. Así fue la memorable e histórica marcha a Columbia, la que las mujeres se arriesgaron a hacer, sin ningún titubeo, pero con demasiadas esperanzas.

Después, recordando el episodio, y en momentos tal vez más propicios, pensaron si no sería posible hacer, desde el Cementerio a Columbia, una marcha de millares de mujeres, de estudiantes y de pueblo, con el entusiasmo ardido y frenético, alimentado sobre la misma tumba de Rafael Trejo.

REALENGO 18*

* *Ahora* [La Habana], 13, 16-18, 20-24 de noviembre de 1934.
Originalmente se publicó con el título de «¡Tierra o sangre!», pero a partir de su inclusión en *Pluma en ristre* (La Habana, Ministerio de Educación Dirección de Cultura, 1949) se le conoce con el presente título. (N. del E.)

I

El escenario

El que quiera conocer otro país, sin ir al extranjero, que se vaya a Oriente; que se vaya a las montañas de Oriente donde está el Realengo 18 y en donde se extienden otros, como el de Macurijes, el de Caujerí, El Vínculo, el Bacuney, Zarza, Picada, Palmiján y algunos más. Que se vaya a Oriente, a las montañas de Oriente. El que quiera conocer otro país. Que monte en una mula pequeña y de cascos firmes y se adentre por los montes donde la luz es poca a las tres de la tarde y los ríos, de precipitado correr, se deslizan claros por el fondo de los barrancos, con las aguas frías como si vinieran del monte.

Allí encontrará no sólo una naturaleza distinta, sino también costumbres diferentes y hasta hombres con sentido diverso de la vida.

Y, aunque acaso a un occidental no le sea grato, encontrará también el orgullo de una historia considerada como propia; la satisfacción de que no haya río por el que no hubiera corrido sangre mambí, ni monte donde no pueda encontrarse el esqueleto de algún héroe.

El viaje al Realengo

Pero no es fácil llegar al Realengo. No es fácil ni aun en tiempos de la seca.

Cordillera tras cordillera van dejando en las cimas los más fértiles valles de Cuba; pero las pendientes suelen ser vertiginosas y, corriendo el agua de las montañas por el fondo, los caminos se encharcan con el paso de las bestias y como el sol, detenido por las enramadas que cruzan de

árbol a árbol, no llega al suelo, jamás se secan los pasos. Pero en épocas de las lluvias, cuando caen esas densas e interminables cortinas de agua que sólo se precipitan en las montañas, los caminos se ponen intransitables hasta para las arrias de valientes mulitas que se clavan en el fango hasta los ijares.

Y estos son los únicos caminos que hay para ir al Realengo 18. Porque en tren se puede llegar hasta la Lima, hasta Cumira, Jurisdicción, Carrera Larga, Manantial, Ermita, Belona, Palmarejo, Sabanilla y Marimón; pero de esos «puntos» hay que partir a pie o a caballo. Y según sea el barrio del Realengo al que uno quiera dirigirse puede escoger el lugar de partida. Yo, presumiendo que ya Lino Álvarez y su gente se encontraban en Los Ñames, partí de Cuneira en Chivo, el caballo del gallego Hipólito, que se lo alquila a cualquiera por un peso y hasta conseguí de paso unas botas horribles, capaces de inflarle los pies a cualquiera. Wilfredo Sir, el activo corresponsal de *Ahora* en Guantánamo, que se encargó de repartir ejemplares de nuestro diario entre los campesinos, me acompañó en la excursión.

Por los montes

Por los montes cruzan los caminos, se abren las trochas, se despliegan las veredas y se pierden los trillos. Por los montes únicos que quedan en Cuba pasa el caminante con el gusto del silencio; porque la vista, ante la majestad de la naturaleza espléndidamente salvaje, transforma su sentido y la pupila se convierte en paladar: el paisaje gusta, sabe maravillosamente. Por el fondo de los barrancos se oye el rumor de los arroyos precipitados; hay, a pesar del fuerte sol de las lomas, una grata penumbra bajo los árboles enormes, y ni aun al mediodía se siente el ardor solar; la tierra, de una feracidad inaudita, no pierde una pulgada para producir, y por el tronco de los árboles centenarios suben las

enramadas; tupen las selvas los bejucos, y de tarde en tarde, cuando más se nota el gran silencio del monte, salta la grotesca carcajada de la guacaica, como una canción de burla.

De vez en cuando, sobre algún palo se hace el dormido algún traidor chipojo, cazador de insectos. Cerca de las nubes no vive el mosquito y por eso, a pesar de la humedad de las lluvias, se puede cruzar por las montañas sin temor a las picadas. En medio de tanta exuberancia de la vida vegetal aparecen los parásitos de curujeyes, caquelus y orquídeas sencillas que arraigan en los árboles. Las amplias hojas de la enredadera de macusey cubren a veces los gigantes troncos; algunas veces la invencible robustez de los caguairanes ha sido abatida por el rayo o por el tiempo y entonces las enramadas van subiendo el tronco hasta que lo cubren todo y queda el árbol como un adorno funerario de estupenda majestad y belleza. Alguna palma real que ha encontrado donde germinar, se eleva hasta lo más alto en competencia con los jobos de gigantescas proporciones y los mandacapullos de troncos como las ceibas. El jubabán, el dagame, los cedros, las majaguas, y dispersas caobas, se arraigan en la tierra dirigiéndose al cielo con ímpetu de luchadores de potencia igual. Se aprietan los árboles unos contra otros y en los espacios libres las lianas se enredan, se unen y le hacen a la sierra una cabellera imponderable. Por los caminos florecen en umbelas, los guacos, y hay montes enteros con color de miel.

De trecho en trecho los montunos han ido construyendo sus bohíos y a su alrededor cultivan la flor de pascua, variedades infinitas de cálifas y crotos y algunas enredaderas de bugambyl o de hipomea. Luego, cuando el monte se aclara un poco para descender a los valles cultivados, bordean los caminos millones de aguinaldos florecidos; millones de campanillas de fififi y de campanas moradas y blancas campanitas rojas que esmaltan los bejucos de las cercas. Sobre las lomas, algunas veces, se levanta la corona de las ceibas que acostumbradas a su elegancia, hacen esfuerzos no siempre fructuosos por destacarse en medio de un monte de gigan-

tes del mundo vegetal. Y vuelan los sinsontes, los cernícalos, los pericos, los mayitos y, allá más lejos, por «Monte Ru», cuentan que el ruiseñor encanta la selva con sus cantos.

Este es el monte donde está el Realengo. Quien quiera ir a un país distinto y más bello, que vaya allá; que consiga un caballo y trepe por las lomas. Que cruce el José Grande y el Jaibo y suba luego a la Yúa, La Doncella, Manacar, La Lechuza, o el Mirador y se acueste luego en la noche, bajo las estrellas, sobre un tronco tendido de caguairán y dormirá entonces donde tantas veces habrá dormido el majá, cazador de jutías.

Pero si alguien quiere subir a las lomas en son de guerra, que tenga mucho cuidado. Que por allí Flor Crombet y Guillermón Moncada y Periquito Pérez y Antonio y José Maceo, hicieron filigranas con sus machetes contra los mausers de los españoles! Que tenga mucho cuidado el que quiera subir a las lomas en son de guerra, porque detrás de un indomable caguairán un hombre, con su rifle puede hacerle frente a diez, sin miedo a las balas; y al paso por las cañadas una sola ametralladora puede acabar con mil hombres!... Que no tenga mucha fe en los aeroplanos quien quiera subir en son de guerra a las montañas, porque allí hay cuevas capaces de ocultar a quinientos rebeldes y, por último, que piense quien quiera arrojar de allí a los montunos que ellos son también como árboles de su monte, que están arraigados a la tierra de tal modo, que ellos son tierra también; que nada hasta ahora ha podido arrancarlos de allí y nada podrá nunca hacerlos salir de aquello, que guarda toda la historia de sus miserias y de sus luchas; de su vida sencilla; de su valor legendario! Saben que son también árboles del monte y prefieren morir desgarrados en él, en medio de la salvaje esplendidez de la naturaleza, a morir de anemia y de hambre en un «trasplante» forzoso a los ridículos parques ingleses que son los pueblos y ciudades a donde tendrían que irse a pedir limosnas. ¡Ellos, que no la reciben más que de la tierra y el cielo!

II

Tierra o sangre

Los campesinos del Realengo 18 que tanta nombradía han merecido alcanzar con su protesta rotunda y viril ante las ansias geofásicas de compañías de nativos y extranjeros, han celebrado durante tres días, con un son interminable, unas cuantas botellas de ron y unos cuantos «machos» y chivos asados, la tregua de un año ofrecida por el Gobierno y el coronel Fulgencio Batista, por boca del gobernador de Oriente, doctor Ángel Pérez André en la Asamblea celebrada en Lima, al lado del río Jaimo, de aguas frías como si saliera de un refrigerador. Cerca de mil agrarios bajaron de las montañas para participar de la Asamblea y allí desde temprano, aguardaron la llegada del Gobernador, que tuvo que demorarse a causa del entierro del mayor general Capote, verificado en Bayamo el mismo día.

Ante la Asamblea, el doctor Pérez André celebró un cambio de impresiones con la Directiva de la «Asociación de Productores Agrícolas del Realengo 18 y colindantes» y en ella le dirigió la palabra Lino Álvarez, el Presidente, hombre de singular personalidad, de quien hablaré más adelante con detenimiento. Le habló con la energía que le ha valido la real jefatura del Realengo. Y sobre lo que le dijo, como sucede con las cosas de los individuos de personalidad, existe ya la leyenda y la historia. De ambas daré cuenta. Baste con decir ahora, que Lino Álvarez le aseguró al Gobernador que ellos no querían guerra ninguna; que lo que querían era la tierra, solamente la tierra, que era suya porque la habían conquistado para la República y la República se la debía.

Después el Gobernador habló ante la numerosa Asamblea de hombres y mujeres a caballo, que escucharon con honda atención sus palabras. Este les ofreció justicia. Les ofreció que el Gobierno tenía interés en hacer justicia y afirmó que el problema del Realengo, o se resolvía favorablemente a los campesinos, o saldría él del cargo. (Debo decir

ahora mismo que horas más tarde, el Gobernador no me reprodujo estas palabras de las que dan fe Lino Álvarez y los hombres de la Directiva. Se limitó a expresar que él había llevado el mensaje de hacer justicia que le habían encomendado el Presidente y el coronel Batista).

Con esa esperanza, los hombres del Realengo, que son hombres de trabajo y no de guerra, y que llevaban varios meses sin trabajo, partieron hacia las montañas entre cantos, décimas y rasgueos de «tres» y golpes de bongó, a divertirse un rato después de tanta espera.

Allá los seguí entre varias peripecias y tuve la magnífica oportunidad de comer con ellos, hablar con ellos y hasta dormir, como ellos, bajo el cielo nublado sobre un gran tronco tendido sobre la yerba, al lado del bohío de José Gil Morasín, donde las montunas bailaban un interminable son.

De los labios del propio Lino Álvarez recogí la historia íntegra de las luchas por la posesión del Realengo 18; su aporte personal a las mismas; el relato de las celadas que le han tendido; todo el proceso de leguleyerías al que se han prestado desde el Juzgado de Guantánamo hasta el Tribunal Supremo; el deseo ferviente de ellos de acogerse a la justicia y a la decisión final de hacerse la justicia ellos mismos, porque como dice él mismo, con maravillosa certeza, ellos no le deben esa tierra más que al Estado y el Estado son ellos...

De sus labios recogí también acusaciones concretas contra las empresas imperialistas que los han cercado y contra los individuos —no tan extranjeros— que han servido de testafierros a esas patrañas.

Pude apreciar la facilidad con que los realenguistas se defenderían en caso de ataque y la eficiente organización con que cuentan y la fe ciega que tienen en su «Presidente».

De la vida de ellos en sus montes, del abandono total en que han estado sumidos durante siempre; del generoso desinterés de sus *leaders* podré dar cuenta detallada. Pero el cansancio de cinco días de andar continuos me obligan a

dejar para mañana el comienzo ordenado del relato en el que expondré todo lo que ha sucedido, cómo están organizados los realenguistas; sus posibilidades de combatir en caso de ser atacados; los documentos para la historia de estas luchas; su actitud política; rasgos de la vida de sus jefes y el estado en que ha quedado el problema, ante el año de tregua.

III

Los protagonistas del Realengo

En el Realengo 18 los hombres, como la naturaleza, son distintos. Aunque allí nadie es rico, y hasta todo el mundo es pobre, como la naturaleza es tan exuberante, la hospitalidad, que siempre es regalo, es un don espontáneo. La cortesía, que también existe en alto grado, es cosa, asimismo, natural. Y se nota en el ambiente una cordial armonía, distinta. Porque habrá de vez en cuando sus rencillas y disgustos, ya que, como dice Juan Ramos «hasta entre marido y mujer usted sabe que hay a veces sus cosas»; pero todo se ha arreglado siempre con facilidad.

Ciertamente, yo estuve muy poco tiempo allí, aunque mi gusto hubiera sido quedarme hasta años por aquellos montes maravillosos, en que crece el café y la caña se levanta hasta los altos platanales, y por las laderas de las montañas, las yagrumas, árboles de la luna, platean al sol. Estuve poco tiempo allí, pero pude conocer algunos hombres, tan naturales muchos, que en lo absoluto se necesita el auxilio de la psicología para penetrarlos.

La igualdad económica abolió entre los realenguistas el prejuicio racial en todo lo que la tradición no dejó muy profundo surco y se ven juntos en el baile, la fiesta y hasta en la vida, el negro y el blanco. Abandonados de la tramoya oficial, el estúpido chauvinismo no existe, y la ley del 50 por

ciento sólo se aplica para que haya tierra para todos los que quieran trabajar, y así se ve a españoles, haitianos, puertorriqueños, dominicanos y cubanos, convivir sin problemas, aunque como es natural, hay una gran mayoría de cubanos. Y hay también una mayoría de realenguistas, pertenecientes a la raza negra.

Juan Ramos

Buscando a Lino Álvarez y a la Directiva, fui a dar a La Eduvigis, el bohío de Juan Ramos, blanco de quijadas fuertes. Al desmontar se partió el estribo y mientras charlábamos él me lo compuso. Allí almorzamos sabrosamente Wilfredo Siré y yo, disfrutamos de la grata presencia de Panchita Mitjans, una guantanamera que llevó los escarpines al monte, y que tenía unas piernas esbeltas y una dentadura de anuncio de pasta de dientes. Juan Ramos me contó la leyenda de Lino Álvarez, el líder. «Lino es el hombre que más ha luchado por esto. Él fue el que salió con la gente a parar la trocha, en La Lechuza. Tres tiros le han dado ya y no lo han matado. También lo han querido comprar y le ofreció la compañía una vez catorce mil o quince mil pesos, y quince caballerías de tierra para «que se dejara», y Lino ha seguido. Por eso tenemos fe en él. Además, perdió aquí todo su dinero y sus yuntas y hoy sólo le queda un buey. El otro día, cuando la «junta» en Lima, le habló al Gobernador; le dijo que no le gustaba decirle mentira a los hombres y que era verdad que habían ido a la trocha a pararla como quiera que fuese, y que si era necesario derramar la sangre, que se derramase, porque era preferible morir peleando a morir de hambre...» Le habló así al Gobernador, sin miedo, castellanamente!...

José Gil Morasín

En el bohío de José Gil Morasín, La Enoelia, celebrarán los realenguistas la tregua. Pero a él nos lo tropezamos

antes, cuando veníamos de casa de Demetrio la O, en donde una mamá rubia de 16 años, con cara de niña, dormía a una niña, como si fuera un juego de muñecas, de verdad. Morasín nos dio un grito desde lo alto de una loma y lo esperamos. Era un negro calvo, pero con cara joven. Nadie en el mundo más cortés que él. Cuando le presentan a alguien dice: «En el libro de sus amistades usted puede poner el nombre de la persona de Gil Morasín.» Y no tiene nada, pero lo brinda todo. A mí, para dormir, como la casa estaba llena de mujeres que bailaban el changüí, me dio un saco para echarlo en tierra y lo hizo apenado por no tener nada mejor. Y un ron bravo y anís bien fuerte, y chivo asado, y «macho» y sopa de pollo por la mañana. Todo lo brindó infatigablemente. Y, además, me explicaba las cosas. «Este palo es la yamagua y la hoja es buena para “trancar” la sangre de las heridas». En cuanto al problema del Realengo sólo sabía «que el *mayor tribunal* les había reconocido el derecho» y ellos sólo querían «la tierra y tranquilidad».

Gil Hierrezuelo

Fue Jaime, un comunista, quien me habló de este hombre silencioso que es el Vicepresidente de la «Directiva». Tanto él, como Tomás Pichardo, son hombres de la ciudad y conservan todavía, a pesar de diez años de estancia en el monte, unos amarillentos sombreros de pajilla de un viejo estilo.

A Gilito, como le dicen allí, hace falta tratarlo más para conocerlo, porque es hombre de pocas palabras. Sé por él mismo, sin embargo, que fue tabaquero en Santiago de Cuba, pero un día se metió en el monte y en él lleva más de diez años, viviendo de la tierra. Como tabaquero, tiene alguna cultura y él fue uno de los autores del «Reglamento» de la Asociación. Y el vicio de ser campesino se ha adueñado de tal manera de él, que no piensa volver a la ciudad.

Tomás Pichardo

Tomás Pichardo, es, pudiéramos decir, el «intelectual» de la Directiva. Fue en un tiempo telegrafista y yo no sé por qué camino llegó a la decisión, como Gil, de adentrarse en la montaña a vivir entre los campesinos con su modo rudimentario de vida, alejado de las máquinas, de los trenes y de los puertos. Tomás Pichardo es el Secretario de la Asociación y tiene una máquina de escribir portátil, en la que se redactan todos los manifiestos de la Asociación, que ya llegan al número de seis; y se hacen las comunicaciones a que la lucha legalista ha obligado a la Asociación. Tomás Pichardo, considera en alto grado la honradez de Lino Álvarez, que no es un hombre culto, pero que tiene el sentido de las cosas y de la acción. Por eso es el jefe.

Monguito

Monguito es Luis Castillo, un luchador comunista que, como Jaime Emaus, Almarco, Ferrer, Cristián, y algún otro, se ha sentido atraído por la posibilidad revolucionaria que entraña la lucha de los realenguistas por la tierra, y ha convivido con ellos y con ellos estuvo los días en que pareció que podía haber pelea, por lo que se ha ganado la estimación de los montunos, especialmente de Lino que lo considera un buen compañero.

Allí me lo encontré yo, con su suéter de la calle. Cuando brindaron un poco de café a nuestra llegada, al tocarle su turno le pasó la taza a Lino, que estaba al lado. «Tómesela usted, que aquí todo somos iguales», le dijo uno. «Pues por eso se la doy, —le contestó—. Si no fuéramos iguales no se la daría.» Y a Lino le agradó la manera de considerar la igualdad. Pero por lo que más ha conseguido Monguito la estimación de los realenguistas es porque vive con ellos, sin ser campesino, con la sencillez campesina, sin ser jinete, trepa a las montañas con ellos, y se acuesta al sereno y estuvo dispuesto a pelear cuando la cosa se puso difícil.

Cada hombre en el Realengo tiene su interés: Víctor Nápoles Álvarez, el hijo mayor de Lino; Alfonso Viera, el arriero; Genaro Lahera, que siempre está haciendo frases chistosas; Rodolfo Martínez, un mulato habanero que pide que acuse en su nombre al bodeguero explotador, y José Pradas Barrios, con facultades oratorias, y muchos más, pero Lino Álvarez encarna el sentir de todos aquellos hombres y de toda aquella tierra. Su vida tiene el aliciente de la anécdota y del drama y de él me ocuparé con mayor extensión.

IV

El Presidente de la República del Realengo

Por las montañas corre la leyenda de Lino Álvarez, el presidente de los realenguistas, que tienen en él al jefe, al guía, al hombre con el sentido del mando y con el ímpetu de la acción y de la audacia. Para saber si esto es verdad basta llegar al bohío El Desengaño, cuando él no esté, como me pasó a mí. La mujer entonces, a cualquier pregunta respondería: «Yo no sé... Aquí el que sabe es Lino»... Y si resulta periodista como yo el que llega, la mujer dirá: «A mí no me apunte en ningún “papel”, ni saque ninguna vista con la “recámara”, porque aquí el que manda es Lino y no estando él no se puede hacer nada...»

La naturaleza es el gran libro de la superstición campesina, que encuentra en ella todas las grandes fuerzas incontrolables: la luz, la noche, la germinación, la tempestad y el silencio. El miedo, hijo del silencio y de la noche, vive en el campo como rey absoluto, rodeado de su corte de fantasmas, de extrañas luces, de aparecidos, de transmigraciones!... Por paradoja, no hay imaginación más creadora que la del hombre inculto. Ellos son los que han suministrado siempre, fecundados por el miedo, el material

para los grandes artistas de los tiempos. Y por los montes del Realengo, tan semejante aún al bello mundo incivilizado, los campesinos tienen también sus leyendas. Allí, por las pocetas de los ríos duermen los jigües, los traviesos diablitos del agua que espantan a las biajacas de los anzuelos traidores, ¡y hay que echarles una botella de ron para que vayan al fondo a emborracharse y poder pescar mientras tanto! Allí hay personas que tienen «un poder oculto», que les permite evadir los grandes peligros y hasta prevenir los que vendrán.

Entre estas personas está Lino Álvarez, sin duda. Él se ha visto en peligro de muerte varias veces; por su vida los campesinos saben que las Compañías darían muchos miles de pesos, y, sin embargo, no le pasa nada. Una vez le dispararon varios balazos casi a boca de jarro y sólo lo hirieron en los brazos; cuando la guerra de independencia jamás lo hirieron... ¡Y es que Lino tiene ese «poder oculto» y cuando se siente en peligro puede transformarse en macho o en majá!

A las ordenes de José Maceo

Hoy Lino Álvarez tiene 57 años, y es un negro bien negro, de pequeña estatura, pero bien musculado, fuerte; y tiene los ojos silenciosos y profundamente oscuros. Habla con lentitud, como el hombre a quien no le gusta rectificar. Y nunca ha estudiado. Su firma, que aprendió a trazar no hace mucho, se enreda como un bejuco del monte. Tiene hoy bohío con ocho muchachos y el mayor de ellos es Víctor Nápoles Álvarez, un jovencito que me sirvió de guía; pero se conoce que ha tenido muchos otros bohíos, porque me encontré otros hijos y supe también de otros más.

Lino nació en Dos Bocas, un pintoresco pueblecito entre las montañas que rodean a Santiago de Cuba y al cual iba yo de muchacho todas las tardes, cuando vivía en El Cristo donde siempre hay frutas.

Cuando Lino Álvarez tenía 18 años, vino la revolución y se fue a ella, incorporándose en Morón de Oriente el 13 de mayo de 1895, al Regimiento Moncada que mandaba entonces el Coronel No me Friegues... Pronto pasó a las órdenes de José Maceo y peleó en El Triunfo, Sabana, Hato del Medio, Dos Caminos de San Luis, Jiguani, Cascorro y otros combates hasta que murió aquel león, enamorado del machete, y entonces se puso bajo las órdenes de Calixto García, combatiendo en las Yervas de Guinea. Y en todos los tres años de guerra no recibió una sola herida, terminando la campaña con el grado de teniente.

De estos recuerdos de «tres años haciendo patria», Lino ha sacado estas conclusiones: «No han hecho más que política con nosotros... Y ya no tenemos fe en los ofrecimientos de los gobernantes, porque hasta estas tierras que conquistamos nosotros, los extranjeros nos las quieren arrebatarse en complicidad con los gobiernos... Pero aquí habrá que venir a buscarnos a la Sierra...»

Después de la lucha por la libertad, Lino Álvarez sólo peleó en La Chambelona... «Pero en La Chambelona no se peleó» —dice. Sin embargo, estuvo en los fuegos de Sagua y de Macurijes.

El Quimbuelero de Almeyda

Cuando vino la paz, Lino, que era un hombre de campo, volvió al campo. Se consiguió unos bueyes, unos quimbuelos y unas carretas y empezó a tirar caña para los ingenios en la zafra y madera para las líneas en el tiempo muerto. Y como los tiempos fueron buenos y él trabajaba de sol a sol, fue reuniendo bueyes y carretas y quimbuelos y dinero y llegó a tener varias yuntas magníficas y unos cuantos miles de pesos. Por este tiempo fue que Lino Álvarez llegó a ser quimbuelero de Almeyda, de Federico Almeyda, el isleño avaricioso que reunió tierras y amontonó millones en la provincia de Oriente.

Pero allá, por el año 1920 más o menos, Federico Almeyda, que había extendido sus tentáculos hacia las tierras del Realengo y colindantes, por medio de uno de sus altos empleados, Manuel Delgado, le transmitió la orden de que notificara a los vecinos que fueran desalojando aquellos montes.

Este fue el punto culminante en la vida de Lino Álvarez. El hombre con el instinto de la tierra que había en él, se rebeló y le dijo a Delgado: «Dígale a Federico Almeyda que yo he venido aquí para arriar quimbuelos y no para botar a nadie...» y, como era natural, lo botaron a él. Entonces Lino Álvarez partió para el Realengo y dio comienzo a la lucha que le costó su dinero, sus bueyes, sus carretas y sus quimbuelos, aparte de tres balazos, pero que le ha dado la oportunidad para figurar acaso con desusada brillantez, en las páginas de la historia de Cuba.

Porque en las luchas del Realengo 18, de las cuales él es el máximo sostén, no hay otra cosa que la rebelión campesina, la revolución agraria que comienza a germinar y que habrá de arrancar algún día a los «propietarios» las tierras obtenidas «legalmente», para la explotación de los hombres.

Hombres de leyes y hombres de guerra

Lino Álvarez, en las luchas por obtener la libre posesión de las tierras del Realengo 18 y colindantes para los campesinos que las trabajan y viven de ellas, ha demostrado ser, a la par, un «hombre de leyes y un hombre de guerra». Conocedor instintivo de todas las triquiñuelas de la ley y —sobre todo— de los leguleyos, no vaciló en entablar la batalla por la vía legal. Dirigió comunicaciones a la Secretaría de Justicia, se personó en el Juzgado de Guantánamo; ofreció cooperación al Estado para el deslinde y reparto definitivo de las sierras; apeló a la ayuda de los Consejos Provincial y Nacional de Veteranos y, en todas sus campañas sólo ha encontrado un hombre que con sinceridad lo ha apoyado: el coronel Del Rosal, que fue jefe del Distrito Militar de

Santiago de Cuba, al que los realenguistas guardan la mejor gratitud, porque siempre estuvo del lado de ellos. En cambio, de Luis Echeverría, Presidente de la Audiencia de Oriente, a quien llaman «el hombre bueno de Almeyda», sólo hablan despectivamente, por considerarlo el mejor servidor de las empresas latifundistas de la provincia.

De las luchas legales de Lino Álvarez por obtener el triunfo para los habitantes del Realengo, daré cuenta detallada más adelante, pero baste con apuntar este dato: ¡Un año, él y José Pradas recibieron 244 citaciones para declarar!... ¡En sólo un año!

Pero como las luchas legales eran rotas a trechos por las incursiones violentas de las Compañías, entonces aparecía en Lino el «hombre de guerra» y fue él quien, al mando de los realenguistas, se apareció en las trochas comenzadas, a encararse con los ingenieros y los soldados para impedirles, por la fuerza si era necesario, la continuación de los trabajos. Estos son los momentos dramáticos de la lucha por la tierra. Fue el 3 de agosto cuando en el Charco de los Palos, en el lindero de Macurijes, 160 hombres con sus machetes le notificaron al ingeniero Félix Barrera que no podía continuar la trocha de los deslindes. Y el 20 de octubre en El Saíto vino el primer choque con las fuerzas del cabo Danger, a las que impidieron los montunos continuar la marcha; y a los tres días después vino el choque, que no terminó sangrientamente, porque los soldados comprendieron que iban a ser aplastados. Este es el clímax de la lucha de la que seguiré dando cuenta lo más exacta posible. De la lucha que desde aquel día tiene por lema Tierra o sangre.

Y este es el hombre que encabeza esas luchas; que usa en lugar de machete, el sable de un oficial español muerto en la guerra; que ha perdido su dinero y ha arriesgado la vida en la contienda y que sabe, cuando llega la paz, picar la tierra, recoger el café, bailar en el changüí y poblar los montes de descendientes con la fertilidad de un antiguo conquistador español.

V

Las luchas del Realengo

No está de más el recordarle a las autoridades de la República, que el Pacto del Zanjón, a pesar de la protesta de Antonio Maceo marcó el final de la Guerra de los Diez Años. Fue el triunfo de Martínez Campos, más diplomático que militar. Y aunque a nuestras autoridades no les vendría mal el conocer alguna síntesis sobre lo que fue el Pacto del Zanjón, me parece más natural que vayan a la escuela a aprenderlo que no emplear aquí un espacio destinado a otro fin. Lo único que interesa conocer entonces, es que Martínez Campos, como hombre inteligente, sabía que contra la guerra no hay más que un remedio: trabajo, y en consecuencia, destinó buena parte de las tierras del Estado español en Cuba para distribuir las en parcelas entre los mambises que habían depuesto las armas.

A Guillermo Moncada se le encomendó el reparto de las tierras en la zona entre Guantánamo, Mayarí, Sagua de Tánamo y Baracoa, en donde existían numerosas tierras realengas y entre ellas, el nombrado Realengo 18. Pero Guillermo, a pesar de su enorme estatura y corpulencia, fue afectado por la crudeza de las campañas y murió —tuberculoso, si mal no recuerdo— sin poder efectuar el reparto. Este, sin embargo, se efectuó, o de manera natural entre los mambises que iban llegando a las tierras, o por algún comisionado, extremo que no conozco.

Este es uno de los aspectos del problema de la posición del Realengo 18 y en él todos están de acuerdo.

El otro extremo —el de los límites de dichas tierras— será motivo de minuciosas investigaciones antes de poder fijar con «exactitud» qué parte corresponde a los mambises y cuál a las compañías latifundistas, que alegan haber «com-

prado». Porque los campesinos se niegan a admitir la versión de que el Realengo lo componen unas trescientas y pico de caballerías.

Ellos aseguran que en la provincia de Oriente, sólo hay setenta y dos mil caballerías por repartir. En cuanto al problema del Realengo 18, la tradición ha conservado entre los habitantes de aquella región la creencia de que el Conde de Santa Cruz de Jaruco y San Juan de Mopox, que se hizo cargo del deslinde de todo aquello hace no se sabe cuánto tiempo, o midió mal o —siguiendo la costumbre de entonces— reportó más caballerías de las existentes, para que la parte efectiva que le tocase fuese mayor. Porque por aquella época casi patriarcal, el Estado español en lo absoluto se ocupaba de hacer rectificaciones. De esta creencia deducen los campesinos de los valles y lomas de Guantánamo, que muchas de las tierras enajenadas por los propietarios de entonces, de verificarse una rectificación de las medidas, pasarían a ser propiedad del Estado cubano.

De todos modos, cualquiera que sea la decisión final en este asunto (la final yo la sé bien), lo cierto es que los mambises de la Guerra Grande ocuparon aquellas tierras y en ellas vivieron sin que los molestaran demasiado. Después vino la Guerra de la Independencia y las tierras y montes de los realengos orientales fueron el escenario de nuevos heroísmos y nuevos sacrificios para desplazar el último reducto de la soberanía española en América. Terminó la guerra con el combate naval de Santiago de Cuba y los mambises volvieron a sus realengos. Luego vino «la paga» del Ejército Libertador y numerosos de entre ellos bajaron hasta los pueblos y ciudades en busca de una vida más cómoda. La prosperidad económica que alcanzó su clímax en los años de la guerra europea, atrajo a nuevos montunos hacia los pueblos y hacia las colonias de caña a ganar buenos jornales, y la población de los realengos disminuyó considerablemente. Pero luego vino el crac bancario, la baja del azúcar, la miseria otra vez. Y comenzó de nuevo

el éxodo hacia las montañas, donde la tierra es tan fértil, que aquel arriero me dijo entusiasmado: «¡Oh, esto es muy prodigioso!...» y así está aquello hoy, poblado por hombres que sólo en el monte saben buscarse la vida.

El combate de los geófagos

Pero a este flujo y reflujo migratorio de la población de las montañas no ha correspondido una paralela actividad de los geófagos; estos han aprovechado los períodos de prosperidad para adquirir a cualquier precio tierras y los de miseria, para entablar interminables litigios por la posesión que han pretendido hacer culminar con actos de fuerza frente a los cuales los campesinos, antes en El Vínculo, después en Caujerí y ahora en el Realengo 18, comandados por Lino Álvarez, han opuesto toda su energía, toda su decisión de morir antes que perder sus tierras.

La historia de las luchas de los geófagos por obtener aquellas tierras, demanda el trabajo acucioso de un letrado trabajador y que a la vez sea honrando. Pero puede decirse que de los primeros en alegar derechos sobre los realengos 18 y 3, fueron Santiago Martínez y Fermín Vera, a quienes representaba el coronel Aranda; a esta reclamación siguió otra de la Compañía Azucarera Oriental Cubana La Esperanza y por esta época (1920 más o menos) se vendieron al precio de \$100.00 la caballería, buena parte de los dos citados realengos. Lino Álvarez, que había servido al hacendado Joaquín Ferrer, quien había obtenido concesiones del Gobierno para la explotación de la madera, pasó a la Compañía Fidelity, cuando aquél le vendió a esta 500 bueyes, 30 quimbuelos, 30 carretas y 30 carreteros (él inclusive). De esta época conoce él que la Compañía (que ha ido cambiando su nombre a cada reclamación) sólo había obtenido «por la vía legal», dominio sobre la parte de Corralillo, pero que siempre habían respetado la parte de Los ñames», Los Tomates y La Vereda del Ajenjibral.

Poco después, el isleño Federico Almeyda, gran patriarca del latifundio, comenzó su guerra contra los realenguistas y fue entonces cuando le pidieron a Lino Álvarez que notificara la orden de desalojo a los montunos, a lo que respondió con la negativa. Y al irse con los realenguistas se dispuso a la batalla, dirigiéndose al Secretario de Justicia y buscando en Guantánamo abogados para pleitear. Estos fueron Milá y Dubois, mezclados más tarde en una ruidosa causa que a poco les cuesta la vida. Dubois le aseguró a Lino que no les cobraría nada «si apoyaban en la política» y pidió un poder para pleitear. Pero a Lino Álvarez le pareció que un poder de todos era un arma demasiado poderosa y dispuso que cada uno, por separado, fuese dando poderes... Mas, se cansaron de ir al Juzgado y nadie los defendía. Por fortuna, la Compañía esta vez no pudo probar nada.

Vino entonces a pleitear un testaferro, el sargento de la Policía Juan Larrea, quien nombró procurador a Juan Fonfrías, el que a la vez era secretario del Juzgado. Se hizo una trocha de deslinde y hubo una protesta de trescientos vecinos.

En el 1927, los propios vecinos del Realengo, cansados de vivir en la angustia, pidieron al Gobierno que verificara el deslinde y sacara luego a subasta el arrendamiento del Realengo, ofreciendo diez pesos por cabeza para ayudar a la medición. Pero a tiempo se dieron cuenta de que «estaban haciendo sogas para su pescuezo» y que la subasta iba a ser adjudicada a la Compañía, que, «legalmente», iba a lanzarlos entonces de sus tierras.

Y como veteranos, apelaron al Consejo Provincial y al Nacional para evitar el atropello.

Mientras tanto, los «inspectores» de la Compañía no cesan de molestar, y el Juzgado, de acuerdo con ellos, no cesa de poner multas. Y por su parte, los políticos, siempre llorando un voto, después de las elecciones siempre se han puesto al lado de la Compañía.

Valiéndose de la coacción y del temor, la Compañía ha obtenido 900 contratos leoninos de entre los 500 vecinos.

Y el arma de los desahucios tampoco ha dejado de ser utilizada. En el 1927, la Compañía Corralillo (nuevo nombre) desahució a 29 vecinos y por lo menos esta vez el Tribunal Supremo la condenó a las costas.

Pero a continuación la Compañía Belona con el nombre de San Benito (otro nuevo disfraz) volvió por el método del desahucio, pero más efectivo: cortó a golpe de hacha los horcones de ocho bohíos y luego arrastró estos con bueyes. A los vecinos los condenaron a 31 días. Las mujeres acabadas de dar a luz se quedaron sin techo en el monte y a Juan Romero hasta un disparo le hizo un soldado. Petronila Vargas, que estuvo allí en El Limonar, me contó este episodio. Y después las casas destruidas han vuelto a utilizarse como argumento. Y Francisco Puyans, Oscar López Castaño, Francisco Aguiar, Antonio Arias y Antonio Casas, por su apoderado José Candamo, no han cesado de hostigar a los montunos del Realengo para lanzarlos de allí.

En 1930, el juez Luis F. Núñez Gallardo, falló a favor del Realengo y en contra de la Compañía Azucarera Oriental La Esperanza, Compañía Azucarera Corralillo, S.A. e Isidro Pérez Torres ¡más o menos la misma cosa! cuando estos, por incidente de oposición pidieron un plazo para aportar pruebas, al acceder el Gobierno a la petición de deslinde formulada por los vecinos del Realengo 18. Pero si el juez Gallardo deniega el plazo, la Audiencia de Oriente concede término extraordinario de prueba, de seis meses «para que traigan pruebas de España», y se procede a realizar el «Expediente» de Agrupación de la Finca Belona (solicitado por la Compañía Azucarera Corralillo, S.A.) (Banco de Canadá). Se tramita en el Juzgado de Primera instancia de Santiago de Cuba; es aprobado en todas sus partes por la Audiencia y por el Tribunal Supremo, en sentencia de septiembre de 1932 y deja sin existencia el Realengo 18... Es el momento en que Lino se da cuenta de que habrá que pelear.

Pero ocurre una extraña paz de dos años, sólo explicable por la agitación política, en que se deja tranquilo a los montunos.

La pelea en Las Trochas

Y el 3 de agosto de 1934, el ingeniero Félix Barrera, a nombre de la Compañía Maisí (otro cambio) y con siete peones, se metió a picar una trocha para hacer el deslinde. En el Charco de los Palos, en el lindero de Macurijes, 160 hombres pararon el trabajo de la trocha y la «Directiva» protestó allí mismo de la «violación del territorio»; dirigió telegrama al Presidente de la República y Gobernador y 400 hombres a caballo quisieron entrar en manifestación en Guantánamo en son de protesta, el día 20, no pudiendo efectuarlo sino en grupos.

El ingeniero Barrera había retrocedido en la trocha, pero el 10 de septiembre, el ingeniero González volvió a penetrar en los terrenos del Realengo 18 con el cabo Danger y siete números. Lino, al mando de 800 hombres, acudió a paralizar la trocha y lo verificaron en El Saíto. El cabo Danger se vio obligado a firmar un acta en la que alegaba, como última defensa del cumplimiento de la orden que había recibido que si le era ratificada, continuaría la trocha de cualquier forma. Pero Lino le dijo bien claro: «O ustedes nos dan el golpe, o se lo damos nosotros.» Y los soldados quedaron en un campamento esperando órdenes y refuerzos. Y Batista hizo declaraciones de que «la trocha se haría costare lo que costare». Pero mientras tanto la Directiva de los campesinos lanzaba su manifiesto que pregonaba con énfasis: «Tierra o sangre»...

Los soldados recibieron algunos refuerzos, aunque escasos, y continuaron la trocha. Pero en la loma de La Lechuga como cinco mil hombres con escopetas y machetes, con los rostros sombríos, rodearon a la tropa y a los ingenieros, y en la penumbra del monte espeso a las cuatro de

la tarde, mostraron su firme decisión de conservar el derecho a sus tierras «costare lo que costare»... ¡Pero de verdad!... Lino se encaró con el cabo Danger y cuando este le afirmó violento, que «mientras hubiera un soldado seguiría la trocha», aquel le respondió aún más: «Pues mientras haya un montuno no sigue la trocha» y el cabo dijo; «¡Pues sigue!»... Y Lino gritó: «¡Pues arriba!» Y pararon la trocha!... Dominada la situación, Lino les dijo a los soldados: «Con ustedes no queremos nada, pero a los ingenieros los liquidamos si continúan aquí»...

Unos días después llegó el teniente Aguiar con más soldados y dicen que con ametralladoras y fueron a situarse en El Ajenjibril. A los dos días Batista, haciéndose eco de la campaña de los proletarios, dio órdenes de que se retirasen los soldados. A partir de esta fecha última, fue que se organizaron los realenguistas en campamentos y tuvieron varios, como el de Las Tres Veredas de La Yúa, La Loma de la Barbacoa, La Laguna de Paraná, La Loma de la Fortuna y otros.

El 9 de noviembre, después de haber movilizado el ejército tropas desde La Maya, Guantánamo y Mayarí, les dieron un plazo de 24 horas a los realenguistas para que bajaran a Lima a entregar las armas. La respuesta fue anunciar que no tenían armas... y no bajaron, por supuesto.

Esta es la historia verdadera de los hechos y las luchas del Realengo 18. Es la verdadera, porque, salvo las correcciones y añadiduras que él le quiera hacer, es el relato que me hizo el propio Lino Álvarez a presencia de numerosos miembros de la Directiva y otros integrantes del Realengo. Y Lino Álvarez es el hombre que más derecho tiene a hablar sobre estos acontecimientos, porque ha sido el que más aporte de vida le ha ofrecido.

VI

Organización de los realenguistas

No hay mejor maestro en la vida que el combate. Y la prueba de ello es que no ha existido un solo hombre grande, verdaderamente grande, que en el fondo no fuera un peleador, un combatiente poderoso e incansable. Y sobran los ejemplos.

Los hombres del Realengo 18 también aprendieron en la lucha su técnica, su manera de defenderse y hasta de atacar. Más de medio siglo de luchas, primero contra los pequeños asaltos, y, después, contra los gigantescos apetitos geofásicos de las grandes compañías latifundistas les mostraron el camino que tenían que seguir. Comprendieron al cabo la vieja conclusión de la fábula, de que en la unión estaba la fuerza, y, al ver cómo, campesino por campesino, los que habitaban en los bordes del Realengo iban siendo lanzados hacia el interior, acordaron unirse, organizarse, para resistir la acción combinada de la «justicia» y el latifundio. Y, desde hace unos cinco años el Realengo 18 cuenta con una organización, con un reglamento, con una Directiva, con un rumbo determinado para sus propósitos.

La Asociación de Productores Agrícolas del Realengo 18 y Colindantes

Este es el nombre de la Asociación que gobierna el Realengo. Y el preámbulo del «Reglamento» sienta las bases de la lucha. Dice así:

Siendo las tierras y montes del Estado cubano el único patrimonio en que está vinculada la soberanía y la estabilidad de la República, y en vista de que al no oponer una enérgica y poderosa resistencia contra los constantes asaltos, usurpaciones y robos de tierras, por la desencadenada

geofagia, perpetrada por compañías particulares con las tierras del Estado, creemos humano y patriótico y por la estabilidad de un presente y futuro de prosperidad y bienestar para nuestra amada Cuba, tomar posesión de las tierras nuestras, por ser del Estado cubano, en la proporción de que cada cubano adquiera una parcela en la que pueda, por medio de la honrada labor, proveer a sus necesidades y a las de su prole.

Siendo este el más vehemente deseo de los Productores Agrícolas del Realengo 18 y Colindantes, así como defender en cuerpo y alma la más mínima pulgada de tierra que sea nuestra por ser del Estado cubano, constituimos esta Asociación que significa una poderosa columna de defensa nacional.

Sobre estas bases, tan clara y enérgicamente expuestas, descansa todo el Reglamento de la Asociación que es de ambos sexos, y cuyo objeto según el Artículo 2º es: «[...] vigilar y custodiar por todos los medios que estén a su alcance, las Tierras y Montes del Estado en estos lugares, no permitiendo que nadie de manera directa o indirecta, se las adjudique o usurpe».

Pero la Asociación tiene amplias miras, y entre sus propósitos aún no cumplidos por falta de ocasión, figuran el de la creación de una Biblioteca de difusión social y agrícola y un periódico denominado *El Productor Agrícola*. Todo esto aparte de gestionar caminos, contactos con la Estación Agronómica.

El Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo

En la Asociación del Realengo 18 hay estos dos poderes, El Poder Ejecutivo está representado por el Comité Central, compuesto por un Presidente, un Secretario, un Tesorero —con sus respectivos vices— y seis vocales. El actual Poder Ejecutivo o «Directiva» del Realengo, está constituido de la siguiente manera: presidente, Lino

Álvarez; vice, Gil Hierrezuelo y Orozco; secretario, Tomás R. Pichardo; vice, Luis Felipe Cuevas; tesorero, Vicente Fernández Pérez; vice, Néstor Martínez; y vocales: Pablo Ribó Cascaré, Demetrio La O Barrientos; Casimiro Lora, Dionisio Olivares, Pedro Torres y Julio Caballero. Y 120 suplentes.

El Poder Legislativo está constituido por los presidentes, secretarios y tesoreros de los doce barrios, y tienen la facultad de proponer y discutir todo lo que estimen necesario para la buena marcha de la Asociación. Los doce barrios del Realengo 18 son los siguientes: José Grande, La Caridad, Los Nombres, El Lechero, La Yúa, Baltazar, San Fernando, El Saíto, Zarbapicada, Limonar, Saltadero y Soledad de Mayarí.

Las elecciones para renovar estos organismos son anuales, y como los cargos son gratuitos y renunciables, existe la reelección, siendo requisito indispensable para ser elector el vivir en el Realengo.

El Poder Ejecutivo tiene claramente limitadas sus funciones de organismo representativo de la Asociación y Administrador de la misma. Por una curiosa cláusula, no podrá disponer de más de diez pesos sin dar cuenta a la Asamblea..

Una prueba elocuente del abandono en que se tiene a toda aquella región es la de que en el Realengo se crea una rudimentaria Secretaría de Obras Públicas, al establecerse que todos los sábados los vecinos deben dedicarse a reparar los caminos.

La posesión de la tierra está regulada por dos artículos que especifican:

Art. 63.- Ningún vecino o asociado podrá adquirir la posesión de más de una parcela de tierra y en ningún caso podrá enajenarla o venderla sin una causa justa, y en este caso, lo notificará al Comité Ejecutivo por medio de un escrito o verbalmente, para que éste conozca dicha resolución.

Art. 64.- El vecino a asociado que justificadamente enajene o venda su derecho de posesión de la parcela que ocupa, no podrá adquirir nuevamente otra parcela, en evitación de posibles objetos de lucro o negocio, que traerían como consecuencia lógica, la compraventa de posesiones en las tierras del Estado.

Y para la administración de la justicia, el Realengo, para los casos de litigio con compañías y terratenientes, establece la necesidad del Abogado Consultor... para cuando se pueda pagar; y para los problemas internos, los Comités de Barrio serán los encargados de parcelar las tierras equitativamente y, por el Art. 51:

Estarán facultados para intervenir personalmente en la resolución de cualquier dificultad que se presente entre vecinos, por causa de daños, linderos y otras causas cualesquiera, armonizando siempre con equidad y justicia. En el caso de que la intransigencia de algunos no lo permita, lo comunicará al Ejecutivo inmediatamente, y éste a su vez, a un Jurado armonizador que nombrará al Presidente para que procure por todos los medios a su alcance y dentro de la mayor armonía, solucionar la dificultad motivo de la intransigencia.

Estos son los puntos fundamentales del Reglamento del Realengo 18, que no deja de tener originalidad y cuyo estudio sería grato a los legistas. Pero las públicas manifestaciones externas del grado de comprensión de los problemas que los afectan, son aún de mayor interés.

Los manifiestos

Aparte del famoso manifiesto en que lanzaron la consigna de «¡Tierra o sangre!», los realenguistas han publicado hasta seis manifiestos en todos los cuales hay consideraciones de magnífico interés.

En el del 30 de noviembre de 1933, que utilizan para hacer una síntesis de la historia de sus derechos a la tierra, aparece esta llamada:

Es necesario, camaradas, que despertemos del letargo en que estamos sumidos y nos despojemos de esa indolencia habitual en todos los campesinos, que lo confiábamos todos a la buena ventura; pongámonos todos de pie para hacer valer nuestros derechos mil veces conquistados.

Nuestro grito de combate será «¡Vivan las tierras del Estado Cubano!... ¡Viva la libertad de cultivarlas!

Y termina con el grito «¡Abajo el imperialismo yanqui!»

El Boletín No. 6 (el último), de la fecha 22 de octubre del corriente año es de mayor interés: Comienza con estos dos lemas vibrantes: «Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan.- José Martí». «La libertad no se mendiga ni se pide de rodillas, sino se conquista con el filo del machete.- Antonio Maceo».

Y se dirige «A todo el campesinado de Cuba; a todas las organizaciones obreras; a los soldados y marinos; a los veteranos de la Guerra de la Independencia y a los oprimidos en general».

Y se pronuncia de la siguiente manera con respecto al censo, con una conciencia plena de la miserable explotación de que han sido objeto por parte de los políticos encanallados:

Queremos hacer constar, que sostenemos nuestra línea de conducta, trazada en el sentido de no inscribirnos en el Censo Electoral que se está efectuando, hasta tanto no se resuelva de una manera definitiva el problema del Realengo 18, porque no es posible que nosotros ejercitemos uno de los derechos más sagrados, como es el sufragio, siendo, como somos, extranjeros en nuestra propia tierra, ya que no hay ni una sola pulgada de *Tierra Cubana* que no pertenezca a

Compañía Extranjeras que en un contubernio vergonzoso con los Gobernantes que hemos padecido, se han despachado a su libre antojo, sin recordar que su misión no era más que administrar los intereses del Estado, ya que la soberanía reside en el Pueblo y que de él dimanaban todos los Poderes Públicos.

Conscientes ya de que su lucha debe contar con el apoyo del proletariado, postulan abiertamente:

Los Campesinos del Realengo 18 y Colindante, nos hacemos solidarios de todos los movimientos de Huelga Revolucionaria y que por sus justas demandas enrolan los compañeros de los Centrales, «Almeyda», «Ermita», «Soledad», «Isabel», etc., etc., así como de todas las demandas, democráticas y económicas de todas las clases laboriosas del país, como son la libertad de la palabra, imprenta, reunión y la reapertura de todos los Centros Obreros y Sindicatos clausurados.

Y a los Veteranos de la Guerra de la Independencia también se dirigen:

[...] para que con los verdaderos conquistadores y fundadores de la Independencia de la República, nos presten su concurso patriótico; pues no es menos grande nuestra tarea de hoy, al iniciar nuestro movimiento de protesta por la defensa del único patrimonio que nos queda, como resultado, de las libertades conquistadas en el campo de la revolución redentora, que es la posesión de la tierra... Pues, sin la tierra no tenemos Patria...

Y a los campesinos se dirigen, con aliento y resolución: «Le llamamos la atención a todo el campesinado de Cuba y especialmente a todos los ocupantes de todos los realengos de la República, para que levanten su voz de protesta al igual que nosotros.»

Y, a pesar de todos los choques tenidos con los soldados, el instinto clasista despierto en ellos les lleva a dirigirse a los mismos en la siguiente forma:

¡Ati, Soldado y Marino: Volvemos a repetirte que te niegues una vez más, como lo has hecho, a disparar vuestro rifle contra tus hermanos de clase, los campesinos del Realengo 18, y a todos los que como tú, son explotados. Y no olvidéis que aquí tenéis un pedazo de estas tierras cubanas que tan dignamente defendemos!

Por último, termina el manifiesto de Tiguabos, con los lemas revolucionarios, síntesis de la posición política de los realenguistas ante el problema propio y los generales del país:

¡Por la posesión libre de la Tierra para el que la trabaja! ¡En apoyo a todas las luchas del Proletariado! ¡Por la libertad de todos los presos políticos, menos los machadistas!
¡Por la derogación de los Decretos que restringen la libertad y los derechos del Pueblo Trabajador! ¡Por la derogación de la Ley de Orden Público! y ¡Por el respeto a las vidas de los dirigentes de la Confederación Nacional Obrera de Cuba!

Y el que no quiera creer que todo esto no es la revolución agraria en marcha, que se acueste a dormir!...

VII

La vida en el Realengo

La necesidad ha sido siempre líder oculto de todas las revoluciones. Y, como siempre, ella ha sido quien ha movilizó a los campesinos del Realengo 18 a una lucha por la posesión de la tierra, su único patrimonio.

Y para que se vea que, en efecto, es la tierra su único patrimonio, voy a apuntar varios datos sobre la vida de los realenguistas en sus montañas.

El «palacio» de ellos, como el de todos los campesinos cubanos es el bohío, estúpidamente cantado por no sé cuántos poetas. El bohío del Realengo, en lugar de tener el techo de guano, suele tenerlo de vetiver, y el piso es de tierra, con rústicas divisiones de yagua o tablones de palma para disimular la promiscuidad de la vida. Algún taburete, alguna hamaca, algunos platos de esmalte desportillados, y sobre las «paredes» algunos adornos de vidrio, retratos y recortes de alguna revista que llegó una vez. Y a veces, pintorescas cortinas de papelitos y cuentas a la entrada de los «cuartos», en donde siempre se oye «llantío» de algún recién nacido. Y esto es todo, con diez o doce personas viviendo en el bohío, casi todos muchachos que apenas se llevan un año entre sí. Este es el «palacio» de los campesinos, cantado por los poetas y en donde los «tricocéfalos» y sus hermanos viven en el paraíso.

Con esto, los bohíos en el Realengo 18 tienen una doble ventaja desde el punto de vista higiénico y estratégico; allí no hay caseríos; cada vecino vive aislado a buena distancia del más próximo vecino, por lo que, la distancia y el viento saludable de las montañas, impiden la propagación de cualquier epidemia, las que son desconocidas allí. Y desde el punto de vista estratégico, la falta de concentración de viviendas, exigiría un bombardeo aéreo para cada una. ¡Y después de la «gloriosa» del Malecón, hace unos días!

La riqueza de los montunos

La única riqueza de los montunos —y por eso están dispuestos a defenderla con la vida— es la tierra, la prodigiosa tierra de las montañas orientales. Allí, según yo vi, las cañas se elevan en un año de tal modo, que el hombre más alto, de pie sobre el caballo, sería invisible aunque agitara un brazo

en lo alto. Allí los platanales son inmensos y con cien plátanos se carga un mulo y también, con sólo cuatro ñames según me dijo el arriero Viera —él tenía suficiente para la carga de la mejor mula de su arria. ¡Con sólo cuatro ñames!— El maíz en donde quiera, da dos cosechas y «según la temperatura, hasta tres». Y se recoge un poco de arroz y el boniato dulce suficiente para comer y «la yuca que no sea así —y señaló todo el antebrazo y la mano extendida— no vale». De vez en cuando, algún árbol da frutas y por los bohíos hay siempre unos cuantos pollos y algún chivo y algún «macho» que engorda con los bejucos. El monte espeso da toda la leña para la cocina y los hornos de jiquí o de quebracho para las viviendas. Esta es la tierra, el patrimonio, la riqueza de los montunos. Y como es su vida, la vida dan por ella en cualquier momento.

La miseria de los realenguistas

Cualquiera preguntaría: ¿cómo es que con semejante tierra, de tal feracidad insólita, viven en la miseria los montunos del Realengo? Y, sin embargo, nada más fácil que ir hilvanando la respuesta, de tal modo aplastante, que abrumaría de vergüenza a cualquier ciudadano consciente y honrado.

Yo tuve buen cuidado de averiguar hasta qué punto era feraz la tierra; pero no olvidé tampoco el indagar cuál era el producto real que podían obtener los realenguistas a los sobrantes de sus cosechas, una vez satisfechas sus necesidades personales.

Amontonados alrededor de mí y contestando a mis preguntas como si nadie antes hubiera tenido la piedad de conocer el grado hasta el cual habían sido explotados, llenos de sorpresa, casi con acento vengativo, aquellos montunos fueron dándome los datos, la gráfica elocuente de su miseria, de la repugnante explotación a que se ven sometidos y del criminal olvido en que siempre se les ha tenido.

El barril de ese ñame prodigioso, con 180 libras de peso, ahora, en uno de los mejores períodos lo venden a \$1,20, a mucho menos de un centavo libra... ¡Y han llegado a vender a 30 centavos el barril!... El ciento de plátanos gigantes tienen que darlo por 15 centavos y hasta por 10; las 180 libras de maíz a \$2.00; el quintal de café a \$3.00; el barril de malanga a 40 centavos; el quintal de frijoles colorados a \$4.00; el negro a \$1,50; el de «carita» a \$1.25 y las habichuelas a \$1,75... Y la miel de abejas alimentadas con aguinaldos! —a 8 centavos el galón... Y estos son los precios en un período de alza. Rodolfo Martínez López, el poeta del realengo, indignado, me pidió que denunciara públicamente a José Casals, un tendero que les despachaba libras de doce onzas y que se vuelve zalamero a la hora de apuros, pero que es en realidad el verdugo de los campesinos.

Y estos son los precios de venta, que en los de compras, los tenderos «se desquitan» de su «generosidad» para con los montunos. Y debe tenerse en cuenta, de paso, que sus artículos son siempre de la peor calidad. El bacalao lo pagan a 15 centavos la libra; la «cuarta» de arroz (seis libras) a 40 centavos; el azúcar prieta la pagan a 20 centavos (la cuarta), y la carne no la comen los montunos sino cuando matan algún «macho» o hacen algún arroz con pollo, sin azafrán y sin pimienta. Pero la explotación es mucho mayor en los precios de las pobres ropas que usan o de los rudimentarios aperos de su labranza. Una camisa infame, cuesta \$1,25; un pantalón de «bitulay» \$1,85; un sombrero «alón» \$1,80; un par de zapatos muy malos \$1,75... De manera que el que quiera comprar un par de zapatos, por ejemplo, tiene que vender un barril de ñames y 500 plátanos!... Lo que quiere decir que un realenguista para adquirir zapatos tiene que disponer de un arria de seis mulas, aparte de la que monte, y realizar un recorrido heroico, cruzando cañadas, bajando pendientes, subiendo por barrancos, ¡en marchas muchas veces de varias leguas!... Y, en cuanto a los aperos de trabajo, un pico le cuesta \$1.40;

un azadón \$0,50; un machete corriente \$1.50... ¡Y el gas para los candiles les cuesta diez centavos la botella!... ¡Esta es la «bolsa», la trituradora que los destroza y los exprime y hace aparecer como casi estéril la tierra magnífica de los platanales gigantes!... El hombre, —¡aún allá— hace ruina a la naturaleza!...

Ayuda oficial

La «ayuda» oficial ha sido en las tierras del Realengo 18, más «brillante» aún que en el resto de la República. Ya mencioné el hecho de que toda aquella región, que pueblan cinco mil familias, como la Secretaría de Obras Públicas ha ignorado su existencia, no necesita para mantener en cierto rudimentario buen estado, los caminos, que todos los vecinos, los sábados dediquen unas cuantas horas a reparar los deterioros de las lluvias y las arrias y, desde luego, que no existe un sólo camino que merezca tal nombre.

En cuanto a los «servicios» de la Secretaría de Sanidad, ¡se limitan a «autorizar» que el buen viento de la montaña purifique el ambiente y a mantener el imperio del tricocéfalos y la nigua en los bohíos de piso de tierra!...

Pero mucho más «eficiente» si cabe, ha sido la «labor» de la Secretaría de Educación. Según censo hecho hace tres años por la propia Directiva del Realengo, hay en el mismo cerca de mil quinientos niños. ¡La Secretaría de Educación para atender a esta población escolar, ha dispuesto que allí no haya ni un aula siquiera!... ¡Y esto ha sido siempre! Una vez Lino gestionó y obtuvo una escuela de dos aulas, pero la quitaron enseguida y como alguien quemó la casa, acusaron a Lino de incendiario y le pidieron diez años. El nuevo Secretario de Educación, doctor José Capote Díaz, a quien informé de este miserable abandono, impresionado, prometió hacer todo lo posible por poner remedio al mismo, creando algunas aulas de las muchas que hacen falta. Queda aquí emplazado públicamente para que cumpla su promesa.

Pero no es justo recargar las culpas sobre estos departamentos gubernamentales. Agricultura, consciente de que aquella tierra lo da todo, nunca ha enviado nada. El Tribunal Supremo ha servido, por ejemplo, para su «justiciero» fallo, lanzar a los montunos a un plano de lucha guerrera si era necesario y obligarlos a ensangrentar los montes y los ríos; la Alcaldía de Guantánamo y el Gobierno Provincial de Oriente han rivalizado en su total ausencia de auxilios para la región; y el Ejército Constitucional, por su parte, les ha prestado la amenaza de sus rifles, sus ametralladoras y las elegantes piruetas de sus aviones de bombardeo, que no han logrado atemorizarlos por completo, gracias a la «casualidad» de que muchos de aquellos campesinos pertenecieron al «Ejército Libertador de la República».

Y, por otro lado, las compañías latifundistas y los avariciosos geófagos, de acuerdo con los Juzgados, no les han dejado reposo, para compensar en parte el reposo absoluto en que los han dejado los políticos después de cada elección.

Y esta es la vida en el Realengo 18. Como dice Lino «ellos lo han tenido que hacer todo»... «¡Cuando hemos tenido que “parar” la trocha, que debió hacerlo el Gobierno!...» dice, entre irónico y satisfecho.

Esta es la vida que tienen que afrontar los campesinos del Realengo, por donde los «apóstoles» de la enseñanza y de la religión nunca han aparecido; dónde, cuando se pregunta por los curas, el propio Lino, entre risas de sus compañeros dice: «No vemos por aquí esa clase de visiones...»; donde el que quiera bautizar a sus hijos, tiene sólo un día al año, el día de San Anselmo, el 21 de abril, para ir a Tiguabos, a que le pongan nombre.

Esta es la vida del Realengo, donde hace poco, cuando murió el compadre Felicito Carvajal, para llevarlo a enterrar, cuando llegaron a los ríos, ¡hubo que ponerlo sobre parihuelas y amarrarlo a la cola de un caballo para que, después de varias horas de «entierro» llegara el cadáver a Tiguabos, empapado con el agua de las corrientes y el fango de las cañadas!...

VIII

Significación del Realengo 18

Antes que nada hay que reconocer en las luchas del Realengo 18 —que comenzaron por las apelaciones constantes de Lino Álvarez y algunos otros vecinos a los procedimientos legales— un verdadero movimiento de masas. La última vez que los montunos acudieron a parar la trocha, en la Loma de la Lechuza, mil hombres, dispuestos a matar y a morir, fueron movilizados. Detrás de ellos estaba toda la población del Realengo; cinco mil familias, hombres, mujeres, niños y ancianos, que los apoyaban y estaban dispuestos a correr su misma suerte. Esta realidad quiere decir, sencillamente, que hay una tónica común, una determinante específica que envuelve a todo aquel conglomerado social. Porque no hay masa capaz de ser movilizada si no obra sobre ella un interés colectivo. Aquí el interés es la tierra, pero la tierra en el Realengo 18, tiene una doble significación: la histórica y la real, de la necesidad cotidiana. La primera, o sea, la histórica, posee mayor aparato, más escenario, es «más legal» según se ha podido ver en el relato que hice del origen de los repartos de tierra; pero la segunda parte, o sea, el concepto de tierra, en cuanto entraña la satisfacción de la vida diaria, «menos legal», menos «reconocible», es en el fondo, el verdadero interés, el verdadero problema del Realengo 18.

Los campesinos del Realengo 18 tienen el concepto de la tierra. Vive en ellos, palpita en ellos esta noción con fuerza silenciosa, pero potente. Y el miedo, terrible consejero de la audacia, los ha llevado a mantener una posición de arrojo e intrepidez, que, aparte de esos factores, bien pudo impresionar a los jefes de la actual maquinaria gubernamental, para no lanzarse a un ataque. Y conste que no me refiero al miedo a las balas ni al machete, que se pierde demasiado pronto, sino al miedo que dura siempre,

del hombre que ha sentido gravitar sobre sí la explotación de otros hombres; del hombre que ha trabajado doce y catorce horas sin parar; del hombre que, en Cuba, es un esclavo en los cortes de caña, donde empeña su trabajo incansable por un capital de miseria y de hambre... Ese es el miedo de los realenguistas; miedo a tener que salir de sus montes, donde mal que bien, comen, para tener que venir otra vez a los «cortes» de las colonias, a recibir de nuevo el «vale», que sólo vale en el Departamento Comercial del Central en donde la explotación llega al colmo.

La revolución agraria

El niño se encariña a la madre, porque la madre le da el pecho; y el campesino se arraiga a la tierra, porque la tierra le da la vida; es ella, verdaderamente su madre. Pero en la lucha por la tierra, es esta, si se quiere, la fase primera, la posición individual del hombre ante el espectáculo del cuadro que forman sus necesidades, sus satisfacciones, sus recuerdos y sus penas. Mas, cuando esto se produce en un bohío y en otro y en cinco mil, y todos ellos se ven obligados a labrar, con el trabajo del instinto, un mismo sentido de la defensa, entonces surge un sentimiento colectivo, surge la segunda fase, la fase social, y el campesino pasa del sentido de la defensa de lo suyo al sentido de la defensa de todos los campesinos. Es este el momento en que puede decirse que la revolución agraria comienza a germinar. Y, sin duda, es el caso del Realengo 18, unidad geográfica y social, con un sentido colectivo de la defensa.

Pero es que el caso del Realengo 18 reúne circunstancias accesorias que no dejan de tener singular importancia. En primer término, derecho histórico (reparto de las tierras cuando el Pacto del Zanjón); en segundo lugar, tradición de lucha (problema semejante planteado a otros realengos como El Vínculo y Caujerí, donde ya murieron soldados); en tercer lugar, el estímulo de una posición estratégica natural formida-

ble, en caso de agresión, y, por último, una doble situación económica y política, que a todo impulsa y todo lo provoca. Y, además, para rematar el cuadro, un líder, Lino Álvarez y un grupo de luchadores decididos formados por «la Directiva».

Los campesinos del Realengo 18 tienen ya orientación política; han dado forma verbal a sus embrionarios, pero firmes pensamientos, y así, Lino dice: «¿Por qué vamos a pelear? ¿Con quién vamos a pelear?... ¿Con el Estado?... ¡Si nosotros somos el Estado!...» Y por idéntico razonamiento, dicen sus «boletines»: «Nuestras tierras, que son nuestras por ser del Estado cubano»... es decir, que cualquiera puede notar que en nada de esto hay truco ni artificio. Se trata de ideas primarias, luminosas para ellos, que, al cabo, han sabido dar expresión a sus pensamientos. Y como ideas primarias, son de una solidez indestructible. ¡Y esos campesinos defenderán esas tierras, que son suyas porque son del Estado cubano, que no es otra cosa que ellos mismos, con el ardor, el ímpetu y la vehemencia con que un hijo pelearía por su madre!... No debe olvidar esto quien pretenda arrojarlos de allí.

Pero ellos saben que, con todo, hay quien, muy poderoso aún, pretende arrojarlos de sus tierras, de su Estado. Y por eso están en pie. Y por eso la revolución agraria ha dejado ver su perfil vindicador por las montañas de Oriente.

El ejemplo para los guajiros

Una vez más los «montunos» de Oriente, por la fortuna dramática de un complejo de circunstancias favorables, han demostrado la ruta de la revolución a los «guajiros» occidentales. Porque no hay que ser ingenuo. Los realenguistas no están armados ni en el grado ni en la extensión que se ha dicho, pero sí lo suficiente como para defenderse, ya que debe conocerse que una vez, ¡que en aquellos montes ningún disparo vale después de 20 metros de recorrido!... ¡Y esto, en el caso más afortunado!... Mas, no es esta,

realmente, la más recia defensa de los campesinos del Realengo. Su más firme defensa está en que son mucho más de cinco mil familias, las que «poseen» hoy tierras del Estado por todos aquellos montes. Entre Guantánamo, Mayarí, Sagua de Tánamo y Baracoa, hay zonas inmensas de tierras realengas, habitadas y cultivadas por los montunos, los que se dan cuenta perfecta de que un desalojo de los vecinos del Realengo 18, entraña, a plazo más o menos breve, un análogo fin para ellos. Y ya ¡hoy! toda aquella gente está dispuesta a prestarle su apoyo a los hombres del Realengo 18; pero no su apoyo moral, mas o menos literario, sino su número, su fuerza, sus machetes, sus rifles, su sangre, sus emboscadas y sus muertos. Un ataque al Realengo 18 es ya ¡hoy! la revolución agraria en las montañas de Oriente. ¿Quién se atreve a provocarla? El propio capitalismo latifundista al llegar el momento crítico, vacila, consciente del peligro. Porque la revolución agraria es un torrente que baja de las montañas y que no sabe con cuánto va a arrasarse.

Pero aquí viene el eterno y angustioso dilema del capitalismo. Aquello es ¡ya! la revolución latente, y es, por tanto, un ejemplo terrible para la «manada» de millones de explotados que sudan como bueyes en los cañaverales sin sombra y amarillean de paludismo y de hambre en las parcelas arrendadas.

Si se ataca a los realenguistas, se defenderá a sangre y fuego, con grandes posibilidades de vencer y en todo caso, con la seguridad plena de llenar de ignominia a sus vencedores; y si se les deja, se les reconoce, tácita o abiertamente, su derecho a la tierra. Y entonces: ¿es que los realenguistas son mejores que nosotros? dirán todos los campesinos. ¡Y el que no tiene realengo lo querrá!... Este es el segundo momento de la revolución agraria: cuando el campesino conquista para sí la tierra a la cual «no tiene derecho», desde el punto de vista «legal»... Y que todo esto no es más conjetura, porque ya se encuentra en los «Boletines» de lucha del Realengo 18...

El sentido clasista

Cuando yo llegué —después de un día entero de rodar de bohío en bohío, buscando a Lino Álvarez y a su gente— a dar con los realenguistas en la vivienda de José Gil Morasín, donde se festejaba la tregua, los montunos rodearon mi caballo y me preguntaron: «¿Que propósito lo guía al venir hasta aquí?»... Con la lección aprendida en las películas de guerra, me bajé sonriente del caballo, sin darle mayor importancia al tono de la voz y a las numerosas miradas penetrantes de los hombres, diciendo que desde La Habana me enviaba el periódico *Ahora* para conocer a fondo sus problemas y darlos a conocer a toda la República. Les pareció bien la respuesta y poco después mientras se ocupaban ellos mismos de los caballos y de hacer un poco de café, sentado frente a Lino Álvarez y a los demás jefes del Realengo 18, expuse el propósito de mi viaje.

—¿Y qué credencial personal usted trae? —me preguntaron.

—La de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, —respondí.

—A ver, deje ver, pidió Lino con ademán rápido. Y al dársela la pasó a Pichardo, con el gusto de un general que no quiere gastarse la vista leyendo «letras».

La credencial de la Confederación fue leída en voz alta, y enseguida pudo notarse un ambiente, si no más cordial, sí más de camaradas. Lino, rodeado de muchos hombres, me hizo entonces la historia de las luchas del Realengo 18 que ya di a conocer.

Al ocurrir este incidente que he relatado, me di cuenta cabal de todo lo que ya significaba el movimiento del Realengo 18. En él existía ya, perfectamente formado, el concepto de la necesidad del apoyo proletario para el éxito de sus propósitos. Ellos, que no tienen aún una ruta política firmemente trazada, que sólo tienen el afán de libertar las tierras de las embestidas del latifundismo nacional y extranjero, comprenden que necesitan la simpatía, el apoyo de los obreros,

cuyas organizaciones revolucionarias poseen programas políticos, decisión de tomar el poder algún día. Y así, a la narración que les hice sobre la expectación que existía sobre el problema del Realengo 18, prestaron gran atención, para conocer cuál era la actitud de los obreros que en Santiago de Cuba estaban listos para la huelga general, en caso de ataque a los realenguistas.

Todo esto quiere decir, que los montunos que comanda Lino Álvarez tienen el sentido clasista de su movimiento y que ningún partido que no sea clasista —clasista por su propia base— por mucho que no sea su aporte exterior, logrará deslumbrarlos. Nadie los arrastra a lo que sea la libertad de sus tierras, aunque a todo el mundo le aceptaran ayuda, ya que, como dice Genaro Lahera entre grandes risotadas insolentes, «una ayuda, hasta por cualquier parte es buena»...

De los «políticos» tienen los montunos el más despreciable concepto. «No han hecho más que jugar con nosotros», dicen. Pero su venganza ha sido ruda, porque como ya se sabe, se han negado rotundamente a inscribirse en el censo. Y no votarán hasta que sus tierras no sean de ellos.

El propio concepto clasista, ha llevado a los realenguistas a un concepto de propiedad que impedirá entre ellos la explotación y la riqueza. Nadie puede tener más de una parcela de tierra, ni la podrá enajenar para más tarde adquirir otra. Y esa parcela propia ha de ser la justa a que alcance la propia capacidad de trabajo. Y la riqueza es odiada en los ricos, que les han convertido la vida, con sus reclamaciones, en una eterna zozobra. Yo recuerdo cuando Atanasia Hernández, en el bohío de Demetrio La O, me dijo: «A Fidencio García le agradezco la enfermedad de mi hijo... A Fidencio García, que metió en la cárcel a mi marido sólo por abrir un camino para ir a enterrar a su madre!»... Y recuerdo perfectamente, todo lo que quería decir la voz de Atanasia Hernández!...

Queda un aspecto por analizar en el problema del Realengo 18: lo que él signifique como movimiento contra el imperialismo yanqui, causa fundamental del latifundio opresor.

Los montunos del Realengo 18 —que por cierto está bastante cerca de Caimanera— conocen ya lo que significa el capital americano en nuestras tierras. En sus manifiestos campea el lema «¡Abajo el imperialismo yanqui!», y entre ellos se sabe que es la sombra de las empresas americanas la que ha movilizadoda toda la desvergüenza y el encanallamiento de la política local para desplazarlos de sus tierras. El lugar común «los lacayos nacionales» tiene en el Realengo un sentido cabal, al extremo de que ya cuando estuve allí, oí comentar en tono sarcástico, lo que ahora parece que se intenta realizar como «milagrosa» solución: la compra por el Estado de lo que a él sólo pertenece... Y pensar, que según todas las noticias, el propio general Polavieja no quiso apoderarse de aquello, ¡porque «era del Estado»!...

Pero quiero, para terminar este trabajo, dar una muestra del sentir popular entre los realenguistas hacia el imperialismo yanqui, manifestado en una de las formas más típicas: la décima.

«El Poeta Misterioso» me dio «unas muestras» de «su poesía» y aquí copio algunas de sus décimas relativas a las luchas del Realengo 18:

*Compañía imperialista
resguardada por la fuerza
con este gobierno cuenta
sus propiedades le quita.
Mendieta, recapacita
que ese fallo no es legal,
que lo dictó un Tribunal
en tiempo del terrorismo,
que esos jueces sin civismo
hoy los deben de juzgar.*

*No permitáis que soldados
que el orden deben guardar
hoy vengan a respaldar
a los yanquis descarados.
Que este Realengo nombrado,*

*riqueza de este país,
se apoderen de él así
los geófagos ambiciosos,
que es un caso bochornoso
para Cuba y para ti.*

*Si los altos gobernantes
no proceden legalmente,
aquí hay un pueblo consciente
que lucha siempre incansante,
y con valor rebosante
y con patriota civismo
sobre del terreno mismo
con su sangre han de lograr,
no se puedan adueñar,
esos del imperialismo!...*

Aquí está, en lenguaje del Realengo, la denuncia del crimen y la decisión de repeler, con el lenguaje de la sangre, si fuera necesario a «esos» del imperialismo!...

CHICOLA*

* *Ahora*[La Habana], 7, 9, 11 y 12 de diciembre de 1934.

I

Recorrido a Chicola

El Capitán Nemo, José Muñiz Vergara, y el joven abogado Virgilio Arango y Mestre, que también iba hacia Morón, fueron mis compañeros de viaje durante una parte del recorrido que hice por la provincia de Camagüey. El Capitán Nemo es un magnífico compañero de viaje. Tiene una vida ya larga, pero llena de robustez. Morirá dentro de muchísimos años y aun entonces la gente dirá: «Caramba, si parecía que iba a durar diez años más todavía.» Y en todos los días de su vida algo ha aprendido. Unas veces le dio por la botánica, y así cuando pasa frente a un «cayo» de monte, saca el brazo fuera de la ventanilla y nos indica: «Mire, este es un verdadero pedazo de selva. Allí hay un guaguasí, árbol característico de la selva profunda»; otras veces prefirió la zoología y por eso, cuando habla de los coyotes de los desiertos de Arizona, pude llamarlos por su nombre de las clasificaciones científicas, *Canis latris*; y cuando no ha sido la geología la rama de sus preferencias, y ello le permite asegurar que en Cuba, hasta ahora, no hay granito constitutivo, si no lo que se llama granito de afloración, falto de la mica para completar con el cuarzo y el feldespato su formación total. Geología la estudió para conocer cuáles terrenos eran buenos y cuáles no para una cosa u otra, «porque ninguna tierra es buena para todo y no hay ninguna que no sirva para algo»; pero la literatura la estudió por el placer del arte, y el latín, y el griego, y las armas, y las cincuenta cosas más que sabe. Pero, además de todo esto, el Capitán Nemo resulta un gran compañero de viaje porque tiene ya una vida larga y una memoria prodigiosa que le permite recordar día a día todos los suce-

sos y todas las personas. Por eso, tanto Arango como yo, sólo hicimos escucharlo durante el largo viaje. Y conoce la vida de miles de personas; las «debilidades» de los puros; las «cobardías» de los héroes y mil otros detalles. Asombra su memoria. Cuando llegamos a Chambas se reconcentró un momento y poco después nos dijo: «Estaba recordando la última vez que pernocté en Chambas. Fue en febrero de 1892... ¡Hace 42 años!...» Y fue en este pueblecito de Chambas donde la erudición del Capitán Nemo sufrió un rudo golpe. Después de visitar la casa de Gabino González fuimos a la de Domingo Torres, obrero ferroviario que nos dio informes sobre Chicola, favorables a los ferrocarriles. En su casa había dos simpatiquísimas muchachas: Zoia Torres, que se parece a Joan Crawford, y Berta Orozco, una trigueñita desenfadada que abrumó al Capitán Nemo con su sabiduría, cuando este citó a Blasco Ibáñez. La muchacha entonces le interrogó:

—¿Qué novelista usted dice?

—Blasco Ibáñez.

—¿Es cubano?

—No, valenciano, español...

—¡Valenciano, español... pues no, no lo he oído mentar nunca!... ¡Y milagro, porque, uf... con las novelas que yo he leído!...

—¿Y cuáles novelistas lee usted? —le preguntó el Capitán.

—Ah, pues a Antonio Contreras, Elinor Glynn, Xavier de Montepin, Carolina Invernizo... Y también Carlota Braemé, que me gusta mucho... Antonio Contreras escribe muy bonito... el otro día me leí una novela suya en tres tomos...

Y el Capitán Nemo, en un largo silencio filosófico, dejó entrever la impotencia de la mente humana para abarcar todos los conocimientos...

¡Una muchacha de veinte años lo había puesto en evidencia, ya que había mostrado su ignorancia sobre Antonio Contreras...!

Por los canales del Estero

Morón tiene la segunda estación de Cuba. De ella salí en un desvencijado automóvil a buscar a una muchacha y un niño para tomar por los canales del Estero. La muchacha se llamaba Lilia Banco y el niño, que llevaba un velero de juguete para echarlo al mar en Punta Alegre, se llama Tirso Ochoa. Y la lancha se llamaba «Aida», que era el nombre de una hija de Casola, de Gregorio Casola, el patrón, un hombre de mar que usaba guayabera y jipi, como un campesino, y de cuya historia silenciosa y humilde recuerda siempre un episodio: el del traslado del coronel Mendieta, después de la derrota de Caicaje, auxiliado por don Antonio Mendoza.

Pero los Esteros de Morón, por sí solos, sin objetivo el viaje, son un espectáculo. Al final de la infame carretera hay un muellecito, y en él, carboneros de una sola raza: la raza tiznada. Enseguida cambia la vegetación. Los macizos de la yerba del masío, se agitan al viento, con la elegancia de un bosque de espadas verdes; y sobre las aguas, tranquilas, quietas, sin rumores, sin estremecimientos, descansan las hojas en círculos dentados de las ovas, en tal profusión, que parece muchas veces que al agua se le ha puesto una alfombra de mosaicos verdes. Las pequeñas zancudas y gallináceas del río, vuelan a corto trecho y se posan sobre las hojas que continúan flotando. Y las flores se abren algunas veces y vuelan los aguaciles de colores metálicos y evoluciones eléctricas; y cuando la chalana se desliza por el agua, que es negra y dulce, la agitación de la propela comba la superficie de las ovas, y las paletas de la hélice de vez en cuando han de ser limpiadas, porque se enredan a ellas las hojas y los tallos de las plantas acuáticas. Por delante, cuando la embarcación va avanzando por el canal, las jicoteas que duermen en los troncos flotantes, despiertan al ruido del motor y se hunden en el agua con un glu, glu precipitado y medroso. Y como si fueran mensajeros, o mejor, espías del bosque, garzas blancas y azules, yaguasas, patos salvajes,

algún guanabá y los pitirres de agua van precediéndonos y aumentando en número, agitando el aire reposado del monte con el aletear sonoro de sus alas de seda metálica. Por el agua, negra y transparente, juegan bandos de guajacones, y a los lados del Arroyo Roble, que sólo tiene cuatro o cinco metros, mientras el bote va trillando un camino entre ovas, por las márgenes desfilan las majaguas florecidas, los júcaros de menudas hojas, los cuajos, las llanas y los mangles rojos, que descuelgan al agua cientos de tallos adventicios. Y allá dentro, según cuentan los hombres de la costa, la jutía le huye al majá y los caimanes al hombre. Hay en el paisaje la sensación de lo exótico y para los que tuvimos la fortuna de leer Flor de las perlas, la idea de que todo aquello es un fragmento de Filipinas, cobra mayor fuerza cuando vemos avanzar por el Estero las lanchas de los carboneros, que entierran las palancas en el fondo y caminando por las bordas estrechas, van impulsando las pesadas embarcaciones con la fatiga de un trabajo de esclavos. Los carboneros... Los carboneros del Estero de Morón, que vienen impulsando las lanchas en el río con sus largas palancas; que a golpes de hacha tienen que cortar las raíces de yana y los troncos de júcaros y de mangle para ir juntando la leña que se lleva a los «planes», y luego, al dar fuego al horno, tienen que vigilar toda la noche el fuego lento, mientras las bandas de mosquitos rondan el monte en busca de sangre y la humedad peligrosa de las charcas vecinas produce escalofríos. Y luego, el saco de carbón se lo pagan a sesenta centavos... que los tienen que gastar íntegros en comida para poder resistir los ataques del paludismo, la fúnebre divinidad lívida de los campesinos de la Ciénaga. ¡Y toda la vida así, en redención, para los carboneros del Estero de Morón!

La Laguna de la Leche

En la geografía, la Laguna de la Leche se llama la Albufera de Morón. Se sale a ella por el arroyo Robe, por el

Estero, y ya, desde la boca estrecha, comienza a sentirse la brisa rápida y fresca y las aguas se agitan entablándose la lucha entre las aguas y la vegetación exuberante de la costa. Enseguida llama la atención el color de las aguas de un blanco verdoso, como pudiera ser el color de la leche si hubiera en el mundo depósito semejante. Porque la laguna es inmensa. Acaso ni diez veces las aguas de la bahía habanera pudieran llenarla, porque se extiende de orilla a orilla. Al frente, para la isla de Turiguanó, más larga que siete leguas y en la cual crecen innumerables platanales y pastan millares de reses acostumbradas al olor del mar. La laguna, que tiene todos los sabores, es por lo general de aguas bastante dulces y todo su lecho es de yeso, lo que contribuye, de manera fundamental, a la coloración de sus aguas. Y como estas van de lo dulce a lo salado, allí se encuentra el manatí, de sabrosa carne prohibida; la lisa y la liseta y hasta el traidor tiburón se aparece por la albufera en busca de alguna presa fácil. Debido a su extensa superficie y poco fondo, y a la proximidad del mar, la Laguna de la Leche casi siempre está movida, llegándose a poner peligrosa para la navegación muchas veces. En ella, en más de una ocasión, han muerto ahogados marineros y pasajeros de las lanchas, en medio de la gran soledad de un cielo vacío. Luego, cuando al paso de las horas se acaba la Laguna, comienzan unas cuatro o cinco lagunetas más, hasta que se llega a la Laguna Colorada, de agua color de chocolate y ya salada, en donde comienza el Canal del Gobierno, de siete kilómetros de largo, recto, de tres o cuatro metros de ancho nada más, bordeado por el monte de mangles rojos que se elevan como los júcaros, en una gran soledad silenciosa, en donde sólo se siente la marcha del motor y la fuga de la corúas y las gallaretas y las garzas blancas, mientras los diminutos saramaguyones se hunden en el agua para dejar pasar la lancha. Y después de los siete kilómetros de canal, se abre el mar, un mar de escaso fondo, solitario, perdido, en donde no se ve una vela, en donde sólo de tarde sobre el saliente de un palo clavado en el fondo, se posa alguna gaviota, tan

inmóvil, que parece el símbolo de la soledad. Son las cuatro de la tarde. En un lado se ve a lo que llaman Chicola. No hay nada. Un muelle. Una grúa. Unos carros de ferrocarril. Un grupo escaso de hombres trabajando con la lentitud a que obliga el sol de por la tarde. Y esto es Chicola, de la que hablaré en otro artículo.

II Frente a Chicola

Un muelle. Eso es todo lo que hay en el famoso subpuerto de Chicola; a través de la agitación de la prensa se forma el lector la idea de que aquello, en efecto, es un puerto de mar; que ha de haber en el mismo, varios muelles, almacenes, algún caserío en el contorno y, por lo menos, varios veleros haciendo la carga y descarga de las mercancías. Pero no hay nada allí. La gran soledad marina al frente de la costa inhospitalaria, llena de mangles que cubren las tembladeras y las ciénagas. Y un gran silencio hasta la distancia. En medio de ese cuadro, por entre el monte, avanza, penetra como una puñalada la vía del ferrocarril que viene desde el Central Adelaida y termina en el muelle que se adentra en el mar ochenta metros, con un ancho de veinte. Allí, sobre el muelle, hay dos o tres fragatas de ferrocarril. Y una potente grúa. Y un grupo de hombres. Al final, donde la línea entra en el terraplén hecho sobre las marismas, varios trabajadores reparan el balastro de la vía y el ingeniero dirige las obras de una palizada para contener el avance de las arenas. Si usted le pregunta al ingeniero, como hice yo: «¿Y cuándo termina esto?», responderá como hizo conmigo: «Ya esto está terminado.»

Y el primer «¡Ah!» decepcionado que se le escapa al viajero al ver a Chicola a la distancia, repite entonces con mayor fuerza. Porque en aquel subpuerto, «ya terminado»,

sólo hay la draga y una caseta para la pareja de la Guardia Rural, que volvía de pescar cuando salimos de Chicola para Punta Alegre y las Calinas, a dejar el resto del pasaje de la «Aida».

El viaje de Chicola a Punta Alegre también se hace navegando por el canal que los Falla han tenido que hacer a través de la Bahía y Buena Vista que tiene una longitud de 9 450 metros (nueve kilómetros y medio casi) con veinte metros de ancho y dos a cuatro metros de profundidad. Este canal ajustado a las medidas que se le estipularon, es el que utilizaría para sacar hasta buen mar los azúcares de Adelaida y Patria, que se embarcarían luego por el Cayo Francés, en el Distrito Aduanero de Caibarién. Y tanto estas obras, como las del muelle y como las de la dársena de trescientos metros de largo por ochenta de ancho que se ha preparado en el embarcadero, son trabajos bien hechos, a los que ningún reparo puede hacerse desde el punto de vista de la ingeniería. Sin embargo, ellos, ni con mucho, pueden cumplir con las necesidades de un puerto. El calado de ocho a nueve pies que se le ha dado a las obras; el ancho de sólo veinte metros al canal y el tamaño de la dársena, sólo permiten la navegación de pequeños veleros y, en cuanto al transporte de azúcar, este se hará en patanas para ser transbordados en sacos en Cayo Francés. Y este es todo el subpuerto de Chicola, concedido por Machado a Viriato Gutiérrez,* violando la Ley Tarafa, y para beneficio de los herederos de Laureano Falla Gutiérrez.** Esta es la concesión machadista que parece que al cabo será protegida por el actual gobierno «revolucionario», sin tener en cuenta leyes, derechos de otros puertos, ni la repugnancia popular hacia

* Acerca de la personalidad de Viriato Gutiérrez véase el artículo «El pueblo de Jovellanos todavía ayuda a mantener a Viriato en el extranjero incluido en este volumen.

** Una semana después de concluir la publicación de la serie de artículos dedicados a Chicola, Pablo de la Torriente publicó, también en *Ahora*, «Una “brava” de los Falla Gutiérrez», incluido en este volumen.

todo lo que signifique amparo a los sostenedores del machadato.

Viaje nocturno

La gran soledad de aquellos mares bajos, arenosos, intrincantes de cayos, por los que siempre la navegación tendrá que ser más o menos primitiva, se acentúa cuando el viaje se realiza de noche.

La marcha lenta de la «Aida» hizo que nos cogiera la noche al regresar de Punta Alegre, el pintoresco pueblecito ribereño, en donde se efectúan las famosas fiestas de las parrandas, con enconadas competencias entre los barrios del Yeso y de las Salinas, a semejanza de Remedios y Caibarién.

Ni una embarcación en todo el camino; a lo lejos, distanciándonos más cada vez, los reflejos del faro de Caimán. Pero enseguida llama el mar la atención y luego, el esplendor de la noche incomparable. La fuerte brisa que sopla por la banda de babor obliga a bajar los toldos de ese lado para no ser mojados por los golpes de mar. Y la lancha entra a poco en una extensa zona de agua fosforescente. Cada ola que se riza, se ilumina en la cresta, y Julio Pons, marinero, que junto con Gregorio y Segundo Casola, integran la tripulación de la barca, mete la mano en el agua y se le llena de «fosforillos», que es como llaman los marineros del norte a estas fosforescencias del mar. La mano empapada, aún fuera del agua, conserva por segundos partículas iluminadas de un azul eléctrico, como si fuera polvo de brillantes... Julio Pons me iba explicando lo frecuente que era el fenómeno en aquella parte del mar, sobre todo cuando llegaban las épocas de las grandes lluvias, cuando de pronto sacó rápidamente la mano del agua, se había acordado de los tiburones, que acostumbran a seguir las embarcaciones, y me hizo el cuento de la joven maestra que tuvo el gusto de mojarse la mano con el agua fresca

del mar y se la llevó de una mordida un tiburón que luego mataron...

La noche no tenía ni una nube hasta los cuatro horizontes, y el cielo se fue poblando de estrellas. Por las aguas negras, que se iban tranquilizando, la lancha avanzaba como un ciego que conociera bien el camino. Es realmente asombroso el instinto del rumbo que tienen estos marineros. Pero Gregorio Casola tenía ciertos rudimentos de orientación porque cuando nos pusimos a hablar de cómo lograban ellos orientarse en el mar, por la noche, me mostró la Polar y me dijo: «Aquí tenemos la Estrella del Norte y a la media noche sale por allí, la Estrella del Sur, y más tarde, cuando apareció Canopus centelleando sobre el filo de los manglares me la mostró como su Estrella del Sur.

La noche y el silencio llenaron de sueño la barca y unos se tiraron sobre el piso, otros en los bancos y sólo quedamos despiertos el patrón y yo. Fue entonces cuando Gregorio Casola, el viejo marino que viste de campesino, con guayabera y jipi, me hizo la narración de cómo sacó al coronel Mendieta de Cuba, llevándolo hasta el Faro Paredón después de la derrota de Caicaje, cuando las tropas menocalistas perseguían a todos los chambelones. Antonio González de Mendoza, Puente, Julio Cardoso y algunos más, cuenta Casola que tomaron la lancha «El Eugenio» en la playa Santa Gertrudis, próxima a Cunagua, y permanecieron en Faro Paredón ocho días, con la zozobra de la proximidad del cañonero, hasta que hubo cerca un barco de pesca en el que embarcó Mendieta... Gregorio Casola me pidió que contara este episodio a ver si llegaba hasta el Presidente, para recordarle a un hombre sencillo que una vez le prestó un gran favor.

Luego me fui a proa a gozar del placer de la noche, y estimulado por el gran silencio circundante, descubrí el intenso dramatismo de los paisajes sin historia, de esos lugares en donde no ha habido nunca ningún hecho brillante, ningún suceso digno de la página escrita. De esos sitios, en fin, en donde no ha habido más drama que el intenso drama

de la naturaleza; de toda esa costa, llena de tembladeras, refugio de los caimanes, de los majaes, de los jubos y las jutías; de esas aguas en donde, casi olvidado, el manatí ha podido supervivir y nadan las tortugas y los careyes; y de esas charcas cubiertas de ovas, donde viven las yaguasas y los guambás de lento aletear; de esos cayos donde reposan las negras corúas y las gaviotas blancas; de esos esteros de aguas casi inmóviles, en donde se hunden las jicoteas miedosas y en donde los mangles rojos descuelgan hacia las aguas sus tallos aéreos por millares, para clavarlos en el fango y que terminen de nuevo, y se hagan un bosque dentro de la misma agua, en un combate eterno por robarle algo al mar... De esos paisajes dramáticos del mar, en donde no ha habido naufragios, en donde sólo ha habido la lucha del pez tras el pez. De esos paisajes como el del cielo del mar de Chicola, en donde no ha habido más que la estrella para el marino y la luna para el pescador... Y pensé que sólo en la gran soledad del mar y del monte puede el hombre sentir esa misteriosa sensación, mezcla de angustia, y placer, por la que el hombre se siente ligado al drama infatigable de la naturaleza, como un elemento más de combate frente a las fuerzas desconocidas.

—¡Mire, cómo brilla el arado! —me dijo Casola, para sacarme de mi expectación ante el gran paisaje vacío de historia. Y en efecto, Orión imponía su real majestad en el cielo; el gran polígono estelar del invierno en torno al eje de Betelgeux era un espectáculo insólito; la Vía Láctea despojada, parecía el único celaje de la noche; al sur centelleaba Canopus en El Navío. Como una pequeña luna vibrante, rielaba sobre las aguas ya mansas de la Laguna de la Leche. Más tarde, para cambiar por completo el paisaje, la neblina fue levantando del mar y de nuevo la lancha se perdió en una oscuridad paradójicamente blanquecina. Y cuando penetrábamos al estero Arroyo Roble, un carbonero sacaba de madrugada su lancha cargada de sacos, con la fatiga de las palancas, y volaban los murciélagos intrigados, hasta el farol que colgaba de la proa de la «Aida»...

Por aguas todavía primitivas, donde los hombres usan las palancas, como en el período de los palafitos; donde el paludismo tiene su trono pálido, se pretende hacer un puerto de mar. Mejor dicho, se ha dado a Morón esta esperanza, para mientras tanto tomar a Chicola como un embarcadero propicio a todas las inmoralidades, aislado del mundo casi, puerta propicia para todos los contrabandos.

Pero el pueblo debe conocer en detalles los orígenes de la concesión de Chicola y expondré toda la historia empeñada para barrenar triunfalmente las leyes.

III

Chicola, ejemplo de subpuerto

No es asunto el referirse a la prohibición de privilegios por la constitución, porque como realmente no sabemos cuál constitución es la que nos rige, nada podemos argumentar en este sentido. El asunto debe, pues, circunscribirse a la constitución —más sólida— de los intereses de la economía nacional, y al peligro que representa el conceder privilegios con perjuicio evidente para ella.

Ya, por dos artículos sucesivos, se ha visto la gran soledad de lo que llaman pomposamente el Subpuerto de Chicola. Ningún centro urbano de relativa importancia le es próximo. Morón, de quien pretende ser puerto, le queda, más o menos a 40 kilómetros de navegación, a través de los esteros, canales y lagunas que he descrito y en todos los cuales los bajos fondos más que frecuentes, son constantes. Ni una cabaña, como no sea la de los carboneros, puede encontrarse en todo el trayecto. Ni un pueblecito por las costas.

Por esta gran soledad es que Chicola puede ser considerada como arquetipo de subpuerto. Y procede entonces recordar qué cosa es un subpuerto y cuáles son los gran-

des daños que su existencia puede causar, de donde se deduce con facilidad que, en efecto, constituyen privilegios monstruosos.

El subterfugio de los Falla

Cuba es, sin discusión, uno de los países del mundo más ricos en puertos naturales. Algunas de las bahías de la república son, como las de Antilla, Nuevitas, Caimanera y Cienfuegos, las más grandes del mundo. En total contamos con 26 puertos habilitados para el comercio de exportación, lo que en proporción a nuestras costas y al número de habitantes que marca el último censo, constituye un verdadero récord. Sin embargo, debe reconocerse que no hay una equitativa distribución geográfica de estos puertos. En el caso a que se refieren estos artículos, debe considerarse el hecho de que, en todo el Norte de la provincia de Camagüey, la segunda de Cuba en extensión, sólo existe un puerto: el de Nuevitas, situado además, próximo a la provincia de Oriente. ¿Quiere esta realidad decir que sea necesaria la creación de Chicola como subpuerto? Falso. En todo caso que se convierta a Morón —como sin duda habrá que hacerlo algún día— en distrito aduanero; que se gaste el dinero necesario para buscarle salida directa y rápida al mar a la Laguna de la Leche, en donde se han de preparar las dársenas que hagan falta, y de esa manera se habrá dotado a la provincia camagüeyana de una nueva e importante salida para sus productos, situada precisamente en los importantes centros productores de azúcar. Pero pretender por medio del engaño de Chicola hacer de Morón distrito aduanero, con su verdadera salida a mar abierto, nada menos que por Cayo Francés, próximo a Caibarién, es poco menos que una barbaridad y casi una utopía, como habré de demostrar cuando

* Véanse, en esta misma edición, los artículos dedicados a las ciudades de Morón, Nuevitas y Ciego de Ávila. (*N. del E.*)

me ocupe en breve de los problemas de Morón.* Pero de esta utopía, mientras tanto, se han de ir aprovechando los herederos de Laureano Falla Gutiérrez, dirigidos a la distancia por Viriato Gutiérrez, gran padraastro de Chicola, pues, en tanto se resuelvan los problemas de ingeniería cuya solución precisa para dotar a Morón de un puerto, el embarcadero de Chicola disfrutará del estupendo privilegio de sacar los azúcares de sus ingenios a un costo mínimo, y bajo una serie de condiciones tan propicias que muy pocos podrían obtener los mismos beneficios económicos que ellos, pertenecientes a la dorada aristocracia económica del machadato.

La trampa de los subpuertos

Para conocer cuánto significa de privilegio y de robo a la república Chicola, se debe hacer, aunque sea a la ligera, un recordatorio de lo que significa un subpuerto en un país tan rico en puertos verdaderos.

Un subpuerto no es otra cosa que un embarcadero situado en la soledad de la costa -ninguno acaso tan solitario como Chicola- enclavado en terrenos particulares y «construido» con el propósito prácticamente exclusivo de dar a estos particulares una oportunidad excepcional para exportar sus productos en condiciones privilegiadas. Esto es en sí un subpuerto. Pero esto, a su vez, entraña una serie de circunstancias dignas de ser conocidas.

Por lo pronto, no son ferrocarriles públicos, sino particulares, los que realizan el transporte de mercancías a estos embarcaderos; y estos ferrocarriles son servidos por un personal explotado al máximo (recuérdese que los subpuertos pertenecen a los latifundios azucareros, en donde el obrero es considerado siempre como una caña más para el trapi-che de la explotación) y que además, no disfruta del retiro ferroviario. A esto hay que añadir que el personal empleado pertenece a esa población flotante de los ingenios, que no arraiga, que mucha es extranjera y cuyos salarios —si algo

les queda— sale de Cuba, con detrimento de la economía nacional.

Esto, sin embargo, es sólo una parte de las irregularidades que facilitan los subpuertos. Por lo demás, ellos se prestan a toda clase de desvergüenzas. Aislados del mundo, sin más comunicación que la vía férrea que los une al central que los disfruta, los empleados que vigilan la carga y descarga de los mismos, dependen de la empresa y los contrabandos de toda índole, encuentran en ellos su más favorable campo, con lo que una cantidad considerable de pesos deja de ingresar en el tesoro de la República, por la vía de los impuestos y de otros derechos.

Los subpuertos incluyen la competencia

La serie de circunstancias que han quedado señaladas muestran con la mayor claridad lo siguiente: que ningún comerciante industrial podrá competir en precio con los que se abastezcan por medio de los subpuertos, dado el sinnúmero de ventajas de que estos disfrutaban, entre las cuales no es la menor el contrabando descarado que por ellos se hace. Existen además, razones puramente comerciales, derivadas de los beneficios que representan esas concesiones, y por las cuales la competencia es imposible. Por ejemplo: los barcos que llegan a los subpuertos para tomar cargamentos de azúcares, vienen fletados con ese exclusivo fin a llenar hasta el máximo sus bodegas, y por esa razón pueden conducir hasta sus muelles lotes de mercancía a un precio de transporte irrisorio, ya que esta conducción les representa una ganancia, a cualquier costo que se haga. Como es natural, este recurso es empleado siempre por los comerciantes que importan por los subpuertos, que así tienen que pagar por flete mucho menos que sus colegas, que lo hacen por los puertos oficiales. Y todo esto sin contar con algo que ya es lugar común en la historia de nuestra vida azucarera: el hecho de que un latifundio azucarero no permite la competencia y su

departamento comercial acaba por controlar, siempre, la extensa zona hasta donde llega su influencia económica. Así, de este modo, además de los beneficios que representan las importaciones a bajo costo de flete y de los contrabandos, los latifundios gozan de la rebaja que representa el importar grandes cantidades de mercancías, ya que pueden hacerlo, puesto que cuentan con el comprador obligado... Y de esta manera, sumando beneficios tras beneficios es como los latifundistas azucareros que han obtenido el regalo de un subpuerto, no sólo excluyen la competencia comercial en su zona, sino que llegan hasta a influenciar los contornos de la misma arrebatándoles compradores a los infelices comerciantes que tienen que poner precio más alto a sus mercancías, por tener que pagar por ellas mayores precios también.

Parece, después de todo lo apuntado, innecesario afirmar que los subpuertos son privilegios irritantes; pero el privilegio de Chicola merece el conocimiento al detalle, porque se trata de un privilegio repugnantemente machadista que el actual gobierno no acaba de echar abajo por razones realmente inexplicables para el pueblo de Cuba. Y para que el pueblo sepa en qué condiciones se concedió Chicola, relataré el proceso de la concesión de este subpuerto. De esta sencilla manera muchos se preguntarán qué razones detienen al gobierno para no retirarle los privilegios de una manera definitiva.

IV

Un regalo de Machado

El subpuerto de Chicola, como todos los otros, no es sino un intento de escape al pago de impuestos, jornales, transporte, etc., etc., en el afán de los poderosos de obtener cada vez ganancias mayores, aunque sea a cambio de hambres mayores también. Así, persiguiendo este propósito, los Falla

Gutiérrez, patroneados por el buen Viriato, al crear el Subpuerto de Chicola, enclavado en tierras propias y aislado del mundo, obtenían un embarque a un costo menor para sus azúcares de los centrales Adelaida y Patria, burlando las esperanzas de ganar algunos jornales a los obreros portuarios de Nuevitas y a los ferroviarios destinados a conducir hasta Puerto Tarafa los carros cargados de azúcar o de mieles. Quiere ello decir, que una buena cantidad de pesos dejaban de ser distribuidos en formas de jornales, para atiborrar las bolsas repletas de los Falla Gutiérrez, los que sacaban sus azúcares, por ferrocarriles propios, con obreros azucareros miserablemente retribuidos, y luego, por una conducción marítima barata, los llevaban hasta Cayo Francés, en donde eran definitivamente embarcados. De rechazo, Morón —que ahora ingenuamente es arrastrado tras Chicola—, deja de percibir los beneficios naturales que implica el paso de esos azúcares desde los centrales hasta Nuevitas, con la movilización del personal necesario.

Armando la trampa

Gracias a la buena documentación que posee en su escogido archivo nuestro Rafael Suárez Solís, puedo hoy exponer al público el desarrollo de la trampa tendida, para burlar, primero, las leyes de la República; después, los derechos de ciertas regiones y, por último, la oportunidad de comer a cientos de obreros.

Adelaida y Patria, propiedad de la sucesión de Laureano Falla Gutiérrez, contaba, durante el gobierno de Machado, con un Consejero poderosísimo; nada menos que Viriato Gutiérrez, cuya agudeza y habilidad sería cuestión de tomar en cuenta.

El 25 de mayo de 1931, cuando ya la desvergüenza del machadismo había llegado a su colmo y el asesinato de estudiantes y obreros era casi un placer de los caballeros porristas que actualmente son cebados, como puercos de

raza en las prisiones, el Presidente del Central Adelaida, Compañía Azucarera, S.A., dirigió al general Machado una instancia pidiéndole la autorización necesaria para emprender obras de urbanización, almacenes y muellaje, en el punto denominado Chicola, que se encuentra casi en el límite de las haciendas Punta Alegre y Sabana de la Mar, frente a la bahía de Buena Vista, en el término municipal de Morón, Distrito Aduanero Nuevitas, y, desde luego, (no está demás recordarlo) en la provincia de Camagüey.

El punto en que está enclavado Chicola he tratado de describirlo, pero estoy completamente seguro de que sólo una inspección ocular sería suficiente para que cualquiera se formara una idea cabal de lo que es aquel inmenso y salvaje manglar solitario. Sin embargo, aquel fue el punto escogido para solicitar el permiso de urbanización, muellaje y almacenes. En el fondo de esta aparente arbitrariedad, había una razón poderosa: ¡Viriato Gutiérrez!

Un expediente bien hecho

El 25 de mayo de 1931, los Falla presentaron al Presidente de la República la solicitud mencionada; dos días después, el 27 de mayo de 1931, pidieron a la Secretaría de Hacienda que habilitara el lugar de la Hacienda Sabanamar, frente a la Bahía de Buena Vista, como embarcadero, para utilizar en la industria y comercio de cabotaje, convirtiéndolo en puerto de interés local.

El término «puerto de interés local» no se crea que era una simple arbitrariedad sin sentido. Tenía tanto sentido y era tan poco arbitrario, que ocho meses después, cumplidas todas las «obligaciones» con los señores Congresistas, el 22 de enero de 1932, se promulgó una «Ley» muy escrupulosa por la cual quedaba autorizado «el honorable señor Presidente» para habilitar un puerto de interés local, en el lugar del Distrito Aduanero de Nuevitas que libremente decidirá, y el cual estaría facultado para el tráfico

de productos destinados a la exportación mediante trasbordo en puerto habilitado... ¿No se parece esto a aquellas famosas amnistías de articulado tan especial que al fin y al cabo, Arsenio Ortiz queda incluido en ellas?... Porque todas estas vueltas eran precisas, ya que la situación geográfica de Chicola así lo exigía.

Cuatro días después de promulgada esta ley y tres después de su inserción en la Gaceta Oficial, el 26 de enero de 1932, el Presidente del Central Adelaida, Compañía Azucarera, S.A., pidió a Machado que haciendo uso de los derechos que le concedía dicha «Ley» designara el Embarcadero de Chicola, como el punto favorecido con tal serie de privilegios, por más que fuera inaccesible al público, así geográfica como legalmente, ya que se encuentra situado en los terrenos de dicha compañía y sólo es posible llegar al mismo por el ferrocarril que está construido sobre el terraplén que cruza los manglares. El Presidente de la República, el magnánimo general Machado y Morales, tres días más tarde, el 29 de enero de 1932, lo concedió así, firmando el Decreto No. 133 que apareció en la Gaceta del 4 de febrero.

Pero el «toque final» de este «expediente bien hecho» ocurre cuando, en el 13 de octubre de 1932, casi nueve meses después de concedido el privilegio de Chicola y diecisiete meses después de presentada la solicitud de 25 de mayo de 1931, pidiendo permiso para realizar obras de muelles, almacenes y urbanización, en el mismo, el Presidente de la República accedió a esta solicitud. Es decir, que hasta que todo no estuvo bien asegurado, en lo absoluto se pensó en llevar a vías de hecho la realización de tales obras del «puerto de interés local».

El regalo de Machado

Y este es el regalo de Machado a los Falla Gutiérrez; un regalo casi de última hora, en el que pusieron «su granito

de arena» todos los resortes de su gobierno, desde Viriato Gutiérrez hasta el Gobernador de Camagüey, «sin dejar de hacer méritos» el Secretario de Hacienda, el de Obras Públicas y los señores representantes y senadores.

Este es el regalo del subpuerto de Chicola que Machado les hizo a los Falla Gutiérrez, violando la Ley Tarafa, en contra de los derechos de Nuevitas, en contra de los intereses de los obreros portuarios y ferrocarrileros de Camagüey, y, aun, en contra de los intereses de los demás centrales azucareros de la región, colocados, gracias al privilegio de Chicola, en posición desventajosa con respecto a los Falla Gutiérrez.

Pero no es esto lo peor. Lo peor es que, según palabras del propio alcalde de Morón, doctor Piña, a virtud de un informe que se atribuye al comandante Ulsiceno Franco Granero, en extremo favorable para Chicola, este subpuerto será una realidad, y el problema está en preguntarse: ¿el comandante Ulsiceno Franco Granero sabía que Chicola era una desvergonzada negociación machadista? Porque a los ojos de todo el pueblo de Cuba, resulta evidente que los machadistas «no tienen derecho» y si lo tienen «hay que arrancárselo», por lo que el comandante Franco Granero, integrante de un gobierno «revolucionario», carece de derecho ante el pueblo de Cuba, para informar a favor de una desvergüenza del machadato... Y si no sabía que Chicola era esto -un privilegio logrado por la raposería de Viriato Gutiérrez-, ya lo sabe desde hoy, cuando a un simple repórter de Ahora le ha sido tan fácil descubrir ante el público la verdad de uno de los sucios manejos de aquel régimen.

Pero no es sólo al comandante Franco Granero, de ser él el autor del informe, a quien hay que culpar por haberse mostrado partidario de que se mantuviera en pie una concesión machadista. Por brillante que sea su trabajo, por elocuentes que sean sus razones, él solo nunca hubiera logrado una atmósfera oficial tan favorable como para que el Alcalde de Morón -y con él buena parte del Comité Pro Obras Públicas- al formular su protesta por ese informe, se en-

contraran con que iba a ser punto menos que imposible el impedir la aprobación del privilegio machadista, ya que el ambiente oficial captado por ellos, presagiaba tal cosa.

El comandante Franco Granero, como quien dice, acaba de llegar a la vida pública del país, y no puede estar todavía en el secreto de los numerosos resortes que hay que mover en un caso como este, en que se sabe de antemano, que la repulsa de todo el país se va a poner de manifiesto. El verdadero promotor de esta prolongación del machadato en los tiempos de Mendieta, lo es el coronel y doctor Laredo Bru, Consejero de Estado y abogado de Laureano Falla Gutiérrez, desde que fue Registrador de la Propiedad de Cienfuegos, y ahora de la Sucesión de Falla Gutiérrez, en que precisamente por su condición de abogado de tales intereses -intereses llenos de sangre y de ignominia, por lo demás- a pesar de que Chicola no es más que un regalo de Machado hecho a Viriato Gutiérrez, precisamente en los tiempos en que la Bestia asesinaba a más y mejor. Y no se explica de otra manera que se mantenga en pie la concesión, en tiempos revolucionarios, cuando todo lo que fuera machadista debe destruirse, sencillamente porque los machadistas no tienen derecho sobre nada y, si lo tienen, hay que arrancárselo.

El rumor popular, acostumbrado a admitir lo peor, habla ya de dinero repartido por los Falla Gutiérrez para obtener, en definitiva, la concesión. Ninguna oportunidad mejor que esta para exponer, públicamente, la opinión que sobre Chicola tienen tanto el doctor Federico Laredo Bru, Consejero de Estado y Ulsiceno Franco Granero, comandante del Ejército Constitucional de la República, acusados de ser partidarios de esa concesión machadista. No harán con ello nada nuevo, porque el propio coronel Fulgencio Batista, a presencia de todos los delegados de Nuevitas, declaró textualmente que él era «un opinante más en contra de Chicola».

OTROS REPORTAJES

La Habana, ciudad de los kilos*

KILOPÓPULIS pudiera llamarse hoy La Habana. En las vidrieras ya no hay zapatos de quince pesos; ni en los teatros hay ópera; ni en el hipódromo corren los Cromwell ni los Drs. Clark. Ya los puestos de fritura no son sólo de chinos; ni las corbatas las venden sólo los polacos; ni las bodeguitas son sólo de españoles. Ya los habaneros arrogantes y lustrosos de hace apenas unos años, se visten con harapos; ya la ciudad de San Cristóbal de La Habana ha perdido su fabuloso prestigio de riqueza. Pero al pasar al estado de miseria, en lugar de, como un noble arruinado, conservar ese aire de dignidad característico en otras ciudades venidas a menos, su vitalidad extraordinaria ha encontrado nueva manera de manifestarse, más típica aún, y la ciudad que especuló en un tiempo con millones hoy lo hace con centavos con el mismo ardor de siempre... Y el mismo aire burlón de todos los tiempos; y hay un poco más de color y de ironía en la ciudad. Los comerciantes en «kilos». El guarapo reivindicado por la miseria. El «pru», panacea estomacal. Un vendedor de vianda que usa bombín. Una marquesa que ha incluido el signo de centavo en su escudo.

* Ahora 1º de julio de 1934, magazine dominical, p. 1.

Una vez, cuando yo era muchacho, me hicieron el cuento de un inmigrante que al desembarcar por los muelles de La Habana, se encontró un peso y no se agachó a recogerlo porque pensó que muy pronto se encontraría onzas de oro y no valía la pena molestarse por un modesto peso plata...

Después de aquel cuento, me hicieron muchísimos más que, aunque no tan fantásticos, hablaban de apuestas de cientos de «centenes», de riquezas insolentes, de rastacuerismos insignes...

Más tarde sucedió aquello que yo puedo perfectamente recordar, de los trenes para los cuales había que sacar boleto con anticipación de las noches de Caruso a no sé cuantos pesos la luneta; de las carreras de caballos con el hipódromo lleno; de los pelotaris con sueldos de cinco mil pesos; de los millones danzando en vértigo loco de la ruleta del Casino...

Esa fue La Habana, la risueña ciudad cuyos despreciativos habitantes pagaban un peso por pelarse y una peseta porque le dieran lustre a sus zapatos...

Esa fue La Habana, la ciudad pimpante, que pagó a Caruso, a Lázaro, a Martinelli, Tita-Ruffo y a la Bori; la que oyó tronar sobre la pista los carros fulminantes de Ralph de Palma, Peter de Paolo, Chevrolet e Ira de Vail; la que tuvo el puerto más próspero que Hamburgo o El Havre; la que fue más rica que New York y más derrochadora que París... ¡Esa fue La Habana!...

La insolencia de ayer y el hambre de hoy

Hoy, ¿qué sucedería si, por singular milagro, un habanero de hace quince años, cuyo rostro no hubiera variado lo más mínimo a pesar del tiempo, se retratase ahora y contemplase su fotografía actual comparándola con otra de entonces?

Los mismos ojos, la misma boca, idéntico perfil... A caso hasta la misma sonrisa burlona... Pero algo, algo como

una sombra, más que imperceptible inexplicable, diferenciaría los dos retratos...

Aquel aire insolente ya no existe, aquel desprecio por lo que no fuera oro, seda y diamante se acabó. ¡Hoy, el hambre larga y lenta volvió más humilde las caras; hoy el nickel minúsculo de los «kilos» y el cobre sucio de los centavos americanos tienen la elocuencia conmovedora de la posibilidad de comer!...

El «kilo», dólar de La Habana

En aquel tiempo de antes, los presupuestos nacionales y los empréstitos tenían arrogancias astronómicas: \$100 000 000,00; en los bancos, las máquinas de sumar sentían la asfixia del cansancio; hoy nuestros empréstitos vienen a ser como donaciones de millonario yanqui para fundaciones de caridad y el lápiz de sumar le dura un año a los tenedores de libros...

La ciudad que tuvo como unidad monetaria la onza y el centén ha descendido hasta el nivel primario del «kilo» y hoy nada de lo elemental vale más de unos pocos centavos, desde la comida hasta el refresco; desde el tabaco a la mujer...

Y en medio de la ciudad depauperada, acentuando la ruina del pueblo hambriento, emerge el gigantesco Capitolio, que de vez en cuando, cada vez que hay nuevo presidente, ilumina las distancias anunciando que «la patria» está de fiesta...

El peso del inmigrante...

Vamos a suponer dos imposibles: primero, que a La Habana llegue ahora un inmigrante; segundo, que al desembarcar se encuentre sobre el muelle la estrella plateada de un peso. Naturalmente, que de cumplirse ambas hipótesis, sucedería sin remedio que esta vez el inmigrante sí se agacharía para recoger ávidamente la moneda en un tiempo despreciable por inferior. ¿Y entonces?

¡Ah!... Entonces, si el inmigrante tiene sentido de la realidad y espíritu de empresa, pues con esa suma fabulosa — ¡cien veces un centavo!...— pondrá los cimientos de alguna notable fortuna...

Por lo pronto, con un peso puede abrirse hoy un establecimiento!... Vamos a suponer, por ejemplo, que se trata de «un establecimiento» de refrescos. Dos latones de gas o aceite, bien soldados con sus espitas: medio peso (los latones se consiguen en las bodegas a real, las espitas se compran en un rastro y el hojalatero, por un nickel «acaba» el recipiente). Después, agua de Vento y una arroba de hielo.

Después, tres vasos y un cartucho de limones... Después, ¡sobra lo menos una peseta para comer ese día y para dormir!... Sin contar con las ganancias, porque situado el establecimiento en una buena esquina, pues se pueden vender un par de pesos de vasitos de limonada... A la semana de negocio, pues casi que se podrían sustituir los latones por botellones transparentes y en uno poner limón, y en otro piña y en otro melón... El público, teniendo donde escoger, acude en mayor número y ya son, a la noche, tres, cuatro y cinco pesos de venta... Y el día menos pensado, cuando ya se han reunido unos cuantos pesos, se adquiere un reluciente trapiche, y en la misma esquina o en un zaguán de poco precio «el ingenio» comienza a triturar caña «piojota», informándosele al público, desde luego, que se trata de la mejor caña «cristalina»... Ya la fortuna va sobre ruedas... ¡Del trapiche al central no hay más que un paso!... ¿Acaso ha habido más de un paso del Central Jaronú al trapichito de zaguán?... ¡Oh sueño estupendo del peso hipotético del inmigrante imaginario!...

Verdadero valor de un centavo

La miseria ha reivindicado al centavo como la físico-química ha reivindicado al átomo. El centavo, átomo sucio de la economía, por el «bombardeo» continuo del hambre ha llegado a relucir como el oro.

Antes los centavos eran los regalos para los muchachos; ¡hoy los centavos son el pago del trabajo de los hombres!... ¡Ya hasta a Presidio se va por culpa de los centavos!

(El otro día apuñalearon a hombre para quitarle dos centavos...)

Y, sin embargo, como podría atestiguar cualquier sesudo economista, no es que el centavo haya aumentado de valor y de prestigio. Es que todo se ha desprestigiado, desvalorizado.

Por ejemplo: ¿qué es lo que vale la comida de un hombre? En la fonda de chinos, por cinco centavos dan arroz y frijoles negros (con derecho a echarle aceite). Por dos centavos más hay pan. Y ponen un vaso grande con agua fría y al final se puede pedir un poco de te hirviendo. A la salida, en un puesto, se puede vitaminizar el organismo comiéndose los tres kilos que sobran del real en frutas, plátanos y piñas o mangos.

Más tarde, a la hora de mayor calor, se puede tomar un vaso de guarapo o de limonada. Y hasta se puede repetir un poco más tarde, por cualquier lugar de La Habana que se esté.

El problema de la casa necesita ya un poco de capacidad combativa, porque, realmente, resulta un poco caro eso de pagar diez, quince y hasta veinte centavos por una cama y lo más práctico resulta gestionar un alojamiento gratuito, o en los hornos del Antiguo Tejar Matos, o en la casa que fue de Wifredo Fernández o en la de Averhoff, o en las cavernas de la calle 23, o en el Reparto Las Yaguas. En todos estos lugares se vive en una promiscuidad deliciosa, con el ambiente perpetuamente animado de chillidos y olores y, además, no hay que pagar absolutamente nada. Gracias a esto, las ganancias del día pueden guardarse íntegras, lo mismo que las pérdidas.

La casa y la comida han sido resueltas satisfactoriamente. De la clásica «trinidad», «casa, comida y ropa limpia», sólo nos resta solucionar ésta última. Pero en el fondo este no es problema, en primer lugar, porque casi nadie usa ya ropa limpia; y en segundo lugar porque un poco de agua y

otro de sol nunca faltan para lavar y secar la ropa. Además, para las capas sociales «pudientes», existen los establecimientos de «polacos» en los que todo se consigue siempre «por la mitad de su precio»...

A correr la rumba con un peso...

Pero podemos hacer una prueba absoluta de todo lo que vale hoy un centavo con sólo seguir con el pensamiento al inmigrante imaginario que se encontrara el hipotético peso, y que resultara al efecto un tipo desprendido y derrochador...

Antes un hombre como él, necesitaría cien pesos para correr la rumba. Pero hoy con cien centavos es suficiente.

Por lo pronto, para cambiar el peso, le echa dos kilos al mar a los muchachos de la bahía; luego, incitado por la frescura del carrito de cristal se come un pedazo de piña... ¡El bolsillo le suena como el de un conductor de guagua!...

Al pasar por Consulado los manteles relucientes de un «chop suey» lo deciden a comer algo. Una lengua con papas. Un poco de arroz blanco. Una copa de laguer. Pan. ¡Diecisiete centavos!... Y en la esquina, para probar un vaso frío de «guarapiña»...

Paseo por Prado al anochecer. La estatua del Apóstol. El Centro Asturiano y el Centro Gallego... Un periódico de a kilo... Música frente al Capitolio. Son y carioca de gratis... Un cine, diez centavos, con tiros de Tom Mix y besos de Joan Crawford...

En la penumbra, muchachas ambiguas, pintadas y flacas. En la pantalla, primero, audacias del cowboy y después besos espeluznantes de la estrella. Roces sutiles. Efervescencia de la aventura amorosa...

Luego, la calle, las vidrieras, las muchachas solas, con la cartera bajo el brazo, en busca de abordaje!...

¿Qué vale hoy una muchacha en La Habana?... Por Monte y Pila, ¡desde diez centavos, hasta cuarenta!... Por San Rafael y Neptuno, ¡desde cuarenta hasta un peso!...

Todas, además, perfectamente bacilíferas. Y la culpa no es de nadie. Antes lo fue del dollar, cuando el dollar era poco y hoy lo es del centavo, cuando el centavo es mucho... Por lo demás, «perseguidoras», bombas y arcos triunfales... Y hay que reconocer que son más elegantes y más costosos que los «farolitos chinos»... Más aparte aún, doce presidentes y cuatrocientos secretarios de despacho y el reflector del Capitolio...

¿Qué vale una mujer, frente al Capitolio?... Para un habanero conocedor, cincuenta centavos... ¡Hasta un peso para el extranjero ingenuo!...

Pues bien, nuestro hombre se presta al abordaje. La «rumba» debe ser completa, Cuarenta centavos!... Más luego, la cama reparadora, el laguer, el ácaro barrenador de la sarna... y el compañero de cuarto de posada que da el «madrugón» y se lleva los «kilos» sobrantes!... ¡Todavía sigue siendo La Habana, la ciudad alegre y confiada!...

Topografía del «kilo»

Pero procede hacer algo práctico, algo así como una especie de guía para el visitante millonario que pretenda gastarse un peso en un día. Porque, indiscutiblemente, se necesita tener a mano recursos geográficos para poder gastarse un peso a gusto.

Por lo pronto, si es la hora de la mañana, el mejor lugar será el «mercado libre» de Carlos Tercero, que comienza en la misma esquina de Belascoaín, y que se va extendiendo hasta casi el Hospital Freyre de Andrade, por donde vienen a quedar los «rastros» en donde al que se le haya roto una pila en su casa puede comprarse otra por un nickel.

Sin embargo, el prestigio de este mercado libre, viene a ser sólo matutino en gran parte, porque, con el mediodía, los vendedores de viandas casi desaparecen y sólo quedan los puestos de refrescos y algunos de frutas.

En cambio, en la calle Monte, sobre todo en determinados puntos de concentración, es una verdadera Bolsa de los Centavos. Los «polacos», que fueron los embajadores de lo barato, hoy sienten la angustia de ver ante sus puertas los puestos de criollos que también venden collares, pulsos, peines y sortijas por cualquier cosa. Como la calle de Monte, la de Egido, la de Zulueta, y en algunas otras, se han convertido también en un desfile de establecimientos ambulantes, muchos de los cuales, para vergüenza de los Ten Cents de Woolworth no tienen mercancía de un precio mayor del centavo. A los tranvías y las guaguas los toman por asalto muchachos harapientos y simpáticos que venden cinco lápices, una libreta de bolsillo, dulces y panqués; sandwichitos...

Un inventor

Entre los explotadores del negocio del guarapo, el más original de La Habana lo es Fernando Fernández Riera, que de auxiliar del Jefe de Fabricación del Central Adela ha venido a parar en inventor del trapiche ambulante Guarapiña, que dispone de unas copas cónicas de a kilo y que ha instalado su triturador de caña a bordo de un Oakland, al que desmonta una rueda y la convierte en transmisora continua.

El negocio le va bien. El público es amigo de lo excepcional y le interesa ver una máquina coja que muele caña. Además, está limpio el establecimiento. Y, cuando el público se cansa de ver la máquina-trapiche en una esquina, pues le vuelve a montar la rueda. Hace poco estaba frente al Cementerio...

Pero Fernando Fernández Riera, es hombre de ideas. El día menos pensado reúne un puñado de pesos. Dice que el que se dedica de veras al negocio del guarapo le puede sacar algún dinero. Ahora, para aumentar la importancia de su industria y hacerla más variada, va a construir una Casita

Criolla y un ingenito, un central en miniatura, para simular todo el proceso de la elaboración del azúcar. Uno de estos establecimientos lo pondrá en el Parque Maceo, donde por las tardes acuden cientos de chiquillos.

Y así, el siglo menos pensado, este animoso inventor logrará que el ciclo histórico se complete: del trapiche rudimentario al central fabulosamente complicado; de este, de nuevo, el modesto trapiche de guarapo, para, paso a paso, por el esfuerzo intelectual y constante llegará a devolver esplendor a la industria azucarera.

Pru vs. guarapo

El guarapo ha conquistado La Habana. Pero Santiago de Cuba hace muchos años que es súbdita fiel del pru, sabrosísimo refresco hecho de la raíz de varias plantas, entre ellas el jaboncillo, y al que los orientales siempre han atribuido estupendas propiedades estomacales. En Santiago, mucha gente sólo se desayuna con pru. Y el pru ha invadido La Habana ofreciéndole batalla al guarapo.

Por lo pronto Ricardo García, «conocido por Paquito», ha puesto su estandarte oriental en el mercado libre de Carlos Tercero, y a kilo el vaso se propone dejar a La Habana sin un solo estómago enfermo. Como muestra de la potencia del pru, destapa una botella y el tapón salta como el de su aristocrático colega el champán... Ya vende dos y trescientos vasitos...

Un estrategia del guarapo

Eladio Pérez no es un inventor, pero sí un estratega. Su trapiche se titula Central Aire Libre, y confiesa que «un día con otro puede hacer seis u ocho pesos»... El secreto es muy sencillo: Está en primera fila. Todo el que pase por Belascoaín, Reina y Carlos Tercero, tropieza con su industria, y como hace tanto calor...

Un comerciante pesimista

Valentín Ramos es un viejo español que usa una boina negra. Parece que no encontró puesto en el «mercado libre» y vino a poner su «establecimiento» en la esquina de Reina y Amistad, a la salida del Edificio Aldama... Aunque parezca raro, la esquina «no es buena, señor». Él para probar, tiene nada menos que tres ventas y un chiquito que le ayuda. Vende dulces, café y tabaco. A su lado, Manuel Graña en un par de latones reparte vasos de limonada a centavos, pero no logra vender los dos latones. «Ayer sólo hice cuarenta y pico de vasos...» Y es que no entiendo el negocio. Ha colocado su puesto de refrescos a la sombra de los árboles. Así gasta menos hielo, pero vende menos vasos.

Un bombín por un «nicasio»

Santiago Toca es un negro que usa un bombín reluciente de [mutilado] para vender viandas al detalle. Le da, en efecto, un aspecto de seriedad muy cómica. Tiene instalada su tienda sobre dos cajones.

Parece casi un magistrado del Tribunal Supremo que, al convertirse en comerciante, hubiera conservado la solemnidad de la justicia. A la derecha tiene una balanza de rastro.

Sus informes son tan socarrones como su cara: «Esto es como el juego de bolas, que sube y baja...»

Pero lo interesante es su bombín más negro que él mismo. Está en perfecto estado y sólo le costó «un nicasio», que le dio a un muchacho por él.

Blanca Arellano, rival de los chinos

Blanca Arellano es una muchacha joven que ha decidido cocinar al aire libre. Por lo pronto, no tiene jefe. Y cocina frituras y bollitos con la misma maestría que cualquier chino misterioso... Sin embargo, parece que por ser verano a la

gente no le gusta lo caliente y prefiere los refrescos. Ni siquiera los sabrosos tamales tienen mucha aceptación...

La marquesa ridícula

Pero en el puesto de Blanca Arellano un chofer de guagua, según parece «académico de número» del Mercado Libre, me hizo un relato estupendo. Me dijo:

«Usted ve todo esto que hay aquí, que es de a kilo nada más... Bueno, pues aquí viene todos los días en Packard una marquesa no sé cuantos, con un chofer con polainas, que es más rica que todos nosotros... Ayer mismo devolvió creo que tres libras de papas porque estaban mal pesadas... Y vino desde el Vedado a devolver las tres libras con su Packard y con su chofer... ¡Ah!... Bueno, yo no sé como hay gente así!...

Y dio la casualidad que la señora Marquesa del Mercado Libre, pasó con su máquina y su chofer en aquel momento, salvándose del recuerdo de la posteridad, gracias a que «KIKO» había disparado ya su última plancha sobre los buñuelos de Blanca Arellano...

Bueno, más vale así, dijo esta...

Una «brava de los Falla Gutiérrez»*

Un defensor de los Falla

Un señor, Luis Amado Francés, con ocasión de un artículo mío titulado «Un regalo de Machado» publicado en una serie de ellos sobre el subpuerto de Chicola, publicó hace poco en la ciudad de Camagüey un manifiesto tremendo en el cual, modestamente, reconocía mi ignorancia sobre los problemas de Chicola y mi escasa personalidad revolucionaria, ya que yo, sin duda, no he llegado a adquirir la necesaria para compararme con el Consejo de Estado, el Consejo de Secretarios, ni el señor Luis Amado Francés. Porque en dicho manifiesto, este señor ofrece una hoja revolucionaria de tal calidad, que, un poquito más, y llega hasta la época de los girondinos!..

Asombrado de no haber oído hablar antes de semejante valor revolucionario, acudí a la Enciclopedia Británica, primero, y después a la Hispanoamericana, a Salvat, al Espasa y, por último, al Pequeño Larousse Ilustrado, sin poder dar con el preclaro nombre del señor Luis Amado Francés... Pero todo lo atribuí a la envidia y a la intriga, y, entonces me puse a interrogar sobre la personalidad conspicua del señor Luis Amado Francés a diferentes elementos, revolucionarios y «revolucionarios». Los comunistas no lo conocen; miembros de la Confederación Nacional Obrera de

* *Ahora* [La Habana], jueves 20 de diciembre de 1934, pp. 1, 4.

Cuba, tampoco lo conocen; los guiteristas, tampoco; ni los auténticos; ni los abecedarios, ni los agrarios... A quienes únicamente no interrogué fue a los machadistas, por temor a que se descubrieran mis antiguas relaciones con ellos, como insinúa elegantemente en su bello manifiesto el señor Amado, ya que según él, yo también me he bañado en el Jordán de la Revolución, para limpiar las culpas de mi antigua adhesión al noble general Machado!... Pero está visto que en el mundo todo es cuestión de suerte; mientras al señor Amado nadie lo conoce, a pesar de su titánica labor revolucionaria, a mí en cambio, antiguo machadista, me estiman o me odian —que viene a ser lo mismo a los efectos del conocimiento— las principales figuras del comunismo, del guiterismo, del autenticismo; del abeceísmo y del agrarismo; y todo ello a pesar de haber figurado yo en las más selectas listas de Calvo, Ainciart, Carrera y Trujillo, junto con otros conocidos «porristas» tales como Trejo, Mella, Gabriel Barceló, Alpizar, Rubén León, Valdés Daussá, Sánchez Arango, Pendás; Pío Álvarez, Ramón Miyar, Chacho Hidalgo, etcétera, etcétera, muchos de los cuales tuvo la fortuna el señor Amado de que los mataran a tiempo, porque si no, ahora, siempre «porristas», estarían al lado mío y frente al señor Amado, esto es, frente a los Falla Gutiérrez, insignes ladrones de tierras, ahijados de Machado, dueños de Chicola y eternos barrenadores de la ley en beneficio propio...

Mas, siempre hay una oportunidad para el que busca y, cuando yo creía que nadie me podría informar sobre el señor Luis Amado Francés, un viejo repórter de policía me dijo: «Muchacho... si quieres enterarte de quién es Luis Amado Francés, ve a la Jefatura de Policía y allí te informarán bien de quién se trata...» Y allá iré, en breve, para averiguar la razón por la cual el señor Luis Amado Francés, pone su empeño en defender a los ladrones de tierra, a quienes corresponde la interesante «anécdota», que narro a continuación.

Una mujer y doce hijos

Alguien, al conocer que se me había atacado por atacar a los Falla Gutiérrez —cosa muy natural, desde luego— me proporcionó la oportunidad de informar al público sobre un caso concreto de atropello iniciado perpetrado por los Falla Gutiérrez. Y me llevaron a una de las casas del «Ejército de Salvación» en donde están asilados los indigentes «que han tenido suerte» y pueden comer allí de limosna...

En una de esas casas está refugiada, y protegida contra el hambre total María Blanco Caballero, cuyo marido, antes de morir, tenía unas tres caballerías de tierra que tiraban caña del central Patria, hermano siamés del Adelaida y propiedad ambos de los Falla Gutiérrez.

María Blanco Caballero estaba casada con José Oliva Sánchez, un laborioso campesino, que luchaba infatigablemente por sacar adelante los recursos que le hacían falta para atender a una prole de doce hijos, afrontando la mala situación económica, la baja del azúcar y la voracidad de don Miguel Falla Gutiérrez. Pero un día se murió de repente cuando ya tenía una de sus dos pequeñas colonias casi perdidas y entonces cayeron sobre la mujer, indefensa, los Falla Gutiérrez. Ella misma va a relatar a los lectores de *Ahora*, cómo le arrebataron su pedacito de tierra, cómo le dieron la «brava legal» y cómo la lanzaron a pasar hambre por los caminos, en unión de sus doce hijos, uno de los cuales se le murió hace poco en el Campamento de Indigentes de Tiscornia.

Los «procedimientos» de Don Miguel

Don Miguel Falla Gutiérrez es hermano de don Laureano Falla Gutiérrez. Esto, a primera vista, no quiere decir nada y por eso es que precede al relato que me hizo María Blanca Caballero, que tiene once hijitos vivos, «regados» en distintos lugares, y uno que ya se le murió.

Cuando ella se quedó viuda, don Miguel Falla vio que sería más fácil el obtener las tierras que le hacían falta y para ello promovió ante el Juzgado el correspondiente juicio por reconocimiento de deudas de su esposo. Pero la mujer se negó a reconocer deudas que no conocía. Y entonces sucedió que don Miguel se personó en su casa y le ofreció \$500.00 para que accediera a «terminar» aquel asunto. La mujer se dio cuenta que con esos 500 pesos —que a lo mejor tampoco le darían— iban a terminar sus oportunidades de sacar adelante sus tierras y le dijo a don Miguel Falla:

—Ni mi firma ni la cara de Dios las ve usted nunca!...

—Sí, ya sé que eres más «larga» de lo que me figuraba —le respondió—. Pero te va a comer el aura conmigo... ¡Y tengo muchos miles de pesos para hacerte desaparecer de todo esto!...

En este diálogo violentísimo, que recuerda palabra a palabra, María Blanca Caballero, se decidió su suerte.

Poco después, cuando estaba en su casa en la compañía de sus dos hijitos Froylán y Merardo Oliva, de ocho y seis años respectivamente, se le aparecieron, el inspector de las colonias, Pino, y Pedro López y Pedro Gros, y brutalmente, le hicieron poner las huellas digitales de los cinco dedos de su mano derecha, sobre un papel de un texto breve. La pobre resistencia física de la mujer no pudo nada ante la fuerza de los tres hombres. Terminada la «firma de la escritura», María Blanca Caballero se echó a llorar; su pequeño Froylán, se le arrimó a las faldas y Merardo huyó, lleno de miedo, para la cocina de la casa...

En ese momento de vergüenza que debe existir en los hombres cuando realizan algún acto indigno, el propio inspector Pino, se dirigió a los otros dos y les dijo: «Esto que hemos hecho es un acto criminal... Si algún día alguien le abre los ojos a esta mujer, iríamos a parar a presidio... Luego, dirigiéndose a la mujer, le dijo: «No llore, señora... usted sabe que esto no lo hacemos por nuestro gusto...»

«Y yo no los culpo mayormente a ellos» —dice María Blanca Caballero— «porque a ellos los mandaba Don Mi-

guel, que era el amo de todo aquello y nadie se le resistía...»

Este es el caso sencillo de la pobre mujer despojada de su pedazo de tierra, y lanzada a la miseria con sus doce hijos, uno de los cuales se le murió ya...

Lanzada a la miseria, porque aquel día, cuando le hicieron poner sus huellas digitales en un papel cuyo texto no conoce, Pino, el inspector, le dio QUINCE PESOS, para «cogiera el camino»...

Y este caso sencillo está ahora en manos de la justicia... porque resulta que María Blanco Caballero, no tenía necesidad *de poner sus huellas digitales*, puesto que sabía firmar con todo su nombre, como le había enseñado su pobre marido.

Y ya tiene aquí el señor Luis Amado Francés una de las pruebas de por qué me opongo a toda concesión a los Falla Gutiérrez. Si Chicola algún día fuera una necesidad vital para Caibarién, que se habilite a Chicola, pero que se vote de allí a los Falla Gutiérrez.

El regreso a la municipalidad. Morón*

I

La enseñanza de un viaje

En el reciente viaje que di por las provincias orientales —las más maltratadas de Cuba; las que más aporte han ofrecido a las luchas revolucionarias y las que más dinero han dado para el bienestar del país—, pude captar una realidad impresionante: los municipios vuelven por su libertad. Para un gobernante cretino al uso, esto puede ser que no quiera decir mucho. Pero ello quiere decir ya lo siguiente: en la provincia de Oriente, que por sí sola es la tercera parte de la República, un movimiento federalista cobra cada vez mayor vigor. Oriente quiere su independencia económica; no quiere seguir siendo explotado por una República, casi hecha por ella, y que con tan poco le ha pagado. Y Oriente tiene razón, y, como siempre a través de la historia, acabará por obtener lo que desea. No hay en esta campaña federalista más que un error, que es exterior, pero que puede llegar a tomar caracteres de cierta gravedad. Oriente cree que su mal lo debe a la preeminencia de La Habana. Hay un fondo de regionalismo cul-

* *Ahora*, La Habana, 23 y 29 de diciembre de 1934, pp. 1, 11 y 1, 4.

pable y tonto en esto. La culpa verdadera del abandono de aquella región tan rica hay que cargarla a los propios representantes que ella ha tenido en los distintos gobiernos de la República.

La gran mayoría de estos representantes de Oriente, estimulados por la distancia y por la seguridad de disfrutar el poder durante años, se olvidaron de los deberes que tenían. Una fiscalización más directa de sus enviados hubiera evitado gran parte de los males. Pero, desde luego, Oriente luchará por su independencia económica y lo logrará.

Y en cuanto a Camagüey, aunque el movimiento no ha llegado a tomar tal magnitud, ya se manifiesta con toda claridad el retorno de los municipios por la demanda de sus derechos; algo que puede titularse el regreso de los comuneros. Nuevitas, Ciego de Ávila, Camagüey, Morón y otros pueblos, demandan, exigen los beneficios que necesitan. Como antes se hacía por un candidato cualquiera, hoy los pueblos hacen propaganda por sus anhelos y el cumplimiento de sus necesidades. Hoy, para ellos una carretera es un candidato; una escuela es un candidato. Y por ellos lucharán. Y Nuevitas tendrá carretera, Morón, puerto y Camagüey alcantarillado.

Entrevista con el Alcalde de Morón

Cuando estuve en Morón para hacer investigaciones alrededor de todo lo relativo a Chicola, entrevisté al Alcalde de aquella ciudad doctor Pina, quien, a su vez es el Presidente del Comité Pro Obras Públicas, integrado por los principales vecinos, y cuyos propósitos están proclamados en el cartel que se ve por donde quiera: «¡Para no perecer Morón y su término piden carreteras y puerto público!»

Del Alcalde de Morón me interesaba sobre todo una respuesta ¿Por qué causa Morón, que primero se había manifestado decisivamente en contra de Chicola, acaba de pronunciarse a favor de este subpuerto?

La respuesta fue categórica: El Alcalde me dijo:

—Mi primer acto al ocupar la Alcaldía consistió en dirigirla un telegrama al Secretario de la Presidencia —29 de septiembre de 1934— expresándole el sentimiento popular en contra de Chicola. Luego, sin embargo, vino el informe del comandante Franco Granero, favorable a Chicola, y ante la impresión, adversa para nosotros, que produjo en los círculos oficiales este informe, comprobamos que íbamos a librar una batalla muy difícil. Se nos dijo: «Chicola va de todos modos...» En estas condiciones se nos ofreció una esperanza a la cual nos hemos aferrado y por la cual luchamos: Se nos aseguró que Chicola podía pasar a ser el puerto de Morón, de modo que dejaría de ser una concesión privada para convertirse en un puerto de servicio público. Y hoy Morón es partidario de Chicola, con la intención de convertirlo en su puerto. Además, se nos ha ofrecido por los propios Falla Gutiérrez la cantidad de 40 000 pesos para las obras de dragado necesarias a fin de habilitar el puerto.

Estas son las declaraciones del alcalde de Morón, doctor Pina. Desde luego que parecen de un optimismo ingenuo, por cuanto no será tan fácil que los Falla Gutiérrez, que han sabido movilizar a su favor un organismo que pretende representar los intereses de toda una ciudad, utilizando para ello habilidoso argumento, vayan luego, una vez conseguida de manera definitiva la concesión, a dejársela arrebatar para cederla «generosamente», para el servicio público...

Y, para dar razones numéricas, voy a ofrecer algunos datos sobre lo que podría ser el puerto de Morón, tal como se planea, y lo que costaría realizarlo.

El puerto de Morón

Parece por demás evidente la necesidad comercial de un puerto a la altura de Morón. Pero la naturaleza se lo ha negado. La provincia de Camagüey no tiene en realidad más que un puerto, el de Nuevitas, el que, por compensa-

ción, fragmentado, daría bien una docena de hermosas bahías.

Pero la necesidad comercial todo lo puede. Morón necesita un puerto porque ha llegado a convertirse en un rico centro de producción, el que ha de aumentar aún su riqueza y su población. Además, Morón necesita un puerto para escapar a la explotación ya legendaria de los Ferrocarriles Consolidados, que han tomado a la provincia de Camagüey como la «gallina de los huevos de oro» de la fábula, y la están matando. Ahora bien, ¿significa esto que ha de ser Chicola el puerto de Morón? Yo recorrí todos aquellos lugares y me documenté «aritméticamente» sobre lo que le costaría a Morón construir el puerto de Chicola, haciendo siempre prudentísimos cálculos.

El primer gasto consistiría en la construcción de una buena carretera, de unos tres kilómetros, hasta el embarcadero que se construyera en la Laguna de la Leche. Esta carretera, sobre manglares y terrenos anegados, sería costosa. Se le pueden calcular de 65 a 70 000 pesos. Después de este trabajo, habría que preparar una dársena suficiente en la Laguna de la Leche. Calcúlese 20 000 metros cuadrados de superficie, lo que es bien poco, 7 u 8 000 pesos para el dragado suficiente de esta porción de mar; a la palizada de la dársena pueden destinarse de 5 a 6 000 mil pesos. Almacenes y muelles propios para la producción de Morón, particularmente la azucarera, y cuyo costo inicial puede calcularse en 50 000 pesos; 30 000 pesos para la construcción del canal a través de la albufera y 50 000 pesos para el que habría que hacer a través de Sabanalamar. Por lo bajo es un costo de 250 a 300 000 pesos. Y aunque Morón ha tributado a la República lo suficiente como para exigir estas obras, ¡mucho más ha tributado Santiago de Cuba y aún permanece sin acueducto!... Y lo digo sólo como una llamada a la ingenuidad del Comité Pro Obras Públicas de Morón que ha caído en las redes tendidas por los intereses de los Falla Gutiérrez, que, para comenzar tamañas obras, han ofrecido ¡40 000 pesos!...

Y como Morón necesita un puerto ¿qué razón hay para que se aferre a la salida de Chicola? Si el costo definitivo de estas obras es tan grande ¿Por qué no intentar la salida por el costado de la Isla de Turiguanó? O mejor aún, ¿por el Jigüey, a salir por Cayo Romano? Confieso que no he estudiado lo suficiente este asunto como para ofrecer una solución, pero el Departamento de Obras Públicas de Camagüey, que cuenta con un ingeniero jefe tan capacitado y tan activo como Feliciano Aldereguía y con un hombre tan conocedor de la región que menciono, como el ingeniero Carbajal, bien podría hacer los estudios necesarios al respecto. Porque el que Morón necesite un puerto no ha de querer decir, forzosamente, que él ha de beneficiar a los Falla Gutiérrez.

El paludismo

En la clínica del doctor Aldereguía, mientras saboreaba el pantagruélico almuerzo que había preparado la joven y amabilísima señora de este, supe que no era sólo el problema del puerto lo que agobiaba a Morón. El doctor Aldereguía, como médico de amplio crédito científico en el término, me puso al tanto de la asoladora epidemia de paludismo que afectaba a toda la región y que no tiene por origen otro que las periódicas inundaciones, que año por año van aumentando su avance, agrandando la ciénaga, devastando los campos de cultivo, particularmente los cañaverales y potreros, y produciendo enormes pérdidas en el ganado. Es claro que estas inundaciones, que sobrevienen en los períodos de las grandes lluvias y que, por la condición de los terrenos y la falta de canalización apropiadas, estancan sus aguas, propician el desarrollo de toda clase de mosquitos, particularmente los «anófeles», inoculador del paludismo en todos los grados de virulencia. Según un trabajo magnífico del ingeniero, jefe del Negociado de Ingeniería Sanitaria Local de Camagüey, señor F. J. Ferrer, del cual tomo los mejores datos para este artículo, asciende a 4 000 el número de enfermos palúdicos

del término de Morón... Y esto sin contar con la gran cantidad de personas que han sufrido la fiebre tifoidea, disentería u otras enfermedades. Como se ve, el problema de salud pública, planteado por las inundaciones periódicas, es de una gravedad extraordinaria y que reclama atención inmediata. Reclama soluciones de diversa índole, provisionales, individuales y definitivas. Las individuales consisten en una asistencia debida a los enfermos a quienes depaupera y estraga la epidemia palúdica. Para ello, aparte del envío del material sanitario indispensable; de las medicinas, médicos, enfermeras, inyecciones, etcétera, hay que proceder con toda urgencia a la construcción del Hospital de Morón... Porque procede decir que Morón, una de las dos o tres principales poblaciones de Camagüey, uno de los términos más extensos, ricos y poblados, carece de un Hospital Público... Ahora, sin embargo, el Gobierno ha concedido un crédito de \$40 000.00, según tengo entendido y es de esperar que esta vez el dinero no se pierda por entre las ruinas de lo que hace tiempo debía ser ya Hospital Público. Esto en cuanto a las medidas perentorias, que las fundamentales, para reducir el avance palúdico, alcanzan a la necesidad de proceder cuanto antes, ahora mismo, a los trabajos preliminares de una canalización inteligente y bien hecha, que sirva de trabajo previo para una obra más extensa y por medio de la cual la ciénaga deje de avanzar, de robarse terrenos. Porque este problema de las inundaciones, no tiene, como se comprenderá, el sólo aspecto sanitario. Él afecta —y de manera profunda— a la economía del término, pues miles de caballerías, muchas de ellas sembradas de caña, quedan bajo las aguas en los períodos de los más lejanos avances del agua, y esas siembras se pierden y esas tierras se inutilizan para el cultivo.

Problema económico

En el estudio del ingeniero Ferrer se hace resaltar inteligentemente y con buen acopio de datos, la enorme importan-

cia que desde el punto de vista económico, tienen las inundaciones de Morón, que según él tienen carácter periódico y progresivo.

Esta última primavera las aguas cubrieron hasta 10 000 caballerías de tierra, de las cuales unas 2 000 eran de caña... Parece que este dato es suficiente para que cualquiera se dé una idea de lo que representan tales inundaciones. Se debe, sin embargo, hacer un análisis. Estas 2 000 caballerías representan 90 000 000 de arrobas de caña, las que a su vez llenan unos 800 000 sacos de azúcar que representan una tributación aproximada de ¡\$170 000,00!... Pero esto es sólo un aspecto del problema. Debe recordarse, que las inundaciones son progresivas, que las tierras inundadas poco a poco se inutilizan para el cultivo; que todas esas tierras bajo las aguas significan hombres desempleados, familias con hambre! Y esto sólo en cuanto a la caña, porque hay que recordar que ascienden a 10 000 las caballerías anegadas, y que en ellas se pierden los cultivos menores, los naranjales, las hortalizas, todo. Sin embargo, el ingeniero Ferrer en su informe solo pide \$100 000,00 para realizar las obras preliminares de canalización y dragado que, por el momento, evitarían que la próxima primavera volviera a producir semejantes daños y una nueva epidemia palúdica. Como problema público que es el gobierno y el municipio de Morón deben prestarle el máximun de atención; pero, además, las propias empresas azucareras; afectadas por el radio de la inundación deben a su vez contribuir, de manera efectiva, a los trabajos de dragado y canalización, ya que ellas han de resultar beneficiadas en alto grado con los mismos.

Ferrocarriles y carreteras

También se percibe en Morón, como en Ciego de Ávila y Camagúey, aunque no tanto como en Nuevitas, un movimiento de protesta contra los Ferrocarriles que durante tanto tiempo han explotado el monopolio del transporte en la

provincia camagüeyana. La carretera, como medio para romper con ese monopolio, al igual que en otros pueblos, se esgrime en Morón. Más no hay insistencia en que esta carretera sea paralela a la línea del ferrocarril, y mucho menos en que llegue hasta Júcaro. Aquí se ve lo que apunté al principio, en el anterior artículo, sobre la independencia de los municipios, que, olvidados del gobierno central, se han puesto como horizonte de conquista el de sus propias necesidades. A Morón no le interesa la carretera hasta Júcaro, porque Júcaro es puerto de mar y él, a su vez, está luchando por un puerto de mar! Por lo general, a casi todas las personas a las que les pregunté me respondieron que querían la carretera hasta Tamarindo, para que allí entroncara con la Central, y, de esta manera, a la vez que se mantenía el tránsito ferroviario, que tendría que bajar sus fletes abusivos, se daba salida a los productos de la región más rica del término. Hay, pues, planteado en Morón, como en Nuevitas, Camagüey y Ciego de Ávila, un duelo entre la empresa ferroviaria que acapara los medios de transporte y los municipios que por medio de carreteras, intentan obligarlos a reducir fletes y pasajes. Y en este duelo vencerán los municipios, aunque luchan prácticamente aislados y aunque los Ferrocarriles Consolidados utilicen la poderosa influencia del «amigo de Martí»...

Mañana trataré de Ciego de Ávila y sus necesidades.

Ciego de Ávila: Otra ciudad que pide atención*

Ciego de Ávila, la que un día fue, de tan próspera, movida y tumultuosa, una Habana pequeña, en medio de las sabanas del Camagüey, hoy, después de varios años de crisis y de revolución, durante los cuales ha luchado por impedir que su estancamiento degenerara en desaparición, se enfrenta hoy con una serie de necesidades cuya inmediata solución demanda, exige. (Ciego de Ávila, para el que no lo recuerde, es esa ciudad que se hizo famosa en los comienzos del machadato, por la serie de crímenes que se dio en llamar los «suicidios de isleños»... cometidos en sus alrededores. Recientemente se ha publicado un libro titulado *Soga y sangre*, por Ángel G. Cárdenas, que, según tengo entendido, trata documentalmente de semejantes hechos.) Pero este es un sólo apunte de historia, que, sin embargo, es necesario, ya que vivimos en un período tal que ninguna persona o ciudad tiene derecho a hablar si no tiene también alguna pequeña cuenta de sacrificio que mostrar.

Hoy Ciego de Ávila, como otras ciudades principales de Camagüey, tiene su Comité de Defensa del término de Ciego de Ávila, en cuyo programa se encuentra la carretera de Júcaro a Morón, el alcantarillado y pavimentación de las calles de la ciudad y la construcción de un Hospital Público para atender a una población de más de 25 000 habitantes.

**Ahora* 29 de diciembre de 1934, p. 4.

Ejemplo del retorno al municipio

Rodeada por una de las zonas azucareras más ricas de Cuba, en la cual están enclavados los centrales Ciego de Ávila, Stewart, Pilar, Agramonte, Baraguá, Algodones y algún otro, el término de Ciego de Ávila ha tributado inmensas sumas de dinero al erario. Sin embargo, ni un hospital tiene!... Y por eso le ha llegado también su turno de exigir, de rebelarse.

Ciego de Ávila ofrece hoy el espectáculo de una ciudad para la cual la República es poco menos que una ficción. Vive, pudiera decirse, con independencia mental. Vive como si ella fuera la República. Su Alcalde, constantemente está solicitando de la Jefatura de Obras Públicas de Camagüey material para el arreglo de las calles; la ciudad está llena de letreros que dicen: «Queremos la carretera de Júcaro a Morón», los que, además, han repartido por toda la provincia.

Pero lo que da una idea cabal de que, en efecto, hoy Ciego de Ávila sólo piensa en sí misma, cansada de ofrecerse para los demás, es el hecho de que allí no interesa el problema de Chicola. «No nos interesa ese asunto —dicen—. No nos “afecta”... Y queremos carretera de Júcaro a Morón, porque, con carretera hasta Júcaro, obligaremos a los Ferrocarriles a reducir los fletes y tendremos, en todo caso, dos puertos: el de Nuevitas y el de Júcaro, siendo este mucho más próximo, un puerto natural para nosotros.»

Como el problema de Chicola me interesaba, interrogué por cuáles razones a Ciego de Ávila no le importaba este subpuerto. La Carretera Central, La Habana, Santiago de Cuba. He ahí tres razones convincentes. En efecto, desde que Ciego de Ávila pudo contar con la Carretera Central, luchó, con bastante fortuna, con el problema de los fletes y dejó de abastecerse por Nuevitas —que con ello sufrió un rudo golpe— para encargarlo todo o por Santiago de Cuba o a La Habana, más frecuentemente, pues el precio de las mercancías traídas por Nuevitas era muy superior al que estas mismas tenían, importadas por La Habana, a pesar del

largo camino a recorrer después. Y así es como a Ciego de Ávila no le importa mucho el problema de Chicola y se interesa particularmente por el puerto de Júcaro, que es legal, que le queda a un puñado de kilómetros, y que sería el embarcadero natural de sus azúcares, a más de un magnífico balneario. Del mismo modo, la carretera daría salida a otros productos de la región, como los naranjales de Ceballos, que son tal vez los más grandes de Cuba.

Como se ve, al igual que en otras ciudades del Camagüey, se reproduce en Ciego de Ávila la lucha entre ferrocarriles y carreteras, inclinándose la ciudad a los beneficios de esta, sin atender a razones, por la enorme razón del cansancio de muchos años de sometimiento.

Pero todavía Ciego de Ávila tiene la Carretera Central, que le falta a Morón y, sobre todo, a Nuevitas, que habiendo sido uno de los puertos más prósperos de Cuba, es hoy tan sólo una gran bahía desierta, que ni siquiera puede abastecer debidamente a la propia ciudad de Camagüey, su comprador natural.

Nuevitas. El fondo de un saco*

I

Nuevitas no es más que el «fondo de un saco», como la definen sus propios habitantes. En efecto, esta ciudad, atacada de una anemia progresiva, se parece a un saco en que sólo tiene una «boca» —el ferrocarril— y por ella ha de entrar y salir toda su vida.

Se trata, en realidad, de un caso dramático. Hoy tiene Nuevitas 14 000 habitantes, pero podrá ser, fácilmente, una población de cien mil almas. Frente a una de las primeras bahías de Cuba, puerto natural de toda la región norte de Camagüey, que carece de puertos, es la salida obligada de toda una serie de centrales, los más grandes de Cuba, los más grandes del mundo. Además, Camagüey, Morón, Ciego de Ávila, y otras poblaciones, en condiciones normales, importarían por su puerto, que merced a ello sería uno de los primeros de Cuba. Pero es sólo una ciudad anémica, estancada, que tiene una espléndida bahía casi inútil; que no puede servir al comercio de las poblaciones vecinas, porque resulta más costosa que puertos como el de La Habana, a más de 500 kilómetros de distancia; que, inclusive, se encuentra amenazada de ver reducida la cantidad de azúcares que exporta por la creación ilegal y machadista de Chicola, obtenida por los Falla Gutiérrez en tiempos de Machado y amparada en tiempos de Mendieta...

* *Ahora*, 30 de diciembre de 1934 y 11 de enero de 1935, pp. 1, 14 y 4.

Y esta es Nuevitas, el «fondo de un saco», una ciudad dramática y anémica... Pero que se debate en un combate a vida o muerte por salir de su inercia y saltar a la preeminencia que le corresponde conquistar. Y esto es lo interesante.

Chicola y Nuevitas

Tres hombres de Nuevitas me dieron su impresión de Chicola: Juan Manuel Hernández, presidente del Comité de Fomento y Progreso de Nuevitas; Fernando Lacaba, director de *El Regional* y Santiago Fernández, miembro también del Comité. Los tres se mostraron de acuerdo en una cosa en la que todo el mundo tiene que estar conforme —a menos que haya dinero repartido— esto es: que Chicola no es más que una desvergüenza machadista, un regalo de Machado a Falla Gutiérrez, obtenido por la propia influencia de este —¡Oh recuerdo de los pagarés presidenciales!— y por la acción directa de Viriato Gutiérrez. Después de esto, que es innegable, viene el reconocimiento de que Chicola es ilegal, porque viola la Ley Tarafa en varios de sus artículos, entre ellos los números XI y XII; porque perteneciendo al Distrito Aduanal de Nuevitas, pretende embarcar por Caibarién; porque perteneciendo a la provincia de Camagüey, pretende embarcar por la de Santa Clara... Pero además de todas estas razones, contra las cuales no hay argumentos de fuerza, mis interlocutores no ignoraban otros detalles. Por ejemplo, no ignoraban que los Falla Gutiérrez, conscientes de que Chicola, por el sólo hecho de su origen machadista, iba a contar, en todo caso con la antipatía de la opinión pública, pretenden hacer de ese subpuerto un banderín de enganche a los intereses de Morón dándole a este la esperanza de que algún día pase a ser puerto de servicio público. Y para ello, como quien ayuda a desecar el mar sacando un cubo de agua, han ofrecido unos cuantos miles de pesos, para una obra que necesita Morón y que algún día hará,

pero para la cual le hace falta medio millón de pesos, más o menos. Conocedores de las necesidades de su ciudad, mis tres interlocutores me señalaron otra circunstancia en relación con Chicola. El reconocimiento de este subpuerto, a espaldas de la Ley Tarafa, de 1923, implica ya, de primera intención, el que los azúcares de los centrales Adelaida y Patria, dejen de ser manipulados por Nuevitas (Puerto Tarafa) y sus obreros. Y en un futuro inmediato, Cunagua y Jaronú —mayores aún— obtendrían (¿por qué no?) un embarcadero por Cayo Romano; al paso que Pilar, Vertientes, Estrella y Agramonte enviarían sus azúcares al sur. Por último, en la propaganda de agitación alrededor de Chicola, no ignoraban mis amables cicerones de Nuevitas la circunstancia real de una lucha de intereses entre la empresa de los Falla Gutiérrez, propietarios de Chicola, y los Ferrocarriles Consolidados de Cuba. Esto es exacto. Los Falla Gutiérrez, que tantas veces emplearon el soborno y que, como ha recordado el señor José Benítez hace poco, y sabe todo el pueblo de Cuba, inclusive *compraron la presidencia de la República para Gerardo Machado y Morales*, ¡pequeño favor que les debemos!, ahora alegan que los Ferrocarriles Consolidados de Cuba reparten dinero para hacer propaganda en contra de la concesión obtenida por Viriato Gutiérrez. Esta es una afirmación que no me interesa mucho, porque para mí todo el dinero manchado de sangre, de explotación y de machadismo que pudieran reunir el capital de los Ferrocarriles y los Falla juntos, ¡no me alcanzaría para un vaso de guarapo de a kilo!... Bien, pero el caso es, como dicen los hombres de Nuevitas, que Chicola es un regalo de Machado a Viriato; que es ilegal y que, por lo tanto, todos los que la combatan tienen la razón en ese extremo, en el cual se encuentra sin duda el Ferrocarril del Norte de Cuba. Y por este motivo Nuevitas está al lado del Ferrocarril en su campaña en contra de Chicola, lo que no quiere decir que simpatice con este, ni defienda exclusivamente los intereses del mismo. Al contrario: ¡la ciudad de Nuevitas es tan ene-

miga de los Ferrocarriles Consolidados de Cuba como de Chicola!... Y sus razones tiene.

Dos de mis cicerones de Nuevitas, con quienes más largamente departí, Juan Manuel Hernández y Fernando Lacaba, joven comerciante cubano, el primero, de energía y voluntad y decisión, y periodista el segundo, a quien, a juzgar por sus compañeros, tampoco le interesan los millones mal olientes de ambas empresas en discordia, lograron darme la justa medida de las aspiraciones de Nuevitas; de sus peticiones; de sus derechos; de sus necesidades. Con ellos recorri la ciudad, limpia y transparente, pero vacía, como si se hubieran ido de ella miles de habitantes; fui a la bahía, enorme como un mar pequeño, y en la que sólo unos pobres veleros cabeceaban, soñolientos, sobre las olas lentas. Allí, entre ellos, estaba el «Hawksaw», tripulado por Leicester C. Hemingway y Vernon Klimo, dos jóvenes aventureros americanos que quisieron darle la vuelta al mundo en su velero minúsculo, y llevan ya más de cuatro meses «varados» en Nuevitas... Fui también a Pastelillo, embarcadero hoy sin vida; a Puerto Tarafa, donde cuatro barcos grandes animaban los muelles inmensos; llegué hasta la magnífica escuela donada por el coronel Tarafa y que se destruye lentamente por la desidia oficial, que durante años la tiene abandonada. (Ahora, si el doctor Capote cumple la promesa que me hizo, será reparada.) Vi también la Estación del Ferrocarril, que es la angustia y la obsesión de Nuevitas, porque es su única salida posible; porque si hay un enfermo grave para llevar a Camagüey tiene que esperar la salida del tren, con el riesgo de que, como en el reciente caso de la señora Mercedes Maten de la Morena; el enfermo muera sin asistencia médica, antes de que salga el tren. Estuve, asimismo, por varios de los sitios por donde pasara —¡pasará!— la carretera que unirá a Nuevitas con Camagüey y la salvará del monopolio! Por último, estuve en cien lugares y en todos hallé el letrero: «¡Abajo Chicola!... ¡Exigimos la carretera!», expresivo de la decisión de una ciudad que se ha dispuesto a luchar contra dos empresas explotadoras, a las que

no dará cuartel. Porque, además, ya no puede dárselo. Porque también estuve en el lugar donde fue muerto a balazos, por el Ejército, Pedro Tagle, por gritar, como tantos otros: «¡Abajo Chicola! Y ¡Exigimos la carretera!», el 30 de septiembre de este año, cuando el pueblo de Nuevitas quiso rendir tributo a la memoria de Rafael Trejo con un homenaje revolucionario, llenando la ciudad de lemas de conquista. Allí, en aquel sitio donde murió Tagle, cayó también gravemente herido Manuel Mestril, veterano de la Guerra de Independencia, a quien le costó una pierna su regreso a las luchas por la conquista de los derechos. Y así fue como acabó este 30 de Septiembre en Nuevitas, tan parecido a aquel otro de 1930 en La Habana. Ya ha dado, pues, la ciudad un poco de su sangre frente a las balas, en su empeño de conquistar lo que merece. De aquel día y de aquellos hechos por feliz coincidencia, hay dos testigos excepcionales, a más de toda la población de Nuevitas: los ingenieros y revolucionarios Feliciano Aldereguía y Ramiro Valdés Daussá, quienes dan fe de haber visto a un pueblo dispuesto a pelear.

Pero, aparte de su lucha contra Chicola, Nuevitas tiene un deseo aún más vehemente: el de la carretera a Camagüey. Y vale la pena hablar algo sobre esto.

II

Tres problemas

Nuevitas es hoy, el puerto, los ferrocarriles y la carretera, que no existe. Son las tres fases, encadenadas, de un mismo problema: el de una población que se debate por vivir y progresar. El puerto y el ferrocarril, que en un tiempo fueron la vida toda de la ciudad, son hoy su mortificación. Un complejo de circunstancias extraordinarias ha producido este resultado. En él no es lo de menor importancia, la crisis general del país, la caída del azúcar y la construcción de la Ca-

rrretera Central, hechos todos de carácter general y que han traído como consecuencia inmediata la baja de las importaciones y exportaciones; el descenso comercial y la rivalidad peligrosa entre los ferrocarriles y las carreteras; sin un adecuado reglamento de transporte amenazan con acabar con ellos sin gran provecho propio, por otra parte. Ante esta realidad, y en vista de la inercia gubernativa para resolver cualquier problema, los ferrocarriles han asumido la actitud que les ha parecido conveniente. En el caso del de Nuevitas, la regla ha sido arrancar a Nuevitas, con unos fletes y unos pasajes casi fabulosos, las entradas que por otro lado escasean. Y como los organismos oficiales continúan ignorándolo todo, pues Nuevitas se ha levantado en su defensa, porque esa táctica cada día la hunde más, la aísla más del resto de la República. Por paradoja, el ferrocarril, que es el único enlace de Nuevitas con el resto de la provincia, la ha ido desconectando de la misma y así sucede que Camagüey encuentra más facilidades en encargar a Santiago de Cuba, Cienfuegos, Sagua, Caibarién y La Habana sus compras, que a Nuevitas, que le queda a setenta kilómetros... ¡Y con menos dinero llega un camagüeyano a La Habana que a Nuevitas!...

El puerto

Lógico parece que una ciudad con puerto viva de él. Mucho más lógico todavía es que viva de él, si, como el de Nuevitas, se trata del único puerto de una extensa y rica región. Sin embargo, no es ello lo que ocurre, aunque en mejores tiempos así sucedió. El Comité de Fomento y Progreso de Nuevitas, integrado en buena parte por comerciantes, ha hecho un estudio notable de las realidades que han condenado a la soledad casi, la inmensa bahía de Nuevitas. Véanse algunos datos numéricos que no necesitan comentarios.

El flete de un saco de harina de 200 libras, desde Nueva York a La Habana, comprendiendo los gastos de manipula-

ción y muellaje es de \$0,42. En Nuevitas cuesta \$0,93... Quiere decir que hay una diferencia de \$0,51, lo que justifica el que los comerciantes camagüeyanos —el principal mercado de Nuevitas— encarguen por La Habana, porque, aun pagando el viaje por la Central en camiones, les resulta más barato. Porque hay que añadir que ese mismo saco de harina, que ha costado hasta Nuevitas \$0,93, aun tiene que pagar todavía \$0,46 para llegar a Camagüey por ferrocarril, mientras que desde La Habana, a más de ocho veces la distancia, sólo cuesta \$0,50 el saco... La tonelada de frijoles, desde Valparaíso a La Habana paga de flete \$10,00; a Nuevitas \$17,50. La de ajos, de la misma procedencia, a La Habana paga \$22,50, a Nuevitas \$35,00... Y todo esto sin contar los \$2,70 por lanchaje y manipulación por tonelada que cobra Nuevitas.

Hay algunos otros datos que también «hablan solos». Nuevitas (léase Puerto Tarafa; léase Ferrocarriles Consolidados) cobra \$0,05 de muelle por tonelada bruta; cobra \$250,00 diarios de muellaje a los barcos sobre 500 toneladas (cabe decir, a todos). Y se entiende, de paso, que no se paga fracción de día, de manera que si un barco se demora media hora, aun unos minutos, se le cobra al barco el día entero. Se han dado a este respecto casos abusivos. Cuentan que una vez, cuando llegó el «Geronia», creo, al notificarle al Capitán cuál era el precio del muellaje, este dijo que en los veinte años que llevaba su libro de bitácora no había encontrado un puerto que exigiera tan alto muellaje.

Como se comprenderá, a la primera oportunidad, las empresas navieras huyen de aquel puerto. Y así está, vacío, solitario, que parece como si esperara de nuevo el descubrimiento.

El ferrocarril

El ferrocarril de Nuevitas es uno de los más antiguos de Cuba. Tengo entendido que fue el tercero en construirse.

En un tiempo fue la prosperidad, el bienestar, hoy es la ruina. Basta citar algunos precios. De Nuevitas a Camagüey hay 72 kilómetros. En primera cuesta el pasaje \$3,36... En segunda 1,68... Estos precios son de una elocuencia absoluta. Tan absoluta, que en *El Regional*, periódico que dirige Fernando Lázaba, con un sentido estupendo del humor, han hecho el cálculo de lo que costaría el viaje alrededor del mundo pagando los precios del Ferrocarril de Nuevitas. La vuelta al mundo en ómnibus costaría \$135,00 y por Ferrocarril de Nuevitas \$1 866,40 en primera y \$933,20; en segunda. Esto es en cuanto al precio, que en cuanto al tiempo hay también sus «pequeñas» diferencias. En ómnibus, la vuelta al mundo se daría en 600 horas y por el Ferrocarril en unas 1 000.

Pero esto es sólo lo relativo al pasaje que, como consecuencia lógica trae el que los trenes —dos al día— no transporten más que a aquellos individuos apremiados a hacer el viaje.

El problema de los fletes, que es el de mayor importancia, reclamaría mayor extensión, que por desgracia no puedo concederle. Basta recordar que de Pastelillo a Camagüey, 76 kilómetros, un saco de harina paga tanto como de La Habana a Camagüey, después de 588 kilómetros de transporte.

La carretera

La carretera es la esperanza de Nuevitas. La imbecilidad oficial ha puesto en pugna ferrocarriles y carreteras y a los pueblos no les queda otro remedio que armarse de carreteras para poder competir, porque la lucha por la vida no da lugar a reflexiones. Hay que comer hoy, aun a despecho de mañana.

La carretera es la esperanza de Nuevitas, y por ella luchan sus habitantes con el tesón y el entusiasmo de quien lo espera todo del propio esfuerzo. Hay, sin embargo, una circunstancia especial: piden que la carretera a Camagüey sea

paralela a la línea del ferrocarril y esto parece que dificulta la realización de ese plan. Ellos alegan razones poderosas para que la carretera pase por Minas y sea paralela a la línea del ferrocarril. El razonamiento es este: el Ferrocarril escogió ese trazado por ser el mejor, ¿por qué la carretera ha de escoger otro más malo?

El argumento de que por San Miguel se daría vida a esta región, contestan, con datos, que San Miguel sólo tiene una población de 985 habitantes, ¡mientras que la región de Minas, Altagracia, Senado, Lugareño y Redención tienen más de 16 958! Además, la primera es una región ganadera, que demanda poco personal, mientras que la otra es región azucarera y minera, que exige numeroso peonaje. Y, por último, la carretera por Minas tendría poco más de 70 kilómetros, al paso que por San Miguel a Sibanicú y Camagüey pasaría de 100, existiendo unos veinte kilómetros de terraplén utilizable, lo que disminuye mucho el costo de la carretera por Minas.

Nuevitas piensa obtener que bajen los fletes tan pronto la carretera sea una realidad. Piensa que al bajar los fletes ferroviarios, Camagüey y aun Ciego de Ávila y Morón, vuelvan a ser mercados propicios para su puerto. Piensa levantarse, convertirse en una verdadera gran ciudad. De paso, la carretera abrirá un medio más de vida para la población. Su inmensa bahía se convertirá en una atracción irresistible para el verano de los temporadistas de Camagüey, y las playas se llenarán de bañistas que vendrán de toda la provincia a disfrutar de un mar incomparable.

Estos son los problemas de Nuevitas, el «fondo de un saco» al norte de Camagüey. Piensa Rafael Suárez Solís, que yo no he enfocado con fortuna el problema de los ferrocarriles. Posiblemente tiene razón. Los ferrocarriles constituyen un grave problema nacional. Ningún país puede vivir sin ellos. Menos aún un país como Cuba, de tan enorme producción azucarera, la que exige el transporte ferroviario. Los ferrocarriles, sin duda, cualquiera que sea la solvencia moral de sus dirigentes, demandan la protección del Estado,

de las provincias, municipios, empresas y particulares, precisamente por el interés colectivo. Sin embargo, hay que reconocer, así mismo, que la imbecilidad oficial, incapacitada desde hace siglos entre nosotros para afrontar y resolver, cualquier problema de cierta magnitud, no puede redundar en perjuicio exclusivo de determinada región. Los ferrocarriles tienen que vivir de toda la República, pero no a costa de una pequeña parte de ella, extenuándola. Y este es el caso de Nuevitás. De Nuevitás que, además de ser explotada por los ferrocarriles, en los últimos años ha tributado más de TRES MILLONES DE PESOS para Obras Públicas, y no cuenta ni con un camino malo!...

El Gobierno está obligado a liquidar la estúpida rivalidad entre carreteras que aprovechan con frecuencia quienes no las pagan, y ferrocarriles obligados a obtener de determinadas regiones lo que debieran lograr de todo el país.

En esta rivalidad nadie se beneficia en rigor. El espejismo de los bajos precios del transporte por carretera ha anulado el comercio de los pequeños pueblos y ha inutilizado casi los puertos secundarios; por otro lado, la población ferroviaria del país ha disminuido de manera visible, para caer o en el desempleo o en el salario inferior. Se trata, pues, de un problema general, de importancia extraordinaria, que está latente hace años, que va lentamente reduciendo la vitalidad de los ferrocarriles y que podría, en un momento determinado, en un cuadro general de baja más acentuada del azúcar, producir una paralización total del sistema ferroviario y con ello la muerte de la industria nacional por excelencia...

¡Pero los problemas graves se resuelven en Cuba solos!... Porque no hay capacidad gubernamental para analizarlos y llegar a conclusiones enérgicas, claras e inteligentes. Y, mientras tanto, cada pueblo se defiende como puede. Aunque sea a costa de todos los demás!

Santiago de Cuba. La ciudad abandonada*

I

Santiago de Cuba es bella y sucia, como una gitana de feria. Llena de colorido y de interés, si sus barrios pobres no son más miserables y puercos que lo que llaman los zocos marroquíes, será porque estos están más allá de toda imaginación. Rodeada de un anfiteatro de espléndidas montañas, desde cuyas cimas paisajes imponentes se divisan, la ciudad ocupa las lomas iniciales de la cordillera, a un lado de la bahía, bella y amplia, con ensenadas silenciosas, y caseríos sobre los cayos y colinas que destacan sus techos rojos en contraste con el verde vegetal y el verde marino.

Al atardecer, un crepúsculo fantástico y vertiginoso, ilumina la ciudad y la bahía, de entrada angosta, donde se alza el Morro secular. Y a las diez de la noche, la ciudad está callada; por las calles, aun por las más céntricas, se ven escasas personas y las luces de los postes, a excesiva distancia unas de otras, combaten sin éxito una penumbra medrosa: Santiago de Cuba está bajo el terror... De vez en cuando, en una máquina, circulan por las calles grupos de miembros del Ejército conminando a retirarse a sus casas a los peatones... De vez en cuando —parece una secuencia— estalla alguna bomba...

* *Santiago* [Santiago de Cuba], no. 13-14, diciembre de 1973-marzo de 1974, pp. 311-327. Publicado originalmente en *Ahora* [La Habana] 7 y 8 de febrero de 1935, pp. 2, 14 y 2, 4.

No recuerdo a quién le oí decir que un famoso viajero francés había escrito que en América había muy pocas ciudades interesantes y «distintas», y que una de estas pocas era Santiago de Cuba. Y en efecto, aun para el que, como yo, tiene de ella infinitos recuerdos de infancia, Santiago ofrece un aspecto singular. No se parece a ninguna otra ciudad vista ni imaginada; tiene una tipicidad grata y simpática; «suenan» distinta la voz de la ciudad, que está pintada con todos los colores del mundo, y al lado de una casa color añil hay una color naranja; y hay otras que elevan su corredor más de un piso sobre el pavimento, en originales «pretorios»; sostienen a los balcones de las casas viejas de la colonia, preciosas solanas de maderos antiguos, y, a veces, se precipitan por la pendiente de una loma, los tejados escalonados de cincuenta pequeñas residencias... Por la esquina, se asoman en los ventorrillos de frutas los colores múltiples y manchados de los mangos innumerables y olorosos; de los «guineos»; de los anones y las guanábanas y los zapotes; jabas para los caimitos y los nísperos hermosos y montones de cocos sobre el mostrador antihigiénico... En los parquecitos, por el día, hay pequeños carros en donde los muchachos y los hombres venden el «pru», el espumante y delicioso refresco hecho con raíces misteriosas; y por la noche, carritos con cristales sirven para preparar los «emparedados de macho» que se comen todo el año en la ciudad. Antes, cuando yo era muchacho, morenas viejas, con pañuelos de colores en la cabeza, al atardecer ponían un fogón por las esquinas y freían buñuelos y empanadillas de un olor penetrante, remedio decisivo contra la inapetencia. Las carretillas de dos ruedas, tiradas por pequeñas bestias de potencia extraordinaria, suben afañosas cuestas increíbles. Alguna vez un estruendo singular se eleva a los aires; la ciudad se estremece, tiembla... suenan las casas unas contra otras; el pueblo sale a la calle; los niños gritan y lloran; los hombres corren; las mujeres se arrodillan y le rezan a la Virgen de la Caridad... Santiago de Cuba es una ciudad para pintores gustosos de

reproducir calles de escaleras; casas sobre pilares; islitas con *bungalows*; ensenadas silenciosas como lagos; puesta de sol inverosímiles; tipos pintorescos; patios con grandes árboles frutecidos; viejos tejados, balcones y ventanas de grandes balaustres blancos; callejones retorcidos; aleros desprendidos casi...

Una ciudad con historia

Pero este espectáculo es para el extranjero interesado sólo en lo exterior; porque si el viajero es de Cuba y algo conoce de nuestra historia, aunque sea poco, Santiago de Cuba toma entonces prestigios aun mayores.

Si ninguna ciudad en Cuba posee la rica belleza que Santiago, ninguna tampoco puede aventajarla en interés histórico.

Allí, aunque haya sido modificada, está la casa de Diego Velázquez, el conquistador, sobre la empinada cuesta de San Basilio y Nepomuceno; y frente al Seminario de San Basilio el Magno, donde estudiaron muchos de los más grandes hombres de Cuba, en aquel período oscuro de nuestra cultura. Un poco hacia atrás está la Catedral, fundada en 1522, acaso la segunda de América, cuyo atrio macizo socavado para propiciarle unos cuantos pesos mensuales al señor Arzobispo, quien, a cambio de ello, la decoró un poco quitándole el aire rudo y seco que tenía y que tan bien evocaba el inflexible tesón de aquellos primeros y gloriosos bandoleros castellanos, que importaron la crueldad a la bucólica tierra siboney... Por la misma calle de la Catedral está la casa donde, en 1803, si mal no recuerdo, nació José María Heredia, que dio a conocer el Niágara por todo el mundo cuando aún no había aparatos de fotografiar... Humilde, tejida de cujes y rellena de barro, para resistir mejor los temblores, está la casa donde nació Antonio Maceo, destinado a luchar con vigor inigualado por la libertad de Cuba, y a servir de escalón propicio a más de un orador descarado, necrófago de héroes...

Tiene Santiago, en el Cementerio, la tumba sencilla de Martí, aquel hombre emocionado y emocionante como ninguno en Cuba, que pidió un ramo de flores y una bandera para hacer grato el lugar de su descanso. Allí, las niñas de la Escuela Spencer le mantienen siempre frescas las rosas y una pequeña bandera infantil se ve a través del cristal de la diminuta vitrina del sepulcro. El lugar, para el que leyó *La Edad de Oro*, produce una suave sacudida emocional. Atendida por los niños está la tumba «del hombre de *La Edad de Oro*... Cuatro pinos en lugar de cuatro palmas, se elevan al cielo, y el viento canta en ellos su singular canción funeraria... Los pinos han tenido que sufrir la poda de casi todas sus ramas, porque las repelentes tiñosas, por la vecindad del basurero, venían a posarse sobre ellos durante largas horas...

Está también en el cementerio de Santiago, el mausoleo de Carlos Manuel de Céspedes y el de Mariana Grajales. Y, el de los caídos en los combates finales de la guerra de Independencia en el Caney y la Loma de San Juan. Por último, el monumento en honor de las víctimas del «Virginius», más de la mitad de los cuales se hubieran evitado el fusilamiento si con ellos se hubiese cumplido la «patriótica» ley del 50 por ciento, ya que la mayoría de aquellos expedicionarios muertos por la libertad de Cuba, eran extranjeros, como extranjero fue también Sir Lambton Lorraine, el marino que amenazó con cañonear a Santiago de Cuba «en nombre de la humanidad» si continuaban los fusilamientos...

Allá, por la Plaza de Marte, donde estuvo el primer cementerio, queda una placa recordando el lugar donde fue fusilado Cornelio Robert, el primer mártir de la independencia de Cuba, y, si se sigue por la Avenida de Victoriano Garzón, se puede ir o a San Juan o al Caney, en donde el heroísmo de Vara del Rey hace casi olvidar el triunfo de los yanquis, auxiliados por Calixto García. Hoy, la loma de San Juan está convertida en un lugar poético. Coronel González Valdés la hizo grata a los recuerdos

de los visitantes, pero el camino para llegar a ella es tan polvoriento y sucio, que las tropas americanas que realizaron el asalto se asombrarían si se les dijese que por allí estuvieron ellas. La ceiba gigantesca del Árbol de la Paz, da la sombra a los enormes libros de bronce en donde se grabaron los nombres de los que murieron en la batalla, y algunas piezas de artillería de algún navío francés apresado en Santiago, adornan el lugar en donde se consumó la retirada de España de sus dominios americanos. El fuerte de El Viso, protector de El Caney, conserva sus ruinas sobre la loma que domina el valle por donde se retira el sol, detrás se Santiago. Allí es bueno ir por la tarde, cuando va a comenzar la noche. Hay siempre entonces un espectáculo digno de la apoteosis de los héroes. Contemplándolo es natural que se evoque la grandeza trágica de aquel grupo de hombres dignos de la muerte.

Y así está lleno de recuerdos y de belleza Santiago de Cuba. Por la costa, a la entrada, está el Morro, erguido casi sobre las aguas abismales de la Hoya de Bartlet. A un lado, el Castillo de Aguadores, Siboney, Firmeza, Daiquiri... Al otro, el Aserradero... Todo el escenario de la batalla naval; del sacrificio (MUTILADO) «Teresa» y el «Oquendo» y el «Vizcaya» y el «Colón»... Y a entrada de la ensenada poética del Nispero, los restos aún visibles del inútil y temerario «Merrimac»...

Cerca de Santiago está El Cobre, está el santuario de la Virgen de la Caridad, a donde acuden gentes de toda la república, en donde hay un cura y un sacristán, tan seguros de que aquello es un negocio sin competencia, que se permiten el lujo de tener horas de recibo y de importarles nada el que alguien vaya desde La Habana o desde Pinar del Río y, por la escasez del tiempo libre, se tengan que retirar sin ver la famosa imagen por estar ellos disfrutando del succulento almuerzo que exige aquel lugar, de aire tan jocundo, que aliena todos los deseos de la vida. De aquel Santuario, ¡qué buen Sanatorio haría Gustavo Aldeguería...! ¡Entonces sí que iba a hacer milagros la Virgen de la Caridad!...

Pero Santiago aún ofrece lo mejor para el que ame la naturaleza. Su arco de montañas; su bahía; sus lomas llenas de frutales... ¡Ese camino al Caney, en donde los mangos son como ceibas, y las anacahuitas sombrean la carretera desde su bóveda alta, como la nave de una catedral!... Ese rumor del arroyo que sigue el camino, saltando por las piedras blancas, casi desde Santiago hasta El Cristo, y, a lo largo de él se ven los mangos tan cargados de flores, que parece que millares, que millones de abejas de oro y de bronce se han parado a descansar y a libar sobre ellos!... Y los cocoteros, altos, como los de los Mares del Sur; y los caimitos de hojas brillantes; y las casas campestres llenas de bugambylas y de hipomeas... Después, la maravilla siempre nueva del Puerto Boniato, con el horizonte del mar, a la distancia, las montañas en la lejanía borrosa de nubes, y, a los pies, el valle y las lomas pequeñas, y la ciudad, y el acueducto, y el lago de la bahía y los verdes todos y el sol, que matiza el paisaje... Y si se quiere mayor majestad, el Puerto de Moya o el de la Enramada... ¡Y dicen que desde el Alto del Café, es aún más grande la gloria del paisaje, asombroso, del mar, y el cielo, y la tierra, y el valle y las montañas coronadas por las nubes!...

Pero Santiago de Cuba no tiene más que esto. Tiene sólo a la naturaleza, su personalidad geográfica y geológica, si se quiere; tiene también su prestigio histórico, la grandeza de su pasado; la casa de los Maceo; la casa de Heredia y la Loma Colorada, el más siniestro lugar del machadato, donde los santiagueros deben levantar un obelisco en recuerdo de cuarenta asesinatos de Arsenio Ortiz!...

Y, después de la historia, de la geografía, de la geología, Santiago sólo tiene miseria y terror. Dentro de poco, en bueyes, como en los períodos primitivos será como únicamente se podrá ir a los lugares históricos. Las carreteras están destrozadas; las calles sin pavimento; el acueducto (?) sin agua, la ciudad sin alcantarillado; el hospital, sin servicios suficientes; los centros escolares, sin capacidad y sin recursos; los repartos, que en otras ciudades expresan el empuje

de lo nuevo, en Santiago, con la excepción de Vista Alegre, aparecen como contruidos con los restos de algún enorme incendio o cataclismo!... ¡Parece que toda la miseria de Cuba se ha refugiado en Santiago, bella, sucia y pobre como una gitana de feria!...

Nada se construye en Santiago; nada se hace hoy allí... Pero no. He dicho mentira. En Santiago sí se hace algo, sí se construye algo. Precisamente, todo el que llegue a la ciudad por la Carretera Central, podrá comprobar cómo se hace algo en Santiago; podrá comprobar cómo en el Cuartel Moncada se levantan pabellones, para alojar nuevos soldados y cómo se erige un arco a la entrada, como para indicar que por debajo de ellos pasan los nuevos césares de la revolución...

Y mientras tanto, bien pueden morir aplastados cualquier día los 2 500 muchachos del Instituto que se alojan en un edificio capaz sólo para 400 y en donde cualquier aguacero puede obligar a suspender las clases ¡que se dan en el patio, al sol, por falta de aulas...!

Pero Santiago busca un remedio y lo ha de encontrar. ¡Y pronto!

II

Tres problemas

Dije en el anterior artículo que Santiago buscaba solución a sus problemas y que la encontraría pronto. Hay voy a decir cuál es esa solución, pero, antes, voy a exponer datos relativos a los tres problemas fundamentales que confronta la ciudad. Estos son el de obras públicas, el sanitario y el de los centros escolares. Por los tres hay un movimiento de carácter popular que tiene, también, resonancia en las capas superiores del comercio y la industria; de manera que puede decirse que en Santiago, con excepción de los milita-

res y de algunos funcionarios llamados civiles, dispuestos a «mantener el orden por encima de todas las cosas», todo el mundo está de acuerdo en que hay que apoyar un movimiento general de rebeldía y demandas, que se le apura hasta las últimas consecuencias, pero que conduzca a soluciones prácticas y no a nuevas promesas demagógicas que nunca se han cumplido.

Obras públicas

Algunos de los problemas de obras públicas en Santiago son tan antiguos y sobre ellos se ha especulado tanto, que resultan ya de sobra conocidos por toda la nación. Tales son por ejemplo, los del acueducto y el alcantarillado. Santiago de Cuba es, por el número de sus habitantes, no ya la segunda población de la República, sino la segunda de toda Centroamérica.

A pesar de ello no tiene agua suficiente ni buena. Todavía, las viejas tinajas, tienen que encargarse de filtrar la poca agua que dos o tres veces por semana llega a las casas, a algunas horas... Sin embargo, cada vez que se ha pensado en algún «buen negocio» se han concebido créditos para nuevos acueductos que nunca se han terminado. El día mejor alguien va a proponer que se le suministre a Santiago el agua por radio...

En cuanto al alcantarillado, esta obra, como la del acueducto, está íntimamente relacionada con los graves problemas sanitarios de la población, que primera en muchas cosas, lo es también en la insalubridad. Por el centro de las calles corren arroyos de inmundicias y, por las afueras, convertidos en ríos, las cañadas del Yarayó y el Yarto, después de un recorrido de cinco y tres kilómetros, respectivamente, a través de los barrios pobres, van a desaguar en la bahía todos los detritus de la ciudad...

Y además de estos dos grandes problemas de obras públicas y sanidad a un tiempo, Santiago tiene que ser pavi-

mentado de manera eficiente y sus tendidos eléctricos, soterrados, ya que, por causa de los temblores y terremotos, al aspecto estético se une la grave ocasión de peligro que en tales casos puede producirse.

Queda aún otro asunto a resolver: el de las comunicaciones. Santiago debe convertirse, para bien de toda la República, en el mayor centro de atracción del turista. Pero para ello precisa que haya comodidades para ir a todos los lugares de interés histórico o panorámico que Santiago ofrece a la curiosidad del viajero. En realidad, hoy la ciudad no cuenta con más salida que la de la Carretera Central. Por ella, desde el Puerto de Moya, se divisa un espectáculo magnífico. Pero la antigua carretera a San Luis, con la loma de Puerto Boniato, que ofrece otra vista gloriosa, está destrozada y cada día se hace más inútil para el tránsito rodado. Y más aún lo está la carretera que llega hasta La Maya y que debía prolongarse hasta Guantánamo, que cruza por pueblecitos pintorescos, como Dos Bocas, al pie de las montañas; El Cristo, paraíso de las frutas tropicales y Alto Songo, donde siempre hace frío.

Y hay aun lugares de mayor interés, cuyos caminos están de manera absoluta abandonados. Hasta el pueblecito del Cobre, a donde acuden fanáticos religiosos de todos los lugares de Cuba, sólo hay dos kilómetros escasos desde la carretera central y ese camino es malo y cada día es peor, al extremo de que ya hay una gran fúrnica que, cuando venga el período de los grandes aguaceros habrá de zanjarlo por el medio y será necesario construir un puente de troncos...

Y el camino a El Caney, ahora que el Fuerte El Viso está en buen estado de conservación, que pasa por la más bella región frutera de Cuba, también está roto y en lamentable condición, sucio y polvoriento. Necesita ser tan heroico como los propios soldados de Vara del Rey, el turista que quiera llegar hasta aquel lugar o al de la Loma de San Juan y del Árbol de la Paz, que no están ni a dos kilómetros del entronque de Vista Alegre, y en cuyo reco-

rrido, sin exageración, un viajero se ensucia más que en un viaje completo de La Habana a Santiago... Sin embargo, aquello está lleno de interés para los turistas. Allí está el árbol bajo el cual los españoles firmaron su salida de América; por aquellas lomas vagó Teddy Roosevelt con sus famosos rough riders... Y la Loma de San Juan está bellamente cuidada y numerosas evocaciones bronceas adornan el lugar, grato y silencioso; como un cementerio del Norte...

Y, por supuesto, que el camino al Morro es infame y que casi no existe manera de ir hasta el Castillo de Aguadores, abandonado y casi destruido; ni a las playas por donde desembarcaron las tropas que rindieron a Santiago para dar fin a la Guerra de Independencia...

Sanidad

Por falta de agua, por falta de alcantarillado, por falta de créditos suficientes para la limpieza, Santiago de Cuba es la ciudad más antihigiénica de Cuba y, como consecuencia lógica, es la ciudad más enfermiza de la República.

Según un informe oficial, Santiago de Cuba tiene hoy menos créditos sanitarios que cuando sólo tenía la mitad de su actual población... Y nunca Santiago ha sido una ciudad limpia y bien atendida! No dispone más que de tres pipas de riego (es verdad que no hay agua para beber, ¡cómo se va conseguir para regar...!). No tiene los barrenderos, ni los carros de basuras que necesita. Ni dispone del personal necesario para zanjar las calles de tierra y para petrolizar los lagunatos, charcas y cañadas... Ni hay casi nunca el petróleo suficiente! Y en consecuencia, Santiago es la primera ciudad palúdica de Cuba.

Pero todavía es más extraordinario lo que sucede con los hospitales. Es decir, con los que debieran existir, porque la capital de Oriente no cuenta más que con el viejo Hospital Provincial, del tiempo de Polavieja, cuando menos...

No tiene ni un Hospital Municipal, ni otro de Maternidad, ni otro de Infancia, ni Sanatorio para Tuberculosos, ni Clínica de Cancerosos, ni nada... Sólo tiene el Hospital Provincial de la Colonia, hecho cuando toda la provincia tenía más o menos la población que hoy tiene la ciudad de Santiago...

A este Hospital, a donde vienen los enfermos de Manzanillo, Holguín, Bayamo, Baracoa, Guantánamo, Antilla, Gibara, y Puerto Padre, por no citar más que los nombres de las ciudades de la provincia de mayor población de la República (conviene darles a nuestros gobernantes algunas lecciones de Geografía...) ¡lo sirven nada más que cuatro o cinco médicos con sueldo, incluyendo al Director!... Los demás, que pasan de 25, prestan sus servicios gratuitamente y ofrece con ello la clase médica de Santiago de Cuba un bello ejemplo de desinterés y humanitarismo que procede hacer público cada vez que haya una oportunidad para ello.

Esto es el problema de la hospitalización en Oriente. Ninguna de sus ciudades tiene un verdadero hospital y así sucede que una provincia con más de un millón de habitantes sólo dispone de un Hospital Provincial viejo, sin equipo, sin capacidad y atendido gracias a la generosidad de los médicos de Santiago de Cuba...

Centros escolares

Santiago de Cuba sueña con tener una Universidad. Ya cuando el doctor Ortiz* hizo la Clínica Los Ángeles la preparó para que pudiera ser utilizada por la Facultad de Medicina de esa Universidad de Oriente. (Entre paréntesis, conviene decir que esta Clínica, como no hay ninguna en La Habana, como el Museo donado por Bacardí y como

* José Antonio Ortiz Rodríguez (1883-1967). Doctor en Medicina y Ciencias. Director-propietario del Instituto Médico Quirúrgico de Oriente, Clínica «Los Ángeles». Fue un burgués depravado que se enriqueció lucrando con la salud ajena.

la gran mayoría de las pocas cosas presentables de Santiago, es producto de la iniciativa particular.) Pero ahora, mientras se sigue soñando en ese centro superior, el Instituto aloja a 2 500 muchachos en ocho aulas que apenas pueden contener 400 alumnos; la Escuela Normal sigue instalada entre el Hospital Provincial y la Clínica Los Angeles; la Granja Agrícola no funciona y la Escuela Técnica Industrial no puede alojar alumnos internos ni medio internos y los muchachos tienen que vender periódicos y luego ir a clase, a pie, por una carretera polvorienta en la seca y fangosa en las lluvias. Y, mientras se les amenaza constantemente de dejarlos sin créditos de ninguna especie, el pobrecito Ejército, que apenas tiene nada y que apenas recibe atenciones de la República, como lo prueba ese miserable medio millón de pesos extra que se le acababa de conceder para *clubs* de alistados y edificios nuevos en todos los campamentos, pues en vista de que se le concede tan poco a él, que fue quien hizo la Revolución, y tanto a los estudiantes, que nada hicieron por ella, pues acordó arrebatarse a la Escuela Técnica de Oriente el antiguo edificio de Artes y Oficios, propiedad del Gobierno Provincial, para convertirlo en Hospital Pedraza, de manera que las tropas de Santiago de Cuba tengan asistencia sanitaria, ya que el resto de la provincia no tiene una cama decente donde ir a morir...

Y la Escuela Normal se encuentra entre dos focos de infección y carece de duchas y de servicios sanitarios apropiados.

Y la Granja Escuela de la Loma de San Juan está abandonada y derrumbándose poco a poco.

Y, al lado de estos problemas, el del Instituto cobra proporciones extraordinarias. Por lo pronto, a cualquiera habrá de extrañarle que siendo la provincia de Oriente la más poblada de Cuba, sus alumnos de Bachillerato sean tres veces menos que los de La Habana. El que quiera saber algo de esto, que vea las estadísticas de la enseñanza primaria y verá que Oriente tiene tres veces menos aulas que

La Habana; tres veces menos alumnos que asistan a las escuelas públicas.

Pero, de todas maneras, el Instituto de Oriente tiene unos 2 500 alumnos y su capacidad es para 400. Además, el edificio, un viejo Hospital Militar español, está tan deteriorado por los terremotos y el abandono que cualquier aguacero obliga a suspender las clases. El día menos pensado se cae aquello y aplasta a centenares de estudiantes... (¡Qué regocijo en Columbia y en Moncada!...).

Y también el Ejército ha hecho un despojo con los terrenos destinados a la construcción del edificio del Instituto de Oriente, única provincia que hasta ahora no tiene ese local.

En esos terrenos, situados a la entrada del barrio de Sueño, había espacio para el edificio moderno y para el campo de deportes... Sin duda se trataba de un privilegio inmoderado para una turba que no había hecho más que alterar la paz y el orden de la República bajo el venerable gobierno machadista... Y el Cuartel Moncada se cogió todos esos terrenos, para sustraerlos a la agitación comunista que iba a dominar sobre ellos... Y es raro que no se hayan cogido ya la Granja Escuela, que está desocupada y que tiene aspecto de cuartel; y la Escuela Normal, que casi parece un fuerte y que también está cerca del Moncada, y domina la ciudad, también puede ser que los tiente y desalojen de allí a esos aspirantes a maestros que no hacen más que perturbar la paz pública... ¡pidiendo agua y servicios como si fueran caballos del Ejército!...

Ruiz Williams* ha prometido conseguir los créditos necesarios para comenzar las obras del nuevo Instituto. Si efectivamente lo logra, merecerá la gratitud de los estudiantes de Oriente; si no, su nombre será uno más en la lista de los individuos cordialmente odiados por toda la provincia. ¡Y esta lista es ya más larga que la antigua Guía de teléfonos!...

* Enrique Ruiz Williams (1882-1949). Ingeniero Civil. Fue Secretario de Obras Públicas en dos oportunidades: 1934-35 y 1938-39.

Solución

Santiago de Cuba está cansada. Ha llegado a ese punto en que siente repugnancia, cuando los oradores políticos hacen su elogio. Está cansada de aguantar y se prepara a exigir, a luchar. Quiere que se le atienda y lo va a conseguir de la única manera que hoy se consiguen las cosas: planteando el problema de fuerza.

Ella tiene ya en sus manos la solución y la va a enarbolar. Como el pueblo, el comercio y la industria están de acuerdo, en Santiago se prepara un formidable movimiento de carácter cívico, para obtener acueducto, alcantarillado, calles, carreteras, hospitales y centros de enseñanza. Santiago, que ha tributado millones de pesos a la República sin obtener nada de ella, va a dejar de contribuir. La amenaza será lanzada y será cumplida si, rápidamente, no se emplea en ella parte del dinero que ella da para todos. Y, si se deja tomar cuerpo a este movimiento veremos gloriosos episodios... Y nadie sabe hasta cuántas cosas inolvidables veremos si Santiago de Cuba, ahora como antes, lanza su reto de rebelión y los incontables pueblos abandonados de la Isla imitan su ejemplo y se niegan a pagar a quien no hace más que devolver cínicas promesas a cambio del oro del sudor del pueblo!...

El pueblo de Jovellanos todavía ayuda a mantener a Viriato en el extranjero*

Un acueducto regalado

El pueblo de Jovellanos, uno de los más importantes de la provincia de Matanzas, tiene un acueducto que no le pertenece, que corresponde a Viriato Gutiérrez y Cia., el cual, desde el «destierro» disfruta de los ingresos que le deja ese magnífico negocio.

Ese acueducto, prácticamente se lo regaló el pueblo de Jovellanos, y, aunque parezca raro, lo cierto es que ello se debió a una grave equivocación del mejor alcalde que ha tenido el pueblo, según cuentan, el señor Manuel Rubio, de cuyo gobierno datan casi todas las obras municipales de Jovellanos, y de cuya providad nadie duda. Sin embargo, 1920, la Cía. Cubana de Acueductos, de la que Viriato Gutiérrez era Secretario, se adjudicó el acueducto de Jovellanos por \$2 000,00, a pesar de que su valor era mucho mayor.

Este traspaso se justificó por el hecho de que el servicio de agua que recibía el pueblo era muy malo y se había mostrado, por largo tiempo, poco deseo de realizarlo bien.

Los atropellos

Efectivamente, la Compañía Cubana de Acueductos, realizó un buen servicio. El agua, que es excelente, se distribu-

* *Ahora* [La Habana], martes 26 de febrero de 1935, pp. 1, 8.

yó con regularidad, pero a cambio de esto, la Compañía se mostró desde un principio implacable.

Hubo un administrador, Apolonio Cepero, cuya actuación fue tan humanitaria y cordial, que a la caída de Machado tuvo que huir del pueblo, porque este lo hubiera linchado si lo encuentra.

En una ocasión pretendió lanzar a la calle a 400 familias, presionándolas por medio de la Jefatura de Sanidad, que desempeñaba entonces el hoy Alcalde de facto, doctor Miguel Boreau, y quien se negó rotundamente a realizar el atropello alegando que precisamente la Sanidad lo que exigía era que se abasteciese de agua a las casas para que estas estuviesen en buen estado sanitario.

Para juzgar hasta qué punto resulta un magnífico negocio el Acueducto de Jovellanos, baste considerar que el Municipio cuenta con unos 1 300 contribuyentes y, en total, son más de 1 500 las casas que necesitan servicio de agua. Sin embargo, a pesar de ello, las ganancias comprobadas por los balances, y sobre las cuales cobra un tanto por ciento el Municipio, siempre han resultado escasas y, en algunos años, hasta han justificado pérdidas.

Todavía hoy, hay numerosos vecinos que, como Juan Duffau, se mantienen en pleito con la Compañía por cuestiones legales.

La verdadera protesta

Pero la protesta legal, aparte de no debe ser personal, sino colectiva, para arrancar por vía de la ley —que según dicen hay motivos suficientes para ello— la propiedad del acueducto, no es suficiente, sobre todo en tiempos tan desorbitados como los nuestros.

El pueblo de Jovellanos, comienza a darse cuenta de ello y cada día cobra mayor vigor y extensión un movimiento de protesta semirrevolucionario: el de no pagar un centavo al acueducto el que, ahora, a la diferencia de los tiempos de

Machado, no se atreve a cortar los pases de agua. Y el movimiento debe extenderse; nadie, absolutamente nadie debe pagar un centavo a esa compañía; cuyos ingresos van a parar a la bolsa de Viriato Gutiérrez y Compañía que gracias a ello, como publica el cable con frecuencia, pueden estar de ciudad en ciudad paseando por Europa un elegante exilio alcoholizado con champagne...

Esa gente, que huyó con tiempo, no tienen ahora más que un castigo posible: el de cerrarle la puerta a los subsidios económicos.

Además, el pueblo de Jovellanos tiene en sus manos otros remedios aun mejor que el de no pagar. El de incautarse revolucionariamente el acueducto y quedarse con él porque le pertenece, porque ya ha pagado de sobra lo que él vale y lo que él ha servido.

Contenido

Un prólogo en cuatro puntos.

Ricardo Hernández Otero / IX

105 días preso / 1

Las mujeres contra Machado / 87

Realengo 18 / 117

Chicola / 161

Otros reportajes

La Habana, ciudad de los kilos / 184

Una «brava» de los Falla Gutiérrez / 195

El regreso a la municipalidad. Morón / 200

Ciego de Ávila: otra ciudad que pide atención / 208

Nuevitas. El fondo de un saco / 210

Santiago de Cuba. La ciudad abandonada / 220

El pueblo de Jovellanos todavía ayuda

a mantener a Viriato en el extranjero / 235